

R e v i s t a d e

ARQUEOLOGÍA

DEL ÁREA INTERMEDIA

No. 6 Año 2004

Instituto Colombiano de Antropología e Historia
& Sociedad Colombiana de Arqueología

Editores invitados (este número seis)

Ronald Lippi (University of Wisconsin Marathon County)

Alejandra Gudiño (Investigadora Independiente)

Editores

Cristóbal Gnecco Valencia (Universidad del Cauca, Departamento de Antropología)

Víctor González Fernández (Instituto Colombiano de Antropología e Historia)

Comité editorial

Tamara L. Bray (Department of Anthropology, Wayne State University)

L. Antonio Curet (Department of Anthropology, The Field Museum)

Robert D. Drennan (Department of Anthropology, University of Pittsburgh)

Oscar Fonseca (Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica)

Arturo Jaimes (Escuela de Comunicación Social, Universidad de Venezuela)

Carl Langebaek (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes)

Santiago Mora (Department of Archaeology, St. Thomas University)

Gabino de la Rosa (Centro de Antropología, La Habana, Cuba)

Eduardo Góes Neves (Museu de Arqueologia e Etnologia, Universidade de São Paulo)

Dolores Piperno (Smithsonian Tropical Research Institute, Panamá)

Ernesto Salazar (Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Pontificia Universidad Católica del Ecuador)

Diseño y Diagramación

Soraya Tobón Pardo

Impresión

Imprenta Nacional de Colombia, Bogotá D.C.

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia

EMIRO DÍAZ LEAL, Director Encargado

VÍCTOR GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Coordinador Grupo de Arqueología y Patrimonio

NICOLÁS MORALES THOMAS, Coordinador Publicaciones

Calle 12 No. 2-41, Bogotá D.C., Colombia

Teléfonos (57-1) 561 9896 - 341 0761 Fax (57-1) 561 9600

Correo electrónico: icanh@mincultura.gov.co

© Sociedad Colombiana de Arqueología

MARTHA CECILIA CANO, Presidentes

Administración del Medio Ambiente, Universidad Tecnológica de Pereira, Risaralda, Colombia

Teléfono (57-6) 321 5693 Ext. 263, 299 Fax (57-6) 321 2443 A.A. 097

Correo electrónico: marthacano@epm.net.co

La *Revista de Arqueología del Área Intermedia* es editada por el Instituto Colombiano de Antropología e Historia y la Sociedad Colombiana de Arqueología. Su objetivo es convertirse en un espacio público para el intercambio de información arqueológica básica sobre el área comprendida entre Ecuador y Costa Rica, incluyendo la región Caribe y la cuenca del Amazonas. Tiene el triple propósito de llenar un vacío de publicaciones temáticas en la región, de propiciar diálogos académicos transnacionales y de estimular una concepción dinámica de los procesos históricos que obvie las barreras imaginarias impuestas por las fronteras geográficas actuales. Las ideas aquí publicadas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de los editores, del Instituto o de la Sociedad.

Versión electrónica: <http://www.icanh.gov.co/secciones/publicaciones/raai.htm>

ISSN: 0124-4841



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Contenido

13 Editorial

Artículos

- 13 Rompiendo los límites en el Área Intermedia:
hacia una nueva síntesis macro-Chibcha
Ronald D. Lippi y Alejandra M. Gudiño
- 27 Gordon R. Willey y el Área intermedia:
conceptos, contribuciones y perspectivas
Frederick W. Lange
- 51 El proceso de domesticación: revalorización
de los principales componentes del “formativo”
en el centro y noroeste de Sudamérica
John Edward Staller
- 83 Interaccionar o no interaccionar: el Área intermedia,
el área Circumcaribe y las Antillas mayores
L. Antonio Curet
- 109 Intercambio interregional, conexiones
externas y estrategias de poder en el oriente
de Honduras durante los periodos V y VI
Christopher Begley

- 129 Atravesando fronteras y explorando la iconografía sagrada de los antiguos chibchas en Centroamérica meridional y Colombia septentrional
John W. Hoopes
- 167 ¿Cuestión de límites? el no-lugar de Venezuela en la arqueología del Área Intermedia
Rafael Gassón y Erika Wagner
- 199 Secuencias y procesos. Estudio comparativo del desarrollo de jerarquías de asentamiento prehispánicas en el norte de Suramérica
Carl Langebaek Rueda
- 249 La expansión de las poblaciones barbacoas en el noroeste de Ecuador
Ronald D. Lippi
- 277 Cultura, interacción y contacto en el Área Intermedia: re-enmarcando la cuestión de las delimitaciones culturales
Tamara L. Bray
-
- 295 Sobre los autores
-

Contents

13 Editorial

Articles

- 13 Breaking limits in the Intermediate Area:
towards a new macro-Chibcha synthesis
Ronald D. Lippi y Alejandra M. Gudiño
- 27 Gordon R. Willey and Intermediate Area:
concepto, contributions, and perspectives
Frederick W. Lange
- 51 The domestication process: revalorizing
the principal components of central and
northern South America's "formative"
John Edward Staller
- 83 To interact or not to interact: the Intermediate and
Circum-Caribbean areas and the Greater Antilles
L. Antonio Curet
- 109 Interregional exchange, external connections, and power
strategies in eastern Honduras during periods V and VI
Christopher Begley

- 129 Crossing boundaries and exploring the sacred iconography of the ancient Chibchas of southern Central America and northern Colombia
John W. Hoopes
- 167 ¿A matter of boundaries? The no-place of Venezuela in the archaeology of the Intermediate Area
Rafael Gassón y Erika Wagner
- 199 Sequences and processes. A comparative study of the development of hierarchies of prehispanic settlements in northern South America
Carl Langebaek Rueda
- 249 The expansion of Barbacoan populations in northwestern Ecuador
Ronald D. Lippi
- 277 Culture, interaction, and contact in the Intermediate Area: re-framing the issue of cultural limits
Tamara L. Bray

Editorial

ESTE NÚMERO de Arqueología del Área Intermedia acoge como editores invitados a Ronald Lippi y Alejandra Gudiño, quienes editaron (y tradujeron en varios casos) las ponencias presentadas en el simposio sobre el Área Intermedia que organizaron en la reunión de la Society for American Archaeology en Milwaukee, Estados Unidos, en abril de 2003. A ellos nuestros agradecimientos por su esmerado trabajo que estamos seguros será de provecho de nuestros lectores.

Cristóbal Gnecco Valencia y Víctor González Fernández, eds.



Rompiendo los límites en el Área Intermedia: hacia una nueva síntesis macro-Chibcha

Ronald D. Lippi y
Alejandra M. Gudiño

Resumen

Este artículo define el tema y las principales vías de investigación de este número de la revista. Se comienza con un breve sumario de los conceptos del Área Intermedia y Área Chibcha y un resumen de las investigaciones seminales sobre estos conceptos en las décadas previas. Luego se refiere a ciertos estudios lingüísticos y genéticos que complementan los aportes arqueológicos sobre el área. Finalmente, se introducen los temas específicos de los otros artículos en este volumen. ↻

Palabras clave

Área Intermedia,
Chibchas,
lingüística,
migración,
genética humana,
áreas culturales.



Abstract

This article defines the theme and principal research directions addressed in this issue of the journal. We begin with a short overview of the Intermediate and Chibcha area concepts as well as seminal research on those concepts in previous decades. We then refer very briefly to certain linguistic and human genetic studies that complement the archaeological contributions for the area. Finally, we introduce the specific topics of the other articles in this volume. ☺

Keywords

Intermediare Area,
Chibchas,
linguistics,
migrations,
human genetics,
cultural areas.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
20/06/2005

En este número de la revista se presentan artículos que tuvieron su origen en un simposio sobre el Área Intermedia que organizamos en la reunión de la Society for American Archaeology en Milwaukee en abril de 2003. El simposio tuvo el mismo título que este prólogo y tuvo como metas principales (a) presentar resúmenes de conocimientos sobre los períodos tempranos (Paleoindio, Arcaico y Formativo) para el área en general; (b) presentar nuevos aportes sobre las sociedades prehispánicas complejas en diversas regiones, desde la frontera norte en Honduras y El Salvador hasta la frontera sur en Ecuador; (c) postular nuevos esquemas histórico-culturales y teóricos para una mejor comprensión del desarrollo y expansión de estas sociedades complejas; y (d) elucidar la expansión y las migraciones de los Chibchas y grupos emparentados a través de la región. Las ponencias presentadas fueron muy interesantes y provocativas en un sentido intelectual. Los dos comentaristas del simposio fueron Karen Olsen Bruhns (San Francisco State University) y Scott Raymond (University of Calgary), quienes presentaron sus puntos de vista sobre las ponencias al final del simposio. Posteriormente tomamos la decisión de invitar a los ponentes (y a unos pocos invitados que, por una razón u otra, no pudieron asistir al simposio) a revisar sus ponencias y entregarlas para esta publicación. Aquí presentamos aportes variados pero relacionados con el desarrollo prehispánico de las culturas indígenas del Área Intermedia.

Una breve historia del concepto del Área Intermedia

Las clasificaciones tempranas con base en áreas culturales en América se hicieron bajo la influencia de dos modelos evolutivos embrionarios: uno fue la idea, inicialmente postulada por Herbert Spinden (1917), de un substrato “Arcaico” (hoy en día se llama Formativo o Neolítico) de culturas tempranas agroalfareras desde México hasta el noroeste de América del Sur; el otro fue el concepto “América Nuclear”, supuestamente utilizado por Alfred Louis Kroeber para designar “el núcleo y el clímax del progreso nativo”, aparentemente en 1923; no obstante, la primera fuente que encontramos se produce un cuarto de siglo más tarde (Kroeber 1948:779-781). En esa publicación Kroeber escribió sobre la distribución continua de “una densidad demográfica alta, riqueza, urbanización, adelantamiento de las artes, y estructura y control políticos” que, aparentemente, existía desde México hasta Perú. Estos dos países en los extremos geográficos fueron “los enfoques indudables de la brillantez”, mientras que el área entre México y Perú fue caracterizada por la ausencia de la “alta civilización” y urbanización, y no recibió mayor atención por parte de Kroeber o de posteriores estudiosos. J. M. Cooper (1925) trató de identificar tipos culturales tempranos de América del Sur y en un trabajo sintético (Cooper 1942) concluyó que esta área entre México y Perú comprendió los tipos Selva (Silval) y Sierra; es decir, percibió dos tipos de culturas enormemente distintos en esta área. Su clasificación se basó, principalmente, en el nivel de desarrollo más bien que en la historia cultural.

La definición clásica de tipos culturales hecha por Julian Steward (1946, 1948) en el *Handbook of South American Indians* modificó la clasificación de Cooper pero siguió reconociendo dos tipos distintos en el área: el tipo *sierra* de Cooper se transformó en *andino* para Steward y *circum-Caribe* reemplazó la categoría *selva*. Steward vio mayor heterogeneidad en el área y señaló islas de culturas de tipo andino dentro de las culturas *circum-caribeñas* y viceversa. En su opinión las sociedades *circum-caribeñas* eran más complejas que las del bosque tropical

o las marginales pero menos que las andinas. Steward siguió modificando este sistema clasificatorio a través de las décadas de 1940 y 1950 (acompañado, en ocasiones, por Louis C. Faron); sin embargo, los elementos básicos no cambiaron.

El primer esfuerzo en especificar una verdadera área cultural para Centro América y el norte de Sur América la hizo Clark Wissler en 1917 (revisado en 1938). Allí precisó el área cultural chibcha, cuyos límites fueron el territorio actual de México hacia el norte y de Perú hacia el sur. Kirchoff (1943) delimitó el área chibcha por la presencia de “agricultura inferior o baja”, además del uso general de idiomas chibchas. Murdock (1951) dependió más de Steward para establecer dos áreas culturales, Colombia e Ístmica, que corresponden, más o menos, a la distribución general de los tipos andino y circum-Caribe de Steward. Una novedad de la clasificación hecha por Wissler y, en parte, por Kirchoff fue que se precisó el área con base en la lingüística comparativa (chibcha y otras familias supuestamente emparentadas) y no por la presumida complejidad cultural al momento de la llegada de los españoles. Hasta hoy -mientras avanza el estudio del área- se acepta, generalmente, el concepto de que los habitantes hablaban uno u otro idioma chibcha o de la stirpe macro-chibcha (Greenberg 1960) o chibchan-paezan (Ruhlen 1991). Esto nos ha llevado hacia una definición de área cultural en relación con la historia y con la etnicidad, más que con una simplista medición de evolución cultural.

Wolfgang Haberland (1957) parece haber sido el primero en utilizar el término *Área Intermedia*, aunque fuera de una manera muy limitada, en su estudio de cerámica. Sanders y Price (1968:49) dieron vida al término al utilizar Área Intermedia como área cultural; para ellos corresponde a “Centroamérica al sur y este de Guatemala y el noroeste de Sur América” y lo utilizaron para referirse a la zona intermedia de América Nuclear. Ellos puntualizaron que es “la mayor área continua de cacicazgos y comprende los cacicazgos de mayor complejidad”; cinco cacicazgos chibchas nombrados por los españoles se aproximaron al nivel de “civilización” o “Estado”, especialmente en términos de la organización política pero no

en términos de la arquitectura monumental (Sanders y Price 1968:81). En su modelo determinista ambiental explicaron que la ausencia de verdaderas “civilizaciones” en las áreas más tropicales de América se debió al bajo contenido proteínico de los cultivos de tubérculos (yuca), a la supuesta dificultad del cultivo intensivo del maíz y de la cría de animales domésticos y a la escasez de animales silvestres (Sanders y Price 1968:91).

En *An Introduction to American archaeology. Volume two: South America* Gordon Willey (1971) también utilizó el término “Intermediate Area”. La definición fue hecha en términos bastante negativos:

“El Área Intermedia toma su nombre de su posición geográfica entre las dos áreas de las culturas más altas del Nuevo Mundo: Mesoamérica y Perú... El Área Intermedia comparte muchos rasgos con Mesoamérica y Perú; no obstante, es diferente de éstas por su perfil inferior de desarrollo cultural. Así, las artes arquitectónicas y monumentales son menos impresionantes, el urbanismo es menos desarrollado y las formaciones políticas no son tan avanzadas. En el siglo XVI muchas tribus tuvieron pequeños Estados o cacicazgos desde Honduras hasta Ecuador. La mayoría de estos fueron de afiliación lingüística Chibcha o Paez” (Willey 1971:22, nuestra traducción).

El libro de Willey tuvo mucho impacto entre los arqueólogos angloparlantes durante las últimas décadas y el “Área Intermedia” ha sido concretada indeleblemente. Muchas síntesis arqueológicas (especialmente en inglés) posteriores a la de Willey se han basado en su clasificación y en sus criterios. La obra de Karen Bruhns (1994) es una excepción notable. En los artículos que siguen en este volumen, especialmente en el de Fred Lange y en el de John Hoopes, existen distintos análisis históricos de la definición del Área Intermedia. Lange trata con detalle los aportes de Gordon Willey a este tema e intenta corregir algunas concepciones falsas que se han formado a su alrededor.

Estudios previos sobre el origen y las migraciones a través del área

Uno de los objetivos del simposio fue reunir las nuevas evidencias sobre la colonización humana del área, especialmente sobre la expansión o desarrollo *in situ* de los pueblos chibcha-hablantes. La razón de este énfasis es que algunos arqueólogos piensan que más vale usar la denominación *Área Chibcha*. Para evaluar esta recomendación es preciso entender la historia de este grupo a través de la historia.

Por mucho tiempo se ha especulado y teorizado sobre la llegada de los primeros colonos humanos a esta área de Centroamérica y al noroeste de América del Sur; hasta el momento este problema sigue sin solución. Irving Rouse (1985) propuso que los seres humanos pudieron haber cruzado el istmo de Panamá hace 30.000 años, mientras que los discípulos de la teoría de “primero Clovis” prefieren pensar en términos de una colonización alrededor de hace unos 11.000 años. Determinar qué relación pudieron haber tenido estos cazadores-recolectores del Pleistoceno Tardío con las naciones indígenas conocidas por la historia es un problema aún más complejo. Este asunto se vuelve aún más confuso con las evidencias arqueológicas recientes provenientes de la costa del Pacífico, especialmente de Monte Verde (en Chile), que podrían estar respaldando la hipótesis de una migración marítima muy temprana y no de una migración por el interior del continente.

Los primeros académicos que especularon sobre los orígenes de los pueblos de habla chibcha, quienes ocuparon la mayor parte del Área Intermedia al momento de la llegada de los españoles, presumieron que la familia chibcha migró hacia Centroamérica desde Mesoamérica o desde los Andes Centrales. Esta suposición se basó en la creencia general de que México y Perú fueron los núcleos iniciales de desarrollo. Este concepto fue apoyado, según pensaban en ese entonces, por algunos estudios cerámicos como los de Samuel Lothrop (1926), quien vio influencias mesoamericanas o andinas en la mayor parte de lo que encontró en Centroamérica. Más tarde, Lothrop (1937:202) escribió que la colonización de “baja Cen-

troamérica”¹ constituyó una migración tardía desde América del Sur. Si llegaron los indígenas del Área Intermedia desde Mesoamérica o los Andes tuvo poca importancia porque, de todos modos, no desempeñaron un papel muy importante en América Nuclear, excepto como participantes en una vía de difusión entre los dos núcleos (cf. Kidder 1940).

En épocas más recientes ha surgido un consenso entre muchos académicos alrededor de la idea de que el origen del chibcha como una familia lingüística particular se ubica en la zona sureste de Centroamérica y que tiene allí una historia muy larga. Este consenso se sustenta, principalmente, en la interrelación entre análisis de genética humana y lingüística comparativa. Aunque muchos individuos han aportado a este tema debemos mencionar el trabajo sobresaliente de dos académicos costarricenses: el trabajo lingüístico de Adolfo Constenla y los estudios genéticos de Ramiro Barrantes dan una base firme para la identificación del origen de los chibchas y para estimar la época aproximada de su separación de otras poblaciones indígenas americanas.

Constenla (1991:43-45) ubicó el lugar de origen de la estirpe chibcha en el sureste de Costa Rica y el oeste de Panamá. Las dos razones principales para esta conclusión son el hecho de que las dos divisiones mayores de chibcha (superfamilias A y B) se hablan allí y no en ninguna otra región y también porque la variedad entre los idiomas chibchas es mayor en dicha zona que en cualquier otra. Las poblaciones de la superfamilia B se dispersaron en varias direcciones. Los pech (paya) llegaron hasta Honduras mientras que otros ocuparon varias zonas del sureste de Centroamérica y Colombia. Constenla utilizó la glotocronología para estimar esta dispersión de los chibchas

¹ Este término, así como “Centroamérica inferior” (Lower Central America), es bastante común, aunque trae consigo un significado despectivo. Al parecer no hay un término alternativo muy aceptado para referirse a Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Para referirnos a esta región usaremos “sureste de Centroamérica”.

alrededor de 5000-4300 AP (3000-2300 AC). Admitiendo que la glotocronología tiene limitaciones Constenla (1991:45) utilizó evidencias arqueológicas tentativas para la introducción de la agricultura en esa misma época.

Barrantes *et al.* (1990; Barrantes 1993:162-172) estudiaron 48 *loci* genéticos distintos en alrededor de 600 individuos de varios tribus de habla chibcha en el sureste de Centroamérica; a partir de estos datos construyeron diagramas de distancia genética que convirtieron luego en tiempo. Según este análisis la separación inicial de las dos mayores poblaciones chibchas tuvo lugar hace unos 7000 años con una bifurcación subsiguiente entre 5000 y 1000 AP. Esta determinación cronológica fue comparada con las distancias geográficas para determinar hasta qué punto el mestizaje entre diversos grupos pudo haber afectado los resultados; también se hizo una comparación con los diagramas léxico-estadísticos de Constenla. Barrantes y sus colaboradores encontraron que la distancia geográfica es de menor importancia mientras que los datos lingüísticos se relacionan mejor con los datos genéticos. Smouse *et al.* (1986) obtuvieron una correlación aún más alta entre los datos genéticos y lingüísticos. Además, Barrantes *et al.* (1990) combinaron los datos genéticos, lingüísticos y geográficos para construir una taxonomía de los indígenas habitantes de Costa Rica y Panamá.

Mientras que el estudio genético no provee ninguna información directa con respecto al lugar de origen de los chibchas antes de estas divisiones tempranas Barrantes (1993:166) propuso que su ubicación no varió durante muchos siglos. Barrantes *et al.* (1990:63) estipularon que la presencia de algunas variedades genéticas de mucha antigüedad entre estos grupos y su ausencia en otras zonas, sumada a la inexistencia de otros polimorfismos de origen asiático, podrían sugerir un período relativamente largo de aislamiento de los chibchas. Esta afirmación se respalda con el hecho de que las evidencias lingüísticas entre grupos indígenas contemporáneos muestra que viven cerca de su lugar de origen, es decir, en el sureste de Costa Rica y el oeste de Panamá. Estas interpretaciones indican algunos datos importantes sobre la familia antigua de los chibchas an-

tes de que se dividiera en muchas ramas y se dispersara por el Área Intermedia; también indican que la colonización chibcha del Área Intermedia no procedió desde el norte o el sur sino que fue un desarrollo local a través de mucho tiempo.

La siguiente inquietud que afrontamos es con respecto a la expansión y la diferenciación de muchos grupos chibchas desde su lugar de origen. Aunque las evidencias son escasas la idea más popular entre los arqueólogos es la que relaciona esta expansión con la implantación de la agricultura intensiva a base de maíz que reemplazó la horticultura de yuca. Gerardo Reichel-Dolmatoff (1973) postuló, con base en sus investigaciones de larga duración en el territorio actual de Colombia, que los “cacicazgos sub-andinos” del Área Intermedia se desarrollaron relativamente tarde con la difusión de la agricultura intensiva del maíz; según ese modelo durante miles de años los grupos indígenas colombianos dependieron de la recolección de moluscos y, después, de la horticultura de tubérculos en la costa y en los valles de ríos y lagunas de las tierras bajas. La introducción temprana de una o más variedades primitivas de maíz no tuvo mayor impacto sobre estas sociedades simples. Con la introducción de nuevas variedades de maíz y métodos agrícolas mejorados, quizás alrededor de 500 AC, los pueblos chibchas comenzaron a expandirse hacia el interior montañoso de Colombia; eventualmente formaron los grandes cacicazgos chibchas. En este número de *Arqueología del Área Intermedia* John Staller escribe sobre la introducción del maíz en el Período Formativo y presenta argumentos sobre la importancia (o falta de importancia) del maíz, al menos en las épocas más tempranas, que tienen relevancia sobre este tema.

La investigación de la familia chibcha no es suficiente para incluir todas las zonas del Área Intermedia; también hay que tomar en cuenta otros grupos afiliados a los chibchas, al menos en términos lingüísticos. Esto nos lleva a la estirpe macro-chibcha (Greenberg 1987) o chibcha-paezan (Ruhlen 1991:371); de esta manera las fronteras lingüísticas (y quizás genéticas) coinciden mejor con la definición clásica del Área Intermedia. Estos grupos supuestamente afiliados incluyen los chocó y paéz de Colombia, los barbacos (tsáchila, cha-

chi, kwaiker, pastos) del norte del Ecuador y sur de Colombia, los misumalpan (miskito, matagalpa y sumo) de Nicaragua, y los pech (paya) de Honduras. En el artículo de Lippi incluido en esta revista se presenta una historia de la expansión de los barbacoas.

Otras contribuciones

El simposio (y, por extensión, esta publicación) toca otros temas importantes sobre el Área Intermedia o Área Chibcha. Tres de los artículos tratan el tema de sus fronteras. Christopher Begley estudia la frontera entre el Área Intermedia y Mesoamérica en el este de Honduras y encuentra evidencias de desarrollo autóctono macro-chibcha pero con préstamos de los mayas. Rafael Gassón y Erika Wagner preguntan por qué Venezuela aparece y desaparece de las definiciones del Área Intermedia y presentan nuevos datos y un enfoque nuevo para aclarar las relaciones de esta región. Antonio Curet presenta una vista del Área Intermedia desde el Caribe y busca evidencias de posibles contactos entre las dos áreas. Carl Langebaek presenta un estudio sobre el desarrollo de jerarquías de asentamientos en cinco regiones de Colombia y Venezuela. Finalmente, volvemos a las definiciones con el artículo de Tamara Bray, quien quita el énfasis del concepto *área cultural* y propone que el estudio de los movimientos, los contactos y las interrelaciones entre culturas es más provechoso para comprender la historia y el desarrollo.

Referencias

Barrantes, Ramiro

1993 *Evolución en el trópico: los amerindios de Costa Rica y Panamá*. Universidad de Costa Rica, San José.

Barrantes, Ramiro, Peter E. Smouse, Harvey W. Mohrenweiser, Henry Gershowitz, Jorge Azofeifa, Tomas D. Arias y James V. Neel

1990 Microevolution in Lower Central America: genetic characterization of the Chibcha-speaking groups of Costa Rica and Panama, and a consensus taxonomy based on genetic and linguistic affinity. *American Journal of Human Genetics* 46:63-84.

Bruhns, Karen Olsen

1994 *Ancient South America*. Cambridge University Press, Cambridge.

Constenla, Adolfo

1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.

Cooper, John

1925 Culture diffusion and culture areas in southern South America. En *Proceedings of the 21st International Congress of Americanists*, volume 1, pp. 406-421. Göteborg.

1942 Areal and temporal aspects of South American culture. *Primitive Man* 15(1-2):1-38.

Greenberg, Joseph H.

1960 The general classification of Central and South American languages. En *Men and cultures. Selected papers*, editado por Anthony Wallace, pp. 791-794. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

1987 *Language in the Americas*. Stanford University Press, Stanford.

Haberland, Wolfgang

1957 Black on red painted ware and associated features in the Intermediate Area. *Ethnos* 22(3-4):148-161.

Kidder, Alfred I

1940 South American penetrations in Middle America. En *The Maya and their neighbors: essays on Middle American anthropology and archaeology*, editado por Clarence L. Hay, Ralph Linton y Samuel Lothrop, pp. 441-459. Appleton-Century Company, Inc., Nueva York.

Kirchhoff, Paul

1943 Mesoamérica. *Acta Americana* 1(1):92-107.

Kroeber, Alfred L.

1948 *Anthropology*. Harcourt, Brace and Company, Nueva York.

Lothrop, Samuel K.

1926 *The pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Museum of the American Indian/ Heye Foundation, Nueva York.

1937 *Coclé, an archaeological study of Central Panama, Part 1*. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge.

Murdock, George Peter

1951 South American culture areas. *Southwestern Journal of Anthropology* 7:415-436.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

1973 The agricultural basis of the Sub-Andean chiefdoms of Colombia. En *Peoples and cultures of native South America. An anthropological reader*, editado por Daniel R. Gross, pp. 28-36. Doubleday/Natural History Press, Garden City. [1961].

Rouse, Irving

1985 Arawakan phylogeny, Caribbean chronology, and their implications for the study of population movement. *Antropológica* 63/64:9-21.

Ruhlen, Merritt

1991 *A guide to the world's languages, Volume 1: classification*. Stanford University Press, Stanford.

Sanders, William T. y Barbara J. Price

1968 *Mesoamerica: the evolution of a civilization*. Random House, Nueva York.

Smouse, Peter, Jeffrey Long y Robert Sokal

1986 Multiple regression and correlation extensions of the Mantel test of matrix correspondence. *Systematic Zoology* 35:627-632.

Spinden, Herbert J.

1917 The origin and distribution of agriculture in America. En *Proceedings of the Nineteenth International Congress of Americanists*. pp. 269-276. Washington.

Steward, Julian H.

- 1946 Introduction. En *Handbook of South American Indians. Volume 1: the marginal tribes*, editado por Julian Steward, pp. 4-9. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Smithsonian, Washington.
- 1948 The Circum-Caribbean tribes: an introduction. En *Handbook of South American Indians. Volume 4: the Circum-Caribbean tribes*, editado por Julian Steward, pp. 1-41. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, Smithsonian, Washington.

Willey, Gordon

- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume 2: South America*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Wissler, Clark

- 1917 *The American Indian*. Oxford University Press, Nueva York.
- 1938 *The American Indian*, tercera edición. Oxford University Press, Nueva York.

Gordon R. Willey y el Área Intermedia: conceptos, contribuciones y perspectivas

Frederick W. Lange

University Museum, University of Colorado.

(Traducido por Claudia Sánchez)

Resumen

Gordon R. Willey fue un pionero en las investigaciones del Área Intermedia, muy temprano en su carrera y antes de cambiar su enfoque al área maya. Nunca, como se le ha imputado recientemente, vio Willey el Área Intermedia como un espacio inferior comparado con las civilizaciones altas de Mesoamérica y los Andes. La vio de otra forma. Estableció 29 secuencias regionales en las cuales integró datos de 12 categorías principales de comportamiento cultural. De estas secuencias, pocas han sido desarrolladas desde entonces. Mientras que muchos arqueólogos latinoamericanos que trabajan en el Área Intermedia siguen adelante con los estudios de tiempo-espacio como una prioridad, muchos arqueólogos norteamericanos han puesto un mayor énfasis en los sitios, las regiones o en temas más limitados. Nuestra habilidad para llenar la multitud de vacíos que quedan en el mosaico tiempo-espacio del Área Intermedia se desvanece rápidamente mientras que el crecimiento demográfico y el desarrollo de la infraestructura borran los vestigios de las ocupaciones prehispánicas a un paso cada vez más alarmante. ☞

Palabras clave

Gordon R. Willey,
Historia de la Arqueología,
Área Intermedia.



Abstract

Gordon R. Willey pioneered research in the Intermediate Area before shifting his principal focus to the Maya area early in his career. He did not, as has been more recently alleged, view the Intermediate Area as an inferior space compared to the high civilizations of Mesoamerica and the Andes, but simply as different. He established 29 regional sequences into which he integrated data from 12 principal categories of cultural behavior. Few of these sequences have been further developed. While many Latin American archaeologists working in the Intermediate Area continue to view time-space studies as a priority, many North American archaeologists have preferred to focus on more limited sites, regions, or themes. Our potential to fill in the multitude of remaining gaps in the time-space mosaic of the Intermediate Area is rapidly fading as population growth and infrastructure development are erasing the vestiges of prehispanic occupation at an increasingly alarming rate. ☞

Keywords

Gordon R. Willey,
History of Archaeology,
Intermediate Area.



Gordon R. Willey y el Área Intermedia:
conceptos, contribuciones y perspectivas



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
29/06/2005

En 1990 fue publicado *New World archaeology and culture history: collected essays and articles* de Gordon R. Willey. En el prefacio Willey (1990) anotó que en la compilación y apuntes sobre sus escritos de más de 50 años de actividad profesional como arqueólogo fue necesario “tratar de recordar los contextos académicos e intelectuales en que fueron escritos mis artículos para recordar mis propias actitudes en esos tiempos y apreciar esas piezas ahora a la luz de los avances en los conocimientos de la arqueología y los cambios en los procedimientos de la disciplina”. En la presentación de trece de los treinta artículos que agrupó bajo el encabezado de Síntesis del desarrollo cultural-histórico (incluyendo tres que se enfocaron en temas relevantes para el Área Intermedia, más dos relacionados por su contenido), dejó claro que “lo que estoy llamando síntesis del desarrollo cultural-histórico comprende gran parte de mis escritos de los últimos cuarenta años. Esos artículos también incluyen el análisis de tiempo-espacio” (Willey 1990). Esa colección, autodefinida y comentada retrospectivamente, es una fuente idónea para evaluar las contribuciones de Willey en las investigaciones del Área Intermedia. ¿Cómo se volvió un concepto su visión de esta particular área cultural?; ¿cuál fue su principal contribución?; ¿que guías nos dejó para el futuro?

El nacimiento y evolución del concepto de Área Intermedia

Gordon Willey (1990:55, Fig. 1) atribuyó el concepto de Área Intermedia a Kroeber (1930:20-21); sin embargo, Kroeber nunca usó explícitamente el término en el texto citado por Willey, ni ninguna de las palabras que lo componen. Wolfgang Haberland (1959) fue el primero en usar el término específico pero Willey (1971) fue quien, después de numerosas publicaciones tempranas sobre el Área Intermedia para audiencias escolares (Willey 1955, 1959, 1969), amplió el uso del término entre estudiantes y profesionales.

La definición de Área Intermedia de Willey

Para Willey la definición de Área Intermedia fue geográfica: “El Área Intermedia toma su nombre de su posición entre las dos áreas de mayor cultura en el Nuevo Mundo: Mesoamérica y Perú” (Willey 1990). Su observación fue acompañada por lo siguiente: “El Área Intermedia comparte muchos rasgos con Mesoamérica y con Perú. Sin embargo, se diferencia de esas en su relativo bajo perfil de desarrollo cultural” (Willey 1990). Esta caracterización ha sido señalada de vez en cuando como peyorativa. Sin embargo, contextualizando su caracterización de un “bajo perfil de desarrollo cultural” fue la conclusión a la que llegó en aquel tiempo al comparar el área en un análisis cultural-histórico.

Willey creía que Spinden y Kroeber se enfocaron en las relaciones entre México y Perú en términos de una cultura de origen Arcaico común que vinculó las dos regiones y que proveyó las bases para contactos culturales futuros; Willey estuvo de acuerdo con esta idea. Las discusiones durante el *Seminario avanzado* realizado en Santa Fe en 1980 mostraron que el marco cronológico y el material cultural del Área Intermedia son claramente diferentes de los de Mesoamérica y de Los Andes.

Willey y Phillips (1958) establecieron el sistema para las descripciones espaciales en la arqueología americana. Algunos de sus términos han sido refinados y otros han sido creados

pero las unidades fundamentales todavía son válidas, como demuestra la reciente publicación de una edición facsimilar con una nueva introducción escrita por Willey (Lyman y O'Brien, eds., 2001). De mayor interés en ese contexto es la definición de Willey y Phillips (1958:20) de área arqueológica como una unidad geográfica considerablemente más grande que una región y correspondiente, aproximadamente, al área cultural del etnógrafo:

“Las áreas arqueológicas, como las regiones, han sido consideradas como tales por consenso entre los profesionales pero el elemento de accidente histórico se reduce, relativamente, por el hecho de que muchos individuos e instituciones han estado involucrados en su investigación. Ellos tienden a coincidir con la mayoría de las divisiones fisiográficas. Que el suroeste de Estados Unidos, por ejemplo, haya mantenido su identidad como una área arqueológica a través de más de medio siglo [ahora más de un siglo] de investigación intensiva se debe, en gran parte, a la estrecha interrelación cultural-ecológica. Casi no es necesario agregar que aunque el área como está definida aquí podría tener una integridad fisiográfica general sus límites no son fáciles de dibujar en un mapa, así como tampoco los límites de las pequeñas regiones. El sureste de los Estados Unidos es un buen ejemplo; requiere ser definido cada vez que alguien escribe sobre ello. El problema es familiar en los estudios de áreas culturales” (Willey y Phillips 1958:20).

¿Que podemos aprender de esa larga cita que nos ayude a entender la utilización que hizo Willey del concepto Área Intermedia? Varias cosas: (a) históricamente las áreas arqueológicas han sido consensuadas entre profesionales; en este caso Gordon Willey, Wolfgang Haberland, Doris Stone e Irving Rouse aceptaron la definición inicial del área que fue utilizada por las generaciones que interactuaron con ellos; (b) las áreas arqueológicas tienden a coincidir más con las divisiones fisiográficas; no se requiere homogeneidad fisiográfica. El Área Intermedia tiene montañas altas, grandes cuencas de ríos, tie-

rras bajas y regiones áridas como el sureste de Norte América y Mesoamérica; (c) las áreas arqueológicas tienden a tener estrechas interrelaciones culturales-ecológicas; el desarrollo de varias culturas del Área Intermedia estuvo estrechamente relacionado con su ubicación ecológica; (d) los límites de una área arqueológica no son suficientemente precisos para ser plasmarlos en un mapa con una línea sólida. Willey y Phillips aludieron a esta falta de precisión poniendo al suroeste y al sureste de Estados Unidos como ejemplo; lo mismo es verdad para el Área Intermedia y los intentos por delinear subáreas como Gran Nicoya y Gran Chiriquí; (e) la falta de consenso sobre los límites precisos de áreas culturales es común en arqueología; y (f) no se requieren horizontes estilísticos u otros rasgos culturales específicos. Como Willey y Phillips (1958:32) declararon “el concepto de estilo-horizonte tiene una aplicación limitada porque requiere un nivel de desarrollo estético que muchas culturas arqueológicas del Nuevo Mundo no alcanzaron”; esta observación no es peyorativa sino sintética.

Las investigaciones arqueológicas siguen una secuencia de procedimientos estandarizados, comenzando desde la creencia fundamental profesional de que los restos físicos de las actividades antiguas ocurren en tiempo y espacio. Los investigadores definen los límites espaciales por un sitio, región o área y proceden a tratar de ordenar los vestigios culturales tangibles. Dado su interés de estudio fue casi instintiva la forma como Gordon Willey, Wolfgang Haberland, Doris Stone e Irving Rouse definieron descriptivamente el Área Intermedia; además, no invirtieron mucha energía para discutir sus diferencias sobre dónde dibujar los límites; esas diferencias existen todavía. Una de las características de un área arqueológica es que nunca hay un acuerdo completo en la definición de sus límites. No reconocer, o no recordar, que la definición de Willey de Área Intermedia es geográfica y no cualitativa ha fomentado algunas de las actuales iniciativas para descartar el término o sustituirlo por otro.

Para algunos la controversia sobre la utilidad actual del término deriva de un cuestionamiento legítimo sobre la utilidad del concepto *área arqueológica*; sin embargo, como Quilter y Hoopes (s.f.) anotaron, al menos para el Nuevo Mundo, difícilmente podremos hacer investigaciones arqueológicas sin utilizar el concepto y otros nichos temporales-espaciales (en el Área Intermedia y dónde sea). La controversia deriva, además, de lecturas e interpretaciones imprecisas de las definiciones más frecuentemente citadas del Área Intermedia (Willey 1971:254) y de otras definiciones parecidas, como la de Baja Centroamérica. Un ejemplo apto proviene de una reciente ponencia hecha por Quilter y Hoopes (sf:2):

“Las comparaciones basadas en una metodología deductiva con frecuencia llegan a interpretaciones negativas dirigidas a lo que Payson Sheets (1992) calificó como el peyorativo totalizante [pervasive perjorative]. Esta tendencia sigue vigente en el término ‘Baja Centroamérica’. El término no es geográfico porque Sur Centroamérica sería más apto; tampoco las montañas de Costa Rica son más bajas que muchas de las montañas de Mesoamérica. El término ‘baja’ no se refiere a la topografía sino a una etapa o nivel en una paradigma de evolución unilineal”.

Sheets (1992) usó el concepto “peyorativo totalizante” para el desarrollo cultural del Área Intermedia; Quilter y Hoopes lo aplicaron a la Baja Centroamérica. Estoy en desacuerdo con su observación geográfica. Cuando Doug Schwartz, Doris Stone y yo discutimos el alcance del Seminario Avanzado de la School of American Research el enfoque fue estrictamente geográfico; además, el uso de la terminología “alto” y “bajo” es común en geografía (por ejemplo, pensemos en Michigan, California y el valle del Nilo).

Centroamérica sufre de una hibridización de nomenclaturas clasificatorias con terminologías traídas de la geografía cultural (America Media, América Central, Mesoamérica, América Nuclear y Baja Centroamérica); además, los arqueólogos la estudian con disciplinas y perspectivas científicas di-

ferentes que tienen distintos paradigmas, requerimientos descriptivos y objetivos de investigación. Antes de 1980 la School of American Research patrocinó varios seminarios enfocados en Mesoamérica y los Andes; la Baja Centroamérica, una región de interés particular para Gordon Willey, Doris Stone, para mí y muchos otros ha sido bastante olvidada.

Hasta los arqueólogos que trabajan en Mesoamérica desconocen que Willey comenzó su carrera con la intención de enfocarse en Centroamérica. Su trabajo con McGimsey en Monagrillo (Panamá), al inicio de la década de 1950 fue el inicio del estudio de la cerámica temprana y la posible relación entre Mesoamérica y los Andes; sin embargo, Tozzer insistió en que alentó su interés en el área Maya. Esta miopía académica continuará mientras haya mayanistas, mesoamericanistas y andinistas en cada gran departamento académico y haya pocos (o ningún) puestos permanente para especialistas en el Área Intermedia o Baja Centroamérica.

El Seminario Avanzado de la School of American Research realizado en 1980 (Lange y Stone 1984) y el simposio de Dumbarton Oaks en 1988 (Lange 1992), así como otras conferencias (Graham, ed., 1992; Lange 1996) y un volumen de síntesis sobre la arqueología de la costa del Pacífico de Nicaragua (Lange *et al.* 1992), promovieron el estudio del Área Intermedia y la Baja Centroamérica. Esos eventos y publicaciones abogaron para reducir la dependencia en comparaciones negativas (el peyorativo totalizante) y para promover la investigación como un proceso *sui generis* único y positivo del desarrollo del área. Estos eventos y la definición de Willey no han tenido la intención de relegar a los habitantes prehispánicos del Área Intermedia a la condición de ciudadanos de segunda clase. El papel clave de Willey en el seminario en la School of American Research en 1980 es discutido con más detalle a continuación.

Las contribuciones de Willey al estudio del Área Intermedia

Las contribuciones de los científicos, especialmente cuando sus carreras cuentan con trayectorias largas, son directas (las cosas que hacen) e indirectas (las cosas que motivan a hacer a los estudiantes graduados o los caminos a seguir que estimulan entre sus colegas). Primero analizaré las contribuciones directas de Willey. Ya he señalado su participación en el proceso que resultó en la definición del espacio llamado Área Intermedia, estableciendo la base para las investigaciones futuras; además hizo una contribución significativa para nuestro entendimiento del material cultural y las prácticas culturales del área, listando 12 características que incluyen (1) subsistencia, (2) patrones de asentamiento, (3) unidades socio-políticas, (4) sitios o centros ceremoniales, (5) tipos de entierros, (6) cerámica, (7) metalurgia, (8) trabajos monumentales en piedra, (9) manufactura de pequeños artefactos de cerámica, (10) hachas de piedra pulida y pequeños ornamentos, (11) rasgos de tecnología y ausencia de estilos de horizontes y (12) afiliación lingüística (Willey 1971:277-278). Willey proveyó comentarios y discusiones para cada una de estas categorías pero no las voy a repetir aquí por límites de espacio.

Siguiendo su definición de los límites geográficos aproximados del Área Intermedia agregó 12 categorías de rasgos y patrones socio-políticos y religiosos y prácticas tecnológicas. Esas categorías fueron los bloques de construcción que utilizó para formular 29 secuencias cronológicas regionales para el área (Willey 1971, figura 5.4-5.7). Esas secuencias cronológicas revelan una ausencia (o pocos datos) para los períodos Paleolítico, Arcaico y Protohistórico; también hay carencia de datos entre 1500 AC y 500 DC. En el Área Intermedia y en otras regiones este rango temporal marca el comienzo de importantes procesos en la formación de asentamientos más permanentes y evolución de jerarquías sociales. Para el Área Intermedia Willey demostró que faltaban datos para poder estudiar estos u otros temas de importancia.

El Seminario Avanzado de 1980 en Santa Fe se centró en la organización de la cronología y los datos espaciales existentes para hacerlos más útiles.

Willey concibió el Área Intermedia como un espacio dinámico a pesar de que definió doce categorías de artefactos y veintinueve cronologías regionales preliminares. Aunque en 1971 fue publicado el volumen 2 de *An introduction to American archaeology* Willey participó en proyectos en el área Maya, continuó mostrando un fuerte interés en las investigaciones y sus resultados en el Área Intermedia y fue un ardiente consumidor de nuevos datos. Su visión de cómo su interpretación de dos de sus doce categorías cambió a través del tiempo a partir de nuevos datos ilustra su continuo interés por la arqueología regional:

“Cerámica Formativa: En 1958... Especulo que el inicio de la cerámica tuvo su difusión al sur desde Mesoamérica, a través del Área Intermedia, entrando a Perú; esta especulación está fuera del marco aunque si me dejara una salida podría decir que ‘... es posible, por cierto, que hubo la evaluación de la cerámica en el Área Intermedia antes de la fecha de la cerámica de América Media, y que muchos de los rasgos Formativos salieron del Área Intermedia’... Hoy en día los fechamientos por radiocarbono dejan pocas dudas que la cerámica más antigua de las Américas, con fechas fijas, es de verdad del Área Intermedia, específicamente de Colombia y Ecuador... El surgimiento de la agricultura. En 1958... la cronología profunda y la complejidad temprana de las culturas del Área Intermedia eran todavía desconocidas. Yo no entendía que la agricultura, incluyendo el cultivo del maíz, fuese tan temprano como lo fue en Ecuador. Igual como con la cerámica del período Formativo las contribuciones más significativas para el estudio del surgimiento de la agricultura en el hemisferio occidental en los pasados treinta años han salido de los datos de sitios del Área Intermedia” (Willey 1971).

Contribuciones indirectas de Willey

Las primeras investigaciones de Willey en Panamá (Willey y McGimsey 1954; Willey y Stoddard 1954) establecieron las bases intelectuales para las investigaciones de Olga Linares (1968), Linares y Ranere (1980), Richard Cooke (1984) y Tony Ranere (Cooke y Ranere 1992) y sus asociados y colaboradores. El impacto metodológico innovador de Willey se reflejó en investigaciones en el valle de Virú, en Perú, donde usó la metodología que trasladó al Área Intermedia.

Al inicio de la década de 1960 el arqueólogo alemán Wolfgang Haberland condujo un estudio de patrones de asentamiento de la isla Ometepe, en el lago de Nicaragua. Haberland trabajó aislado en Hamburgo y el interés y apoyo de Willey fueron esenciales para motivarlo en sus investigaciones, interpretaciones y publicaciones. En aquella época Willey llevo a uno de sus estudiantes de Harvard, Albert Holden Norweb, a realizar una prospección en el istmo de Rivas en Nicaragua. En una publicación preliminar Norweb (1964) estableció la primera secuencia cultural-histórica para el Pacífico de Nicaragua basada en comparaciones con los resultados de las investigaciones de Michael Coe (1962) y Claude Baudez (Coe y Baudez 1961; Baudez y Coe 1962) sobre asentamientos y cronologías en la cercana provincia de Guanacaste, Costa Rica. Norweb nunca terminó su análisis y fue sustituido por Paul Healy (1974, 1980) para completar el informe de la mayoría de los materiales de Rivas. En adición, con el apoyo de Gordon Willey Silvia Salgado (1996) escribió su tesis de doctorado sobre otros datos recolectados por Norweb, ampliando las investigaciones tempranas cerca de Granada.

Al terminar mis cuatro años universitarios con énfasis en antropología/arqueología en Beloit College en 1967 apliqué para realizar estudios de postgrado en Harvard pero no fui admitido (años después Willey me dijo que también había aplicado a Harvard y tampoco fue aceptado). Como alternativa me matriculé en la Universidad de Wisconsin en Madison, centrando mi interés en estudios de patrones de asentamiento.

Realicé dos temporadas de investigaciones de doctorado (Lange 1971) en el noreste de Costa Rica, en el valle del río Sapoa y en la adyacente bahía de Salinas.

Alrededor del mismo tiempo Richard Magnus (1974), de la Universidad de Yale, hizo sus investigaciones de patrones de asentamiento y construyó la cronología sobre la costa Caribe de Nicaragua; Michael Snarskis (1978) hizo lo mismo sobre la costa Caribe de Costa Rica. Una década después Robert Drollet llenó el vacío en el espacio-tiempo en el sur de Costa Rica y Sheets (1980) y Sheets y McKee, eds. (1994) comenzaron un proyecto de investigación cerca del lago Arenal, en la cordillera norte central de Guanacaste, en Costa Rica. Al finalizar esa década hicimos algunos avances aislados para llenar con datos los vacíos en las categorías y en las columnas de la secuencia regional esbozadas por Willey. El seminario avanzado de la School of American Research en Santa Fe en 1980, aunque limitado al área baja de Centroamérica, fue una oportunidad para juntar nuestros esfuerzos hasta la fecha. En la planificación del seminario intenté ampliar la cobertura para incluir el norte de Suramérica y poder cubrir toda el Área Intermedia; sin embargo, faltaban cupos y fondos. Después del seminario Warwick Bray (1984) fue invitado para proveer algún balance del contexto de la parte sur para incluirlo en la publicación final (Lange y Stone, eds., 1984). Doris Stone y yo nos encargamos de la organización del seminario bajo la dirección de Gordon Willey, quien continuó interrogando por qué la Baja Centroamérica y el Área Intermedia fueron diferentes de Mesoamérica y los Andes en su trayectoria de desarrollo. Su inquietud no era el resultado de la imposición de un punto de vista peyorativo sino un cuestionamiento antropológico sobre las diferencias histórico-culturales en varios sectores del hemisferio occidental. Willey fue enfático en la necesidad fundamental de continuar llenando los vacíos en los modelos de tiempo-espacio. En 1988, cuando nos reunimos, nuevamente, con algunos de los participantes en el seminario y con nuevos colegas (y una mejor representación suramericana) en el seminario *Riqueza y jerarquía en el Área Intermedia* en Dumbarton Oaks, comenzamos a tratar el “por qué”.

Payson Sheets enfrentó el paradigma del peyorativo totalizante y puso énfasis en temas interpretativos característicos en lugar de temas puramente descriptivos (este aspecto distingue al Área Intermedia de Mesoamérica y los Andes Centrales). La diferencia más importante destacada por Sheets fue la falta de grandes valles en el Área Intermedia, necesarios para que se congregara una mayor población y ocurriera la posterior formación de sociedades complejas. Otros investigadores en el seminario sugirieron que hubo menos competencia en el Área Intermedia por el control de los recursos escasos debido a su mejor distribución natural; además, se enfatizó que hubo poca competencia por los recursos hídricos (el exceso de agua fue un problema en el Área Intermedia a causa de su régimen climático tropical predominante). También avanzamos en la idea de largos períodos de tiempo (de 300 a 600 años o más) en el Área Intermedia, comparados con los periodos de 75 a 200 años usados en el estudio de las civilizaciones más avanzadas; este lapso de tiempo más amplio señala una vida política y social más estable para las sociedades intermedias. Los largos períodos cronológicos del Área Intermedia también impiden la definición de horizontes estilísticos (aunque, como he dicho, no son requeridos para la definición de un área arqueológica cultural). Debido a los grandes lapsos de tiempo es difícil dibujar temporalmente la distribución de un rasgo cultural específico en un espacio geográfico; no obstante el último día del seminario Willey preguntó, una vez más, desde el fondo del aula: “¿por qué el Área Intermedia nunca alcanzó el estado de complejidad encontrado en el norte y el sur?”. En ese momento no se me ocurrió responderle que, posiblemente, los residentes prehispánicos del Área Intermedia no tuvieron la oportunidad de continuar su desarrollo cultural-histórico por la llegada de los españoles. ¿Cuál hubiera sido el futuro del Área Intermedia si los aztecas e incas hubieran podido entrelazarse en el área, como parece que iba a suceder unos siglos más tarde?

En la transición de la década de 1980 a 1990 faltó tiempo para llenar los espacios en blanco de la secuencia regional de veintinueve columnas propuesta por Willey. Los paradigmas en arqueología cambiaron y trabajar en la construcción de

bloques de espacio-tiempo no era prioritario. En 1996 publiqué una representación cartográfica de las partes de la Baja Centroamérica que hemos registrado, comparándolas con las áreas que todavía no han sido estudiadas; hubo más espacios en blanco que espacios negros. Todavía tenemos un largo camino que recorrer¹.

La contribución de Willey y el estado actual de las investigaciones en el Área Intermedia

Willey tomó el liderazgo ante una cantidad de prominentes arqueólogos de su generación y estableció el marco espacio-tiempo para el Área Intermedia. Irónicamente el arqueólogo mexicano Manuel Gamio (1912) es conocido como quien introdujo las excavaciones estratigráficas en el hemisferio occidental; esta fue una innovación que, después, cuando se hicieron fechamientos radiocarbónicos, proveyó la base para los estudios de tiempo-espacio y de secuencias, incluyendo los realizados en el Área Intermedia. Sin embargo, la mayoría de los estudios cultural-históricos fueron subsecuentemente desarrollados por arqueólogos norteamericanos, como Willey. Discutiendo sobre la arqueología en Latinoamérica Gustavo Politis resumió:

“La mayoría de los arqueólogos locales sigue las tendencias establecidas por el dominio de los paradigmas de la historia cultural norte americana... Este legado histórico-cultural ha sido difícil de reemplazar en la arqueología latinoamericana. La influencia de la orientación histórico-cultural es todavía fuerte, parcialmente a cau-

¹ Más datos específicos sobre la aplicación del concepto de Área Intermedia de Willey se encuentran en el sitio web del Museo de Guayaquil en Ecuador (www.webnexus.com/users/vip/hmporigi.htm) donde se presenta la cronología del Área Intermedia derivada de la información de la Red de Información Ecológica-Cultural de la América Central (www.mines.edu/camu/english/images/tables/chron/index.html) (1999).

sa de su estabilidad epistemológica pero, además, su habilidad para organizar diversos registros arqueológicos con unidades comparables proveyó una poderosa herramienta descriptiva que podría sintetizar datos existentes a escala regional y ofreció métodos para el estudio de áreas desconocidas. La habilidad para incorporar información de áreas poco conocidas con los datos existentes es clave para la popularidad de la historia cultural” (Politis 2003:117).

La Sociedad Colombiana de Arqueología inicio su revista *Arqueología del Área Intermedia* en 1999. Los profesionales nacionales que viven y conducen sus investigaciones en el área están conformes con el uso que dio Willey al término Área Intermedia. Esta revista define el área como “la zona localizada entre Mesoamérica, las Antillas y el norte de Suramérica”. Al igual que hizo Willey en 1971 esta definición es geográfica. Dos arqueólogos suramericanos, Langebaek y Cárdenas (1996: ix-x), anotaron lo siguiente:

“La selección del Área Intermedia como el marco *geográfico* en este volumen estuvo basado en distintas consideraciones. Pero posiblemente es fácil de explicar tal selección con base en lo que el Área Intermedia no es. Por una razón el Área Intermedia no fue seleccionada porque fue considerada un área homogénea, no porque se creyera que estaba unida por enlaces de interacción social haciendo algún tipo de unidad política. El concepto de Área Intermedia está plagado de problemas cuando uno trata de definirlo con base en una de estas perspectivas. Fue seleccionada por su diversidad y porque el reciente desarrollo en la arqueología de esta región ha comenzado a arrojar datos y nuevas interpretaciones interesadas en entender los procesos de cambio social prehispánico” (cursivas añadidas).

La base de datos lingüísticos para el Área Intermedia se ha expandido tremendamente, más que todo debido a los esfuerzos de Constenla (1991); también existe ahora una nueva categoría de investigación genética (Barrantes *et al.* 1990; Barrantes 1998; Azofeita *et al.* 2001) que no estaba disponible en el tiempo de Willey. Sin embargo, con pocas excepciones, la arqueología no ha avanzado de igual manera. Este hecho refleja, como mencioné, falta de énfasis académico; además, el deterioro social y político en gran parte del área ha hecho difícil las investigaciones de campo, de vez en cuando peligrosas y, a veces, imposibles.

Arriba indiqué que nos falta poco tiempo. Aquí reitero que, posiblemente, hemos perdido la lucha para tener suficientes datos para entender realmente el Área Intermedia. En otros momentos he hablado y escrito sobre la urgente necesidad de desarrollar nuevas estrategias que preserven los componentes de la base de datos del área en vista del crecimiento de la población regional, que se doblará en menos de 25 años (Lange 2003a, 2003b, 2003c). La nueva población en la frontera agrícola está devorando terreno de forma no educada y está restando y borrando día a día. La falta de un soporte académico en Norteamérica, combinado con la falta de desarrollo científico de los arqueólogos nacionales en los países claves y la falta de políticas nacionales que favorezcan la preservación de la herencia cultural, hace casi seguro que nunca llenemos los espacios en blanco en el esquema cronológico-geográfico que Gordon Willey proporcionó hace treinta años. Yo sugiero que debatir sobre cómo llamar el área es menos importante que la necesidad de promover proyectos para recuperar datos esenciales, mientras que aún podamos hacerlo.

El desarrollo de la secuencia cronológica local y regional no es prioritario para muchos arqueólogos que van al campo en el Área Intermedia; los estudios de patrones de comunidades antiguas (en varios niveles) que concentran recursos en áreas limitadas son más populares y premiados. Pocos arqueólogos que están establecidos sus carreras expanden sus horizontes más allá de los puntitos de luz que representan las regiones conocidas del Área Intermedia. Retomo la afirmación que Willey

escribió en un capítulo de carácter autobiográfico: "...lo que yo estoy llamando síntesis del desarrollo histórico-cultural compone una gran parte de mis escritos de hace más de 40 años" (Willey 1990:xx). Esta perspectiva fue la base para sus doce categorías y veintinueve secuencias regionales ya citadas. Al hacer investigaciones arqueológicas en el Área Intermedia debemos recordar que nuestra primera actividad es organizar los datos culturales (macros y micros) en el tiempo y en el espacio; esta es la base fundamental de lo que hacemos. La mayoría de los archivos de tarjetas cuidadosamente organizados en la oficina de Gordon Willey no fue llenada con teorías; fue llenada con datos. Cualquier interpretación de síntesis y procesos viene después, no antes, de nuestros marcos cronológicos-geográficos. Además, investigaciones químicas recientes han confirmado rangos largos, medianos y cortos de intercambio (usando el término en el sentido más general) entre una cantidad de grupos en el Área Intermedia en materiales como obsidiana (Sheets *et al.* 1990), cerámica (Lange *et al.* 2002) y jade (Lange 1993). Necesitamos entender las características de tiempo-espacio de las regiones adyacentes y de las regiones intermedias remotas, así como de las que nosotros investigamos. ¿Qué piensan nuestros colegas de Latinoamérica de las investigaciones enfocadas en tiempo-espacio? De acuerdo con Politis(2003:130):

"Posiblemente el principal objetivo de los arqueólogos latinoamericanos es la acumulación de datos esencialmente descriptivos sobre el registro arqueológico de su vasta región. Muchas áreas no han tenido prospecciones arqueológicas sistemáticas o, menos, excavaciones y muchas otras son poco conocidas por investigaciones mínimas. Hasta las áreas que han sido el foco de investigación regional a lo largo del siglo XX, como los Andes Centrales, son conocidas inadecuadamente. Esta situación ha producido ansiedad acerca de si es adecuada la información arqueológica básica que existe y sobre la cual se han desarrollado innovaciones metodológicas y se han producido teorías".

Politis coincide con Cooke y Ranere (1992:246), para quienes “para ser honesto es difícil reconciliar las demandas de un modelo filogenético con las bases desiguales de los datos cronológico-geográficos disponibles para la Panamá prehistórica”.

Conclusiones y direcciones para el futuro: proyectando las contribuciones de Gordon Willey a las investigaciones en el Área Intermedia

Las generaciones venideras no han capitalizado las contribuciones de Willey para el Área Intermedia. La miopía académica que margina al Área Intermedia y a la Baja Centroamérica persiste; en realidad es peor que hace treinta años a causa de preocupaciones relacionadas con matrículas y recursos económicos. Además, como indiqué previamente, gradualmente (y a veces rápidamente) el deterioro social y político en varios países limita las posibilidades de investigación para extranjeros y nacionales.

Según Quilter y Hoopes (sf) Willey hizo una última visita a Dumbarton Oaks en 1997 y participó en una mesa redonda en la cual se discutió la gran área chibcha como área cultural. Yo adivino que algo de la discusión se enfocó en el Área Intermedia pero no existe información, anécdotas o publicaciones que se refieran a los comentarios de Willey sobre un área cultural que ayudó a establecer. Con esa falta de información quisiera cerrar con una cita que, hasta donde sé, fue la última declaración que Willey (1971:254-255) hizo de su punto de vista sobre el Área Intermedia:

“Entre las áreas de las grandes civilizaciones nativas americanas de Mesoamérica y Perú existe un estrecho de montañas de 1500 millas, valles tropicales y costas planas que se refieren al Área Intermedia. El nombre deriva de su posición *geográfica* -intermedia entre los centros mexicano, guatemalteco y peruano... El medioambiente

natural del Área Intermedia es diverso internamente... como podría esperarse de su posición *geográfica* entre Mesoamérica y Perú la historia del desarrollo cultural dentro del Área Intermedia es altamente compleja... esta complejidad es aún más enredada por una diversidad que refleja un enorme grado de la variación natural del *medioambiente* en el Área Intermedia” (cursivas añadidas).

Como concepto de Gordon Willey el Área Intermedia fue una ubicación geográfica con un alto grado de diversidad ecológica que coincidió con una gran diversidad cultural; estas características produjeron un marco para la investigación; nada más y, ciertamente, nada menos. Willey elaboró categorías de datos de productos y comportamientos culturales y los ordenó en un juego de secuencias regionales preliminares que fueron, y todavía son, los rótulos informativos del proceso de elaboración de síntesis e interpretación de procesos culturales. Los próximos pasos dependen de nosotros.

Referencias

- Azofeifa, Jorge, Edward Ruiz y Ramiro Barrantes
2001 Blood group, red cell and serum protein variation in the Cabécar and Huetar, two Chibchan Amerindian tribes of Costa Rica. *American Journal of Human Biology* 13(1):57-64.
- Barrantes, Ramiro
1998 Origen y relaciones entre los amerindios chibcha de Costa Rica: una perspectiva genética y evolutiva. En *Congreso científico sobre pueblos indígenas de Costa Rica y sus fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Mirna Rojas, pp. 3-14. EUNED, San José.
- Barrantes, Ramiro, Peter E. Smouse, Harvey W. Mohrenweiser, Henry Gershowitz, Jorge Azofeifa, Tomas D. Arias y James V. Neel
1990 Microevolution in Lower Central America: genetic characterization of the Chibcha-speaking groups of Costa Rica and Panama, and a consensus taxonomy based on genetic and linguistic affinity. *American Journal of Human Genetics* 46:63-84.
- Baudez, Claude F. y Michael D. Coe
1962 Archaeological sequences in northwestern Costa Rica. En *Akten der 34° Internationalen Amerikanistern Kongressen* I:336-373, Viena.
- Bray, Warwick
1984 Across the Darien gap: a Colombian view of isthmian archaeology. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Frederick W. Lange y Doris Z. Stone, pp. 305-338. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Coe, Michael D.
1962 Preliminary report on archaeological investigations in coastal Guanacaste, Costa Rica. En *Akten des 34 Internationalen Amerikanistenkongresses* Vol. 1:358-365. Verlag Ferdinand Berger, Viena.
- Coe, Michael D. y Claude F. Baudez
1961 The zoned bichrome period in northwestern Costa Rica. *American Antiquity* 26(4):358-365.
- Constenla, Adolfo
1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.

Cooke, Richard C.

- 1984 Archaeological research in Central and Eastern Panama: a review of some problems. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Frederick W. Lange y Doris Z. Stone, pp. 305-338. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Cooke, Richard y Anthony Ranere

- 1992 The origin of wealth and hierarchy in the central region of Panama (12000-2000BP), with observations on its relevance to the history and phylogeny of Chibchan-speaking polities in Panama and elsewhere. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 243-316. Dumbarton Oaks, Washington.

Gamio, Manuel

- 1912 *La población del valle de Teotihuacan*. Instituto Nacional Indigenista, México.

Graham, Mark Miller (Editor)

- 1992 *Reinterpreting the prehistory of Central America*. University of Colorado Press, Niwot.

Haberland, Wolfgang

- 1959 *Archaeologische untersuchungen in Sudost Costa Rica*. Grang Steiner Verlag, Weisbaden.

Healy, Paul F.

- 1974 *Archaeological survey of the Rivas region, Nicaragua*. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge.
- 1980 *The archaeology of the Rivas region, Nicaragua*. Sir Wilfred Laurier University, Waterloo.

Kroeber, Alfred Louis

- 1930 Cultural relations between North and South America. En *23rd International Congress of Americanists*, pp. 5-22, Nueva York.

Lange, Frederick W.

- 1971 *Culture history of the Sapoa valley Costa Rica*. Beloit College, Wisconsin.
- 1984 The Greater Nicoya archaeological subarea. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp. 165-184. University of New Mexico Press, Albuquerque.

- 1992a The Intermediate Area: an introductory overview of wealth and hierarchy issues. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 1-14. Dumbarton Oaks, Washington.
- 1992b The conceptual structure in Lower Central American studies: a Central American view. En *Reinterpreting prehistory*, editado por Mark Graham, pp. 277-324. University of Colorado Press, Niwot.
- 1996 Gaps in our databases and blanks in our syntheses: the potential for Central American archaeology in the twenty-first century. En *Paths to Central American prehistory*, editado por Fred Lange, pp. 305-326. University Press of Colorado, Niwot.
- 2003a Population trends and cultural heritage preservation in Central America: Is cultural triage now necessary? Ponencia presentada en el 5 World Archaeological Congress, Washington.
- 2003b Cultural heritage preservation in post-war settings in Central America. Ponencia presentada en el 5 World Archaeological Congress, Washington.
- 2003c Panelista en la mesa redonda "U.S. Implementation of the UNESCO Cultural Property Convention: an assessment of the first twenty years". 104 Reunión del Archaeological Institute of America, New Orleans.
- Lange, Frederick W., Payson D. Sheets, Suzanne Abel-Vidor y Aníbal Martínez
- 1992 *The archaeology of Pacific Nicaragua*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Lange, Frederick W. y Doris Z. Stone (Editores)
- 1984 *The archaeology of Lower Central America*. University of New Mexico Press, School of American Research Series, Albuquerque.
- Langebaek, Carl H. y Felipe Cárdenas-Arroyo
- 1996 Preamble. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el área intermedia de las Américas*, pp. ix-xi. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Linares, Olga
- 1968 *Cultural chronology in the Gulf of Chiriqui, Panamá*. Smithsonian, Washington.
- Linares, Olga F. y Anthony J. Ranere (Editores)
- 1980 *Adaptive radiations in prehistoric Panama*. Harvard University Press, Cambridge.

Lyman, R. Lee y Michael J. O'Brien (Editores)

2001 *Method and theory in American archaeology*, de Gordon R. Willey y Phillip Phillips. University of Alabama Press, Tuscaloosa.

Magnus, Richard W.

1974 The prehistoric cultural relationships of the Miskito Coast.
Manuscrito sin publicar, Museo Nacional de Nicaragua, Managua.

Norweb, Albert Holden

1964 Ceramic stratigraphy in Southwestern Nicaragua.
En *Actas y Memorias XXXV Congreso Internacional de Americanistas* 1:551-561, México.

Politis, Gustavo

2003 The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *Latin American Antiquity* 14(2):115-142.

Quilter, Jeffrey y John W. Hoopes

sf Ponencia presentada en el simposio *Breaking down boundaries in the Intermediate Area: toward a new macro-Chibchan synthesis*. 68
Reunión Anual de la Society for American Archaeology, Milwaukee.

Salgado, Silvia

1996 Social change in a region of Granada, Pacific Nicaragua (1000 BC-1522 AD). Disertación doctoral, State University of New York, Albany.

Sheets, Payson

1992 Pervasive pejorative in Intermediate Area studies. En *Weath and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp. 15-42. Dumbarton Oaks, Washington.

Sheets, Payson D., Kenn Hirth, F.W. Lange, F. Stross, F. Asaro y H. Michel

1990 Obsidian sources and elemental analyses of artifacts in Southern Mesoamerica and the Northern Intermediate Area. *American Antiquity* 55(1):144-158.

Sheets, Payson y Brian McKee (Editores)

1994 *Archaeology, volcanism, and remote sensing in the Arenal region, Costa Rica*. University of Texas Press, Austin.

Snarskis, Michael J.

1978 The archaeology of the Central Atlantic watershed of Costa Rica. Disertación doctoral, Columbia University, Nueva York.

Willey, Gordon R.

- 1955 The interrelated rise of the native cultures of Middle and South America. En *New interpretations of aboriginal American culture history*, pp. 28-45. Anthropological Society of Washington, Washington.
- 1958 Estimated correlations and dating of South and Central American culture sequences. *American Antiquity* 23:353-378.
- 1959 The Intermediate Area of nuclear America: its prehistoric relationships to Middle America and Perú. En *33rd International Congress of Americanists I*: 184-191, San José.
- 1969 The Mesoamericanization of the Salvadoran-Honduran periphery: a symposium commentary. En *38th International Congress of Americanists I*: 536-542, Stuttgart-Muenchen.
- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume 2: South America*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- 1990 *New World archaeology and culture history: collected essays and articles*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Willey, Gordon R. y Charles R. McGimsey III

- 1954 *The Monagrillo culture of Panama*. Peabody Museum Papers Vol. 49, No. 2. Harvard University, Cambridge.

Willey, Gordon R. y Phillip Phillips

- 1958 *Method and theory in American archaeology*. University of Chicago Press, Chicago.

Willey, Gordon R. y T.R. Stoddard

- 1954 Cultural stratigraphy in Panama: a preliminary report on the Giron site. *American Antiquity* 19:332-342.

El proceso de domesticación: revalorización de los principales componentes del “Formativo” en el centro y noroeste de Sudamérica

John Edward Staller

Beloit College

Resumen

Algunos arqueólogos han intentado definir las características principales de las culturas del Formativo en América Central y el noroccidente de Suramérica. Las investigaciones llevadas a cabo han mostrado que los rasgos atribuidos a dichas culturas varían en el tiempo y en el espacio y se relacionan con factores locales, regionales, históricos y, en especial, ecológicos. Los datos obtenidos a partir del registro arqueológico no sustentan la existencia de una difusión de la revolución neolítica. En este artículo se discuten los inicios de la domesticación desde una perspectiva ecológica y evolutiva más amplia en términos de domesticación del paisaje; también se presentan estudios de casos de diferentes regiones del neotrópico que evidencian la presencia de un antiguo proceso de domesticación mejor explicada por sus causas que por sus consecuencias puesto que se explotaron, por igual, recursos animales y plantas silvestres. Los datos indican un proceso de domesticación que no sólo abarcó especies vegetales y animales sino también el paisaje. ☞

Palabras clave

Cultura Formativa,
Clasificación,
Domesticación,
Agricultura,
Arquitectura.



Abstract

A number of archaeologists have attempted to define the primary constituents that characterize a formative way of life in western and northwestern South America. Subsequent research has shown that the primary traits often ascribed to such cultures vary widely in time and space and are generally related to local, regional, historic, and particularly ecological factors. These data indicate that a concept of a widespread Neolithic revolution is unsupported by the archaeological record. The appearance of domestication is discussed from a broader ecological and evolutionary perspective in terms of a domesticated landscape. Case studies from various regions of the Neotropics are presented to show that ancient evidence for domestication is best explained by the causes rather than the consequences of such behavior since both domesticated and wild plant and animal resources are exploited. These data indicate that not only plant and animal species but landscapes are what is domesticated. ☺

Keywords

Formative Culture,
Clasificación,
Domestication,
Agriculture,
Arquitectura.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
19/07/2005

Introducción

Desde el punto de vista arqueológico la transición de la recolección a la producción de alimentos es esencial para comprender el desarrollo de la civilización; sin embargo, a medida que se conocen más evidencias de índole etnobotánica, arqueológica y cronológica parece haber una mayor falta de consenso acerca de dónde y cuándo debemos trazar el límite entre una y otra actividad. Muchos estudiosos de la agricultura temprana sostienen que plantas como el maíz proporcionaron la base económica para el surgimiento de la civilización. Hace casi un siglo Herbert J. Spinden (1917) postuló la existencia de un estrato Formativo subyacente a la base de la civilización en América. Los rasgos principales del Formativo, que llamó *cultura Arcaica*, incluían la agricultura de maíz, cerámica, presencia de figurinas antropomorfas y construcción de montículos ceremoniales. Kroeber (1930) consideró una base agrícola común para el Formativo: el mismo tipo de alimentos vegetales y técnicas similares de tejido, metalurgia y arquitectura. Willey y Phillips (1958:144) presentaron una interpretación del desarrollo histórico del formativo definido “por la presencia de agricultura de maíz y/o yuca y una integración socioeconómica exitosa de tal agricultura en la vida sedentaria bien establecida”. Esta definición es similar a la que Gordon Childe dio para la transición de la recolección a la producción de alimentos en el Neolítico del antiguo continente.

La evidencia arqueológica de América ha sido analizada por su adecuación a los términos de esa definición; pese a la existencia de una cierta ambigüedad se ha aplicado un esquema clasificatorio basado en la presencia o ausencia de tales rasgos. Hace más de cuatro décadas Richard MacNeish dio comienzo a la excavación de cuevas de México central y septentrional; su objetivo era desarrollar una secuencia cronológica que le permitiera hacer un registro de las clases de vegetales domesticados por los cazadores y recolectores arcaicos (Mangelsdorf *et al.* 1967). James Ford consideró que el Formativo se extendió por difusión, aproximadamente hace unos 3000 años, con la aparición de cerámica, instrumentos líticos de molienda, figurinas y agricultura de yuca y maíz; en lugar de una transición agrícola Ford (1969:5) percibió “centros de domesticación” y dividió al formativo en dos: el “formativo colonial”, con inicios ca. 3000 AC, y el “formativo teocrático” para el período siguiente, hacia 1200 AC. Esta perspectiva consideró estilos de vida formativos y materiales asociados que se difundieron hacia centros más periféricos, inicialmente en asociación con la difusión de la agricultura y más tarde vinculados por una cosmología religiosa común.

Estos estudios pioneros del Formativo en América recogieron evidencias de una innovación cerámica muy temprana y de la construcción de montículos ceremoniales en las subregiones del área cultural macro-chibcha o Intermedia que implicaría la existencia temprana de producción agrícola. Particularmente notables en este sentido son la región del canal del Dique, en la costa noroeste de Colombia (Reichel Dolmatoff 1957, 1965; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1961, 1962), y la costa suroeste de Ecuador, sobre todo cerca de la península de Santa Elena (Meggers *et al.* 1965; Evans y Meggers 1966; Lanning 1968; Bischof 1972, 1980; Bischof y Viteri 1972; Norton 1972, 1977, 1982; Lathrap *et al.* 1977; Zevallos *et al.* 1977; Raymond *et al.* 1980, 1991; Damp 1984a, 1984b; Marcos 1988; Raymond 1993; Damp y Vargas 1994). Gran parte de los arqueólogos (con excepción de Reichel-Dolmatoff, Lanning, Bischof y Viteri) percibieron el cambio cultural como resultado final de difusiones, migraciones o invasiones desde

áreas con una complejidad socio-política mayor (con arquitectura monumental) hacia regiones con una organización social menos compleja y de regiones con tierras más ricas y clima más húmedo a ambientes más marginales y secos (Staller 1994, 2001a). Si se aplica este modelo a Ecuador se observa que las únicas áreas en tierras bajas costeras donde el ambiente y clima eran propicios para la agricultura intensiva y, por lo tanto, para el surgimiento de estratificación social e innovación cultural fueron la Provincia de Esmeraldas y la cuenca del Guayas (Evans y Meggers 1957; Meggers 1966); sin embargo, estas subregiones de la costa desarrollaron tardíamente los rasgos culturales propios de un estilo de vida Formativo. Las primeras evidencias de complejidad ocurrieron en las regiones más secas y, aparentemente, más marginales de las costas suroeste y sur del Ecuador. Algunos arqueólogos señalaron para estas regiones una distinción ambiental importante que residió en la disponibilidad de una gran variedad de recursos acuáticos durante todo el año (Meggers 1966:20-21; cf. Evans y Meggers 1966). La innovación cerámica y la arquitectura ceremonial aparecieron, inicialmente, en las regiones más secas de la costa suroeste y sur del Ecuador. Estos patrones arqueológicos fueron interpretados como intrusivos desde el Amazonas superior o la sierra andina o como resultado de difusión, migración o invasión desde las áreas nucleares de Mesoamérica o de las tierras altas peruanas (Uhle 1923a, 1923b; Estrada *et al.* 1962; Lathrap 1970; Lathrap *et al.* 1977). Los orígenes tempranos de la tecnología cerámica en las costas del Ecuador se consideraron como resultado de procesos de difusión (Estrada *et al.* 1962; Meggers *et al.* 1965; Lathrap *et al.* 1975). Evidencia arqueológica y cronológica posterior puso en duda estas primeras interpretaciones y sugirió que la complejidad cultural y las economías agrícolas asociadas no se difundieron desde las áreas nucleares del neotrópico sino que fueron resultado de desarrollos locales (Staller 2001a); sin embargo, a pesar de que se han obtenido mayores evidencias etnobotánicas, arqueológicas y cronológicas sobre el cambio a la producción de alimentos no hay consenso sobre dónde y cuándo trazar la línea entre las adaptaciones de cazadores-recolectores y de productores de

alimentos en subregiones diferentes. ¿Todavía nos estamos preguntando cuáles son los componentes principales que caracterizan un estilo de vida Formativo en arqueología?

En las explicaciones del desarrollo sociocultural en arqueología la atención se ha dirigido hacia la transición y no hacia la difusión y migración. Los análisis diseñados para descubrir dónde y cuándo comenzó la producción de alimentos han generado conjuntos de datos que se centran en los vegetales más tempranos (particularmente maíz) y excluyen otras plantas silvestres en el registro paleobotánico. Se ha propuesto que el maíz (*Zea mays L.*) tuvo un papel importante, si no fundamental, en la subsistencia basada en agricultura, sedentarismo y cerámica temprana en los Andes (Lathrap 1970; Lathrap *et al.* 1975; Pearsall 2003); también se ha señalado la presencia de maíz en sedimentos arqueológicos y basureros antiguos como parte de lo que se llamó “estilo de vida Formativo”. Recientes fechados directos por AMS en Mesoamérica indican un evento de domesticación más reciente que lo previamente informado; este hecho ha generado una controversia considerable (Long *et al.* 1989; Benz y Iltis 1990; Fritz 1994a, 1994b; Smith 1998, 2001; Benz y Long 2000; MacNeish y Eubanks 2000; Bennetzen *et al.* 2001; Eubanks 2001; Long y Fritz 2001; Piperno y Flannery 2001). Los arqueólogos y paleobotánicos han debido revisar sus consideraciones sobre la fecha de la transición de la recolección a la producción y los procesos asociados (Fritz 1994a). El énfasis metodológico sobre datos cronológicos y cultígenos económicos con la exclusión de otros vegetales en el registro paleobotánico ha sesgado los datos y creado la controversia reciente que rodea el origen de *Zea mays L.* y la expansión temprana de un estilo de vida Formativo en América. Los enfoques transicionales han obstaculizado, más que facilitado, el diálogo con investigadores de las ciencias biológicas y ecológicas en detrimento de la interpretación arqueológica. Nuestro enfoque sobre la transición agrícola o el origen de la producción de alimentos ha predispuesto a ciertos arqueólogos a suponer que los usos actuales de plantas con valor económico reflejan sus roles en el pasado (Lathrap 1970; Lathrap *et al.* 1977; Pearsall y Piperno 1990; Piperno 1994; Piperno *et al.*

2001; Pearsall 2002, 2003). Centrándonos en sistemas dinámicos o en las causas, más que en las consecuencias, del proceso de domesticación de los paisajes podemos plantear distintos interrogantes y hacer comparaciones que generen conjuntos de datos ecológicos y paleobotánicos que permitan considerar variaciones subregionales e intraregionales en detalle y reconsiderar por qué ciertos grupos de especies vegetales y animales fueron seleccionados en una región o área particular y no en otras (Terrell *et al.*, 2003; cf. Staller 1994). Un enfoque más holístico puede proporcionar una base para considerar cómo el consumo y/o utilidad de ciertas especies ha cambiado a través del tiempo (e.g., Burger y van der Merwe 1990; Staller 1994; Staller y Thompson 2002; Tykot y Staller 2002).

Con el estudio de casos de Costa Suroeste y Sur del Ecuador, la región del Canal del Dique en el noroeste de Colombia, la península de Parita en Panamá central y la región de Arenal del norte de Costa Rica intento demostrar con evidencia arqueológica que los enfoques clasificatorios que hemos heredado y nuestra tentativa previa de comprender los orígenes de la agricultura no han sido exitosos en su búsqueda de una base que documente la existencia de un estilo de vida Formativo en estas subregiones.

Caso I: suroeste y sur de la costa ecuatoriana

El sedentarismo y la innovación cerámica han sido considerados como indicadores importantes de un estilo de vida Formativo; sin embargo, como ha sido demostrado en varias regiones costeras del neotropico ninguno de estos rasgos culturales puede ser considerado como indicador claro de una economía agrícola. La bien documentada cultura Valdivia de la costa del Ecuador es un ejemplo (Figura 1); a pesar del hecho de que varios sitios Valdivia tempranos están localizados en inmediaciones de la costa y de que la cerámica, las figurinas antropomorfas y la construcción de montículos ceremoniales ocurrieron ca. 2700 AC los análisis de isótopos estables de carbono en esqueletos tempranos indican una paleodieta basada

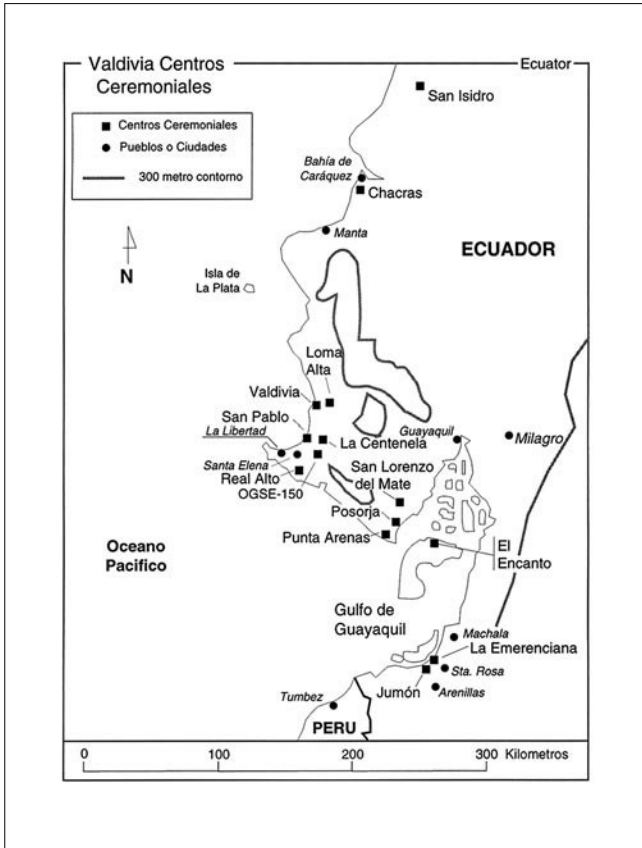


Figura 1

en plantas y animales terrestres crecientemente dependiente de recursos marinos y acuáticos durante la última parte de la secuencia (van der Merwe *et al.* 1993; Staller 2000a, 2001a; Tykot y Staller 2002). Estos datos entran en conflicto con los proporcionados por la arqueología y el análisis de fitolitos que sugerían un papel económico fundamental para el maíz y su introducción más temprana en la costa del Ecuador (e.g., Lathrap *et al.* 1975; Zevallos 1977; Marcos 1988; Pearsall y Piperno 1990; Pearsall 2003). Aunque hay evidencia clara de la práctica de algún cultivo la adaptación Valdivia incorporó varios

recursos de subsistencia; las prospecciones en los asentamientos de la costa sur muestran que no hubo sociedades agrícolas plenamente desarrolladas hasta el final de la secuencia cultural (Staller 2001b). La evidencia reciente corrobora las interpretaciones más tempranas que indican que aún durante la porción final de la secuencia cultural las comunidades costeras se especializaron en la explotación de recursos acuáticos (Meggers *et al.* 1965; Evans y Meggers 1966; Lanning 1968; Staller 1994, 2000b, 2001a). Los datos de isótopos de carbono muestran que el maíz no parece haber tenido un papel importante en la dieta hasta mucho después en la secuencia; el papel de la yuca ha sido difícil de identificar arqueológicamente (van der Merwe *et al.* 1993; cf. Pickersgill y Heiser 1978; Pickersgill 1989). El maíz parece haber tenido un importante rol ceremonial en el ritual andino y hay razones para sospechar su profundidad temporal, sugiriendo que su rápida expansión puede haber estado relacionada con el intercambio temprano de larga distancia y el desarrollo sociocultural complejo al finalizar la secuencia cultural Valdivia (Staller y Thompson 2000, 2002; Staller 2001a). El maíz no parece haber jugado un papel económico importante en la cultura Valdivia sino un papel ligado a factores sociales relacionado con el intercambio en el Período Formativo Temprano (Evans y Meggers 1966; Lanning 1967, 1968; Lathrap 1970, 1973; Byrd 1976; Tykot *et al.* 1996a; Staller y Thompson 2000, 2002; Tykot y Staller 2002; Staller 2003). Esa interpretación es consistente con las reconstrucciones de paleodietas basadas en resultados bioquímicos en otras áreas de los Andes (Burger y van der Merwe 1990; Tykot *et al.* 1996b, 1996c).

La evidencia de arquitectura ceremonial Valdivia se ha documentado en varios sitios (**Figura 1**). La información de Real Alto, El Encanto, Posorja y Punta Arenas indica configuraciones circulares o en herradura rodeando una plaza central (Marcos 1988; Staller 2001b: fig. 14, 2003: fig. 2). Un patrón dual de montículos de forma ovalada que miden alrededor de 80x60 metros y 1,5 metros de alto se documentó para Real Alto y La Emerenciana y un montículo artificial de 8 metros de altura y alrededor de 70x80 metros en la base fue identificado

en una terraza marina elevada en San Lorenzo del Mate, en la cuenca de Guayas, y en San Isidro, al lado del río Jama (Staller 1994, 2000a, 2001a, 2001b, 2003; Zeidler 1994). Las excavaciones indican una variación considerable en la configuración de los sitios y en la construcción de los montículos ceremoniales; también indican variaciones en los diagnósticos de la porción final de la secuencia cultural Valdivia (Staller 2001a: figs. 7-9). La variación regional está relacionada con la primera evidencia directa de interacción de larga distancia y el surgimiento de desigualdad social entre sociedades afiliadas con diferentes centros regionales. Aunque hay evidencia de intercambio de larga distancia a lo largo de la costa durante los primeros tiempos de la secuencia cultural Valdivia parece haber sido más fuertemente dirigida a las tierras altas andinas durante la parte final (Staller 2001a). La evidencia arqueológica de los períodos Formativos posteriores, especialmente en la fase Chorrera del Formativo Tardío, está indicada por las afinidades cerámicas que se encontraron en sitios de las tierras altas como Coto-collao, en el valle de Quito, y Cerro Narrío, en la Provincia de Cañar, en las tierras altas del valle del ríoCañar (Collier y Murra 1943; Villalba 1988).

Caso II: noroccidente de Colombia costera

En los estuarios de la boca del río Magdalena y la amplia planicie del Caribe cerca de Cartagena las prospecciones de Oyuela (1987a, 1987b) han ampliado los trabajos pioneros de Gerardo Reichel-Dolmatoff (1955, 1957, 1965) y Alicia Dussán de Reichel (1955, 1961, 1962) en Puerto Hormiga, Monsú y San Jacinto. Estos sitios y otros en la región circundante contienen alguna de la alfarería más temprana de América (Raymond *et al.* 1991); sin embargo, en vez de documentar el desarrollo temprano de un estilo de vida Formativo las investigaciones recientes en estos sitios y en Puerto Chacho indican que sus habitantes eran cazadores y recolectores marítimos (Raymond 1998:16). Los concheros de Puerto Hormiga y Puerto Chacho fueron ocupados durante un período de elevación del nivel

del mar; sitios más tardíos, como Monsú, estuvieron ocupados cuando el nivel del mar estaba más bajo y los recursos explotados eran más fluviales que marinos¹ (Figura 2). Los datos cronológicos y arqueológicos indican que la innovación cerámica estuvo asociada a ocupaciones estacionales, campamentos base y campamentos con propósitos especiales casi un milenio antes de que apareciera el primer conchero en la región (Raymond 1998:17).

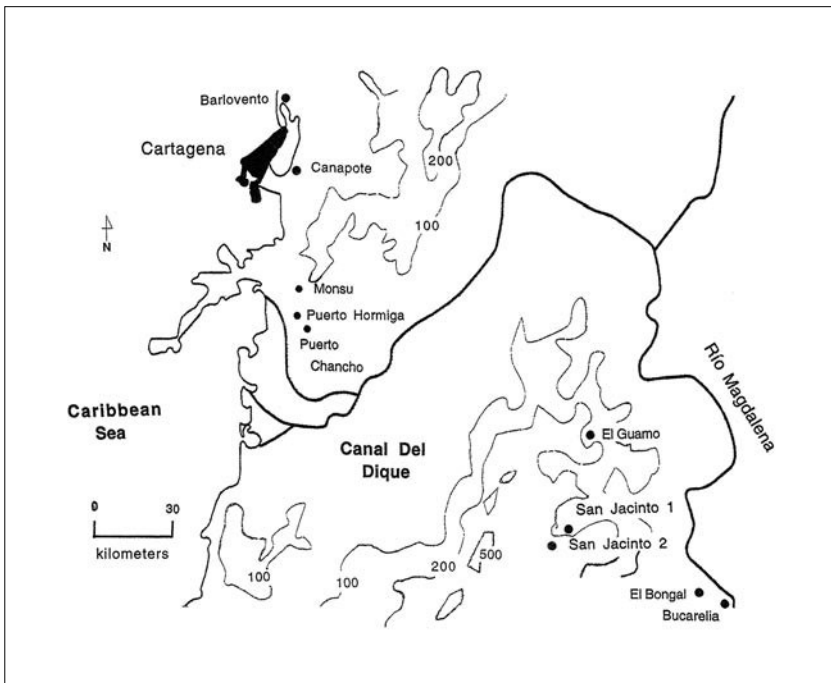


Figura 2

¹ Esta interpretación está apoyada por la ausencia de concheros (Reichel-Dolmatoff 1985a).

Oyuela (1995) indicó que la base costera rica en recursos facilitó el desarrollo de tecnologías de pesca y que la disponibilidad de recursos no condujo a una adaptación hortícola ni a ocupaciones de largo plazo en localidades únicas (Figura 3). Aunque se trató de un campamento base estacional Puerto Hormiga tenía una conformación circular con depósitos domésticos que llegan a una profundidad de 1.2 metros y entre 16 y 25 metros de ancho delimitando un espacio central o plaza libre de restos de ocupación (Reichel-Dolmatoff 1961; cf. Ford 1969). Aún no se ha determinado si esta configuración representa una construcción ceremonial o fue resultado de ocupaciones estacionales. Este patrón se ha reportado en varias sociedades contemporáneas de las tierras bajas tropicales. Barlovento, un sitio costero más tardío (1560-1030 AC) en las tierras bajas tropicales, presenta un trazado similar pero determinado por la acumulación de valvas marinas que forman seis concheros casi simétricos dispuestos de manera equidistante formando un círculo (Ford 1969: tabla 2-16); los montículos estaban conectados en sus bases (Reichel-Dolmatoff 1955:247-272). La porción cubierta de montículos del sitio cubre un área de 100x100 metros y encierra una plaza central de 15x20 metros (Figura 4).

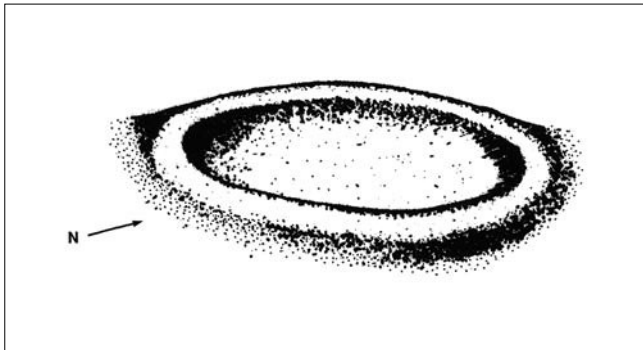


Figura 3

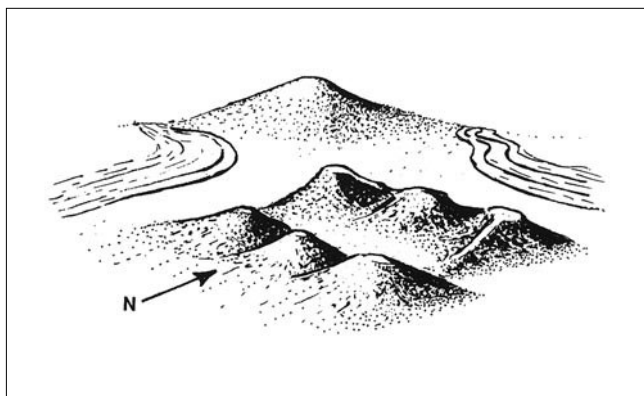


Figura 4

La serranía de San Jacinto presenta un ambiente transicional entre bosque y savanna con una variación marcada en la precipitación estacional (Raymond 1998:17). La evidencia más temprana de sedentarismo registrado en las excavaciones de San Jacinto 2 coincide con la aparición temprana de concheros en la costa. Sitios como San Jacinto 2 fueron ocupados tan temprano como 3000 a.C. y son interpretados como campos o aldeas residenciales estacionales de los cazadores recolectores nómadas. La baja densidad de tuestos en sitios como San Jacinto 1 sugiere que la tecnología cerámica no estaba, necesariamente, asociada con la preparación de alimentos y sugiere que la cerámica debió haber sido un medio social de intercambio y status más que utilitario; esta interpretación también está implicada en las decoraciones cerámicas (Raymond *et al.* 1991; Oyuela 1995; Raymond 1998). Los ricos recursos de estuario parecen haber impulsado una mayor especialización y la disponibilidad estacional de recursos vegetales y animales terrestres parecen haber favorecido la flexibilidad en la especialización e intensificación o dependencia de cultígenos específicos (Oyuela 1995). Otro patrón interesante rara vez mencionado

es que la innovación cerámica no se difundió a las regiones circundantes por más de dos milenios, permitiendo sostener la idea de que la tecnología cerámica no estaba asociada con la difusión de un modo de vida Formativo. Los restos macrobotánicos y varios rasgos arqueológicos indican que los recursos vegetales silvestres, especialmente pastos, se cosecharon estacionalmente (Raymond 1998:17).

Caso III: tierras bajas de Panamá Central

Otra región muy estudiada con respecto al cambio hacia la producción de alimentos es la costa Pacífica de Panamá central a lo largo de los estuarios del río Santa María, especialmente los concheros Cerro Mangote y Monagrillo con ocupaciones tempranas fechadas entre el quinto y tercer milenio (Cooke 1984, 1995; Cooke y Ranere 1984, 1992a, 1992b; Cooke *et al.* 1996). Esta región y estos sitios han sido importantes para los arqueólogos que estudian la domesticación del paisaje en el tránsito de la caza-recolección a la producción de alimentos. Sedimentos lacustres de Monagrillo indican un episodio de quema hacia 5000 AC, una marcada declinación en las especies de bosque y un incremento en pastos silvestres alrededor de 2000 AC, concomitantemente con la aparición de cerámica, incremento en el tamaño de los sitios y cambio en las estrategias de pesca (Cooke 1995; Cooke *et al.* 1996). Las aldeas sedentarias no aparecen hasta casi un milenio más tarde. El patrón adaptativo de largo plazo en la península de Parita de Panamá central, como en la costa suroeste de Ecuador, sugiere una flexibilidad adaptativa con respecto a la explotación de una amplia variedad de recursos acuáticos y terrestres; sin embargo, el sedentarismo ocurrió tarde en esta región, lo que sugiere que la transformación del patrón de subsistencia y de asentamiento fue independiente de la presencia de productos ya domesticados como yuca y maíz.

El monumentalismo no parece haber sido un aspecto importante de desarrollo sociocultural en Panamá central. El conchero en Monagrillo está formado por un conjunto de crestas paralelas que miden unos 100x80 metros y corren longitudinalmente en una elevación natural de poca altura; rodean un patio central que, según las excavaciones de Willey y McGimsey (1954), es mucho más profundo de lo que parece en superficie. Aunque no se ha determinado si se trataba de arquitectura ceremonial el trazado general del sitio es similar al que se encuentra en otras regiones del área macro-chibcha.

Estos datos indican que las clasificaciones basadas en los componentes principales de un estilo de vida Formativo tampoco se aplican a esta región ni caracterizan estas poblaciones arcaicas como hortícolas, agrícolas o agricultoras-recolectoras (Piperno 1988:548). Cooke y Ranere (1992a) enfatizaron la explotación a largo plazo de tubérculos silvestres, palmas y árboles frutales como fundamentales para la base de subsistencia; Piperno (1989:539), sin embargo, ha sostenido que la agricultura temprana o la dependencia de pocos cultígenos fueron estrategias de bajo costo para hacer frente a la escasez de recursos. Esta interpretación es cuestionable desde un punto de vista ecológico porque la respuesta más común ante una situación de riesgo por escasez de recursos ocurre como ampliación de la dieta y mayor flexibilidad adaptativa antes que como especialización en recursos específicos. Cooke y Ranere (1992a) sugirieron que el aumento de la población fue el mayor impulso para el surgimiento de un estilo de vida Formativo en Panamá central alrededor de 1000 AC, un argumento sostenido por el incremento en tamaño de los sitios y su distribución (Figura 5). El desarrollo de la agricultura intensiva en suelos aluviales basada, principalmente, en el maíz con ocupaciones permanentes cristalizó en la región alrededor de 200 AC junto con estrategias de explotación acuática intensiva y especializada.

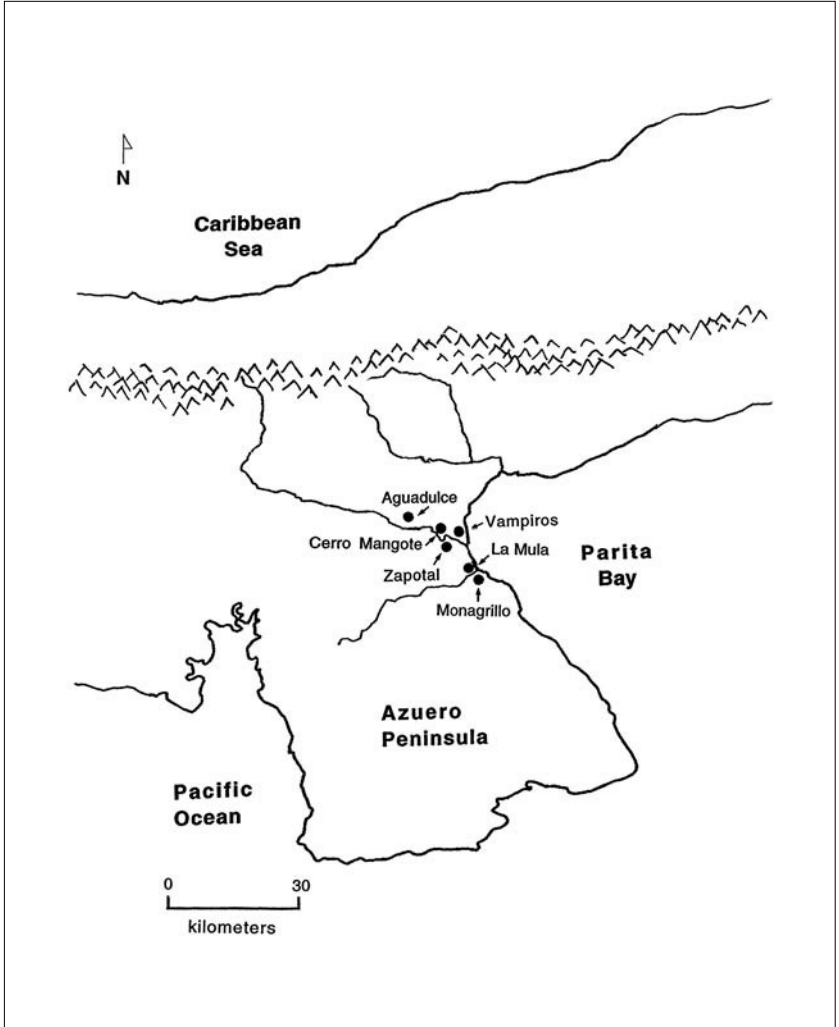


Figura 5

Caso IV: Costa Rica septentrional

El comienzo de un estilo de vida agrícola en la región de Arenal de Costa Rica septentrional está fechado alrededor de 2000 AC (Hoopes 1991, 1994a; Drennan 1996:102). Los pisos de vivienda enterrados en ceniza volcánica se toman como evidencia de sedentarismo; la difusión de la innovación cerámica en la región está fechada ca. 1500 AC (Hoopes 1994a, 1994b). Estudios paleoecológicos recientes de utilización de la tierra y sedimentos lacustres en esta región y en regiones circundantes indican que fueron quemadas grandes áreas de selva tropical hacia 4000 AC (Sanford y Horn 2000). Pearsall y Piperno (1990), basándose en el análisis de fitolitos, han sugerido que en Costa Rica se obtenían cosechas de maíz y de raíces (Piperno 1994; Piperno *et al.* 2001) hacia 5000 AC (pero ver Rovner 1996, 1999; Staller 2003). Aunque el maíz domestico puede haber estado presente en la región de Arenal tan temprano como 2000 AC la evidencia más temprana se remonta a ca. 700 AC (Horn y Kennedy 2001); además, estudios bioquímicos practicados en los esqueletos asociados indican que el maíz era un vegetal secundario y no fue un cultígeno principal hasta los primeros siglos DC (Drennan 1996:102). Algunos investigadores sugieren que esto se debe a que el maíz era primitivo; esto también puede indicar que el maíz no era explotado ni cultivado como planta con valor económico sino que tuvo, inicialmente, un significado social. El significado social temprano del maíz coincide, cronológicamente, con la evidencia de producción especializada de cacao en los asentamientos del Formativo Temprano y Medio en la cercana Honduras central (Joyce y Henderson 2001). Teniendo en cuenta los datos arqueológicos de la región de Arenal la aparición de la agricultura, el sedentarismo y la cerámica coinciden entre sí y con lo que se ha dado en llamar estilo de vida Formativo; sin embargo, esta es la excepción en el contexto del área macro-chibcha. La evidencia más temprana de la complejidad sociocultural en esta región y en la zona circundante, entre 300 y 600 DC, se asocia con la difusión de artefactos de calidad confeccionados en jade, la metalurgia, tumbas de elite, presencia de arquitectura monu-

mental, producción especializada de cuentas de valva y piedra y de la expresión standardizada de una iconografía regional en motivos zoomorfos y antropomorfos en diferentes etapas de transformación (Cooke y Bray 1985).

La arquitectura ceremonial de este período en Las Mercedes estaba representada por montículos de tierra dispuestos formalmente (Wiley 1971:5-102); el montículo central es circular y tiene 6,5 metros de alto, mide cerca de 30 metros de diámetro y está cubierto por guijarros y cantos rodados fluviales (Figura 6). Los montículos contiguos bajos y paralelos y las plataformas están dispuestas asimétricamente alrededor de un gran patio o plaza (Hartman 1901; Lothrop 1926; Mason 1945; cf. Wiley 1971). La construcción monumental incluye tumbas elaboradas de forma rectangular u oval con paredes alineadas y pisos, con techos sellados con trozos de piedra y con ofrendas que incluyen vasijas de cerámica, metates zoomorfos con forma de felino, las llamadas “piedras de altar” y adornos de oro (Wiley 1971:339-340).

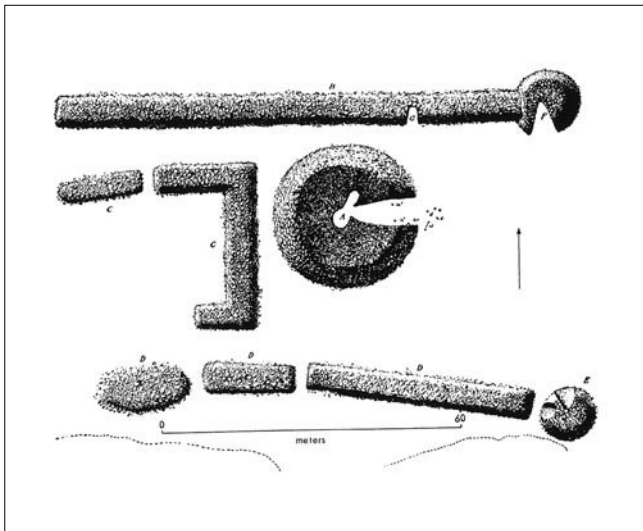


Figura 6

La escultura en piedra asociada con este sitio suporta, aún más, su función ceremonial (**Figura 7**). En esta región de Costa Rica la evidencia de agricultura y cerámica aparece en asociación con un estilo de vida sedentario; esta es la excepción, más que la regla, en la mayoría de las subregiones del área cultural macro-chibcha. El cambio a una economía agrícola desarrollada ocurrió casi 3000 años después de que el maíz hiciera su aparición en la región y cerca de un milenio después de la primera evidencia clara de su domesticación (Drennan 1996; Horn y Kennedy 2001). Los modelos que hemos heredado sobre la identificación de un estilo de vida Formativo en el registro arqueológico son contradictorios con la evidencia arqueológica y cronológica.



Figura 7

Discusión y conclusiones

De los estudios de casos resumidos se desprende que más que suponer una correlación entre los indicadores tradicionales del estilo de vida Formativo que conformen un esquema predefinido las estrategias de subsistencia se deben documentar y comprender con relación al conjunto dinámico de patrones de comportamiento ideológico, ecológico, socioeconómico y sociopolítico (Terrell *et al.* 2003). Más que centrar la atención

sobre las consecuencias de la domesticación, como se ha hecho comúnmente en los estudios sobre la transición agrícola, sugiero que las futuras investigaciones sobre la domesticación adopten un enfoque regional más amplio en términos de paisajes y la reconstrucción de las ecologías de subsistencia. Centrar la investigación en el cambio a la producción de alimentos ha introducido un sesgo en los conjuntos de datos botánicos y de microfósiles sobre ciertos cultígenos específicos y ha predisuesto a suponer que su papel económico en el presente puede extenderse al pasado.

Como he documentado en mis investigaciones en colaboración con colegas especializados en química ósea y etnobotánica (Staller y Thompson 2000, 2002; Tykot y Staller 2002; Staller 2003) inicialmente el maíz estuvo asociado con ceremonias rituales y fue consumido en gran parte de los Andes como chicha, bebida alcohólica utilizada en muchos de los rituales. El papel temprano del maíz en las regiones del área cultural macro-chibcha que acabo de resumir puede haber estado más relacionado con aspectos sociales que económicos, jugando un papel fundamental en el estatus y el prestigio en vez de ser el sostén del aumento de la capacidad de soporte o haberse utilizado como parte de la estrategia tendiente a evitar la escasez de recursos; esta interpretación se confirma con la evidencia bioquímica y cronológica que indica que se convirtió en un producto de valor económico en el neotrópico ca. 500 AC-200 DC (Merwe *et al.* 1993; Tykot *et al.* 1996a, 1996b, 1996c; Tykot y Staller 2002; Staller 2003). Como Hoopes (1987) sugirió debemos comenzar a desviar nuestra atención de los patrones formativos generalizados y sus indicadores tradicionales y comenzar a centrarla en la dinámica de estos procesos en una escala regional más restringida, incluyendo la documentación detallada de otras plantas “silvestres” en cada subregión estudiada.

Al considerar las consecuencias de la producción de alimentos ha habido una tendencia general a suponer que el uso corriente de las plantas de valor económico es el reflejo de su importancia en el pasado. Los arqueólogos deberían comenzar a considerar la domesticación en términos de su comporta-

miento, como hizo Flannery (1986) en su análisis comprensivo de la domesticación en Guilá Naquitz. El desaparecido David Rindos (1984), que se opuso fuertemente a la idea de “los centros de domesticación”, demostró que la selección humana sobre el ambiente natural es una simbiosis microambiental y que en ecología la selección sobre ciertas plantas alimenticias silvestres tiene una gama completa de consecuencias sobre otras plantas y animales. La forma como los humanos domesticar una especie depende de ella y de qué partes y cuánto de esa especie se selecciona (Terrell *et al.* 2003). Mediante la domesticación y el conocimiento de la forma de cosechar una especie sus usos pueden cambiar sin que importe si los cambios asociados con la selección humana son intencionales o no (Terrell *et al.* 2003); en otras palabras, necesitamos comenzar a considerar no sólo qué especie se cosechó sino también lo que se hizo para cosecharla. Centrándonos más en las causas que en los comportamientos humanos involucrados en “la domesticación de paisajes” podemos comenzar a formular diferentes preguntas y hacer comparaciones que generen conjuntos de datos ecológicos y paleobotánicos que nos permitan considerar con mayor detalle la variación subregional e intrarregional y reconsiderar por qué ciertos grupos de especies fueron seleccionadas en una región particular. Este enfoque puede proporcionar una base para considerar cómo el modo de consumo y/o la utilidad de una especie puede haber cambiado con el tiempo y por qué hubo tanta variación en la forma como las sociedades arcaicas en América desarrollaron un estilo de vida Formativo.

Agradecimientos

Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a Alejandra Gudiño (University of Missouri-Columbia) y Ronald Lippi (University of Wisconsin-Marathon County) por invitarme a participar en el simposio de la SAA de 2003 en el que la inspiración de muchas de las ideas expresadas en este análisis tomó forma. También deseo expresar mi agradecimiento especial a Karen O. Bruhns (San Francisco State) y J. Scott

Raymond (University of Calgary) por sus consejos tan útiles en los primeros manuscritos. Estoy particularmente obligado hacia Ronald Lippi por sus comentarios editoriales. Extiendo mi agradecimiento a Osvaldo Mendonça y María Bordach (Universidad de Río Cuarto) por sus clarificaciones de mi sintaxis y errores gramaticales en la traducción y por su gran ayuda en la traducción final. También deseo expresar mi recuerdo profundo y sincero agradecimiento al desaparecido Gordon Willey por sus muy importantes contribuciones al campo de la arqueología y cómo su pensamiento sobre las áreas culturales no sólo influyó el mío sino que jugó un rol fundamental en la investigación presentada en este volumen.

Referencias

- Benz, Bruce F. y Hugh H. Iltis
1990 Studies in archaeological maize. I. The "wild" maize from San Marcos cave reexamined. *American Antiquity* 55:500-511.
- Benz, Bruce F. y Austin Long
2000 Prehistoric maize evolution in Tehuacan Valley. *Current Anthropology* 41(3):459-465.
- Benetzen, Jeff, Edward Buckler, Vicki Chandler, John Doebley, Jane Dorweiler, Brandon Gaut, Michael Freeling, Sarah Hake, Elizabeth Kellogg, R. Scott Peothig, Virginia Walbot y Susan Wessler
2001 Genetic evidence and the origin of maize. *Latin American Antiquity* 12:84-86.
- Bischof, Henning
1972 The origins of pottery in South America. Recent radiocarbon dates from Southwestern Ecuador. En *Proceedings of the 40th International Congress of Americanists* 1:269-281, Roma-Génova.
- 1980 San Pedro und Valdivia-frühe keramik komplexe an der kuste Sudwest Ekuadors. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 1:335-389.
- Bischof, Henning, y Julio Viteri Gamboa
1972 Pre-Valdivia occupations on the southwest coast of Ecuador. *American Antiquity* 37(4):548-551.

Burger, Richard L. y Nik J. van der Merwe

1990 Maize and the origin of highland Chavín civilization. *American Anthropologist* 92:85-95.

Byrd, Kathleen M.

1976 Changing animal utilization patterns and their implications: SW Ecuador 6500 BC-AD 1400. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Florida, Gainesville.

Collier, Donald y John V. Murra

1943 *Survey and excavations in southern Ecuador*. Field Museum of Natural History, Chicago.

Cooke, Richard G.

1984 Archeological research in central, and eastern Panama: are view of some problems. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp 263-302. University of New Mexico Press, Albuquerque.

1995 Monagrillo, Panama's first pottery (3800-1200 CAL BC): summary of research (1948-1993), with new interpretations of chronology, subsistence and cultural geography. En *The emergence of pottery*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp 169-184. Smithsonian, Washington.

Cooke, Richard G. y Warwick Bray

1985 The goldwork of Panama: an iconographic and chronological perspective. En *The art of precolombian gold: the Jan Mitchell Collection*, editado por Julie Jones, pp 35-45. Weidenfield & Nelson, Londres.

Cooke, Richard G. y Anthony J. Ranere

1984 The Proyecto Santa María, a multidisciplinary analysis of prehistoric adaptations to a tropical watershed. En *Recent developments in Isthmian archaeology: advances in the prehistory of Lower Central America*, editado por Fred Lange, pp 3-30. BAR International Series 212, Oxford.

1992a Prehistoric human adaptations to the seasonally dry forests of Panama. *World Archaeology* 24(1):114-133.

1992b The origin of wealth and hierarchy in the central region of Panama (12000-2000BP), with observations on its relevance to the history and phylogeny of Chibchan-speaking polities in Panama and elsewhere. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 243-316. Dumbarton Oaks, Washington.

- Cooke, Richard G., Linnette Norr y Dolores R. Piperno
1996 Native Americans and the Panama landscape. En *Case studies in environmental archeology*, editado por Elizabeth Reitz, Lee Newsom y Sylvia Scudder, pp 103-125. Plenum, Nueva York.
- Damp, Jonathan E.
1984a Environmental variability, agriculture, and settlement processes of coastal Ecuador (3300-1500 BC). *Current Anthropology* 25:106-111.
1984b Architecture of the Early Valdivia village. *American Antiquity* 49:573-585.
- Damp, Jonathan E. y Patricia Vargas
1994 The many contexts of Early Valdivia ceramics. En *The emergence of pottery*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp 157-168. Smithsonian, Washington.
- Drennan, Robert D.
1996 Betwixt and between in the Intermediate Area. *Journal of Archeological Research* 4(2):95-131.
- Estrada, Emilio, Betty J. Meggers y Clifford Evans
1962 Possible transpacific contact on the coast of Ecuador. *Science* 135:371-372.
- Eubanks, Mary W.
2001 An interdisciplinary perspective on maize. *Latin American Antiquity* 12:91-98.
- Evans, Clifford y Betty J. Meggers
1957 Formative period cultures in the Guayas Basin, coastal Ecuador. *American Antiquity* 22:235-247.
1966 Beginnings of food production in Ecuador. En *Actas y Memorias del 36 Congreso Internacional de Americanistas* 1:201-207.
- Flannery, Kent V.
1986 *Guilá Naquitz: archaic foraging and early agriculture in Oaxaca*. Academic Press, Nueva York.
- Ford, James
1969 *A comparison of Formative cultures in the Americas*. Smithsonian, Washington.

Fritz, Gayle J.

- 1994a Are the first American farmers getting younger?
Current Anthropology 35(3):305-309.
- 1994b Reply to Piperno. *Current Anthropology* 35(3):639-642.

Hartman, Carl

- 1901 *Archeological researches in Costa Rica*. Royal
Ethnological Museum, Estocolmo.

Hoopes, John W.

- 1987 Early ceramics and the origins of village life in Lower
Central America. Disertación doctoral, Department
of Anthropology, Harvard University, Cambridge.
- 1991 The isthmian alternative: reconstructing patterns of social
organization in Formative Costa Rica. En *The formation
of complex society in southeastern Mesoamerica*, editado por
William Fowler, pp 171-192. CRC Press, Boca Raton.
- 1994a Ford revisited: A critical review of the chronological and
relationships of early ceramic complexes in the New World,
6000-1500 B.C. *Journal of World Prehistory* 8(1):1-50.
- 1994b The Tronadora complex: early Formative ceramics in
northwestern Costa Rica. *Latin American Antiquity* 5(1):3-30.

Horn, Sally P. y Lisa M. Kennedy

- 2001 Pollen evidence of maize cultivation 2700 BP at La Selva
biological station, Costa Rica. *Biotropica* 29(3):191-196.

Joyce, Rosemary A. y John S. Henderson

- 2001 Beginnings of village life in eastern Mesoamerica.
Latin American Antiquity 12(1):5-23.

Kroeber, Alfred Louis

- 1930 Cultural relations between North and South America. En *Proceedings
of the 23rd International Congress of Americanists* 5-22, Nueva York.

Lanning, Edward P.

- 1967 *Peru before the Incas*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.
- 1968 Informe preliminar de la Península de Santa
Elena. Manuscrito sin publicar, Casa de la Cultura
Ecuatoriana, Núcleo de Guayas, Guayaquil.

Lathrap, Donald W.

- 1970 *The upper Amazon*. Thames & Hudson, Londres.

- 1973 The antiquity and importance of long-distance trade relationships in the moist tropics of pre-Columbian South America. *World Archaeology* 5(2):170-186.
- Lathrap, Donald W., Donald Collier y Helen Chandra
1975 *Ancient Ecuador. Culture, clay, and creativity 3000-300 BC*. Field Museum of Natural History, Chicago.
- Lathrap, Donald W., Jorge G. Marcos y James E. Zeidler
1977 Real Alto: an ancient ceremonial center. *Archaeology* 30(1):2-13.
- Long, Austin y Gayle J. Fritz
2001 Validity of AMS dates on maize from the Tehuacán valley: a comment on MacNeish and Eubanks. *Latin American Antiquity* 12:87-90.
- Long, Austin, Bruce F. Benz, Jack Donahue, Timothy Jull y Larry Toolin
1989 First direct AMS dates on early maize from Tehuacan, Mexico. *Radiocarbon* 31:1035-1040.
- Lothrop, Samuel K.
1926 *Pottery of Costa Rica and Nicaragua*. Museum of the American Indian-Heyle Foundation, Nueva York.
- MacNeish, Richard S. y Mary W. Eubanks
2000 Comparative analysis of the Río Balsas and Tehuacán models for the origin of maize. *Latin American Antiquity* 11:3-20.
- Marcos, Jorge G.
1988 *Real Alto: la historia de un centro ceremonial Valdivia*. ESPOL, Guayaquil.
- Mangelsdorf, Paul C., Richard S. MacNeish y Walter C. Galinat
1967 Prehistoric wild and cultivated maize. En *The prehistory of the Tehuacán valley. Volume 1: environment and subsistence*, editado por Douglas Byers, pp 178-200. University of Texas Press, Austin.
- Mason, Alden
1945 *Costa Rican stonework*. American Museum of Natural History, Nueva York.
- Meggers, Betty J.
1966 *Ecuador*. Praeger, Nueva York.

Meggers, Betty J., Clifford Evans Jr. y Emilio Estrada

1965 *Early Formative of coastal Ecuador: the Valdivia and Machalilla phases*. Smithsonian, Washington.

Norton, Presley

1972 Early Valdivia middens at Loma Alta, Ecuador. Ponencia presentada en la 37 Reunión de la Society for American Archaeology, Bal Harbour.

1977 The Loma Alta connection. Ponencia presentada en la 42 Reunión de la Society for American Archaeology, Nueva Orleans.

1982 Preliminary observations on Loma Alta, an early Valdivia midden in Guayas Province, Ecuador. En *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano*, editado por Carlos Zevallos y Presley Norton, pp 101-120. ESPO, Guayaquil.

Oyuela, Augusto

1987a Aspectos culturales de las secuencias locales y regionales en los Tairona. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos Alberto Uribe, pp 213-228. University Press of America, Lanham.

1987b Gaita: introducción a la ecología y arqueología del litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* 19:33-55.

1995 Rocks vs. clay: the evolution of pottery technology in the case of San Jacinto 1, Colombia. En *The emergence of pottery*, editado por William Barnett y John Hoopes, pp 133-144. Smithsonian, Washington.

Pearsall, Deborah M.

2002 Maize is still ancient in prehistoric Ecuador: a view from Real Alto, with comments on Staller and Thompson. *Journal of Archaeological Science* 29(1):51-55.

2003 Plant food resources of the Ecuadorian Formative: an overview and comparison to the Central Andes. En *Archaeology of Formative Ecuador*, editado por Scott Raymond y Richard Burger, pp 213-257. Dumbarton Oaks, Washington.

Pearsall, Deborah M. y Dolores R. Piperno

1990 Antiquity of maize cultivation in Ecuador: summary and reevaluation of the evidence. *American Antiquity* 55(2):324-337.

Pickersgill, Barbara

1989 Cytogenetical and genetical evidence on the domestication and diffusion of crops within the Americas. En *Foraging and farming. The evolution of plant exploitation*, editado por David R. Harris y George C. Hillman, pp 426-439. Unwin Hyman, Londres.

Pickersgill, Barbara y Charles B. Heiser

- 1978 Origins and distribution of plants domesticated in the New World tropics. En *Advances in Andean archaeology*, editado por David Browman, pp 133-165. Mouton, La Haya.

Piperno, Dolores R.

- 1988 *Phytolith analysis: an archaeological and geological perspective*. Academic Press, San Diego.
- 1994 On the emergence of agriculture in the New World. *Current Anthropology* 35 (5):637-643.

Piperno, Dolores R. y Kent V. Flannery

- 2001 The earliest archaeological maize (*Zea mays* L.) from highland Mexico: new accelerator mass spectrometry dates and their implications. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 98:2101-2103.

Piperno, Dolores R., Irene Hoist, Anthony J. Ranere, Patricia Hansell y Karen E. Stothert

- 2001 The occurrence of genetically controlled phytoliths from maize cobs and starch grains from maize kernels on archaeological stone tools and human teeth, and in archaeological sediments from southern Central America and Northern South America. *The Phytolitharien* 13 (2-3):1-7.

Raymond, J. Scott

- 1993 Ceremonialism in the Early Formative of Ecuador. En *El mundo ceremonial andino*, editado por Luis Millones y Yoshio Onuki, pp 25-43. National Museum of Ethnology, Osaka.
- 1998 Beginnings of sedentism in the lowlands of northwestern South America. En *Recent advances in the archaeology of the northern Andes*, editado por Augusto Oyuela y Scott Raymond, pp 10-20. Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Raymond, J. Scott, Jorge Marcos y Donald W. Lathrap

- 1980 Evidence of Early Formative settlement in the Guayas Basin, Ecuador. *Current Anthropology* 21(5):700-701.

Raymond, J. Scott, Augusto Oyuela y Patrick Carmichael

- 1998 A comparison of the earliest ceramic technologies of Ecuador and Colombia. Ponencia presentada en la 56 Reunión de la Society for American Archaeology, New Orleans.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1955 Excavaciones en los conchales de la costa de Barlovento. *Revista Colombiana de Antropología* 2(2):145-206.
- 1957 Momil: a formative sequence in the Sinú valley, Colombia. *American Antiquity* 22:226-234.
- 1961 The agricultural basis of the sub-Andean chiefdoms of Colombia. En *The evolution of horticultural systems in native South America: causes and consequences*, editado por Johannes Wilbert, pp 83-89. Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, Caracas.
- 1965 *Excavaciones arqueológicas en Puerto Hormiga (departamento de Bolívar)*. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- 1985 *Monsú: un sitio arqueológico*. Banco Popular, Bogotá.

Reichel Dolmatoff, Gerardo y Alicia Dussán de Reichel

- 1955 Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta, parte 4. *Revista Colombiana de Antropología* 5:109-333.
- 1961 Investigaciones arqueológicas en la Costa Pacífica de Colombia I: el sitio de Cupica. *Revista Colombiana de Antropología* 10:237-330.
- 1962 Investigaciones arqueológicas en la costa Pacífica de Colombia II: una secuencia cultural del bajo río San Juan. *Revista Colombiana de Antropología* 10:237-330.

Rindos, David R.

- 1984 *The origins of agriculture: an evolutionary perspective*. Academic Press, Orlando.

Rovner, Irwin

- 1996 Review of current research in phytolith analysis: applications in archaeology and paleoecology. *American Antiquity* 61:430-432.
- 1999 Phytolith analysis. *Science* 283:488-489.

Sanford, Robert y Sally Horn

- 2000 Holocene rain-forest wilderness: a neotropical perspective on humans as an exotic, invasive species. En *Wilderness science in a time of change*, volumen 3, editado por David Cole y Stephen McCool, pp 168-173. USDA Forest Service Proceedings, Missoula.

Smith, Bruce D.

- 1998 *The emergence of agriculture*. W.H. Freedman & Co., Nueva York.
- 2001 Documenting plant domestication: the consilience of biological and archaeological approaches. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 98:1324-1326.

Spinden, Herbert J.

- 1917 The origin and distribution of agriculture in America.
En *Proceedings of the 19th International Congress
of Americanists*, pp 269-276, Washington.

Staller, John Edward

- 1994 Late Valdivia occupation in El Oro Province Ecuador:
excavations at the Early Formative period (3500-1500 B.C.)
site of La Emerenciana. Disertación doctoral, Department
of Anthropology, Southern Methodist University, Dallas.
- 2000a Figurinas Valdivia VII-VIII del sitio de San Lorenzo del
Mate, provincia de Guayas, Ecuador y la transición Valdivia-
Machalilla. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 9:99-133.
- 2000b Political and prehistoric frontiers: how history influences
our understanding of the past. En *The entangled past:
integrating history and archaeology*, editado por Matthew
Boyd, John Erwin y Mitchel Hendrickson, pp 242-258.
Proceedings of the 30th Annual Chacmool Conference.
Archaeological Association, University of Calgary, Calgary.
- 2001a Reassessing the chronological and developmental
relationships of the Formative of coastal Ecuador.
Journal of World Prehistory 15(2):193-255.
- 2001b The Jelí phase complex at La Emerenciana, a late Valdivia site
in southern El Oro Province, Ecuador. *Andean Past* 6:117-174.
- 2003 An examination of the paleobotanical and chronological evidence
for an early introduction of maize (*Zea mays L.*) into South America:
a response to Pearsall. *Journal of Archaeological Science* 30(3):273-280.

Staller, John E. y Robert G. Thompson

- 2000 Reconsiderando la introducción del maíz en el occidente de América
del Sur. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 30(1):123-156.
- 2002 A multidisciplinary approach to understanding the
initial introduction of maize into coastal Ecuador.
Journal of Archaeological Science 29(1):33-50.

Terrell, John Edward, John P. Hart, Sibel Barut, Nicoletta Cellinese,
Antonio Curet, Tim Denham, Chaprukha Kusimba, Kyle Latinis,
Rahul Oka, Joel Palka, Mary E.D. Pohl, Kevin O. Pope, Patrick Ryan
Williams, Helen Haines y John Edward Staller

- 2003 Domesticated landscapes: the subsistence ecology
of plant and animal domestication. *Journal of
Archaeological Method and Theory* 10(4):323-367.

Tykot, Robert H. y John E. Staller

- 2002 On the importance of early maize agriculture in coastal Ecuador: new data from the Late Valdivia Phase site of La Emerenciana. *Current Anthropology* 43(4):666-677.

Tykot, Robert H., Nik van der Merwe y Steven Athens

- 1996a The dietary significance of prehistoric maize in the northern Andes: an isotopic perspective. Ponencia presentada en la 61 Reunión de la Society for American Archaeology, Nueva Orleans.

Tykot, Robert H., Nik van der Merwe y Richard L. Burger

- 1996b Isotopic investigations of dietary dichotomies: the importance of maize and marine foods to Initial Period/Early Horizon subsistence in highland and coastal Peru. Ponencia presentada en International Symposium on Archaeometry, Urbana.

Tykot, Robert H., Nikolaas van der Merwe y Norman Hammond

- 1996c Stable isotope analysis of bone collagen and apatite in the reconstruction of human diet: a case study from Cuello, Belize. En *Archaeological chemistry. Organic, inorganic y biochemical analysis*, editado por Mary Orna, pp 355-365. American Chemical Society, Washington.

Uhle, Max

- 1923a Civilizaciones mayoides de la costa pacífica de Sudamérica. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 6(15-17):87-92.
- 1923b Toltecas, Mayas y civilizaciones sudamericanas. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 7(18):1-33.

Villalba, Marcelo

- 1988 *Cotocollao: una aldea formativa del Valle de Quito*. Museo del Banco Central del Ecuador, Quito.

Van der Merwe, Nikolaas, Jean A. Lee-Thorp y J. Scott Raymond

- 1993 Light, stable isotopes and the subsistence base of Formative cultures at Valdivia, Ecuador. En *Prehistoric human bone archaeology at the molecular level*, editado por Joseph Lambert y Gisela Grup, pp 63-97. Springer Verlag, Nueva York.

Willey, Gordon R.

- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume 2: South America*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Willey, Gordon R. y Philip Phillips

1958 *Method and theory in American archaeology*.
University of Chicago Press, Chicago.

Willey, Gordon R. y C.R. McGimsey III

1954 *The Monogrippo culture of Panama*. Harvard University, Cambridge.

Zeidler, James A.

1994 Archaeological testing in the Middle Jama Valley. En *Regional archaeology in northern Ecuador. Volume 1: environment, cultural chronology and prehistoric subsistence in the Jama river valley*, editado por James Zeidler y Deborah Pearsall, pp 71-98. *Memoirs in Latin American Archaeology* No. 8, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Zevallos, Carlos, Walton C. Galinat, Donald W. Lathrap, Earl R. Leng, Jorge G. Marcos y Kathleen Klumpp

1977 The San Pablo corn kernel and its friends. *Science* 196:385-389.

Interaccionar o no interaccionar: el Área Intermedia, el Área Circum- Caribe y las Antillas Mayores

L. Antonio Curet

The Field Museum of Natural History

Resumen

Los grupos indígenas que ocuparon las Antillas Mayores desarrollaron sociedades estratificadas relativamente elaboradas con semejanzas a las conocidas para el Área Intermedia; a pesar de estas semejanzas las islas caribeñas no son incluidas, tradicionalmente, en el concepto del Área Intermedia. Este artículo presenta dos asuntos que tratan con la relación entre las dos regiones: (a) la perspectiva del Caribe del concepto del Área Intermedia y cómo se compara este concepto con otras definiciones de áreas culturales desarrolladas para las tierras bajas de Suramérica; y (b) las evidencias a favor de posibles contactos entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores. ↻

Palabras clave

Antillas Mayores,
Area Circum-Caribe,
Taíno,
Areas Culturales,
Interacción.



Abstract

The indigenous groups that inhabited the Greater Antilles developed relatively elaborate stratified societies similar to the ones reported for the Intermediate Area. Despite these similarities, the Caribbean islands are not traditionally included in the concept of the Intermediate Area. This article discusses two issues dealing with the relationship between the two regions: (a) the view from the Caribbean of the concept of the Intermediate Area and how this concept compares to other definitions of culture areas developed for lowland South America; and (b) the evidence for possible contacts between the Intermediate Area and the Greater Antilles. ☞

Keywords

Greater Antilles,
Circum-Caribbean Area,
Taíno,
Cultural Areas,
Interaction.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
4/07/2005

Introducción

Durante buena parte del siglo XX la antropología y la arqueología dedicaron muchos de sus esfuerzos a desarrollar tipologías y clasificaciones culturales que incluyeran un gran rango de expresiones culturales y sociales presentes entre los grupos humanos. Una manera popular de desarrollar estos sistemas clasificatorios fue a través de la definición de áreas geográficas dentro de las cuales existen conjuntos de elementos culturales comunes; en otras palabras, los grupos localizados en una extensión geográfica particular comparten un número de características culturales que los distinguen de los grupos de otras regiones. Estas extensiones geográficas son conocidas como áreas culturales; muchas de ellas han sido definidas en el continente americano, incluyendo Mesoamérica, la región andina y el suroeste norteamericano. Este concepto tienen muchos problemas y limitaciones incluyendo aspectos como su ahistoricidad, el sobre-uso del difusionismo para explicar similitudes culturales, la falta de una jerarquía de atributos culturales, la ausencia de una consideración funcional y de sentido de los elementos culturales en cada sociedad dentro del área, la subestimación de la variabilidad interna dentro del área y su limitado potencial analítico. A pesar de estos problemas el concepto *área cultural* ha tenido un rol importante en la formación de muchas de las premisas y perspectivas que usamos para crear modelos sobre el comportamiento humano.

Áreas culturales definidas hace décadas siguen siendo utilizadas de forma indiscriminada y sin un entendimiento completo de sus premisas básicas.

El Área Intermedia es una de muchas áreas culturales definida a mediados del siglo pasado. Aunque el concepto fue definido, fundamentalmente, desde su posición geográfica intermedia entre Mesoamérica y los Andes más tarde su definición incluyó grupos jerárquicos no tan elaborados como las sociedades estatales pero más estratificados y con un sistema económico más complejo que los grupos tribales. Aunque el Área Intermedia sufre de muchos de los problemas mencionados anteriormente su definición particular tiene problemas únicos, muchos de los cuales son los temas de varios artículos en este volumen. Este artículo considera y discute algunas de estas limitaciones desde la perspectiva de las Antillas Mayores.

Los grupos indígenas que habitaron las Antillas Mayores desarrollaron sociedades estratificadas relativamente elaboradas similares a las que se han reportado para el Área Intermedia. A pesar de estas similitudes las islas del Caribe no son tradicionalmente incluidas en el Área Intermedia a pesar de que Steward (1948) presentó argumentos convincentes para la definición del área Circum-Caribe en la cual incluyó la mayor parte de lo que ahora conocemos como Área Intermedia y las islas del Caribe. Este trabajo discute dos asuntos que tienen que ver con la relación entre ambas regiones: (a) la perspectiva desde el Caribe sobre el concepto Área Intermedia y cómo se compara con la definición de Área Cicum-Caribe; y (b) la evidencia de posible contactos entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores. Cuestiono la integridad de la definición del Área Intermedia basada en atributos culturales y argumento que (a pesar de lo que muchos investigadores dicen), en la mayoría de los casos, la localización geográfica, consciente o inconscientemente, mantiene una posición preeminente sobre los elementos culturales.

Las áreas Intermedia y Circum-Caribe

Antes de discutir las definiciones de estas dos áreas culturales es importante mencionar que no estoy promoviendo una definición sobre la otra ni estoy recomendado su uso y perpetuación. Mientras que las definiciones de áreas culturales tienden a ser útiles para organizar algunos de nuestros conocimientos sobre poblaciones pasadas y presente tienden a generalizar y a homogeneizar, de una manera crasa, variadas y diversas culturas, sociedades e historias. Esto ha limitado nuestra capacidad y habilidad para entender muchos de los aspectos del comportamiento humano que operan a distintas escalas y niveles socio-culturales. Es importante estudiar y entender cómo fueron definidos y usados estos conceptos porque por mucho tiempo han influenciado nuestras perspectivas, percepciones y premisas sobre los grupos sociales y culturales que ocuparon estas áreas. Consciente o inconscientemente las áreas culturales (y sus premisas y presunciones no fundamentadas) se han convertido en una parte integral de la epistemología de las investigaciones que se realizan en la región; por décadas fueron claves en el desarrollo del conocimiento con que contamos hoy día y que aún utilizamos como premisa y punto de partida en la elaboración de hipótesis de trabajo, dirigiendo nuestras preguntas y metodología de investigación, y en la creación de modelos sobre el comportamiento humano en el pasado. Aun cuando el concepto de área cultural es rechazado sus prejuicios y premisas han generado el conocimiento básico que utilizamos en muchos aspectos de nuestras investigaciones.

Estos conceptos limitan nuestras expectativas, especialmente en términos de interacción intergrupala. Las definiciones de áreas culturales específicas tienden a limitar nuestro rango de expectativas y las perspectivas sobre las interacciones y relaciones históricas con grupos y áreas geográficas particulares, mientras que otras regiones y culturas son ignoradas *a priori*. El concepto de área cultural tiende a definir la extensión de nuestra investigación. Aún más, las áreas culturales ayudan a definir o limitar la comunicación e interacción entre los estudiosos de la materia; por ejemplo, las áreas culturales son usa-

das para organizar congresos (como el Congreso Internacional de Arqueología del Caribe), simposios (como el que motivó la publicación de este volumen), series de conferencias y publicaciones. Hasta cierto punto esto explica por qué los investigadores del Área Intermedia se comunican más con arqueólogos mesoamericanos y andinos que con colegas que trabajan en Venezuela y el Caribe y viceversa.

En la siguiente sección discuto que los problemas con el concepto de Área Intermedia no son sólo los atributos culturales utilizados para definirla o los grupos incluidos en ella sino, también, los grupos que no fueron incluidos, como los de las Antillas Mayores. No pretendo promover el uso de una definición más amplia del Área Intermedia o dar mayor preferencia al Área Circum-Caribe sino señalar los prejuicios en sus definiciones y cómo han afectado el estudio de muchos aspectos de la arqueología caribeña.

El Área Circum-Caribe

El Área Circum-Caribe fue definida por Steward en 1948 en el *Handbook of South American Indians*. Durante este tiempo Steward estaba clasificando culturas y definiendo áreas culturales basándose en elementos sociales, políticos y económicos. Luego de haber desarrollado los conceptos *Civilizaciones Andinas* y *Tribus Marginales* (cazadores-recolectores) y *Tropicales* (tribal) varios de quienes contribuyeron al *Handbook* convencieron a Steward de la presencia de algunos grupos similares a los de las Tribus Tropicales pero con un sistema económico más complejo y organizaciones socio-políticas estratificadas; sin embargo, puesto que no eran de una escala tan amplia como las Civilizaciones Andinas decidió crear la categoría o área cultural de *Tribus Circum-Caribeñas* que incluye la parte baja de Centroamérica, el oriente venezolano y las islas del Caribe (**Figura 1**). Aunque Steward presentó una descripción y caracterización más detallada de los grupos incluidos los describió como culturas con horticultura intensiva, poblaciones densas, aldeas de gran tamaño, organizaciones sociales de clases, pla-

taformas, templos, ídolos, sacerdotes, guerras, canibalismo y trofeos humanos, ritos fúnebres elaborados y refinamientos tecnológicos y estéticos como la metalurgia temprana, los tejidos, las cerámicas y las esculturas de piedra (Steward 1948:2). Para Steward las culturas circum-caribeñas evolucionaron de una tradición formativa o un “estrato sub-andino” que se desarrollaron en el altiplano y luego se desplazaron y adaptaron a las tierras bajas. Steward creía que las culturas circum-caribeñas fueron influenciadas más tarde por las civilizaciones andinas y mexicanas.

Figura 1
Mapa del Área
Circum-Caribeña
según Steward (1948).



El Área Intermedia

Al contrario del Área Circum-Caribe el Área Intermedia fue definida de una manera informal. De acuerdo con Rouse (1962) y Lange (1992) Haberland (1957) fue el primero en utilizar el término. En un artículo publicado en *Ethnos* Haberland (1957) discutió la presencia de un estilo horizontal compuesto de una cerámica pintada de forma negativa en negro sobre rojo presente en varias regiones de Panamá, Colombia y Ecuador. Basándose en la distribución de este “estilo horizontal” definió una extensión geográfica que, “por falta de un mejor término, llamo Área Intermedia” (Haberland 1957:156). Más tarde Rouse (1962:34) usó el término para nombrar la región “entre las dos áreas de las civilizaciones del Nuevo Mundo, Mesoamérica y los Andes Centrales”. Aunque reconociendo que ambas áreas, Intermedia y Circum-Caribe, pueden ser clasificadas como Tribus del Circum-Caribe Rouse mencionó que la primera difiere de la segunda en dos aspectos: el uso de maíz como el principal producto agrícola y la producción de metales; Rouse admitió que algunos grupos del Área Intermedia dependían de la yuca, lo que sugiere que para él la diferencia principal era la producción de metales. Otras características usadas por Rouse y otros para definir el Área Intermedia incluyeron la ausencia de sociedades estatales y de horizontes culturales extensivos y la existencia de estabilidad cultural por largo períodos de tiempo (i.e., secuencias cronológicas largas).

Para Willey (1971:254) el concepto Área Intermedia (Figura 2) “se deriva de su posición geográfica -intermedia entre los centros mexicanos-guatemaltecos y los peruanos”; sin embargo, presentó una lista de doce elementos y condiciones predominantes en la tradición cultural del Área Intermedia:

- Los principales cultígenos fueron maíz y yuca.
- Las unidades de asentamientos eran pequeños sitios y aldeas, aunque en algunas subáreas existían pueblos y ciudades pequeñas.



Figura 2
Mapa del Area Intermedia
según Willey (1971).

- Las unidades socio-políticas tendían a ser pequeñas, desde comunidades autónomas sencillas a Estados territoriales pequeños.
- La presencia de localidades o centros ceremoniales.
- Las prácticas mortuorias variaron ampliamente desde el uso de urnas funerarias y tumbas de tiro a la inmolación de sirvientes en tumbas de caciques y otras de alto estatus social.
- La cerámica se derivó de la tradición alfarera del Período Cerámico Temprano.

- Las técnicas metalúrgicas fueron un elemento prominente.
- El trabajo monumental en piedra estaba distribuido extensamente.
- La manufactura de pequeñas cerámicas incluyó figurinas, volantes de huso e instrumentos musicales.
- Hachas y ornamentos pequeños en piedra pulida fueron generalizados; los útiles de piedra lascada eran raros y ejecutados de manera rústica.
- Los elementos tecnológicos fueron compartidos en toda el área pero no existieron horizontes estilísticos; lo más cercano a ello fue el trabajo en oro en Colombia y la parte baja de Centroamérica.
- La afiliación lingüística se redujo a tres familias de lenguas principales: chibcha, paeza y macro-caribe.

Desde su publicación estos doce elementos predominantes han sido adoptado por varios investigadores como guías para una definición más formal y estructurada del Área Intermedia (e.g., Lange 1992; Sheets 1992). Aunque la mayoría de los investigadores admitiría que el desarrollo de las culturas del Área Intermedia fue resultado de procesos locales y foráneos hasta hace poco describió el área como una “amalgama de características difundidas de” (Sheets 1992:36) Mesoamérica y los Andes (e.g., Rouse 1962; Sanders y Price 1968). Basándose en modelos ecológicos y materialistas algunos investigadores han sugerido que la tradición cultural del Área Intermedia surgió como resultado de la introducción del maíz desde Mesoamérica. Estas perspectivas han sido criticadas por muchos autores (ver varios artículos en Lange 1992).

El Circum-Caribe y el Área Intermedia

Las definiciones de las áreas Circum-Caribe e Intermedia siguieron pasos diferentes. La primera fue definida de una manera formal y sistemática mientras que la segunda fue producto del uso de un concepto definido liberalmente; no fue hasta que Willey publicó la lista de doce elementos prominentes que el Área Intermedia fue definida de una manera más sistemática. A pesar de estas historias diferentes ambas áreas fueron definidas con criterios similares, aunque no idénticos (e.g., comparen el resumen de la descripción de las *Tribus del Circum-Caribe* de Steward con la lista de los elementos culturales de Willey). Algunos de estos elementos son la naturaleza jerárquica de las sociedades, la producción agrícola intensiva, la presencia de especialistas religiosos y artesanos, densidades poblacionales altas y asentamientos de gran tamaño. Es sorprendente, por lo tanto, que las extensiones de ambas áreas no cubran las mismas regiones geográficas. Considerando que las Antillas no fueron incluidas en esta área y a pesar del uso de los doce elementos de Willey el elemento predominante de la definición del Área Intermedia sigue siendo su posición geográfica y su relación con Mesoamérica y los Andes Centrales; el Área Intermedia todavía es definida utilizando como puntos de referencia las áreas nucleares del Nuevo Mundo (cf. Sheets 1992). A pesar del fuerte trasfondo teórico del concepto Área Circum-Caribe y la naturaleza post-hoc del Área Intermedia esta última se ha vuelto más popular debido al prejuicio a favor de la definición que usa las “grandes civilizaciones” como su principal criterio.

Una evidencia que apoya este argumento es la renuencia de muchos investigadores a incluir las Antillas en el Área Intermedia, particularmente las Antillas Mayores. No estoy promoviendo la creación y uso de una nueva área cultural similar al Área Circum-Caribe definida por Steward; mi argumento es que a pesar de las fuertes similitudes entre muchos de los grupos del Área Intermedia y el Caribe rara vez se incluyen en la misma categoría. Sólo dos de los doce elementos prominentes señalados por Willey no se encuentran presente

en el Caribe: las técnicas metalúrgicas (tampoco están presentes en muchas regiones del Área Intermedia) y la afiliación lingüística al chibcha, paeza o macro-caribe (aunque se puede encontrar alguna influencia caribe en algunos de los idiomas arahuacos de las islas). Las otras características están presentes en las Antillas Mayores, especialmente en La Española y Puerto Rico. McGinnis (1997) sugirió que algunas características estilísticas del trabajo artístico en piedra del Caribe siguieron protocolos similares a los encontrados en la parte baja de Centroamérica; esto indica que las similitudes fueron más allá de los tipos de artefactos.

Las similitudes entre las Antillas y el Área Intermedia se vuelven más pronunciadas cuando se toma en consideración la variabilidad de esta última: el Área Intermedia tiene una alta variabilidad interna (Willey 1971; Hoopes 1992; Lange 1992; Sheets 1992; Drennan 1995, 1996), tanta que la relativa ausencia de horizontes culturales extensivos ha sido señalada como una de sus principales características diagnósticas. Cuando esta variabilidad es considerada es razonable incluir a las Antillas dentro de la misma categoría con grupos de Colombia, la parte baja de Centroamérica y Ecuador.

Aunque el Área Intermedia y el Área Circum-Caribe fueron definidas utilizando atributos similares cubren regiones geográficas diferentes, aunque tienen algunas similitudes. La diferencia principal es que el Área Circum-Caribe incluye a las Antillas y el Área Intermedia no. La razón principal que explica este hecho es el prejuicio y énfasis de los investigadores por favorecer la posición geográfica del Área Intermedia entre Mesoamérica y los Andes y no los argumentos teóricos o los elementos culturales predominantes. La exclusión de las Antillas en los estudios del Área Intermedia ha creado problemas en los estudios de ambas áreas como la incomunicación entre quienes trabajan en estas regiones; los arqueólogos de una región tienden a saber poco del registro arqueológico de la otra área. También nos ha hecho incapaces de reconocer posible relaciones entre los registros arqueológicos de ambas áreas que pueden reflejar algunas formas de interacción, especialmente cuando se trabaja con temas relacionados con migraciones, di-

fusión de prácticas culturales, intercambio de larga distancia e interacción entre elites. La arqueología caribeña ha acumulado poca evidencia, pero consistente y relevante, que sugiere que existieron algunos tipos de interacción entre ambas regiones en tiempos antiguos; algunas de estas evidencias son resumidas en la próxima sección.

Evidencia de interacción entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores

La mayoría de las evidencias de interacción entre las regiones del Área Intermedia y el Caribe proviene de las Antillas Mayores, donde se desarrollaron las formas más elaboradas de jerarquización social, representaciones artísticas y sistemas económicos en el Caribe precolombino; por esta razón la discusión que sigue se concentra en la evidencia de interacción entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores. Lo primero que se tiene que admitir cuando se discute la posibilidad de interacción entre las dos regiones es que existe poca evidencia de apoyo; sin embargo, es significativa y puede ser un reflejo de formas más amplias de interacción. La dificultad para determinar si la escasez de la evidencia es real o debida a prejuicios en el muestreo se debe a la insuficiencia de comunicación entre las dos áreas y a la ignorancia y/o falta de conocimientos que los arqueólogos del Caribe y del Área Intermedia tienen en términos del registro arqueológico de la otra región. Sin un marco general sobre la otra área es difícil reconocer posibles evidencias de interacción. Más adelante presento evidencias arqueológicas y etnohistóricas de contactos entre los grupos de estas regiones; algunas evidencias son más convincentes que otras y algunas no van más allá de meras sugerencias, hipótesis de trabajo o especulaciones. Sin embargo, esta información indica que la interacción pudo haber sido constante por largos períodos de tiempo.

Navegando a través del mar

Antes de entrar en los datos arqueológicos y etnohistóricos creo necesario discutir las probabilidades de interacción (directa o indirecta) entre ambas regiones. En particular me refiero a la logística física implicada en este tipo de interacción; en otras palabras, viajar exitosamente a través del mar. Uno de los problemas que uno enfrenta cuando sugiere la existencia de interacción entre el Área Intermedia y el Caribe son las dificultades relacionadas con la navegación por el mar al viajar de un área a la otra. La perspectiva tradicional argumentaba que la comunicación entre las Antillas Mayores y el continente se llevó a cabo a través de las Antillas Menores, donde los viajeros podían pasar de una isla a otra. Aunque esta parece ser la forma más fácil y efectiva de viajar existen dos problemas que tienen que ser considerados. El primero es que esta ruta no es, necesariamente, la mejor debido a las corrientes marinas, especialmente las corrientes en los pasajes entre islas que; estas corrientes tienden a viajar de este a oeste y aumentan en fortaleza entre los pasajes, lo que dificulta viajar de sur a norte. El segundo problema es que para llegar a las Antillas Mayores a través de las Antillas Menores los viajeros tuvieron que pasar por los territorios de un gran número de grupos; las fronteras sociales y las necesidad de interacción pudieron haber hecho la ruta a través de las Antillas Menores poco deseable si el fin era llegar a las Antillas Mayores.

La otra posible ruta es un viaje directo desde el noreste de Suramérica o la parte baja de Centroamérica a las Antillas Mayores. A primera vista esta opción parece ilógica y poco eficiente; sin embargo, simulaciones computarizadas hechas por Richard Callaghan (1993, 1995, 1999, 2003) que tomaron en consideración el tipo y tamaño de embarcación, las corrientes marinas, los vientos prevalentes, el tamaño de la tripulación y el tiempo transcurrido mostraron que los viajes directos del noreste de Suramérica (sin viajar a través de las Antillas Menores) a las Antillas Mayores pudieron ser exitosos, a diferencia de otras rutas o puntos de origen, como Centroamérica, la península de Yucatán y las costas del Golfo de México¹. Aun-

que estos estudios no son evidencia definitiva de la interacción entre ambas áreas sugieren la viabilidad de viajar directamente desde las costas de Colombia y Venezuela a través del Mar Caribe sin la necesidad de ir por las Antillas Menores; esta posibilidad no descarta la utilización de otras rutas al mismo tiempo o que hayan cambiado con el tiempo.

Evidencias arqueológicas y etnohistóricas

Una de las evidencias más temprana de interacción entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores es la migración de los habitantes originales de las islas entre 3200 y 2600 AC (Veloz 1991). En Cuba y La Española se han encontrado artefactos de piedras altamente elaborados (por lo menos para el Caribe) de esa época que representan grupos de cazadores, pescadores y recolectores que explotaban los recursos marinos y terrestres. Se trata de una industria de sílex que incluye cuchillos, puntas y raspadores. Por años varios investigadores enfatizaron las similitudes de este material con los artefactos recuperados por MacNeish y Nelken-Turner (1983) en Belice pero uno de los problemas era la falta de correspondencia cronológica entre ambos conjuntos. Recientes estudios de radiocarbono del material de Belice produjeron fechas que solapan con las de las Antillas Mayores; esto sugiere que el origen de estas poblaciones fue la península de Yucatán (Wilson *et al.* 1998). Sin embargo, Veloz (1991:64) y Callaghan (2003) han argumentado que aunque a primera vista estos conjuntos parecen ser similares en detalle tienen diferencias significativas, especialmente en términos de las características diagnósticas. Veloz (1991:64; cf. Callaghan 2003), por ejemplo, señala la ausencia de útiles bifaciales entre los materiales de las Antillas Mayores, diagnósticos de los conjuntos de Belice. Basándose en la “adaptación costera”, la similitud en la manufactura y en los tipos

¹ Los estudios de simulación no han mencionado las rutas de regreso de las Antillas Mayores al continente.

de artefactos y considerando las corrientes marinas propuso la costa caribeña de Panamá como el punto de origen de las poblaciones tempranas de las Antillas Mayores; esta sugerencia es apoyada Callaghan (2003).

Otra posibilidad de la relación temprana entre el Área Intermedia y las Antillas Mayores es la presencia de cerámica en conjuntos de cazadores-recolectores o cultivadores tempranos, sobre todo de cerámica relativamente cruda reportada en varios sitios de Cuba y La Española con fechados tempranos de 400 AC (Veloz 1991, 1993; Godo 1997; Ulloa 1999; Ulloa y Valcárcel 2002). Inicialmente esta cerámica temprana fue explicada en términos difusionistas: fue considerada como producto de la influencia de grupos agrícolas (de la serie Saladoide) que migraron del Orinoco a Puerto Rico durante este tiempo. Otras explicaciones han comparado estas cerámicas con alfarería temprana similar de la costa norte de Colombia (Kozłowski 1975; Meggers y Evans 1978; Veloz 1991) y de la costa noreste de Venezuela (Zucchi y Tarble 1984); en estos casos los conjuntos antillanos representarían migraciones de grupos continentales directamente a las islas. La posible migración de grupos cedeñoides del noroeste de Venezuela (Zucchi y Tarble 1984) es la más popular de esas interpretaciones, probablemente debido a que se trata de conjuntos contemporáneos a los de La Española y Cuba.

Veloz y Angulo (1982; Angulo 1981) informaron sobre el descubrimiento de un trigonolito de cerámica en Malambo, Colombia (Figura 3). El trigonolito o cemí de tres puntas es un tipo de artefacto religioso característico de las Antillas, normalmente manufacturado en piedra, concha o coral; sus representaciones más tempranas en el Caribe han sido reportadas para la cultura Saladoide temprana (500 AC-600 DC) en las Antillas Menores y Puerto Rico (Rouse 1962). Según Veloz y Angulo (1982) el ejemplo de Malambo pertenece a la fase del mismo nombre y tiene un fechado temprano de 400-200 AC, lo que lo hace contemporáneo con los especímenes tempranos de las Antillas.

Utilizando fuentes escritas Mary Helms (1987) ha argumentado que para la época del descubrimiento existían esferas

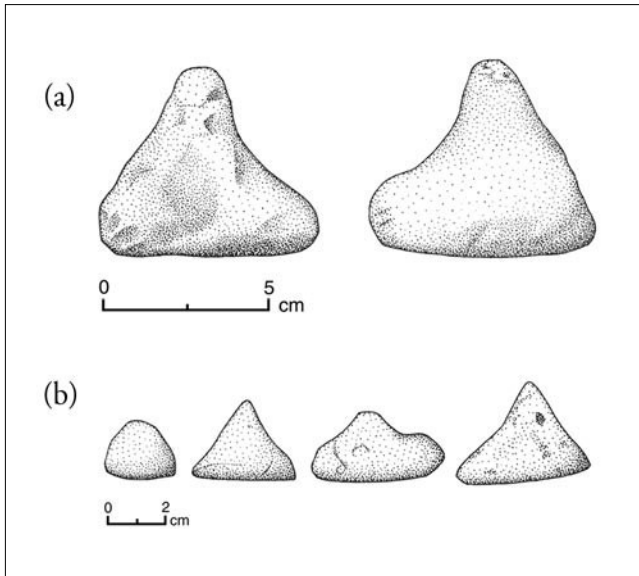
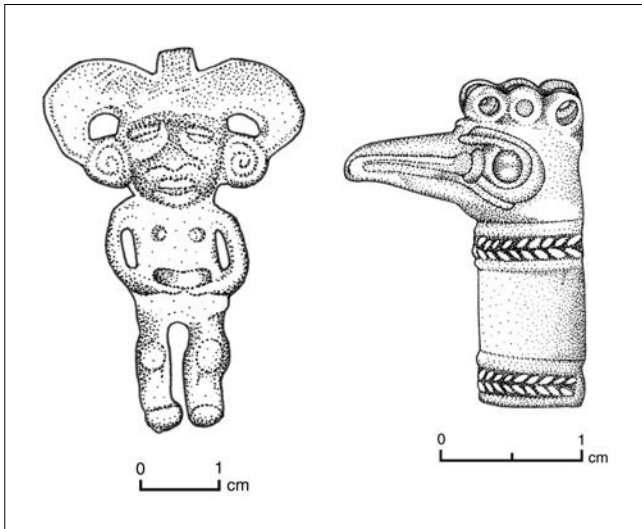


Figura 3
Trigonolitos de
cerámica encontrados
en Malambo, Colombia
(a) y en Costa Rica (b).

de interacción entre los grupos de Colombia y Panamá con los de las Antillas Mayores. La evidencia principal que utilizó para hacer esta aseveración es el uso en ambas regiones de objetos ceremoniales y de estatus social manufacturados en madera negra pulida o de madera pintada de color negro y pulida. De acuerdo con Helms el color y el pulimento debieron tener un significado simbólico posiblemente utilizado por las elites como conocimiento esotérico para reclamar su acceso al mundo sobrenatural. El hecho de que en Colombia, Panamá y las Antillas Mayores se haya utilizado el mismo tipo de material, color y pulimento en objetos de alto contenido simbólico sugirió a Helms un contacto directo entre estas regiones, posiblemente a nivel de los grupos dominantes de estas sociedades estratificadas. Rodríguez (2002) también ha sugerido la posibilidad del intercambio de piezas lapidarias entre las costas de Colombia, Panamá y Costa Rica con las Antillas Mayores. Ramos ha argumentado, como Helms, que el intercambio fue directo y no a través de las Antillas Menores.

Helms (1987) también sugirió que las esferas de interacción pudieron haber incluido el intercambio de algunos de los famosos objetos de aleaciones de oro confeccionados en Colombia y Panamá. En sus estudios de objetos de oro en las Antillas Mayores, en especial la aleación llamada guanín o tumbaga (mayormente oro y cobre), Vega (1979) y Oliver (2000) han presentado argumentos similares. Vega (1979) ha sugerido que el guanín mencionado ampliamente en las crónicas es posiblemente de origen colombiano porque la costa caribeña de Colombia es la región más cercana con la tecnología necesaria para fundir y alear los metales. Al discutir algunos de los objetos de guanín descubiertos en Chorro de Maíta (Guarch 1988, 1990, 1994; Valcárcel 1999, 2002), en Cuba (Figura 4), Oliver (2000) sugirió que el estilo y la tecnología de manufactura de los artefactos fue similar a los de las cultura Tairona de Colombia (cf. Valcárcel 2002). Otros artefactos manufacturados con esta aleación han sido encontrados en las Antillas Mayores, sugiriendo que estas piezas fueron importadas regularmente. Los fechados para este tipo de artefacto varían desde el principio de la era cristiana hasta la época de contacto, lo que indica la

Figura 4
Objetos de guanín
descubiertos en Chorro
de Maíta, Cuba.



persistencia en la obtención de este material por los indígenas insulares, aún antes del desarrollo de culturas altamente estratificadas; sin embargo, el pequeño número de objetos de oro o aleaciones de oro descubierto hasta el momento en las Antillas Mayores parece indicar que el volumen de importación era relativamente pequeño, lo que posiblemente sugiere su alto valor social y económico.

Aunque la presencia del guanín o tumbaga colombiano en las Antillas Mayores es bastante seguro todavía quedan por determinar las rutas y los tipos de intercambio involucrados en la importación de los objetos. Hasta el momento la mayoría de los autores favorece una ruta de intercambio indirecta: los artefactos de guanín viajaron de Colombia al delta del Orinoco y de ahí a las Antillas Mayores a través de las Antillas Menores (Vega 1979). Esto implicaría que la forma de intercambio también fue indirecto: los artefactos pasaron de un grupo a otro hasta llegar a las Antillas Mayores. Esta idea contradice la sugerencia de Helms (1987) y Rodríguez (2002) sobre la existencia de esferas de interacción directa entre las costas de Colombia y Panamá y las Antillas Mayores. Sin embargo, la poca evidencia, si alguna, de objetos de oro, guanín o tumbaga en las Antillas Menores no sostiene esta propuesta; además, es altamente probable que, como sugirió Oliver (2000), las rutas y los tipos de intercambio pudieron haber cambiado a través del tiempo. Las dinámicas de intercambio de objetos de oro y otros tipos de materiales pudieron haber sido más complejas de lo que una vez se suponía.

A través de su estudio comparativo de los estilos de artefactos ceremoniales de Puerto Rico y la Española con los de las de un gran número de culturas continentales McGinnis (1997, 2001) concluyó que existen “nódulos de similitud” en los detalles de los diseños y similitud en los artefactos y en el uso de las criaturas iconográficas; en su opinión estas similitudes son más pronunciadas con los artefactos religiosos de Costa Rica que con los de cualquier otra región del continente. McGinnis (1997: 858-864) consideró que estas coincidencias se pueden deber más a una “herencia común” que a una influencia cultural debido a un comercio continuo o a la interacción intensiva

entre ambas regiones: “Yo no dudo que existiera un contacto ocasional intermitente o aun continuo, especialmente por o para la nobleza en busca de pequeños objetos de prestigio exóticos. No creo que existiera un comercio continuo” (McGinnis 1997:863). En vez de argumentar una nueva migración o una influencia de un área sobre la otra McGinnis consideró otras dos posibilidades que pueden explicar estos nódulos de similitudes: un “ancestro cultural común” (a partir del cual se desarrollaron las culturas de ambas áreas) y un contacto o interacción ocasional entre grupos de elite. Sin importar cuál de las posibilidades es correcta McGinnis supuso que existió algún tipo de relación entre las Antillas Mayores y el área Intermedia.

Conclusiones

Las Antillas Mayores y el Área Intermedia comparten muchos elementos culturales incluyendo sociedades jerárquicas, producción agrícola intensiva, especialistas religiosos y económicos. Por esta razón no resulta difícil comprender por qué Steward (1948) incluyó ambas regiones geográficas bajo el mismo tipo de cultura, *Tribus del Circum-Caribe*. A pesar de estas similitudes los arqueólogos de ambas regiones han mantenido estas áreas en categorías separadas. Mi argumento principal en este trabajo es que la separación de estas dos regiones es artificial y parece haber afectado muchas de nuestras expectativas teóricas y la interacción académica. La división ha hecho que los arqueólogos del Área Intermedia busquen en los Andes y Mesoamérica evidencias de interacción e influencia socio-cultural mientras los arqueólogos del Caribe han pensado que los grupos de islas estaban “aislados” del noreste de Suramérica y de la parte baja de Centroamérica. La evidencia resumida aquí, aunque preliminar, indica que pudieron haber existido múltiples formas de interacciones (migración, interacción entre elites, intercambio) entre las dos regiones desde fechas tempranas; sin embargo, es difícil determinar cuan fuerte y frecuentes fueron estas interacciones ya que la mayoría de los arqueólogos

de cada región desconoce el registro arqueológico de la otra área, lo que impide hacer comparaciones detalladas y mejor informadas. El énfasis en el concepto *área cultural* ha prejuzgado nuestras investigaciones porque indica, *a priori*, dónde buscar o dónde no buscar la evidencia de interacción de larga distancia. Al estudiar la interacción entre grupos el concepto ha servido como una camisa de fuerza teórica y epistemológica que ha llevado a homogeneizar, de forma artificial, los grupos dentro de cada una de estas áreas; también ha llevado a diferenciarlos de grupos de otras áreas, independientemente de lo que indica la evidencia del registro arqueológico.

Una forma de evitar algunos de estos problemas no es eliminando el concepto *área cultural* porque creo que es útil a nivel macro para propósitos comparativos y para organizar los datos regionales. Sería más beneficioso cambiar nuestra visión de este concepto y estar más atentos a la manera como lo usamos y como sus premisas influyen nuestras investigaciones. Debemos volver más conscientes las presunciones no fundamentadas que usamos para definir las áreas culturales y trabajar con ellas dentro del contexto de nuestro marco teórico y epistemológico. Para lograr esto debemos concentrarnos en estudiar grupos a nivel local y usar esta información para compararla con la de otras regiones dentro del área cultural, como sugirió Drennan (1995, 1996) para determinar los patrones y la variabilidad en las prácticas económicas, sociales, políticas y culturales. En el caso del Área Intermedia es crítico no continuar perpetuando la idea sin fundamento de que la mayoría, sino toda, la interacción a larga distancia de estos grupos se llevó a cabo, exclusivamente, con Mesoamérica y la región Andina (Sheets 1992). No estoy negando que estas áreas interaccionaron con o influenciaron a grupos del Área Intermedia pero no podemos seguir asumiendo que estas fueron las únicas formas de interacción que tuvieron lugar. Los arqueólogos caribeños no podemos asumir que la mayoría de los desarrollos sociales y culturales en las islas sucedió de manera aislada del resto del continente ni que la mayoría de la interacción a larga distancia en las Antillas Mayores tuvo lugar, exclusivamente, con grupos de las cuencas del Orinoco y Amazonas. Para en-

tender mejor las interacciones de larga distancia los estudiosos del Caribe tienen que concentrarse más en la variabilidad social y cultural interna dentro de la región. Cuando rompamos con las limitaciones impuestas por la camisa de fuerza de las premisas del concepto *área cultural* vamos a conseguir un mejor entendimiento de las dinámicas sociales y culturales de la historia antigua de estos grupos.

Referencias

Angulo, Carlos

- 1981 *La tradición Malambo: un complejo temprano en el noroeste de Suramérica*. FIAN, Bogotá.

Callaghan, Richard T.

- 1993 Passages to the Greater Antilles: an analysis of watercraft and the marine environment. En *Actas del Decimocuarto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Alissandra Cummins y Phillipa King, pp 64-72. International Association for Caribbean Archaeology, Barbados.
- 1995 Antillean cultural contacts with mainland regions as a navigation problem. En *Actas del Decimoquinto Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, editado por Ricardo Alegría y Miguel Rodríguez, pp 181-190. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, San Juan.
- 1999 Computer simulations of ancient voyaging. *The Northern Mariner/Le Marin du Nord* 1:24-33.
- 2003 Comments on the mainland origin of the preceramic cultures of the Greater Antilles. *Latin American Antiquity* 14:323-338.

Drennan, Robert D.

- 1995 Chiefdoms in northern South America. *Journal of World Prehistory* 9:301-340.
- 1996 Betwixt y between in the Intermediate Area. *Journal of Archaeological Research* 4:95-132.

Godo, Pedro

- 1997 El problema del protoagrícola de Cuba: discusión y perspectivas. *El Caribe Arqueológico* 2:19-30.

Guarch, José

1988 Sitio arqueológico del Chorro de Maíta. *Revista Cubana de Ciencias Sociales* 17:162-183.

1990 *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Ediciones Holguín, Holguín.

1994 *Yaguay yucayeque turey (Yaguajay, la aldea del cielo resplandeciente)*. Ediciones Holguín, Holguín.

Haberland, Wolfgang

1957 Black-on-Red Painted Ware and Associated Features in the Intermediate Area. *Ethnos* 22(3-4):148-161.

Helms, Mary W.

1987 Art styles and interaction spheres in Central America and the Caribbean: polished black wood in the Greater Antilles. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert Drennan y Carlos Alberto Uribe, pp 67-83. University of America Press, Lanham.

Hoopes, John W.

1992 Early Formative cultures in the Intermediate Area: a background to the emergence of social complexity. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 43-83. Dumbarton Oaks, Washington.

Kozłowski, Janus

1975 *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. Editorial Academia, La Habana.

Lange, Fred

1992 The Intermediate Area: an introductory overview of wealth and hierarchy issues. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 1-14. Dumbarton Oaks, Washington.

MacNeish, Richard y Antoinette Nelken-Turner

1983 *Final annual report of the Belize Archaic archaeological reconnaissance*. Center for Archaeological Studies, Boston University, Boston.

McGinnis, Shirley

1997 Ideographic expression in the precolumbian Caribbean. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.

- 2001 Patterns, variations and anomalies in ideographic expression in the precolumbian Caribbean. En *Actas del Decimotercero Congreso Internacional de Arqueología del Caribe*, volumen 2, editado por Gérard Richard, pp 99-114. International Association for Caribbean Archaeology, Guadalupe.
- Meggers, Betty J. y Clifford Evans
- 1978 Lowland South America and the Antillas. En *Ancient Native Americans*, editado por Jesse Jennings, pp 542-591. W.H. Freeman, San Francisco.
- Oliver, José
- 2000 Gold symbolism among Caribbean chiefdoms: of feathers, cibas and guanín power among Taíno elites. En *Precolumbian gold: technology, style, and iconography*, editado por Colin McEwan, pp 196-219. British Museum Press, Londres.
- Rodríguez, Reniel
- 2002 Dinámicas de intercambio en el Puerto Rico prehispanico. *El Caribe Arqueológico* 6: 16-22.
- Rouse, Irving
- 1962 The Tainos: Rise and Decline of the People Who Greeted Columbus. Yale University Press, New Haven.
- Sanders, William y Barbara Price
- 1968 *Mesoamerica: the evolution of a civilization*. Random House, Nueva York.
- Sheets, Payson D.
- 1992 The pervasive pejorative in Intermediate Area studies. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 15-41. *Dumbarton Oaks*, Washington.
- Steward, Julian
- 1948 The Circum-Caribbean tribes: an introduction. En *Handbook of South American Indians. Volume 4: the Circum-Caribbean tribes*, editado por Julian Steward, pp 1-41. *Bulletin of the Bureau of American Ethnology* 143, Smithsonian, Washington.
- Ulloa, Jorge
- 1999 Aproximación a la cerámica temprana del Caribe. *Caribe Arqueológico: Anuario de la Revista Casa del Caribe Santiago de Cuba* 3:28-42.

Ulloa, Jorge y Roberto Valcárcel

2002 *Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba*. Viewgraph, Santo Domingo.

Valcárcel, R.

1999 Banes precolombino, jerarquía y sociedad. *El Caribe Arqueológico* 3:84-89.

2002 *Banes precolombino, la ocupación agricultora*. Ediciones Holguín, Holguín.

Vega, Bernardo

1979 *Los metales y los aborígenes de la Hispaniola*. Museo del Hombre Dominicano, Santa Domingo.

Veloz, Marcio

1991 *Panorama histórico del Caribe precolombino*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

1993 *La isla de Santo Domingo antes de Colón*. Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo.

Veloz, Marcio y Carlos Angulo

1982 La aparición de un ídolo de tres puntas en la tradición Malambo (Colombia). *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* 10:15-20.

Wiley, Gordon

1971 *An introduction to American archaeology*. Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

Wilson, Samuel, Harry Iceland y Thomas Hester

1998 Preceramic connections between Yucatan and the Caribbean. *Latin American Antiquity* 9:342-352.

Zucchi, Alberta y Kay Tarble

1984 *Los cedeñooides: un nuevo grupo prehispánico del Orinoco Medio*. Acta Científica Venezolana, Caracas.

Intercambio interregional, conexiones externas y estrategias de poder en el oriente de Honduras durante los períodos V y VI

Christopher Begley

Transylvania University

Resumen

Una década de investigaciones sobre el patrón de asentamientos en la región de Mosquitia, en Honduras, ha abordado las preguntas sobre la afiliación cultural de los grupos del este de Honduras a lo largo de la frontera entre Mesoamérica y el área chibcha. Las investigaciones sugieren que, a pesar de varios elementos significativos de la cultura material (como canchas de pelota y grupos de plazas ortogonales), las poblaciones del este de Honduras probablemente fueron ancestrales a los grupos actuales de habla macro-chibcha, como los pech, con la influencia mesoamericana demostrada por medio de un juego limitado de patrones arquitectónicos. La Mosquitia floreció durante el Período V (Clásico Tardío) de una cultura esencialmente de la Baja Centroamérica que utilizó elementos mesoamericanos, en especial elementos de la planificación de sitios, como parte de la estrategia de la elite local para reunir poder. ☞

Palabras clave

Área Intermedia,
Honduras,
juegos de pelota,
interacciones
inter-regionales.



Abstract

A decade of regional settlement pattern research in the Mosquitia region of Honduras addresses questions regarding the cultural affiliation of eastern Honduran groups along the frontier between Mesoamerica and the Chibcha area. Research suggests that despite a number of significant elements of material culture, such as ballcourts and orthogonal plaza groups, the populations of eastern Honduras were probably ancestral to modern Macro-Chibchan speaking groups such as the Pech, with Mesoamerican influence manifested as a limited suite of architectonic templates. The Mosquitia saw a Period V (Late Classic) florescence of an essentially Lower Central American culture that used Mesoamerican elements, particularly elements of site planning, as part of the power gathering strategy of the local elite. ☞

Keywords

Intermediate Area,
Honduras,
ball games,
inter-regional interactions.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
23/08/2005

Introducción

En la época prehispánica la parte oriental de Honduras formó parte de un límite cultural documentado desde la llegada de los primeros europeos a la región (**Figura 1**); se ha descrito esta región como un límite en el que grupos con fuertes afiliaciones suramericanas encontraron culturas que participaban de una tradición mesoamericana (Kirchhoff 1943). El concepto de frontera, sin embargo, desmiente el hecho que la región era un complejo y dinámico cruce cultural en tiempos prehispánicos, al tiempo de contacto y actualmente; a pesar del aumento de interés por el área sigue siendo una de las partes menos investigadas de la periferia mesoamericana.

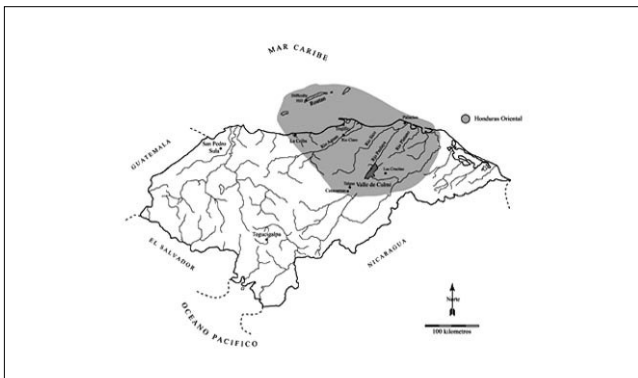


Figura 1
Honduras.

La posición de Honduras oriental en el antiguo paisaje político se caracterizó en términos de áreas culturales. En este esquema Honduras oriental se posicionó en la frontera norteña de Baja Centroamérica, un poco más allá de los límites de Mesoamérica, y fue identificada como la primera región al sur de la frontera mesoamericana con una orientación cultural más dirigida hacia América del Sur que hacia el norte. Las diferencias entre la materia cultural del oriente en relación con el centro y occidente de Honduras se han notado ampliamente. Mientras el resto de Honduras compartió muchos rasgos con áreas tradicionalmente definidas como mesoamericanas la parte oriental fue diferente y no-mesoamericana en materia cultural; debido a esta diferencia las sociedades prehispánicas de Honduras oriental han sido consideradas extensiones norteñas de culturas esencialmente suramericanas. La categorización como no-mesoamericana contrasta con las descripciones de Honduras central y occidental, consideradas en la zona de influencia mesoamericana y que rasgos mesoamericanos como pirámides con paredes verticales y campos de pelota, ausentes en Honduras oriental.

Algunos investigadores han rechazado ciertos elementos de esta visión popular de la zona utilizando evidencia etnohistórica para sugerir que algunas poblaciones del oriente de Honduras se originaron en Mesoamérica. Existen algunas evidencias de que el nahua, un idioma centro-mexicano, fue hablado por ciertos grupos de Honduras oriental al tiempo del contacto. Algunas hipótesis sugieren que poblaciones inmigrantes, hablantes de nahua, habitaron algunas partes de la región entre 1000 y 1530 DC. Otras hipótesis más extremas sostienen que poblaciones “mexicanas” subyugaron a los habitantes indígenas del área y construyeron los sitios más grandes en Honduras oriental.

Esta posición fue apoyada por los resultados de mis investigaciones en la región (Begley 1991, 1999); en ellas descubrí elementos mesoamericanos en sitios fechados en los períodos V (500-1000 DC) y VI (1000-1530 DC). Estos elementos mesoamericanos no sólo incluyeron artículos de comercio portátiles (como cerámica, jade y obsidiana) y “rasgos tradicio-

nales” como campos de pelota y plazas formales (Figura 2); estos elementos arquitectónicos, particularmente los campos de pelota, se han interpretado como rasgos que definen los sitios mesoamericanos y se han asumido como indicadores de la presencia de una población mesoamericana. Los campos de pelota son estructuras simbólicamente cargadas y asociadas con una variedad de actividades rituales y figuran de forma prominente en los mitos y en la iconografía en Mesoamerica por más de 2000 años.

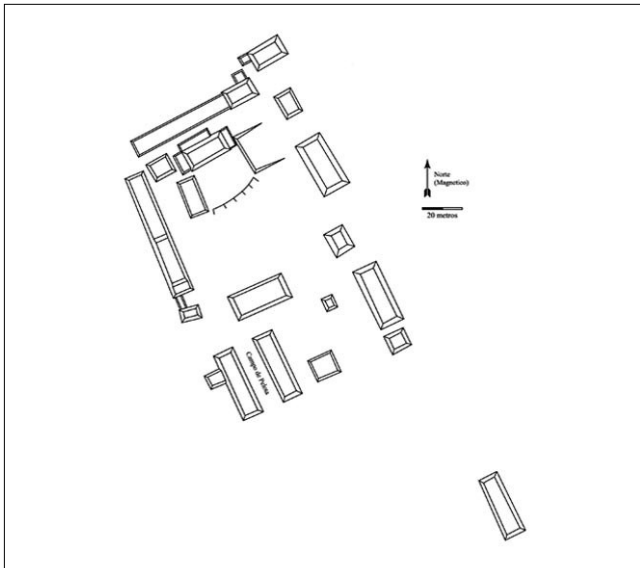


Figura 2
Sitio PRP-11.

Cultura material

Aparte de los rasgos arquitectónicos que parecen mesoamericanos los materiales de la zona son similares a los de otras partes de Centroamérica Baja pero no tienen similitud con los artefactos de Mesoamérica. Las diferencias más obvias se encuentran en la cerámica, ubicada en la tradición incisa y modelada (no en la tradición pintada); muestra más similitud

con la cerámica de Baja Centroamérica y se relaciona poco con la cerámica de la zona mesoamericana. La supuesta influencia mesoamericana en algunas vasijas policromas del Período V me parece superficial. A finales del Período V y en el Período VI la cerámica muestra poca similitud con Mesoamérica; continúan muchos de sus motivos, incisos en vez de pintados (Figura 3). También hay una industria lapidaria impresionante similar a la de áreas situadas más al sur, especialmente la del litoral Atlántico de Costa Rica; esta industria incluye metates de varios tamaños, desde pequeños hasta gigantescos (Figura 4). Algunos artefactos portátiles que se encuentran en el oriente de Honduras muestran una conexión con Mesoamerica, como la obsidiana. Hay una cantidad impresionante de piedra verde, casi toda proveniente de fuentes de piedra verde blanda, no jadeita, ubicadas en la Mosquitia y, posiblemente, en las Islas de la Bahía. Estos artefactos son evidencia de interacción o influencia mesoamericana pero no indican ninguna presencia de gente mesoamericana.

Figura 3
Cerámica de
Honduras Oriental.

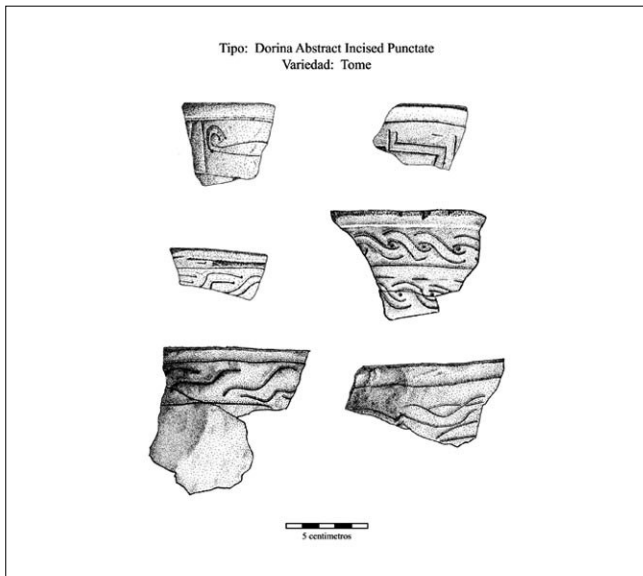




Figura 4

Arquitectura

Uno de los rasgos mas interesante en la región son los campos de pelota. En la investigación ubiqué tres fechados en el Periodo V y uno en el Periodo VI (Sitio PRP-1, **Figura 2**). La ubicación dentro de los sitios, sus orientaciones y su forma deja poca duda de que estos campos de pelota están relacionados con los de Mesoamérica. Aparte de su forma general y ubicación su arquitectura es distinta de los del occidente del país. No hay evidencia, por ejemplo, de muros verticales o del uso de piedra trabajada. Las estructuras no fueron construidas en la manera típica de otras partes de Honduras. Aunque hay evidencia del uso de piedra de río no se utilizaron muros verticales de contención. En vez de una forma con gradas tuvieron forma de montículo con los lados inclinados. Todavía no sabemos la manera que utilizaron para evitar que las estructuras fueran dañadas por el agua.

Relación con Mesoamérica

Sugiero que ninguna población intrusa fue responsable de los elementos mesoamericanos presentes en los sitios arqueológicos de Honduras oriental. Las poblaciones de la región actuaban recíprocamente con algunas culturas mesoamericanas desde los períodos más tempranos (aproximadamente 250 DC). La intensidad de la conexión con Mesoamérica varió con el tiempo pero siempre hubo una diferencia evidente entre las poblaciones orientales y las mesoamericanas. En algún momento entre 250 y 650 DC se desarrollaron sociedades complejas, la población empezó a establecerse en asentamientos más nucleados y empezaron las construcciones monumentales; esta es una evidencia de que el equilibrio del poder había girado hacia un lado y estaban emergiendo elites regionales. Los individuos o grupos que diseñaron y organizaron estas construcciones monumentales emularon o copiaron los modelos de las grandes sociedades del norte.

La interacción con Mesoamerica es más evidente en elementos de planificación de los sitios. Los rasgos más visibles de los sitios arqueológicos en Honduras oriental son arquitectónicos. Los indicadores más fuertes de una conexión con Mesoamérica son los campos de pelota, cuyas forma, tamaño, orientación y colocación dentro de los sitios no deja duda de que son del tipo encontrado en Mesoamérica en contraste con otros estilos de campo de pelota, como los del Caribe y del suroeste de los Estados Unidos, que no indican la misma interacción significativa con Mesoamerica sugerido por el tipo con dos montículos paralelos, que se encuentra tanto en Mesoamérica como en el oriente de Honduras. Otros elementos aparecen junto con los campos de pelota como plazas formales y plazuelas o patios, rasgos arquitectónicos comunes en toda Mesoamérica.

El hecho de que los sitios se organizaran de una manera mesoamericana, diferente de las culturas situadas más al sur, produce una impresión de “mesoamericanización radical” descrita por Doris Stone (1972) como una “patina mexicana”. Aunque los arqueólogos tienden a identificar períodos de

“mesoamericanización” en la periferia sureste de Mesoamérica (Willey 1968) existen rasgos mesoamericanos en formas específicas, principalmente en la arquitectura pública. Es útil pensar en los campos de pelota, las plazas y las estructuras asociadas como parte de un complejo arquitectónico de elite. La tarea a mano es entender la manera como la adopción de ese complejo arquitectónico con un simbolismo exótico sirvió a las elites para ganar o mantener el poder.

Para entender la utilidad de este complejo arquitectónico es necesario repasar las ideas sobre la manera como las elites adquieren poder político. Earle (1997), siguiendo a Mann (1986), identificó tres tipos de poder utilizados en los cacicazgos: económico, militar e ideológico. Ningún dato sobre aspectos militares existe en Honduras oriental; dado el tamaño pequeño de las poblaciones y la baja densidad demográfica este no debió ser un factor importante, sobre todo en las fases iniciales del desarrollo de las elites. Tampoco existe evidencia del papel de fuerzas económicas en el desarrollo de las sociedades del oriente, excepto que no hay evidencia del ingreso de cantidades significativas de artículos extranjeros. En cambio, parece que el papel del poder ideológico era importante debido al tipo de elementos importados. ¿Por qué los elementos importados más significativos fueron símbolos y planos arquitectónicos?; ¿por qué fueron tan pocos otros materiales que pudieron marcar una relación con las sociedades poderosas localizadas al oeste?; ¿por qué utilizaron complejos simbólicos mesoamericanos en una tradición que no parece haber usado estos símbolos normalmente? Mary Helms (1979, 1988) sugirió que la adquisición de conocimiento, especialmente esotérico, fue importante en las metas de las elites recién establecidas. ¿Cómo funcionó ese conocimiento en la adquisición del poder?; ¿por qué las elites adoptaron esa estrategia?; ¿por qué utilizaron planos arquitectónicos y símbolos y no usaron marcadores portátiles materiales como cerámica y obsidiana? Helms (1988:4) demostró que “en sociedades tradicionales los espacios y distancias geográficas no son conceptos neutrales sino que tienen importancia sociológica, política y, especialmente, ideológica”. Aunque así es posible conceptualizar un intercambio significativo no basado

en mercancías todavía falta entender la manera como el conocimiento esotérico fue convertido en poder político. Decir que los espacios geográficos son equivalentes o asociados con espacios míticos es una cosa pero explicar cómo y por qué las elites de Honduras oriental usaron símbolos extranjeros con buen éxito es otra.

El simbolismo de los campos de pelota y sus estructuras asociadas no fue diferente del simbolismo de los elementos de la cosmología panamericana evidentes en mitos y ritos asociados con juegos de pelota de hule desde Norteamérica hasta Suramérica; las elites del oriente de Honduras pusieron rasgos arquitectónicos extranjeros encima de un sistema de creencias que ya existía; además, contaban con bastantes ejemplos del uso de juegos de pelota para establecer posiciones políticas en sociedades vecinas del norte. A través de la emulación o imitación de esas sociedades las elites del oriente demostraron su conexión con vecinos poderosos y fueron más efectivas en su búsqueda de poder.

Estrategias de poder de las elites

Una precaución metodológica de Foucault (1980:97) enfatiza que “el análisis no debe referirse al poder a nivel de intención consciente o decisión. En cambio, el poder debe ser estudiado donde su intención, si tiene una, se invierte completamente en prácticas reales y eficaces”. Desde ese punto de vista mi explicación de la introducción de campos de pelota y otros elementos mesoamericanos como un esfuerzo de las nuevas elites por ganar y mantener poder social y político no explica cómo estos cambios dieron por resultado un aumento del poder. Para ir más allá de algunas declaraciones vacías sobre intercambio a larga distancia y prestigio intento determinar cómo las relaciones de larga distancia se convirtieron en poder político; para hacerlo me acerqué al poder desde otro ángulo, examinando las “prácticas reales y eficaces” por medio de las cuales se manifestó el poder de las elites. Foucault (1980:97) sugirió que no debemos preguntar

“por qué ciertas personas quieren dominar, o lo que buscan, o qué es su estrategia global. Debemos preguntarnos, en cambio, cómo funcionan las cosas al nivel de subyugación continua, al nivel de esos procesos continuos e ininterrumpidos que sujetan nuestros cuerpos, gobiernan nuestras acciones, dictan nuestra conducta etc. En otras palabras, en lugar de preguntarnos cómo el soberano aparece para nosotros en su aislamiento alto debemos tratar de descubrir cómo es que esos asuntos son gradualmente, progresivamente, verdaderamente y materialmente constituidos por medio de una multiplicidad de organismos, fuerzas, energías, etc”.

Así, no empezaré buscando las posibles estrategias utilizadas por la elite sino examinando los tipos de cambios que acompañaron su surgimiento y demostrando la manera como funcionó el poder en la vida cotidiana. La discusión sobre las estrategias de las elites estará informada por un examen de las manifestaciones concretas de su poder. La “precaución metodológica” de Foucault permite enfocar mi análisis en uno de los pocos cambios visibles asociados con el surgimiento de las elites en el oriente de Honduras: la planificación de sitios tipo mesoamericano y, sobre todo, la introducción de campos de pelota.

Aplicación de estrategias de poder

En el oriente de Honduras ocurrieron cambios socio-políticos importantes que no son entendibles en términos de interacción tanto como en términos de juegos de poder entre las elites. Las elites recién surgidas estaban en el proceso de “materializar” su pretensión de poder, antes basado en la ideología (*sensu* DeMarrais *et al.* 1996). El contacto con Mesoamérica, no importa cómo sucedió, proveyó a la elite con el conocimiento esotérico con el que pudo continuar su “producción de verdad” (en los términos de Foucault) o mantener su santidad o “asociación con la última verdad”, para usar un concepto de

Rappaport (1971), Giddens (1979) y Mann (1986) sugirieron que existen varias ideologías en cualquiera sociedad, incluso ideologías de resistencia sostenidas por quienes no detentan el poder. La ideología se convierte en una herramienta estratégica que, según DeMarrais *et al.* (1996), debe ser “materializada” en prácticas y objetos que pueden ser controlados o manipulados por la elite como una manera de ganar poder político. La creación de rituales de ideología fue uno de los primeros pasos en el proceso de materialización. Earle (1997:153) señaló que los eventos ceremoniales públicos “crean el nexo simbólico de una sociedad” y son, “probablemente, la forma más básica y simple de ideología materializada”. Las elites pudieron controlar o limitar la participación en rituales (Earle 1997:153) o aumentar su “complejidad organizacional”, es decir, la naturaleza especializada y el número de componentes requeridos para su ejecución (Earle 1997:154); así las elites fueron cada vez más indispensables.

DeMarrais *et al.* (1996) sugirieron que este proceso de materialización debió ir más allá de la creación de prácticas o rituales, notando que los eventos ceremoniales o rituales no fueron una buena base del poder. Los eventos ceremoniales son “necesariamente transitorios; no son inversiones importantes como la construcción de un lugar ceremonial o la creación de parafernalia ritual” (Earle 1997:154). Un monumento ritual se puede poseer, puede ser heredado y puede ser visto y experimentado por un gran número de personas a la vez; no es una inversión débil y transitoria sino la manifestación permanente del evento ceremonial. Los campos de pelota y su arquitectura relacionada fueron una ideología materializada.

La táctica específica utilizada en la “producción de verdad”, en particular la introducción de los campos de pelota, no sólo fue una manera de materializar conocimientos rituales sino, también, una manera para apropiar, efectivamente, elementos poderosos de la cosmología. Los campos de pelota mesoamericanos eran una versión del *axis mundi*, un concepto central de las cosmologías americanas y, seguramente, central a las poblaciones antiguas del oriental de Honduras mucho antes de que fueran introducidos en su territorio. El símbo-

lo del *axis mundi* existe en muchas formas; generalmente hay uno primario entre muchos. Por su tamaño el campo de pelota fue un símbolo poderoso de *axis mundi*. El hecho de que los campos de pelota sean monumentales y que se asocien con los miembros de la elite, especialistas religiosos *de facto*, como Helms (1979) y otros han demostrado, dio autoridad a esta nueva versión del *axis mundi* que apropió la importancia ideológica de los *axes mundi* previos. Además de la autoridad encarnada en una estructura pública ideológicamente importante, construida por la elite local, el uso de un símbolo del *axis mundi* relativamente poderoso y establecido, asociado con los grupos poderoso del oeste, debe haber producido beneficios. Esta asociación imbuiría esta versión del *axis mundi* con otra clase de autoridad basada en ambos poderes y adquiriendo su legitimidad por su asociación con el poder manifiesto de los grupos mesoamericanos. El potencial de “producción de verdad” de una ideología alternativa basada en rituales que invocaran el *axis mundi* se habría reducido dramáticamente; los desafiantes no podrían haber competido con el *axis mundi* oficial, patrocinado por la elite. La asociación de este concepto poderoso y fundamental con arquitectura monumental, que no se podía reproducir fácilmente, disminuyó la amenaza potencial de las ideologías alternativas. El hecho de localizar los rituales en un espacio monumental los excluyó, efectivamente, de las manos de la plebe. Dada la relación “natural” entre la elite y lo sobrenatural la introducción de un patrón arquitectónico al lado de una ideología ya existente no habría sido resistido o subvertido fácilmente.

Campos de pelota

Hasta ahora he discutido la adopción de un complejo arquitectónico que incluye campos de pelota como parte de una estrategia de recolección de poder en un nivel abstracto, hablando de asuntos de legitimación y materialización de conocimiento ritual. Sin embargo, se requiere un nivel más concreto de discusión para contestar por qué los campos de pelota o por qué

los campos de pelota y los rituales asociados fueron un medio eficaz o apropiado para que una elite recién surgida pudiera consolidar su poder. Víctor Turner (1969) describió el ritual como un medio de reorganizar las relaciones sociales. La elite recién surgida en el oriente de Honduras habría adoptado los rituales asociados con el campo de pelota como un medio para establecer, reestructurar o reforzar un complejo de relaciones sociales que los colocó en una posición de poder o que justificó la desigualdad existente. Los campos de pelota sirvieron como más que campos de juego y en ellos se realizaron rituales diferentes. Por ejemplo, Fox (1996:493) señaló que los campos de pelota en la cuenca de Cuyamapa, en la parte oeste-central de Honduras, están asociados con festejos y “se ven como lugares públicos en los cuales se negociaron, reprodujeron y, de vez en cuando, se transformaron relaciones de poder por medio de rituales en los cuales los símbolos interconectados de los juegos de pelota y las fiestas eran invocados en forma alternada”. Las evidencias etnohistóricas, etnográficas y arqueológicas apoyan la asociación de campos de pelota con rituales complejos en varias etapas. El hecho que una parte del complejo ritual asociado con campos de pelota era un juego no se debe pasar por alto. Lévi-Strauss (1966:32) sugirió que los juegos son una categoría única de rito que “terminan en el establecimiento de una diferencia entre jugadores individuales o equipos donde originalmente no había ninguna indicación de desigualdad.” Fox (1996:493) notó que los juegos de pelota y otros rituales involucrados en juegos y deportes no son muy predecibles; los juegos, junto con los festejos asociados, proporcionaron una situación en la cual los “engrandecedores” locales podrían haber aumentado su prestigio a través del despliegue público (Fox 1996:494). Fox sugirió que la fiesta hubiera seguido al juego como “un intento de transformar la competición y el conflicto en coordinación y obediencia”. Los juegos de pelota habrían permitido el auto-engrandecimiento de sus patrocinadores a través de un ritual parcialmente predecible (las fiestas asociadas); aunque el juego era menos predecible habría interesado a las facciones desafiantes como un medio para ganar prestigio frente a la facción patrocinadora.

Varios autores (e.g., Kowalewski *et al.* 1991; Santley *et al.* 1991; Fox 1996) han sugerido que existe una relación inversa entre el número de sitios con campos de pelota y el grado de centralización política en una región; por eso los ritos asociados con los juegos de pelota habrían estado involucrados en la competición por hegemonía política. Fox (1996) escribió que los rituales relacionados con el juego de pelota eran un medio para reorganizar el paisaje político en Honduras oeste-central; este precedente habría sido otro factor en la adopción de campos de pelota y rituales asociados por la elite del oriente de Honduras. No sorprende que un complejo ritual ya asociado con la negociación de este tipo de relaciones sociales fuera adoptado por una elite cercana que estaba empezando el proceso de solidificar su lugar en el orden social. En este aspecto se ve el peligro de reificar la dicotomía mesoamericano/no-mesoamericano. Aunque la herencia lingüística y biológica de los grupos orientales y occidentales hondureños puede ser diferente esto no reflejaría, significativamente, en las relaciones que ocurrieron durante el primer milenio DC; después de todo eran vecinos. Los sitios localizados en la interfase estos grupos muestran una mezcla de cultura material; aunque este hecho no es, necesariamente, un indicador confiable de la manera como estos grupos auto-representaron sus diferencias sugiere un nivel de comunicación y familiaridad que puede ser oscurecido por la dicotomía mesoamericano/no-mesoamericano.

Hasta ahora no he especificado el papel de la ideología como una herramienta de la elite; ello no se debe interpretar como un funcionalismo ingenuo que trata de explicar fenómenos ideológicos como si funcionaron para apoyar o reforzar desigualdades. Es improbable que el complejo ritual asociado con campos de pelota fuera percibido por la plebe oriental solamente como un medio de legitimación de la elite; los juegos de pelota habrían constituido un espacio de negociación interesante y creíble de asuntos cosmológicos, aunque imagino que su papel como forma de negociar el poder de la elite y la competición entre facciones no pasó inadvertida para el populacho. Demostrar que la “función” de los campos de pelota fue una manera de negociar relaciones sociales es sólo un paso que

nos aleja de las explicaciones funcionalistas de la ideología en el pasado, un problema que ha ocupado los intentos recientes para explicarla como una fuerza mayor en los cambios sociales (Conrad y Demarest 1984). En este artículo he tratado de mitigar este problema no sólo discutiendo la manera como los campos de pelota y los rituales asociados funcionaron como una herramienta de la elite sino identificando las maneras como funcionaron en la cosmología. Los campos de pelota y sus rituales relacionados se habrían presentado y entendido como una negociación entre la sociedad y lo sobrenatural y como una negociación entre facciones competitivas de la elite. Los campos de pelota eran importantes en ambos papeles, cosmológico y socio-político. Dietler y Herbich (1998), usando el ejemplo de la construcción de casas entre los luo de Kenya, mostraron que los cambios que tienen el efecto de hacer que el orden social parezca “no-natural” pueden dar por resultado una gran preocupación dentro de la sociedad; utilizando el concepto de *doxa* (la percepción de que el orden social es “natural”) de Bourdieu (1977, 1984) señalaron que los “experimentos con cambios en la posición de las casas debido a escasez de terreno ha sido una causa de ansiedad considerable, de preocupaciones sobre consecuencias sobrenaturales y de discusión que intenta establecer, en una forma racional, una ortodoxia”. Es razonable pensar que tal preocupación habría acompañado la adopción de un complejo ritual nuevo; el hecho que los campos de pelota fueron, fundamentalmente, *axes mundi* habría facilitado su aceptación.

Conclusiones

Aunque hay algunas evidencias etnohistóricas de presencia extranjera o mesoamericana en el oriente de Honduras al tiempo de contacto no hay señales arqueológicas de su presencia en los períodos investigados en este artículo (Períodos V y VI). La organización socio-política compleja se desarrolló entre 250-600 DC; en esta época la interacción con grupos mesoamericanos es evidente. Las elites de la parte oriental de Honduras uti-

lizaron ciertos rasgos arquitectónicos mesoamericanos como parte de su estrategia para mantener su poder; la adopción de algunos rasgos extranjeros no fue la única estrategia empleada pero fue la única de la que tenemos evidencia.

Este estudio se basa en el desarrollo interno de las sociedades prehispánicas del oriente de Honduras, no en sus conexiones externas. Aunque hubo conexiones externas y las interacciones interregionales debieron ser importantes no quiero poner demasiado énfasis en influencias externas. He tratado de explorar un aspecto particular de los mecanismos que utilizaron las elites para poner sus estrategias en acción. Lo que identificado aquí es, solamente, una parte del mecanismo total pero es el comienzo para comprender las sociedades de la región en sus propios términos. Al explorar el aspecto interno de las afiliaciones externas es posible examinar los procesos culturales sin pensar que las sociedades constituyeron sistemas cerrados; también es posible discutir la influencia mesoamericana sin simplificar, demasiado, las estrategias de las elites regionales.

Referencias

Begley, Christopher T.

1991 Recorrido piloto del proyecto Río Platano: informe preliminar. Manuscrito sin publicar, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Tegucigalpa.

1999 Elite power strategies and external connections in ancient eastern Honduras. Disertación doctoral, University of Chicago, Chicago.

Bourdieu, Pierre

1977 *Outline of a theory of practice*. Cambridge University Press, Cambridge.

1984 *Distinction: a social critique of the judgment of taste*. Harvard University Press, Cambridge.

Conrad, Geoffrey y Arthur Demarest

1984 *Religion and empire: the dynamics of Aztec and Inca expansionism*. Cambridge University Press, Cambridge.

- DeMarrais, Elizabeth, Luis Jaime Catillo y Tim Earle
1996 Ideology, materialization and power strategies.
Current Anthropology 37:15-31.
- Dietler, Michael e Ingrid Herbich
1998 Habitus, techniques, style: an integrated approach to the social understanding of material culture and boundaries. En *The archaeology of social boundaries*, editado por Miriam Stark, pp 232-263. Smithsonian, Washington.
- Earle, Timothy
1997 *How chiefs come to power: the political economy in prehistory*. Stanford University Press, Stanford.
- Foucault, Michel
1980 *Power/Knowledge*. Pantheon, Nueva York.
- Fox, John G.
1996 Playing with power: ballcourts and political ritual in southern Mesoamerica. *Current Anthropology* 37(3):483-509.
- Giddens, Anthony
1979 *Central problems in social theory*. Macmillan, London.
- Helms, Mary W.
1979 *Ancient Panama: chiefs in search of power*. University of Texas Press, Austin.
1988 *Ulysses' sail: an ethnographic odyssey of power, knowledge, and geographical distance*. Princeton University Press, Princeton.
- Kirchhoff, Paul
1943 Mesoamerica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. *Acta Americana* 1:92-107.
- Kowalewski, Stephen, Gary M. Feinman, Laura Finsten y Richard E. Blanton
1991 Pre-hispanic ballcourts from the valley of Oaxaca, Mexico. En *The Mesoamerican ballgame*, editado por Vernon L. Scarborough y David Wilcox, pp 25-44. University of Arizona Press, Tucson.
- Lévi-Strauss, Claude
1966 *The savage mind*. University of Chicago Press, Chicago.

Mann, Michael

1986 *The sources of social power*. Cambridge University Press, Cambridge.

Rappaport, Roy A.

1971 The sacred in human evolution. *Annual Review of Ecology and Systematics* 2:23-43.

Santley, Robert S., Michael J. Berman y Rani T. Alexander

1991 The politicization of the Mesoamerican ballgame and its implications for the interpretation of the distribution of ballcourts in Central Mexico. En *The Mesoamerican ballgame*, editado por Vernon L. Scarborough y David Wilcox, pp 3-24. University of Arizona Press, Tucson.

Stone, Doris Z.

1972 *Pre-Columbian man finds Central America*. Peabody Museum Press, Cambridge

Turner, Victor

1969 *The ritual process: structure and anti-structure*. Aldine, Chicago.

Willey, Gordon R.

1968 The mesoamericanization of the Honduras-Salvadoran periphery: a symposium commentary. En *XXXVIII International Congress of Americanists*, pp 533-542, Stuttgart-Munich.

Atravesando fronteras y explorando la iconografía sagrada de los antiguos chibchas en Centroamérica meridional y Colombia septentrional

John W. Hoopes

University of Kansas

Resumen

La interpretación holística de patrones en la distribución de características lingüísticas, genéticas y arqueológicas que se asocian con poblaciones de estirpe chibchense en Centroamérica meridional y Colombia septentrional requiere reevaluar el concepto tradicional del Área Intermedia. Los elementos de la cultura material, como los objetos de arte con iconografía compleja, sugieren la existencia de una tradición ideológica común que fue compartida a través de diferentes períodos temporales y de regiones geográficas. Este artículo repasa las hipótesis recientes referentes a un área de tradición cultural chibcha y precisa aspectos sobre la interpretación del complejo iconográfico que merece ser investigado en el contexto de un nuevo paradigma conceptual. ➤

Palabras clave

Familia lingüística Chibcha,
Área Intermedia,
áreas culturales.



Abstract

A holistic interpretation of patterns in the distribution of linguistic, genetic, and archaeological characteristics associated with populations speaking languages of the Chibchan stock in southern Central America and northern Colombia calls for a reassessment of traditional conceptions of the Intermediate Area. In particular, elements of material culture such as art objects with complex iconography suggest the existence of common ideological traditions that were shared across temporal periods and geographic regions. This paper reviews recent hypotheses concerning a Chibchan culture area and points out issues in the interpretation of complex iconography that merit investigation within the context of a new conceptual paradigm. ➤

Keywords

Chibcha linguistic Family,
Intermediate Area,
Cultural Areas.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
4/09/2005

¿El estudio de las poblaciones actuales de estirpe lingüística chibchense y sus antepasados merece especial consideración como una unidad que suplanta la dicotomía tradicional entre América Central y del Sur y la distingue de sus vecinos dentro del Área Intermedia? En un artículo reciente Oscar Fonseca y yo (Hoopes y Fonseca 2003) discutimos su pertinencia e importancia. Los acercamientos tradicionales a estas poblaciones, aquí llamadas chibchas, tendieron a conceptualizarlas como separadas en vez de considerarlas en su unidad histórica y cultural. Irónicamente esta separación fue perpetuada, incluso, por individuos como J. Alden Mason, quien realizó excavaciones en la Sierra Nevada de Santa Marta (Mason 1931, 1936, 1939) y Panamá central (Mason 1942) y estudios iconográficos en Costa Rica (Mason 1945); sin embargo, no escribió una síntesis de su trabajo en estas tres regiones. La perpetuación de la dicotomía artificial de las poblaciones chibchenses entre América Central y del Sur fue estimulada por Stewart cuando estableció la región de Santa Marta en el segundo volumen del *Handbook of South American Indians* (Steward 1946); en el cuarto volumen, *Archaeological frontiers and external connections*, la separación fue continuada cuando se establecieron vínculos culturales entre Costa Rica y Panamá pero se excluyó a Colombia (Eckholm y Willey 1966). Esa es la clase de límites que los eruditos actuales de la arqueología chibcha buscan superar con nuevos modelos.

Los estudios lingüísticos, genéticos, arqueológicos y etnográficos sugieren que las poblaciones de estirpe chibchense han venido ocupando el istmo de Centroamérica meridional

desde hace miles de años. A través de tiempo la diversidad en idiomas, de ADN y de cultura material de las poblaciones indígenas precolombinas del área ha sido el resultado de procesos internos de evolución cultural antes que de la influencia de migraciones de gran escala provenientes del norte y del sur de América. Este supuesto ha venido a ser la base con la cual Centroamérica meridional ha sido entendida como un “puente arqueológico” resultante de factores culturales externos antes que del desarrollo y evolución cultural predominantemente endógenos. Este cambio de paradigma implica la generación de nuevas hipótesis y la estimulación de la investigación y el diseño de modelos generales para entender el cambio cultural autóctono y a largo plazo.

Un programa para los estudios chibchas debe ser holístico, es decir, deberá integrar varias perspectivas como arqueología, lingüística, genética, historia del arte, etnografía, etnohistoria, geología y geografía; la arqueología maya es un ejemplo del modelo utilizado en el estudio de sociedades cultural y lingüísticamente relacionadas. Algunos elementos necesarios en la evaluación de las relaciones entre poblaciones de idiomas de estirpe lingüística chibchense y sus antepasados es el estudio detallado de la tipología y cronología cerámica, los patrones de asentamiento, las prácticas mortuorias y las evidencias de subsistencia para entender los contextos del cambio lingüístico, genético y cultural. Fonseca (1992, 1994, 1998) discutió la importancia de las conexiones históricas o la “historia antigua” de estas poblaciones. ¿Qué tipo de acontecimientos ecológicos, políticos, económicos o religiosos afectaron amplios sectores del Área Intermedia?; ¿cómo fue la dinámica cultural dentro del contexto chibcha?; ¿acaso hubo migraciones de corta y larga distancia y, de haber existido, influyeron acontecimientos climáticos o políticos específicos?; ¿es posible identificar cuándo ciertos grupos religiosos o individuos específicos llegaron a promover ideologías que influyeron en el comportamiento de las elites y sus comunidades, como hizo Oyuela (2001, 2002) en su análisis del rol de los sacerdotes y los profetas?; ¿cómo interactuaron las poblaciones chibchas recíprocamente con sus vecinos? Una comprensión más detallada del cambio cultural

dentro del Área Intermedia nos ayudará a entender esta región de América que se encontraba articulada con Mesoamérica, los Andes centrales, la Amazonía y el Caribe en el pasado.

Romper los límites conceptuales dentro del Área Intermedia permitirá analizar y valorar más ampliamente la totalidad de las experiencias indígenas en América; sin embargo, en la disolución de los límites tradicionales establecidos, como las divisiones artificiales entre Centroamérica y Suramérica o las divisiones políticas entre países, no es necesario reformular otros en este momento. Los límites de las poblaciones chibchas deben fundamentarse en adelante utilizando información sobre (o en ausencia de) fenómenos de difusión, lingüísticos, genéticos y culturales que deberán ser el tema de la investigación futura para responder cuáles fueron los procesos que generaron y preservaron la variación cultural entre las poblaciones chibchas.

Este artículo no pretende hacer una revisión exhaustiva sobre el tema chibcha; más bien, intenta discutir el significado de la cohesión cultural chibcha y enfocar algunos elementos de la iconografía como fundamento interpretativo en la comprensión de la continuidad cultural a largo plazo entre las poblaciones chibchas dispersadas geográficamente. La iconografía precolombina del área istmo-colombiana ha sido interpretada para regiones específicas en Colombia septentrional (Legast 1980, 1982, 1987, 1993; Looper 1996, 2003), Panamá central (Helms 1977, 1981, 1993a, 1995, 2000; Cooke y Bray 1985; Labbé 1995; Cooke 1998) y Costa Rica (Graham 1981, 1992, 1995; Jones 1998; Snarskis 1998); esta literatura ha tendido a identificar elementos andinos, mesoamericanos o amazónicos en el arte precolombino de Costa Rica, Panamá y Colombia antes de considerar vínculos entre las poblaciones de estos países. Esta tendencia ha venido cambiando con los estudios más recientes que consideran el tema iconográfico desde una perspectiva regional más amplia (cf. Graham 2003).

¿Un área cultural chibcha?

Hacer referencia a un *Área histórica chibchoide* (Fonseca 1998) o a un área *Istmo-colombiana* (Hoopes y Fonseca 2003) no se puede emprender sin alguna reflexión. El paradigma histórico cultural de la década de 1940 y la definición clásica de Mesoamérica establecida por Kirchhoff (1943) han sido criticados en varias ocasiones (Creamer 1987). ¿Acaso se podrá discutir la definición de un área cultural basada en la distribución geográfica de las poblaciones de estirpe chibchense y sus antepasados tomando en cuenta el problema de proyectar a la antigüedad modelos lingüísticos antes del desarrollo de la escritura? Creo posible proporcionar un marco provisional para el análisis crítico que considere los datos arqueológicos de una manera novedosa. Este modelo será provechoso en la medida en que utilice métodos inductivos para generar hipótesis y métodos deductivos para probarlos.

Más que cualquier otro erudito Gordon Willey (1971) utilizó el método deductivo en la designación del "rea Intermedia: un espacio geográfico entre los Andes y Mesoamérica que fue interpretado con base en una serie de observaciones generales y contrastantes positivos o negativos sobre rasgos presentes o ausentes establecidos a partir de la información arqueológica de las áreas culturales mejor conocidas. La presencia de horizontes culturales como Olmeca, Chavín, Azteca e Inka en Mesoamérica y los Andes centrales contrastaban por su ausencia en el Área Intermedia; en otras palabras, la ausencia de horizontes culturales evidentes en el Área Intermedia era una causa de la ausencia de unidad cultural. Mesoamérica y los Andes centrales contaron con trayectorias evolutivas culturales que dieron paso a la formación de Estados; ese no fue el caso del Área Intermedia. Willey (1991) sugirió que la alternancia entre horizontes de mayor uniformidad cultural y períodos de mayor variación cultural fue un mecanismo que generó complejidad cultural. La ausencia de horizontes contribuyó a explicar por qué en el Área Intermedia nunca se llegó a la etapa de civilización alcanzada en otras áreas culturales.

El enfoque de Willey fue diferente al de su mentor, Julian Steward, quien consideró que las “tribus circumcaribes” presentaban mayores rasgos de complejidad en comparación con las sociedades del “bosque tropical” o las sociedades “marginales”, aunque en menor medida que en el Área andina. El término *Middle America* o América media, popular en la literatura anglófona en la década de 1940, fue dividido posteriormente para dar paso al de Mesoamérica (gracias a la contribución de Kirchhoff) y el de *Lower Central America* o Baja Centroamérica (cf. Lothrop 1961; Baudez 1963; Lothrop 1966; Stone 1966). La palabra “baja” no se refiere a la diferencia de altitud entre las tierras altas y las tierras bajas (las montañas de Costa Rica, por ejemplo, son más altas que las de Mesoamérica); por eso se prefiere usar el término *Centroamérica Meridional*. El término *Upper Central America* fue utilizado por Doris Stone para referirse a un nivel cultural “más alto”, que incluyó a las sociedades “altas” de Guatemala, El Salvador y Honduras, para contrastarlo con las sociedades “bajas” de *Lower Central America*. Stone hizo una observación emblemática: “culturalmente es un área marginal entre las civilizaciones altamente desarrolladas del norte y el sur” (1975:1). El uso de *lower* (más bajo) se refiere al estadio hipotético del paradigma evolutivo unilineal que cual ubica las culturas en momentos distintos de desarrollo. Esta perspectiva condicionó temas y preguntas de investigación: ¿cuáles fueron las particularidades culturales del Área Intermedia que previnieron su desarrollo en comparación con las áreas culturales vecinas?; ¿cual fue la causa que imposibilitó el desarrollo del Área Intermedia? Las comparaciones basadas en un acercamiento deductivo frecuentemente produjeron caracterizaciones a partir de rasgos ausentes en lugar de rasgos presentes, resultando en lo que Payson Sheets (1992) llamó “peyorativo totalizante” (*pervasive pejorative*). El concepto Área Intermedia se convirtió en una construcción paradigmática cargada con presunciones y juicios de valor que reflejaron la preocupación desarrollista de occidente, en este caso la preocupación de Estados Unidos.

Willey reevaluó constantemente su posición. En un seminario celebrado en la School of American Research en 1980

formuló la siguiente pregunta: “¿podremos concebir la Baja Centroamérica como un área cultural con profundidad temporal?”. Willey (1984:377) puntualizó que:

“El seminario era de la opinión general que la Baja Centroamérica carecía de amplios fenómenos culturales horizontales (como los presentes Mesoamérica y Perú). Estos horizontes son la base de lo que Bennett refiere como una unidad ‘co-tradicional’ presente en áreas culturales... En contraste la Baja Centroamérica no presenta este fenómeno o este sistema similar de fenómenos”.

La forma como planteó la pregunta estaba sesgada. En ese seminario fueron definidos los límites de la Baja Centroamérica y se incluyó a El Salvador, Honduras central (pero no al sector occidental) y la Gran Nicoya mesoamericanizada de Costa Rica. Ese espacio fue definido tomando en cuenta aspectos geográficos por encima de características culturales; la definición excluyó a Colombia, Ecuador y Venezuela. Posteriormente los especialistas en arqueología colombiana harían un valioso aporte. Aunque Warwick Bray no participó en el seminario fue invitado a contribuir con un artículo pionero (Bray 1984). Ese trabajo, junto con el del lingüista Adolfo Constenla (1990, 1991, 1993, 1995) y el del especialista en genética humana Ramiro Barrantes (1993, 1990), de Costa Rica, estimuló una nueva visión que integró la continuidad “biocultural” entre poblaciones de estirpe chibchense en el istmo de Centroamérica y Suramérica septentrional. También es destacable la contribución de Oscar Fonseca (1992, 1994; Fonseca y Cooke 1993), quien ha venido sugiriendo la definición de una *región histórica Chibcha* que establece la continuidad lingüística, genética y cultural en el área. Otros trabajos han fortalecido estos esfuerzos, como las contribuciones de Richard Cooke y sus asociados que, aunque critican el uso de la etiqueta “chibcha” por la carencia de mayores datos lingüísticos en su región, han proporcionado evidencia que apoya la continuidad cultural en Panamá central (Cooke y Ranere 1992; Cooke y Sánchez 2000; Cooke *et al.* 2000, 2003).

Una pregunta que no fue considerada en el seminario de 1980 o en la reunión de 1987 sobre la Área Intermedia en Dumbarton Oaks (Lange 1992) fue si se podría concebir la profundidad temporal del área. En 1997 Willey participó en una mesa redonda auspiciada por Dumbarton Oaks, *¿Gran Chibcha como área cultural?: horizontes estilísticos, tradiciones culturales y profundidad temporal en el centro del mundo precolombino*. Cinco arqueólogos (Warwick Bray, Richard Cooke, Robert Drennan, Jeffrey Quilter y yo) y un historiador de arte (Mark Miller Graham) participamos en la mesa redonda. En esa ocasión se aceptó, provisionalmente, el término *Gran Chibcha*; sin embargo, la mayoría de los participantes mantuvo reservas a la utilización del término a pesar del soporte empírico que explicaba la cohesión y la continuidad cultural en el área con base en datos lingüísticos y de antropología física debido a que fue imposible ignorar la variación significativa en cultura material. Antes de definir el área cultural se acordó continuar el trabajo debido a la duda de su pertinencia. Los participantes reconocieron que el concepto Área Intermedia oculta patrones culturales que merecen la importancia debida y una investigación más cuidadosa. De la reunión de 1997 surgió la idea de planificar un nuevo simposio en Dumbarton Oaks centrado en temas relacionados con la orfebrería precolombina (Quilter y Hoopes 2003).

En una ponencia presentada en el simposio de Milwaukee Fonseca y yo (Hoopes y Fonseca 2003) enfatizamos que la investigación que se realizó después de la definición del Área Intermedia establecida por Willey en 1971 incluye argumentos fuertes para establecer la continuidad lingüística y biológica de las poblaciones chibchas; también son la base para criticar modelos anteriores. Por ejemplo, Willey (1971:11-13) hizo referencia a la existencia de una agrupación lingüística macro-chibcha y designó lo que, en su opinión, era *propiamente chibcha*, reservando el término chibcha para el grupo étnico que habitó las montañas de Colombia, conocido como muisca. Siguiendo a Mason (1940) y Greenberg (1960) Willey identificó un grupo macro-chibcha que integra los subgrupos chibchas y paezan

(cf. Steward y Faron 1959). El grupo lingüístico propiamente chibcha de Willey incluye:

“...el chibcha de las montañas colombianas; el cuna, el guaymi, el güetar, entre otros grupos de Panamá y de Costa Rica; los misumalpas (mosquito, sumo, y matagalpa) de Nicaragua; y el paya [pech] y lenca de Honduras. Más alejado geográficamente está el shiriana, en el Orinoco superior en Venezuela meridional y el Brasil norte-central” (Willey 1971: 12).

En las últimas tres décadas los modelos para la comprensión de los idiomas macro-chibchas y chibchas han sido significativamente criticados y revisados, lo que ha afectado las nuevas interpretaciones arqueológicas. La investigación de Adolfo Constenla es fundamental. Solamente cuatro artículos habían sido publicados sobre lingüística comparativa macro-chibcha entre 1962 y 1981, año en que escribió su tesis doctoral (Constenla 1981); en ella y en publicaciones subsecuentes Constenla ha hecho una crítica aguda al concepto *macro-chibcha* y ha sugerido una nueva clasificación de las lenguas chibchas (Constenla 1981:13, 1991:43, 1993, 1995). Usando el análisis de conglomerados (*cluster analysis*) ha postulado la posible área geográfica donde surgió la lengua proto-chibcha en Centroamérica meridional (Constenla 1990). Sus clasificaciones contienen implicaciones importantes para la interpretación cultural. Aunque la lengua pech de Honduras oriental se clasifica dentro de la estirpe chibchense el lenca de Honduras central y de El Salvador oriental no. En contraste con Willey Constenla excluyó los idiomas misumalpas de estirpe chibchense, clasificándolos en su propia familia. También rechazó la clasificación de los idiomas barbacoas y páez de esta misma estirpe, argumentando en favor de posibles divisiones históricas entre poblaciones chibchas de Colombia meridional y de Ecuador septentrional. Aunque Greenberg (1987) había sugerido filiaciones entre las lenguas yanomamo y chibchas Constenla no incluyó ninguna lengua yanomamo en la estirpe chibchense; sin embargo, incluyó el bari y el chimila de Venezuela occidental.

Según Constenla (1991:43) la región geográfica situada entre Costa Rica y Panamá es el territorio más probable donde surgió la lengua proto-chibcha debido a la rica diversidad lingüística de lenguas chibchas que existe allí en comparación con otras regiones localizadas más al norte (Honduras) o al sur (Colombia septentrional). Los idiomas clasificados en las subdivisiones vótica e ístmica de la stirpe chibchense se encuentran en Costa Rica meridional y Panamá occidental, mientras que solamente se encuentran miembros de la división magdalénica al este; esta última región muestra menor diversidad lingüística que las anteriores. Las discontinuidades territoriales en Centroamérica meridional y Colombia septentrional sugieren preguntas interesantes: ¿existió un territorio ancestral chibcha que fue dividido, posteriormente, como resultado de la expansión y la migración de grupos misumalpas, choocos, caribes, y arawakos?; ¿cuándo y cómo ocurrió esta división? La carencia de información sobre idiomas como el cueva, de Panamá central y oriental, y el zenú, de Colombia septentrional, no permite responder estas preguntas.

La taxonomía de la lingüística chibcha ha sido reexaminada; también han sido hechos avances importantes en la genética de las poblaciones chibchas. Este campo de investigación estaba en su infancia cuando Willey escribía pero en la actualidad se ha desarrollado de manera acelerada; su valor en la reconstrucción de la historia de las poblaciones es monumental. En esta línea de investigación un estudio clave fue desarrollado por Ramiro Barrantes y sus colegas; sus estudios han documentado patrones correspondientes en la genética y la lingüística de las poblaciones chibchas. Ambos (la genética y la lingüística) han mostrado variaciones correlacionadas entre ellas y con la geografía en el istmo centroamericano meridional (Barrantes *et al.* 1990). Estos datos indican el desarrollo local de las poblaciones y de los idiomas chibchas del istmo, sin evidencia de variaciones significativas producidas por migraciones externas desde tiempos paleoindios (Torroni *et al.* 1994:1160). También ha sido significativa la documentación de la covariación de afinidades genéticas y lingüísticas que sugieren el mantenimiento a largo plazo de límites culturales entre

poblaciones cercanas (Bieber *et al.* 1996:950). Una población hüetar en Costa Rica central, por ejemplo, cuenta con polimorfismos genéticos antiguos no compartidos con otros grupos vecinos (Santos *et al.* 1994:963). Como señalaron Kolman *et al.* (1995:279) en casi todos los grupos chibchas del istmo (teribes, hüetares, guatusos, bribris, ngöbés, cabécares y kunas) se ha observado una pobre diversidad del haplotipo en ADN mitocondrial; investigación adicional sobre las proteínas del suero, los polimorfismos privados, el ADN mitocondrial y el ADN nuclear soportan estas conclusiones con datos sustantivos (Batista *et al.* 1995; Layrisse *et al.* 1995; Kolman y Bermingham 1997; Barrantes 1998; Batista *et al.* 1998; Azofeifa *et al.* 2001). La genética humana apoya el modelo de una población original con origen común que se desarrolló localmente y una diversidad significativa entre sub-grupos; sin embargo, todavía existe desacuerdo sobre la sincronización y la naturaleza de las migraciones chibchas hacia la Cordillera Occidental de Colombia. Algunos antropólogos colombianos sugieren que estas migraciones pudieron haber sido relativamente recientes, ca. 800 DC (Lleras 1995; Sáenz y Lleras 1999), pero otros rechazan esta hipótesis (Rodríguez 2001). Los estudios genéticos de poblaciones colombianas se encuentran todavía en etapas tempranas de investigación como para darnos respuestas satisfactorias en este momento.

Los estudios comparativos basados en los datos arqueológicos no han avanzado tan rápido como las investigaciones lingüísticas y genéticas. Las similitudes de la cultura material es la característica principal de los horizontes estilísticos; su ausencia aparente han impedido el consenso en la adopción del término *Gran Chibcha* o alguno similar. Los criterios establecidos por Willey (1959, 1971) para la cohesión de las áreas culturales fueron basados, en gran medida, en la presencia o ausencia de horizontes estilísticos. A lo largo de su carrera Willey (1955, 1991) acentuó el papel de los horizontes estilísticos para juzgar el cambio cultural a través de tiempo; su ausencia fue una característica del Área Intermedia; sin embargo, el uso de este criterio puede ser muy restringido para rechazar la cohesión cultural chibcha. La ausencia de horizontes (definidos

como fenómenos culturales de duración corta en una región amplia) no invalida la existencia de extensas redes de comunicación a través del tiempo. Aunque en la actualidad es difícil identificar fenómenos históricos en períodos cortos (de tres siglos o más) en la región es difícil ignorar la evidencia sobre comunicación extensa y, quizás, incluso de ideologías compartidas, cosmologías y prácticas rituales específicas evidentes en los extensos patrones órfebres como el “grupo inicial” y el “estilo internacional” definidos por Bray y Cooke (1985; Cooke y Bray 1985). La definición de patrones similares en cerámica, jade y piedra esculpida a través de patrones de organización social y asentamiento se deberá ahondar en el futuro. Las semejanzas significativas en los patrones de asentamiento en aldeas de gran tamaño como Guayabo de Turrialba (Aguilar 1972; Fonseca 1984; Chávez 1993) o Rivas de Pérez Zeledón (Quilter y Blanco 1995; Quilter 2004) y sitios como Buritaca 200 y Pueblito (Cadavid y Groot 1987; Soto 1988) sugieren formas similares de organización social entre poblaciones dispersas pero contemporáneas que compartieron idiomas emparentados con la estirpe chibchense. Existen diferencias enigmáticas en el uso de plantas con gran valor ritual como cacao (en el istmo) y coca (en Colombia) que sugieren la independencia de su uso. Cualquier modelo utilizado deberá explicar la continuidad cultural y las variaciones particulares teniendo en cuenta las influencias culturales externas, la naturaleza del cambio social y la perpetuación de ciertos rasgos culturales a través del tiempo. El nombre que se da a este modelo es secundario; lo importante es que tenga capacidad explicativa.

La interpretación de la iconografía chibcha

Una breve consideración de la iconografía puede servir para acentuar ciertos aspectos en la definición de la cultura chibcha. La confirmación de las interpretaciones particulares es un asunto complejo. La ampliación del concepto del “mundo chibcha” podrá generar nuevas preguntas e hipótesis y un enfoque novedoso de investigación. ¿Los motivos y los óconos que in-

cluyen temas particulares tuvieron un valor similar en un área geográfica amplia?; ¿la semejanza iconográfica identificada en el arte de Panamá central o Costa Rica estaba relacionada con deidades y mitologías similares?. Si el arte de los chibchas del istmo y de Colombia septentrional representó deidades y mitos de creación ¿podremos entenderlos a partir de la historia oral antigua compartida por diversos grupos? ¿Existió algún tipo de relación histórica entre las deidades *kogi* y *sibö*, la deidad principal creador y heroe cultural de los *bribri* y los *cabécar* de Costa Rica?; ¿estas deidades estaban presentes en el arte precolombino de Panamá central, como en las vasijas policromadas de Coclé y la orfebrería de Sitio Conte? Por encima de estas preguntas lo más importante será generar explicaciones satisfactorias sobre las relaciones entre fenómenos culturales de diversos grupos dentro del área istmo-colombiano y proveer información relevante sobre la la génesis, la complejidad social y la diversidad cultural entre poblaciones con una ascendencia común.

Varios eruditos han interpretado los motivos iconográficos presentes en el arte de ciertos grupos como representaciones de seres supernaturales específicos. Helms (1995), por ejemplo, identificó elementos de origen amazónico como la “serpiente del arco iris” en la cerámica policroma de Coclé. Legast (1982, 1987) identificó animales que tienen una relación mitológica con el arte *tairona*. Reichel-Dolmatoff (1988), Aguilar (1996) y Labbé (1995; 1998) centraron sus interpretaciones en la identificación de chamanes y sus rituales. Dussan (2000:23), Oyuela (2001, 2002), Looper (1996, 2003) y Bray (1997; 2003) identificaron deidades relacionadas con los *kogi* en pectorales y colgantes de oro *tairona*. La variación en las imágenes deja el campo abierto a una gran diversidad de interpretaciones pero también hace pensar en la fluidez de la resignificación de los símbolos en el contexto social al cual pertenecieron los testimonios culturales.

Una razón para realizar estudios iconográficos es llegar a identificar agentes sociales particulares que dejaron huellas arqueológicas en una variedad de formas; por ejemplo, la joyería y otro tipo de parafernalia que se representó en la iconografía

de las placas de oro o en la cerámica pintada se puede identificar, a menudo, en complejos mortuorios. Tocados y otros elementos del vestido persisten en el presente etnográfico. La consideración de la iconografía a través de una área amplia que se define por múltiples variables tiene el poder de facilitar, de una manera holística, la interpretación del papel de los actores como agentes dinámicos en la modificación o resignificación de ideologías y comportamiento.

A través del tiempo y del espacio los artistas chibchas poseyeron un conocimiento cambiante y dinámico de los íconos y de los motivos centrales representados en su arte. A través del tiempo algunos elementos iconográficos estuvieron sujetos a los procesos de resimbolización por las sociedades portadoras. La dinámica cultural hizo que algunos elementos simbólicos se perdieran y otros persistieran o se modificaran; no obstante, es posible identificar algunos de ellos como muestra de continuidad cultural. La interpretación de la iconografía es siempre cambiante. Bray (2003:322) citó, sabiamente, la observación que hizo John Rowe (1946:36) cuando señaló que “la mitología es estática solamente cuando la gente deja de creer en ella”. El simbolismo y su significación cambian de manera consciente e inconsciente. No podemos asumir que todas las representaciones fueron hechas “correctamente” dentro de su contexto cultural e histórico ni podremos saber, a ciencia cierta, si fueron creadas por sacerdotes altamente entrenados, por principiantes o por artesanos que no eran funcionarios religiosos formales. En sociedades sin escritura no existieron textos canónicos, solamente tradiciones orales y visuales. La mitología y su representación estaban abiertas a la reinterpretación por diferentes linajes intelectuales o por ciertos individuos cuyos roles pudieron haber estado relacionados, de manera cercana, con “los encargados de guardar las tradiciones” antes que con los “sacerdotes”. El desempeño ritual pudo haber incluido cantos, canciones y danzas con trajes y coreografías tradicionales y debió representar uno de varios mecanismos para preservar un conjunto de imágenes específico (y viceversa) a través de muchas generaciones. Mary Helms (1979, 1988, 1991, 1992a, 1992b, 1993b, 1994) sugirió que en el pasado hubo individuos que via-

jaban, regularmente, desde Panamá hasta Colombia para ser iniciados en tradiciones de carácter esotérico; posteriormente ejercían el poder y el control sociopolítico en sus comunidades. ¿Este proceso de renovación contribuyó a la uniformidad de un canon de creencias entre las poblaciones chibchas? Existe una continuidad significativa de imágenes a través de un período de, por lo menos, dos mil años que hace razonable pensar que las deidades, las tradiciones y los símbolos experimentaran procesos de alteración y reinterpretación. Las aves con alas desplegadas, la serpiente/saurio con doble cabeza, la utilización de sombreros cónicos y la joyería han sido identificados en la iconografía chibcha a través de amplios períodos temporales y espaciales (Hoopes y Fonseca 2003). Las representaciones de la gente, de las deidades y de los individuos vestidos con atuendos que representan deidades dan pistas en la identificación de los agentes que desempeñaron esos roles y que estuvieron encargados de perpetuar y transformar la cultura chibcha.

Un ser sobrenatural que aparece, reiteradamente, en el mundo chibcha a lo largo de un largo período de tiempo tomó la forma de un cocodrilo antropomorfo. Bray (1992:46) señaló:

“...la supervivencia de este Dios Cocodrilo como el ícono principal que se mantuvo presente por más de mil años (en términos del Viejo Mundo sería el lapso temporal que se extendió desde el último imperio romano hasta el momento de los primeros viajes de Colón a América). Así se demuestra que el sistema de creencias de los panameños nativos llegó a ser casi tan viejo como la religión cristiana que vino a sustituirlo”.

Una de las representaciones más tempranas de este ser es un ornamento de oro de Malagana fechado en el primer siglo AC (**Figura 1a**). Ese motivo se repite en una vasija polícroma del estilo Conte (600-800 DC) de Panamá central (**Figura 1b**) y en tallas de jade de Costa Rica (**Figura 1c**). Un cocodrilo antropomorfo también aparece en las esculturas de piedra de sitios asociados en la vertiente Atlántica de Costa Rica después del año 1000 DC (**Figuras 1d y 1e**) y en las figuras cerámicas

tairona del mismo período (**Figura 1f**). Las máscaras utilizadas en danzas rituales con diseños similares fueron utilizadas por mamás (sacerdotes) kogi a principios del siglo XX (**Figura 2**). ¿Estas representaciones corresponden a la misma deidad o deidades relacionadas o eran construcciones independientes de grupos expuestos a los peligros de predadores naturales similares? Estas preguntas sólo podrán ser contestadas si son consideradas en el marco de un contexto holístico y como elementos que forman parte de un complejo iconográfico con otros elementos relacionados.



Figura 1

Hombres crocodrilos.

a) Colgante antropomorfo del oro de Malagana (Bray 2000: Fig. 5.5);

b) Escudillo de la base anillo, estilo Conte (d.C. 600-800), Panamá central (Labbé 1995: No. 30);

c) Colgante del jade (detalle), línea divisoria de las aguas atlántica, Costa Rica (Jones 1998: Pl. 71);

d) Escultura de piedra de la fase de Cabaña del la (d.C. 1000-1550), Las Mercedes, Costa Rica (masón 1945: Pl. 35B);

e) Escultura de la piedra de la fase de Cabaña del la, línea divisoria de las aguas atlántica, Costa Rica (Snarskis 1981: No. 197), región pacífica central, Costa Rica (Jones 1998: Pl. 52);

f) Figurina de cerámica de Tairona (Labbé, 1998 #2371).

Figura 2

Máscara de la danza Kogi. Foto de la colección de Preuss 1913, de Reichel-Dolmatoff (Reichel-Dolmatoff 1990: Pl. XLVIIIa).

Aunque es identificada por Reichel-Dolmatoff como jaguar, la nariz y el diseño geométrico circular sugiere que es un cocodrilo. Él comenta que las "máscaras como éste siguen siendo utilizadas internamente por los kogi pero son raramente visto por forasteros; los combinan siempre con el ventilador o la pluma corona-formada cabeza-viste, ropa y los bolsos especiales, los collares, los brazaletes, y otros ornamentos, algunos de ellos del origen antiguo de Tairona" (Reichel-Dolmatoff 1990: 34; traducción del autor). Comparese esta máscara con la ilustración fotografica de Preuss reimpresa por Looper (1996:Fig. 13).



Otra alternativa sería tratar de identificar agentes sociales o identidades particulares a través de los tocados, de la joyería y de los trajes que se usaron en las representaciones rituales o en las danzas particulares (Looper 2003:33). Por ejemplo, el término *mudra* ha sido utilizado para describir actitudes o movimientos ritualmente significativos del cuerpo humano en el arte hindú y budista. Un *mudra* específico que se repite en el arte chibcha es la representación de un individuo que se encuentra de pie con los brazos y las palmas de las manos abiertas de frente y levantadas hacia arriba; los brazos y los codos están doblados en un ángulo de 90° con respecto al cuerpo en forma de V o U. Una de las representaciones más tempranas de este individuo se encuentra en un recipiente del estilo Tonosí (200-400 DC) de Panamá central (Figura 3a); la misma representación aparece combinada con la imagen de aves que flanquean la figura central (un motivo que también aparece en representaciones más tardías). Otros ejemplos se encuentran en los metates de panel colgante (ca. 400-700 DC) de las montañas centrales de Costa Rica (Figura 3b). La figura se encuentra en otras representaciones sosteniendo discos que pueden

representar discos de oro con decoración repujada o espejos como los utilizados en los rituales kogi (Reichel-Dolmatoff 1988:108). La representación de un cocodrilo antropomorfo (o de una persona utilizando una máscara de cocodrilo) asocia la mudra con este ser. Otros ejemplos se pueden encontrar en vistas frontales y de perfil de la cerámica de estilo Macaracas (800-1000 DC) de Panamá central (Figura 3c). La forma de las manos y de los pies de manera extendida, así como la nariz encrespada, apuntan al mismo individuo que también fue retratado en oro en la región de Diquís, en Costa Rica meridional (Figura 3e). Derivaciones iconográficas de este individuo aparecen en los pectorales de oro de Sitio Conte (cf. Figura 4c) según lo sugerido por los elementos trapezoidales que forman un “halo” alrededor de ambas figuras; nótese los elementos en espiral a ambos lados de la cabeza, características que también se presentan en las Figuras 3a, 4a, 4d y 4f.



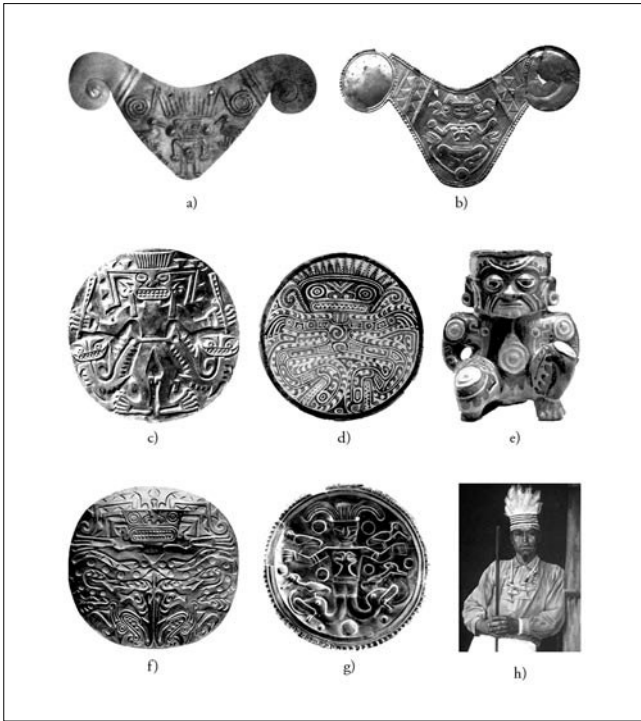
Figura 3
Figuras humanas
y zoomorfas.

- a) Recipiente del estilo de Tonosí, Panamá central (Labbé 1995: No. 12) (pájaros a ambos lados de la figura central);
- b) “metate de panel colgante”, San Rafael de Coronado, Costa Rica Valle Central (Cavatrunci *et al.* 1992: 247);
- c) Tazón de fuente de pedestal, estilo de Macaracas (interior), Panamá central (Labbé 1995: No. 109);
- d) Tazón de fuente de pedestal, estilo de Macaracas (interior), Panamá central (Labbé 1995: No. 58);
- e) Colgante del tumbaga del “Cocodrilo-hombre”, Puerto González Víquez, Diquís, Costa Rica (Benson 1981: Pl. 100; Snarskis 1981: No. 293).

Figura 4

Figuras humanas.

- a) Pectoral del oro tairona de Nahuanje (Masón 1936);
- b) Pectoral del oro tairona, del banco del Río Piedras, Santa Marta (Bray 1978:Cat. 307);
- c) Disco del oro del estilo de Coclé, pectoral de Entierro 11, Sitio Conte (Hearne, 1992 # 1569: Pl. 1);
- d) Tazón pedestal del estilo de Macaracas (interior), Panamá central (Labbé, 1995:No. 107);
- e) Recipiente tipo Galo Policromo, región de Bagaces, Guanacaste, Costa Rica (Benson 1981:Cover);
- f) Disco del oro del estilo de Coclé pectoral de Entierro 26, Sitio Conte (Lothrop 1937: Fig. 92);
- g) Último disco del oro de Tairona pectoral (Oyuela Caycedo 2001: Fig. 1-2);
- h) Antonio Saldaña, rey de los bribris, detalle de su retrato por S. Llorente, 1892 (Calvo *et al.* 1992).



Los actores sociales también pueden ser identificados a través de los tocados, de la joyería y de los trajes utilizados en escenas formales que pueden derivarse de la mitología y de los funcionamientos relacionados. Esos individuos están representados en pectorales de oro con diseños repujados en la región de Santa Marta (Figuras 4a y 4b) cuyas formas se asemejan a los ornamentos de oro doble-espiral del “grupo inicial” que fueron encontrados en Panamá central, la vertiente Atlántica de Costa Rica y la región de Santa Marta (Hoopes y Fonseca 2003: 67). La iconografía de los pectorales tairona se repite en Panamá y Costa Rica; pareciera que existió una línea de continuidad estilística de los tocados a lo largo de una amplia región geográfica y de varios períodos. Un tocado representado en un pectoral excavado por Mason en Neguanje, fechado alrededor

de 300 DC (**Figura 4a**), está compuesto por elementos verticales combinados con un par de elementos en espiral a ambos lados; es posible encontrar variaciones de esos elementos en forma angulada, curvada, torcida en espiral o sus combinaciones. Este estilo tripartito de tocado también se encontró en figuras representadas en pectorales de oro en Sitio Conte (**Figuras 4c y 4f**) y en vasijas policromas del estilo Macaracas (**Figura 4d**) de Panamá central. Una variación común (**Figura 4b**) excluye el elemento central de motivos verticales (¿plumas?). A fines del siglo XIX sobrevivieron elementos verticales, junto con los colgantes de aves con alas desplegadas usados en el pecho, en el tocado de plumas del rey bribri Antonio Saldaña (**Figura 4h**); estos ornamentos y el atuendo demuestran una tradición cultural que continuó a lo largo de 1600 años, es decir, en un lapso temporal que se extendió desde, por lo menos, el siglo III hasta finales del siglo XIX. En la actualidad algunos elementos simbólicos persisten entre los kogí de Colombia, como el uso de pendientes de piedra verde, pectorales de oro, representaciones del cocodrilo-doble y tocados especiales (Reichel-Dolmatoff 1985, 1990).

Los pectorales tairona se han identificado como representaciones icónicas del solsticio kogí (Reichel-Dolmatoff 1988:1490-158); como la deidad Serankua, también conocida como *hátei nyui* o “padre sol” (Dussan 2000; Oyuela 2001, 2002); o como *Mulkuëxe*, un ser que ocupa una posición central entre los cinco “hijos de la madre” o entre los “señores de los cuatro sectores del mundo” (Looper 1996:118; Bray 2003). En el arte tairona esa figura se representa utilizando un disco pectoral de oro (Reichel-Dolmatoff 1981:25) o un pendiente de ave con alas desplegadas parecido al que fue recuperado de un contexto arqueológico tairona en Minca (Bray 2003:320; Saénz 2003). Un sacerdote kogí identificó una figura (¿murielago?) enmascarada con los colmillos prominentes como la deidad creadora *Namsiko*, también conocida como “jefe de todos los animales” (Ereira 1992, citada en Bray 2003:321) o identificada, algunas veces, como una deidad doble (conocida como *Sintana*) que sostiene el cosmos. El concepto “señor de los animales” se encuentra en las cosmologías indígenas

ísticas y colombianas. En vista de un contexto más amplio chibcha ¿podría tratarse del mismo individuo representado en un metate de panel colgante de Costa Rica (*Figura 3b*)? El desacuerdo sobre la interpretación de las imágenes tairona indica la necesidad de profundizar en este tipo de estudios y ampliar las interpretaciones basadas en la información obtenida de los kogi y otros grupos chibchas.

Una amplia consideración de la iconografía chibcha puede proporcionar nuevas interpretaciones; también podría desafiar modelos tradicionales sobre influencias y filiaciones culturales. Por ejemplo, una vasija cerámica de Bagaces, Costa Rica (*Figura 2e*), representa una figura masculina arrodillada que evoca los temas presentes en el imaginario tairona, aunque ha sido asociada con el tipo cerámico Galo Polícromo (500-800 DC), a menudo identificado como resultado de la influencia mesoamericana. Este individuo viejo con el seno fruncido usa un disco pectoral (*Figuras 3a y 3d*), posiblemente un ornamento de oro repujado y un colgante en forma de hacha pulida, tal vez de jade; también se adorna con discos adicionales y con un par de motivos pintados de cocodrilos doble-cabeza, distinguidos por sus narices prominentes encrespadas que adornan su pecho y se extienden a lo largo de los muslos superiores. La disposición de los discos en esta figura recuerda el *quincunx* de cinco círculos asociado con representaciones de *Mulkuëxe* en los pectorales tairona (Looper 2003: fig. 3e) mientras que las marcas cortas, paralelas y múltiples pintadas en la cabeza y las piernas se asemejan a las decoraciones usadas en el arte de Panamá central (*Figura 3d*). En conjunto con otras representaciones de cocodrilos doble-cabeza (Hoopes y Fonseca 2003:69) se podría sugerir que el arte de la Gran Nicoya pudo haber tenido una mayor influencia de temas chibchas que del arte mesoamericano; sin embargo, en este último es común encontrar serpientes doble-cabeza y adornos *quincunx*. Es posible que la iconografía de la Gran Nicoya fuera una síntesis de las dos tradiciones; esta posibilidad plantean preguntas sobre otros elementos “mesoamericanos”.

Además de seres sobrenaturales y mudras otro elemento iconográfico relacionados es la representación de la transformación de los pies en serpiente/saurio que aparece en pectorales de oro de la región de Santa Marta (**Figuras 4b** y **4g**) y en vasijas policromas (**Figura 4d**) y placas de oro (**Figura 4f**) de Panamá central. Estos elementos representan aspectos sobrenaturales (asociados, probablemente, con una mitología específica) compartidos entre Colombia septentrional y Panamá central; sin embargo, la transformación del pie en serpiente también se encuentra en la iconografía de la deidad K'awil de los maya e indica la creación del mundo y los mitos que justifican la autoridad de sus reyes. Está por demostrarse si estas imágenes de pie-serpiente estaban relacionadas y si conservaron su significado como emblema de la autoridad política en el arte chibcha.

Gerardo Reichel-Dolmatoff dejó gran cantidad de información etnográfica sobre los kogi que ha contribuido a las interpretaciones hechas sobre el arte precolombino de Colombia septentrional. Pocas dudas existen de que los kogi y sus vecinos, los ika, son los descendientes directos más probables de los tairona, quienes ocuparon sitios arqueológicos como Pueblito, Buritaca 200 (Ciudad Perdida) y, tal vez, Neguanje (con fechas desde 100 DC). Un criterio más amplio sobre las relaciones poblacionales chibchas sugiere la utilización de la etnografía chibcha (incluyendo las tradiciones de los kuna, bribri/cabécar y malékus) porque podría ser una buena base para generar interpretaciones del mundo chibcha; en ese sentido la etnografía y etnohistoria de las poblaciones de las tierras altas de Guatemala, como los actuales quiché, han aclarado aspectos relacionados con el comportamiento de las poblaciones antiguas mayas en Chiapas, Yucatán y Honduras occidental; sin embargo, existen grandes diferencias entre una tradición escrita, como la del Popol Vuh de los quichés, y las tradiciones orales de los kogi y otros grupos chibchas. Por eso no debemos ignorar la posibilidad de conectarlos con datos arqueológicos sobre una base holística de información y en un área más amplia.

Conclusión

Estamos acercándonos al día cuando podremos discutir eventos históricos del Área Intermedia desde una perspectiva más refinada. Por ejemplo, Augusto Oyuela (2001, 2002) ha sugerido recientemente que los cambios climáticos y las crisis ecológicas contribuyeron a la aparición de los sacerdocios y la rutinización religiosa que fueron instrumentales en la formación de sociedades complejas en Colombia septentrional; este proceso pudo haber afectado un área aún más grande. Una hipótesis que merece investigarse es la noción de que las iconografías compartidas entre poblaciones chibchas representan cosmologías y valores culturales similares que fueron comunicados a través de una red interactiva de personal religioso o de “religiosos encargados de la tradición” (*tradition keepers*) que colaboraron, recíprocamente, entre muchas comunidades durante centenares de años. La comunicación a larga distancia entre las elites pudo contribuir al mantenimiento de las tradiciones mitológicas interrelacionadas y estas pudieron ser objeto de un cambio cultural más lento que otros aspectos de la cultura, como los estilos de cerámica.

Existen varias posiciones que explican las similitudes representacionales de seres supernaturales y antropomorfas que aparecen en el arte chibcha a través de la región durante un período de tiempo muy largo: (a) la similitud iconográfica emergió, independientemente, entre grupos que vivían en ambientes ecológicos similares; (b) los grupos regionales compartieron una mitología temprana común que se desarrolló, gradualmente, por encima de distintas tradiciones mientras que se mantuvieron elementos comunes; (c) el intercambio regular de ideas entre el istmo y Colombia septentrional dio como resultado la participación extensa en sistemas de símbolos compartidos; y (d) una combinación de los aspectos anteriores. La calidad de la documentación etnográfica sobre la cosmología tradicional y los mitos de origen de las poblaciones indígenas del istmo todavía no tiene la profundidad y el detalle de los trabajos de Reichel-Dolmatoff y otros antropólogos con los kogi. El proceso de relacionar diversos grupos y sus iconogra-

fías dentro del mundo chibcha será posible cuando se hayan reconstruido las redes de relaciones de significado. Habrá que mantener una perspectiva crítica porque mucha de la literatura existente presenta interpretaciones basadas en datos endebles. Hay que continuar con la presentación de interpretaciones, anticipando que pueden ser usadas por fuera del contexto académico original. Existen muchos ejemplos de “nivención de la tradición”. Debemos, por lo tanto, tener cuidado cuando la literatura interpretativa habla con voz de autoridad aunque se base en un conocimiento incompleto de la realidad.

Es ventajoso considerar las poblaciones chibchas como una unidad para enmarcar nuestras hipótesis y tratar de responder las siguientes preguntas: ¿la similitud iconográfica en el área estuvo asociada con conceptos semejantes?; ¿la iconografía de Sitio Conte reflejó una cosmología compartida con poblaciones taironas en la región de Santa Marta?; ¿podremos aclarar el papel del sol, de las mitologías de creación y de los héroes culturales en las sociedades ístmicas utilizando modelos de Colombia septentrional?; ¿podremos entender, más detalladamente, las interrelaciones entre la complejidad social, las historias de creación y la cosmología representadas en la iconografía precolombina en Costa Rica, Panamá, y Colombia?.

La investigación sobre temas chibchas llamará la atención de los eruditos y de los no especialistas interesados en el tema. La difusión de esta información en libros y publicaciones populares será importante para quienes deseen obtener mayor información sobre su herencia indígena o para los turistas que visitan Centroamérica meridional y Colombia septentrional. El futuro de nuestros estudios debe considerar el interés de una audiencia más amplia. Un acercamiento pan-regional está comenzando a emerger sin perder de vista los temas de interés local. La concepción que se mantuvo por muchos años sobre la ausencia de horizontes en el Área Intermedia ya no es el centro de atención; ahora se formulan preguntas relacionadas con otra clase de fenómenos. Una combinación de la concepción de horizonte y tradición (la “co-tradición areal” de Bennett) puede ser valiosa en la medida en que puede explicar mejor la

extensa difusión de ideas semejantes durante largos períodos de tiempo.

No debemos descuidar el hecho de que algunas de las voces que llaman al uso de una terminología unitaria son motivadas por el deseo de articular una “historia antigua” de las poblaciones chibchas (Fonseca 1992) arraigada en el paradigma de la “historia científica” de la arqueología social. Estos acercamientos marxistas tienen una agenda clara para el uso de la arqueología en metas sociales más amplias. Otros tienen una base más neutral como aspectos de historia del arte o etnohistoria, sus metas están más relacionadas con la documentación de fenómenos y la verificación de hipótesis. Es importante reconocer la dialéctica entre estudios supuestamente desapasionados y los objetivos y los intereses particulares por la demanda de una lectura del pasado y la construcción de identidades que forman parte de procesos sociales que no se detienen. El término “maya”, por ejemplo, ha sido adoptado como una etiqueta de la identidad cultural, recientemente, por los indígenas que hablan una gran diversidad de idiomas distribuida en cinco países. Aunque debemos anticipar que la etiqueta “chibcha” estará acompañada por un proceso histórico similar en sí misma merece entenderse desde una perspectiva holística.

Agradecimientos

Este artículo se ha beneficiado de las discusiones y de la correspondencia con Warwick Bray, Karen Bruhns, Adolfo Costenla, Richard Cooke, Francisco Corrales, Robert Drennan, Oscar Fonseca, Mark Miller Graham, Frederick Lange, Carl Langebaek, Augusto Oyuela, Scott Raymond, Michael Snarskis, Silvia Salgado, Gordon Willey y los participantes del simposio organizado por Ronald Lippi y Alejandra Gudiño en la 68 Reunión de la Society for American Archaeology en 2003. Quiero agradecer a mi colega Jeffrey Quilter, quien colaboró en la ponencia original y con sus valiosas ideas que estimularon este trabajo. Norberto Baldi asistió con la traducción y

redacción en español. Me encuentro en deuda con todos ellos y acepto la completa responsabilidad por cualquier error u omisión de cualquier dato o errores de interpretación.

Referencias

Aguilar, Carlos

1972 *Guayabo de Turrialba; arqueología de un sitio indígena prehispánico*. Editorial Costa Rica, San José.

1996 *Los usékares de oro*. Fundación Muscos Banco Central, San José.

Azofeifa, Jorge, Edward Ruiz y Ramiro Barrantes

2001 Blood group, red cell and serum protein variation in the Cabécar and Huetar, two Chibchan Amerindian tribes of Costa Rica. *American Journal of Human Biology* 13(1):57-64.

Barrantes, Ramiro

1993 *Evolución en el trópico: Los amerindios de Costa Rica y Panamá*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.

1998 Origen y relaciones entre los amerindios chibcha de Costa Rica: una perspectiva genética y evolutiva. En *Congreso científico sobre pueblos indígenas de Costa Rica y sus fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Mirna Rojas, pp 3-14. EUNED, San José.

Barrantes, Ramiro, Peter E. Smouse, Harvey W. Mohrenweiser, Henry Gershowitz, Jorge Azofeifa, Tomas D. Arias y James V. Neel

1990 Microevolution in Lower Central America: genetic characterization of the Chibcha-speaking groups of Costa Rica and Panama, and a consensus taxonomy based on genetic and linguistic affinity. *American Journal of Human Genetics* 46:63-84.

Batista, Oriana, Connie Kolman y Eldredge Bermingham

1995 Mitochondrial DNA diversity in the Kuna amerinds of Panamá. *Human Molecular Genetics* 4(5):921-929.

Batista, Oriana, Connie Kolman, Tomás Arias, Françoise Guionneau-Sinclair, Evelia Quirós y Eldredge Bermingham

1998 Variación en el ADNmt de dos tribus amerindias chibchas, los ngöbé y cuna de Panamá. En *Congreso científico sobre pueblos indígenas de Costa Rica y sus fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Mirna Rojas, pp 15-35. EUNED, San José.

Baudez, Claude

- 1963 Cultural development in Lower Central America. En *Aboriginal cultural development in Latin America: an interpretative review*, editado por Betty Meggers y Clifford Evans, pp 45-54. Smithsonian, Washington.

Benson, Elizabeth (Editor)

- 1981 *Between continents/between seas: precolumbian art of Costa Rica*. Harry N. Abrams, Nueva York.

Bieber, Heidi, Sebastian Bieber, Alexander Rodewald y Ramiro Barrantes

- 1996 Microevolution and genetic affinities among six Amerindian tribes of Lower Central America: Comparative genetic study of serum proteins. *Human Biology* 68(6):929-953.

Bray, Warwick

- 1978 *The gold of El Dorado*. Catalogo de la exposición en The Royal Academy, Piccadilly, Londres.
- 1984 Across the Darien gap: a Colombian view of isthmian archaeology. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Fred W. Lange y Doris Z. Stone, pp 305-340. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1992 Sitio Conte in its pan-American context. En *River of gold: precolumbian treasures from Sitio Conte*, editado por Patricia Hearne y Robert Sharer, pp 32-46. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- 1997 Metallurgy and anthropology: two studies from prehistoric America. *Boletín del Museo del Oro* 42:37-55.
- 2000 Malagana and the goldworking tradition of southwest Colombia. En *Precolumbian gold: technology, style, and iconography*, editado por Colin McEwan, pp 94-111. Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago.
- 2003 Gold, stone, and ideology: symbols of power in the Tairona tradition of northern Colombia. En *Gold and power in ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp 301-344. Dumbarton Oaks, Washington.

Cadavid, Gilberto y Ana María Groot

- 1987 Buritaca 200: Arqueología y conservación de una población precolombina (Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia). *Boletín del Museo del Oro* 19:56-81.

Calvo, Marlin, Leidy Bonilla y Julio Sánchez

1992 *Oro, jade, bosques: Costa Rica*. FISA-Escudo de Oro, S.A., San José.

Cavatrunci, Claudio, Giuseppe Orefici y Claudia Terenzi

1992 *Centro America. Tesori d'arte delle civiltà precolombiane*. Fabbri Editori, Milan.

Chávez, Sergio

1993 *Guayabo de Turrialba: pasado y presente*. Universidad de Costa Rica, San José.

Constenla, Adolfo

1981 Comparative chibchan phonology. Disertación doctoral, University of Pennsylvania, Philadelphia.

1990 Una hipótesis sobre la localización del protochibcha y la dispersión de sus descendientes. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica* 16(2):111-123.

1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.

1993 La familia chibcha. En *Estado actual de las lenguas indígenas de Colombia*, editado por María Rodríguez, pp 75-125. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

1995 Sobre el estudio diacrónico de las lenguas chibchenses y su contribución al conocimiento del pasado de sus hablantes. *Boletín del Museo del Oro* 38-39:13-56.

Cooke, Richard G.

1998 The Felidae in pre-Columbian Panamá: a thematic approach to their imagery and symbolism. En *Icons of power: feline symbolism in the Americas*, Nicholas Saunders, pp 77-121. Routledge, Nueva York.

Cooke, Richard y Warwick Bray

1985 The goldwork of Panamá: an iconographic and chronological perspective. En *The art of precolombian gold: the Jan Mitchell collection*, editado por Julie Jones, pp 35-45. Weidenfield & Nelson, Londres.

Cooke, Richard, Ileana Isaza, John Griggs, Benoit Desjardins y Luis Alberto Sánchez

2003 Who crafted, exchanged and displayed gold in pre-Columbian Panamá? En *Gold and power in ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp 91-158. Dumbarton Oaks, Washington.

Cooke, Richard G. y Anthony J. Ranere

1992 The origin of wealth and hierarchy in the central region of Panamá (12,000-2,000 BP), with observations on its relevance to the history and phylogeny of Chibchan-speaking polities in Panamá and elsewhere. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 243-316. *Dumbarton Oaks*, Washington.

Cooke, Richard G. y Luis A. Sánchez

2000 Cubitá: un nuevo eslabón estilístico en la tradición cerámica del Gran Coclé, Panamá. *Precolombart* 3:5-20.

Cooke, Richard, Luis A. Sánchez y Koichi Udagawa

2000 Contextualized goldwork from “Gran Coclé”, Panamá: an update based on recent excavations and new radiocarbon dates for associated pottery styles. En *Precolumbian gold: technology, style and iconography*, editado por Colin McEwan, pp 154-176. *British Museum*, Londres.

Creamer, Winnifred

1987 Mesoamerica as a concept: an archaeological view from Central America. *Latin American Research Review* 22(1):35-62.

Dussan de Reichel, Alicia

2000 Continuité culturelle Tairona-Kogui. En *Les esprits, l'or et le chamane*. Réunion des Musées Nationaux, París.

Eckholm, Gordon y Gordon R. Willey (Editores)

1966 *Handbook of Middle American Indians. Volume 4: archaeological frontiers and external connections*. University of Texas Press, Austin.

Fonseca, Oscar

1992 *Historia antigua de Costa Rica: surgimiento y caracterización de la primera civilización costarricense*. Universidad de Costa Rica, San José.

1994 El concepto Área de Tradición Chibchoide y su pertinencia para entender Gran Nicoya. *Vinculos* 18:209-228.

1998 El espacio histórico de los amerindios de filiación chibcha: el Área Histórica Chibchoide. En *Congreso Científico sobre pueblos indígenas de Costa Rica y sus fronteras*, editado por María Eugenia Bozzoli, Ramiro Barrantes, Dinorah Obando y Mirna Rojas, pp 36-60. EUNED, San José.

Fonseca, Oscar y Richard G. Cooke

- 1993 El sur de la América Central: contribución al estudio de la región histórica Chibcha. En *Historia general de Centroamérica. Volumen I: historia antigua*, editado por Robert Carmack, pp 217-282. Siruela, Madrid.

Fonseca, Oscar M. y Luis Hurtado de Mendoza

- 1984 Algunos resultados de las investigaciones en la Región de Guayabo de Turrialba. *Revista de Ciencias Sociales* 1:37-51. Universidad de Costa Rica, San José.

Graham, Mark

- 1981 Traditions of Costa Rican stone sculpture. En *Between continents/between seas: precolumbian art of Costa Rica*, editado por Elizabeth Benson, pp 113-114. Harry N. Abrams, Nueva York.
- 1992 Art-tools and the language of power in the early art of the Atlantic Watershed of Costa Rica. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 165-206. Dumbarton Oaks, Washington.
- 1995 Iconography and jade in Costa Rica. *Vínculos* 21(1-2):17-28.
- 2003 Creation imagery in the goldwork of Costa Rica, Panamá, and Colombia. En *Gold and power in ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp 279-300. Dumbarton Oaks, Washington.

Greenberg, Joseph

- 1960 The general classification of Central and South American languages. En *Men and cultures*, editado por Anthony Wallace, pp 791-794. University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- 1987 *Languages in the Americas*. Stanford University Press, Stanford.

Hearne, Patricia y Robert Sharer

- 1992 *River of gold: precolumbian treasures from Sitio Conte*. University of Pennsylvania, Philadelphia.

Helms, Mary W.

- 1977 Iguanas and crocodiles in tropical American mythology and iconography, with special reference to Panamá. *Journal of Latin American Lore* 3:51-133.
- 1979 *Ancient Panamá: chiefs in search of power*. University of Texas Press, Austin.

- 1981 *Cuna molas and Coclé art forms: reflections on Panamanian design styles and symbols*. Institute for the Study of Human Issues, Philadelphia.
- 1988 *Ulysses' sail: an ethnographic odyssey of power, knowledge, and geographical distance*. Princeton University Press, Princeton.
- 1991 Esoteric knowledge, geographical distance, and the elaboration of leadership status: dynamics of resource control. En *Profiles in cultural evolution*, editado por Terry Rambo y Karen Gillogly, pp 333-352. Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- 1992a Long-distance contacts, elite aspirations, and the age of discovery in cosmological context. En *Resources, power, and interregional interaction*, editado por Edward Schortman y Patricia Urban, pp 157-174. Plenum, Nueva York.
- 1992b Thoughts on public symbols and distant domains relevant to the chiefdoms of Lower Central America. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 317-330. Dumbarton Oaks, Washington.
- 1993a Cosmological chromatics: color-related symbolism in the ceramic art of ancient Panamá. En *Reinterpreting the prehistory of Central America*, editado por Mark Graham, pp 209-252. University Press of Colorado, Niwot.
- 1993b *Craft and the kingly ideal: art, trade, and power*. University of Texas Press, Austin.
- 1994 Chiefdom rivalries, control, and external contacts in lower Central America. En *Factional competition and political development in the New World*, editado por Elizabeth Brumfiel y James Fox, pp 55-60. Cambridge University Press, Cambridge.
- 1995 *Creations of the rainbow serpent: polychrome ceramic designs from ancient Panamá*. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 2000 *The curassow's crest: myths and symbols in the ceramics of Ancient Panamá*. University Press of Florida, Gainesville.
- Hoopes, John W. y Oscar Fonseca
- 2003 Goldwork and chibchan identity: endogenous change and diffuse unity in the Isthmo-Colombian area. En *Gold and power in ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, pp 49-90. Dumbarton Oaks, Washington.
- Jones, Julie (Editores)
- 1998 *Jade in Ancient Costa Rica*. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Kirchhoff, Paul

1943 Mesoamérica. *Acta Americana* 1(1):92-107.

Kolman, Connie y Eldredge Bermingham

1997 Mitochondrial and nuclear DNA diversity in the Choco and Chibcha Amerinds of Panamá. *Genetics* 147(3):1289-1302.

Kolman, Connie, Eldredge Bermingham, Richard Cooke, Richard Ward, Tomás Arias y François Guionneau-Sinclair

1995 Reduced mtDNA diversity in the Ngöbe Amerinds of Panamá. *Genetics* 140:275-283.

Labbé, Armand

1995 *Guardians of the life stream: shamans, art and power in prehispanic Central Panamá*. Cultural Arts Press-The Bowers Museum of Cultural Art-University of Washington Press, Santa Ana.

Labbé, Armand (Editor)

1998 *Shamans, gods, and mythic beasts: Colombian gold and ceramics in antiquity*. American Federation of Arts-University of Washington Press, Nueva York.

Lange, Fred (Editor)

1992 *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*. Dumbarton Oaks, Washington.

Layrisse, Zulay, Miguel Layrisse y Álvaro Rodríguez

1995 Estudios genéticos en poblaciones de lengua chibcha. *Boletín del Museo del Oro* 38-39:71-86.

Legast, Anne

1980 *La fauna en la orfebrería sinú*. FIAN, Bogotá.

1982 La fauna mítica Tairona. *Boletín del Museo del Oro* 5:1-18.

1987 *El animal en el mundo mítico tairona*. FIAN, Bogotá.

1993 *La fauna en el material precolombino Calima*. FIAN, Bogotá.

Lleras, Roberto

1995 Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes Orientales. *Boletín Museo de Oro* 38-39:3-11.

Looper, Matthew

- 1996 The iconography and social context of Tairona gold pectorals. *Journal of Latin American Lore* 19(1-2):101-128.
- 2003 From inscribed bodies to distributed persons: contextualizing Tairona figural images in performance. *Cambridge Archaeological Journal* 13(1):25-40.

Lothrop, Samuel K.

- 1937 *Coclé. An archaeological study of Central Panamá, Part 1*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology 7, Harvard University, Cambridge.
- 1961 Peruvian stylistic impact on Lower Central America. En *Essays in precolumbian art and archaeology*, editado por Gordon Eckholm y Gordon Willey, pp 258-265. Harvard University Press, Cambridge.
- 1966 Archaeology of Lower Central America. En *Handbook of Middle American Indians*, volumen 4, editado por Gordon F. Eckholm y Gordon R. Willey, pp 180-208. University Of Texas Press, Austin.

Mason, J. Alden

- 1931 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 1: report on field work*. Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1936 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 2, Sec. 1: objects of stone, shell, bone, and metal*. Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1939 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 2, Sec. 2: objects of pottery*. Field Museum of Natural History, Chicago.
- 1940 The native languages of Middle America. En *The Maya and their neighbors*, editado por Clarence Hay, pp 52-87. Appleton, Nueva York.
- 1942 New excavations at the Sitio Conte, Coclé, Panamá. En *Proceedings of the Eighth American Scientific Congress*, volumen 2, pp 103-107. Department of State, Washington.
- 1945 *Costa Rican stonework: the Minor C. Keith Collection*. American Museum of Natural History, Nueva York.

Oyuela, Augusto

- 2001 The rise of religious routinization: the study of changes from shaman to priestly elite. En *Mortuary practices and ritual associations: shamanic elements in prehistoric funerary contexts in South America*, editado por John E. Staller y Elizabeth J. Currie, pp 1-18. BAR International Series 982, Oxford.
- 2002 El surgimiento del la rutinización religiosa: la conformación de la élite sacerdotal tairona-kogi. *Arqueología del Área Intermedia* 4:45-64.

Quilter, Jeffrey

- 2004 *Cobble circles and standing stones: archaeology at the Rivas site, Costa Rica*. University of Iowa Press, Iowa City.

Quilter, Jeffrey y A. Blanco V.

- 1995 Monumental architecture and social organization at the Rivas site, Costa Rica. *Journal of Field Archaeology* 22(2):203-221.

Quilter, Jeffrey y John W. Hoopes (Editores)

- 2003 *Gold and power in ancient Costa Rica, Panamá, and Colombia*. Dumbarton Oaks, Washington.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1981 Things of beauty replete with meaning. Metals and crystals in Colombian Indian cosmology. En *Sweat of the sun, tears of the moon: gold and Emerald treasures of Colombia*, editado por Peter Furts, pp 17-33. Natural History Museum, Los Angeles.
- 1985 *Los Kogi. Una tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta*. Procultura, Bogotá.
- 1988 *Orfebrería y chamanismo: un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Colina, Medellín.
- 1990 *The sacred mountain of Colombia's Kogi Indians*. E.J. Brill, Nueva York.

Rodríguez, José Vicente

- 2001 *Los chibchas: adaptación y diversidad en los Andes orientales de Colombia*. Colciencias-Universidad Nacional, Bogotá.

Rowe, John H.

- 1946 Inca culture at the time of the Spanish Conquest. En *Handbook of South American Indians*, editado por Julian Steward, pp 183-330. Bureau of American Ethnology Bulletin 143, Volume 5. Smithsonian, Washington.

Saéñz, Juanita

- 2003 El vuelo de las águilas doradas: aves con alas desplegadas en la orfebrería Tairona. *Boletín del Museo del Oro* 48.

Saéñz, Juanita y Roberto Lleras

- 1999 Las relaciones pre-hispánicas entre los territorios de Costa Rica y Colombia. En *Oro y jade: emblemas de poder en Costa Rica*, pp 67-89. Banco Central de Costa Rica-Museo Nacional de Costa Rica-Museo del Oro, San José-Bogotá.

- Santos, María, Richard Ward y Ramiro Barrantes
1994 mtDNA variation in the Chibcha Amerindian Huetar from Costa Rica. *Human Biology* 66(6):963-977.
- Sheets, Payson D.
1992 The pervasive pejorative in Intermediate Area studies. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 15-42. *Dumbarton Oaks*, Washington.
- Snarskis, Michael J.
1981 Catalogue. En *Between continents/between seas: precolumbian art of Costa Rica*, editado por Elizabeth Benson, pp 177-227. Harry N. Abrams, Nueva York.
1998 The imagery and symbolism of precolumbian jade in Costa Rica. En *Jade in ancient Costa Rica*, editado por Julie Jones, pp 59-91. Metropolitan Museum of Art, Nueva York.
- Soto, Álvaro
1988 *La ciudad perdida de los tayrona: historia de su hallazgo y descubrimiento*. Neotrópico, Bogotá D.C.
- Steward, Julian (Editor)
1946 *Handbook of South American Indians* (Seven Volumes) Bureau of American Ethnology Bulletin 143. U.S. Government Printing Office, Washington D.C.
- Steward, Julian H. y Louis C. Faron
1959 *Native Peoples of South America*. McGraw-Hill, Nueva York.
- Stone, Doris
1966 Synthesis of Lower Central American ethnohistory. En *Handbook of Middle American Indians*, Volumen 4, editado por Gordon Eckholm y Gordon Willey, pp 109-233. University of Texas Press, Austin.
1975 *Pre-Columbian man finds Central America, the archaeological bridge*. Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge.
- Torrioni, Antonio, James Neel, Ramiro Barrantes, Theodore Schurr y Douglas Wallace
1994 Mitochondrial DNA "clock" for the Amerinds and its implications for timing their entry into North America. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 91:1158-1162.

Willey, Gordon R.

- 1955 The interrelated rise of the native cultures of Middle and South America. En *New interpretations of aboriginal American culture history*, pp 28-45. Anthropological Society of Washington, Washington.
- 1959 The "Intermediate Area" of Nuclear America: its prehistoric relationships to Middle America and Peru. En *Acta, 33rd International Congress of Americanists* 1:184-194, San José.
- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume II: South America*. Prentice Hall, Englewood Cliffs.
- 1984 A summary of the archaeology of Lower Central America. En *The archaeology of Lower Central America*, editado por Fred Lange y Doris Stone, pp 341-378. University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1991 Horizontal integration and regional diversity: an alternating process in the rise of civilizations. *American Antiquity* 56(2):197-215.

¿Cuestión de límites?

El no-lugar de Venezuela en la arqueología del Área Intermedia

Rafael Gassón y Erika Wagner

Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas

Resumen

Desde los comienzos del siglo XX hasta hoy numerosos investigadores, como Herbert Spinden, Cornelius Osgood, José María Cruxent, Irving Rouse, Mario Sanoja, Anna Roosevelt y Charles Spencer, han hecho diversas propuestas sobre la importancia de la arqueología venezolana para algunos problemas generales de la prehistoria del Área Intermedia como el poblamiento del norte de Suramérica y el Caribe, los orígenes y dispersión de la agricultura y de tradiciones cerámicas y el desarrollo de sociedades complejas. Este artículo evalúa esas propuestas a la luz del desarrollo actual y futuro de la arqueología de Venezuela y el Área Intermedia. ☞

Palabras clave

Area Intermedia, Venezuela, sociedades complejas.



Abstract

From the beginnings of the XX century up to the present, numerous researchers as Herbert Spinden, Cornelius Osgood, J.M. Cruxent, Irving Rouse, Mario Sanoja, Anna Roosevelt, and Charles Spencer, among others, have made diverse propositions on the importance of Venezuelan archaeology to some general problems of the prehistory of the Intermediate Area, such as the peopling of northern South America and the Caribbean, the origins and dispersals of agriculture and ceramic traditions, and the development of complex societies. This work proposes an evaluation of such propositions to the current status and the future of the archaeology of Venezuela and the Intermediate Area. ↻

Keywords

Intermediate Area,
Venezuela,
complex societies.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
4/09/2005

Introducción

El carácter de sitio de paso atribuido durante mucho tiempo al territorio que hoy ocupa Venezuela permite concebirla, desde el punto de vista arqueológico, como un no-lugar. Augé definió los no-lugares como espacios que no pueden definirse como espacios de identidad, relacionales o históricos (Augé 2000: 83). Esta visión no sólo ha permeado las interpretaciones arqueológicas tradicionales sino que aún permanece en la práctica arqueológica local, la visión del Estado y la posición de Venezuela en el ámbito de la arqueología americana. Desde las imágenes de nuestro territorio como un campamento, popularizadas por algunos escritores y críticos, hasta su ruidosa ausencia o sub-representación en muchas síntesis continentales la visión del territorio venezolano como un lugar de tránsito actúa como un gran peso en el balance y la interpretación del pasado más antiguo del país. Esta concepción peyorativa parece ser compartida, en mayor o menor grado, por las regiones y países que componen el Área Intermedia (Osgood y Howard 143; Dupouy 1952; Sanoja y Vargas 1999c:187-188; Sheets 1992:15).

Muchas investigaciones no han sido incluidas en los estudios de síntesis sobre el Área Intermedia o en resúmenes mas generales sobre la arqueología americana. No parecen existir razones muy claras para ello. En parte podría ser resultado de lo complejo, incompleto y fragmentario de la historia prehispánica venezolana; también se han señalado la poca comuni-

cación entre los arqueólogos, a pesar del número creciente de reuniones y del correo electrónico, y la poca circulación de la información escrita, publicada con frecuencia en libros y revistas de alcance limitado o confinada a la “literatura gris” de monografías universitarias e informes técnicos (Drennan 1996:95-96).

Sin embargo, estas razones son válidas para casi cualquier lugar del mundo; aunque son de gran peso también es posible añadir otras causas más profundas, relacionadas con la historia de la práctica arqueológica local y su relación con el desarrollo de la arqueología americana.

Desde el punto de vista local la inclusión temprana de Venezuela en proyectos arqueológicos norteamericanos dirigidos, sobre todo, a la cuenca del Caribe hizo que fuere visto como un país orientado, casi exclusivamente, hacia esa región (Gassón y Wagner 1994, 1998). Otro problema importante ha sido el predominio de la perspectiva histórico-cultural y la arqueología social como los paradigmas dominantes en la práctica profesional moderna en nuestro país. En Venezuela la presencia de dos fuertes líneas teóricas enriqueció la arqueología nacional pero también generó problemas. Primero, ha existido resistencia académica¹ entre ambas posiciones, por lo que el intercambio ha sido escaso. Segundo, en ambas posiciones la profundización teórica interna producida por el debate no ha conducido a un refinamiento metodológico y técnico sino a reproducir estrategias tradicionales de la arqueología norteamericana que no siempre son adecuadas para resolver problemas diferentes a establecer relaciones culturales en un sentido amplio a y establecer etapas evolutivas generales. Tercero, las formulaciones teóricas innovadoras llevadas a la práctica me-

¹ Cuando los científicos dan a conocer nuevos acercamientos teóricos surge la incomprensión y la resistencia. Los investigadores que sustentan teorías convencionales suelen argumentar que las evidencias y argumentos presentados por los renovadores son insuficientes para rebatirlas porque, al ser incompatibles con el sistema de prácticas y creencias existente, son juzgados como carentes de validez (Lemoine y Suárez 1984:120).

diante proyectos de investigación sistemáticos han sido pocas (Navarrete 1995:131; Gassón y Wagner 1998:338). Como resultado un tema importante que no recibió atención sino hasta finales del siglo pasado fue el establecimiento de relaciones de Venezuela con otras regiones de América utilizando medios distintos a las explicaciones tradicionales basadas, principalmente, en la comparación de la cultura material; estas explicaciones han sido y aún son utilizados por ambas tendencias.

Adentro y afuera del Área Intermedia

Desde el punto de vista continental Venezuela ha entrado y salido del Área Intermedia de la mano de los cambios teóricos ocurridos en la arqueología americana. La arqueología de las tierras bajas y montañas ubicadas al noroccidente de la cuenca del río Orinoco se ha visto incluida, fragmentada o excluida de los estudios sobre el Área Intermedia de acuerdo con la evolución y el cambio de intereses de la arqueología americana. En un primer momento se consideró que nuestro territorio era de importancia capital para comprender la dinámica cultural del Área Intermedia, del Caribe y del norte de la Amazonía, lo que ya había sido reconocido desde comienzos del siglo XX. En 1916 Spinden afirmó que Venezuela era el punto de partida de las culturas del Caribe y la encrucijada entre el Área Intermedia y el noroeste brasileño:

“The field, although untried, is theoretically of the greatest importance. It is generally recognized as the point of departure for the original culture of the West Indies. Moreover, it is intermediate between the rich and well-know fields of Colombia and Costa Rica on the one hand and of eastern Brazil on the other and might be expected to furnish proof of cultural connections if such exist” (Spinden 1916: 325).

En 1933 se creó el Programa de Arqueología del Caribe del Museo Peabody de la Universidad de Yale. Cornelius Os-good dirigió el Proyecto Cinco, que incluía a Venezuela y las

Indias Occidentales, Irving Rouse fue su director asistente y George D. Howard su supervisor (Gassón y Wagner 1994:127, 1998). Este proyecto señaló la agenda de los estudios arqueológicos en la región y la posición de Venezuela en la arqueología americana. Osgood y Howard (1943) fueron los primeros en hacer un reconocimiento arqueológico general de Venezuela; por su ubicación geográfica en el extremo norte de Suramérica sugirieron que el país era como la barra de la letra H, conectando las rutas migratorias y sirviendo como área de paso a las influencias culturales que se desplazaron en diversos sentidos durante la época precolombina. La teoría de la H, como fue popularizada posteriormente por Dupouy (1952), señaló la dirección del paso de las influencias culturales por Venezuela de la siguiente forma: (a) influencias centroamericanas en sentido sur-este-sur; (b) influencias amazónicas en sentido norte-oeste-norte; (c) influencias antillanas en sentido sur-oeste-sur, y (d) influencias culturales andinas en sentido norte-este-norte. La extensa costa Caribe también facilitó los movimientos en sentido este-oeste-este (Dupouy 1952).

La publicación de *An archaeological chronology of Venezuela* (1958-1959) por los pioneros de la arqueología sistemática venezolana, José María Cruxent e Irving Rouse, ubicó a Venezuela en el mapa de la arqueología moderna americana y proporcionó un sólido marco cronológico para el país²; ellos visualizaron a la Venezuela prehispánica al comienzo del primer milenio AC como producto de dos centros de desarrollo cultural: uno oriental y uno occidental. El centro oriental tenía fuertes lazos culturales con Amazonía, las Guayanas y las Antillas Menores, con énfasis en el cultivo de la yuca, diferentes tradiciones cerámicas y pocas evidencias de ceremonialismo. El centro occidental fue caracterizado por el cultivo del

² Como indicó Wagner (1977) el establecimiento de la primera cronología sistemática para el territorio nacional requirió trabajar a gran escala y limitó el establecimiento de secuencias locales detalladas y la investigación de problemas más específicos, tratados después por la arqueología procesual y la arqueología social latinoamericana (Wagner 1977:318).

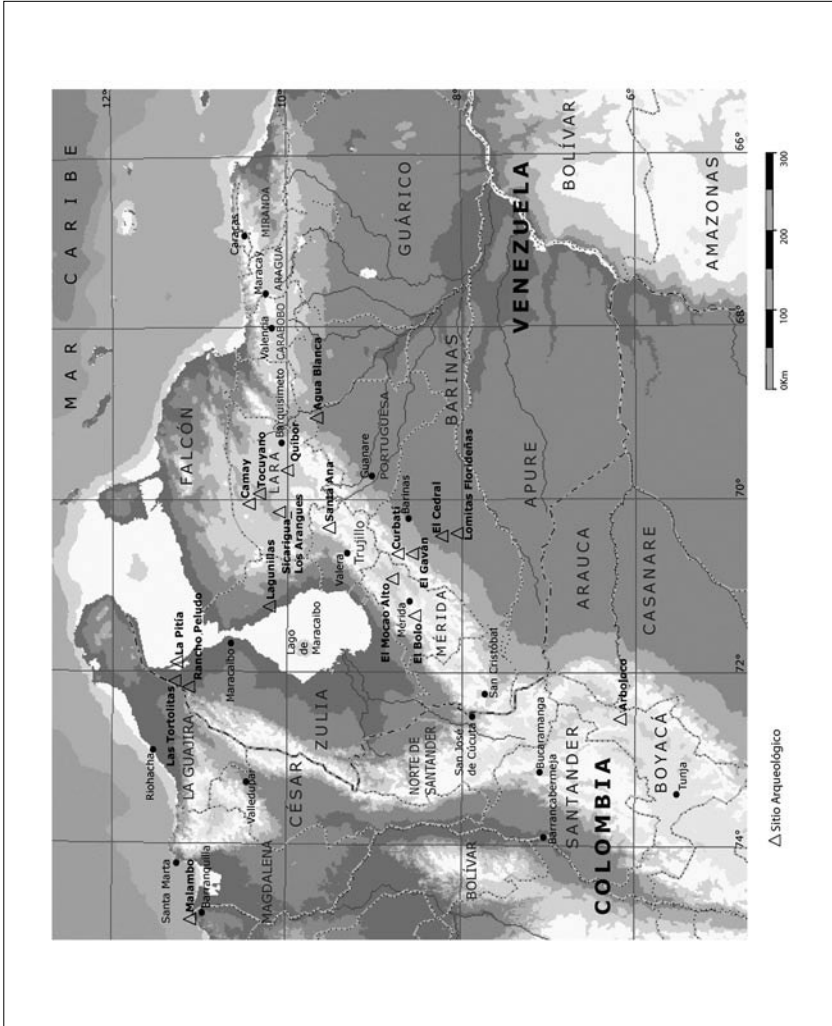


Figura 1

maíz, cerámica policroma distintiva y estructuras de piedra o tierra que indicaban fuertes relaciones culturales con América Central y los Andes. En 1964 Rouse examinó el Área Intermedia, la Amazonía y el Caribe; un punto importante que destacó fue la necesidad de tratar la arqueología de estas regiones de manera conjunta, como habían señalado autores anteriores. Sin embargo, una mirada atenta al mapa que acompañó la publicación (Rouse 1964) revela una tendencia que se acentuó con el tiempo: la división del territorio venezolano entre esas tres regiones, lo que derivó en la fragmentación y separación de buena parte de la arqueología venezolana de las discusiones sobre el Área Intermedia.

En *Prehistoric man in the New World* (Jennings y Norberk 1964) quedó establecido que Venezuela era un país del mayor interés para los especialistas en el Caribe, pero de poca relevancia para los especialistas en el Área Intermedia. Esto fue producto de dos factores: (a) el interés de Rouse en las relaciones de Venezuela con el Caribe y su énfasis en contactos culturales a partir de rasgos observados en la cultura material más que en las formas de organización social; y (b) el hecho de que Alfred Kidder (1944), quien realizó el primer reconocimiento regional de Venezuela occidental, no incluyó a Venezuela en su artículo sobre las altas culturas de Sur América en el cual discutió los hallazgos y materiales provenientes de Perú, Bolivia, Ecuador y Colombia. Como resultado Venezuela occidental no quedó ubicada en ninguna de las áreas arqueológicas definidas, con la excepción de los materiales de Rancho Peludo (Estado Zulia), un sitio señalado por Cruxent y Rouse como un posible centro de aparición temprana del cultivo de la yuca y de manufactura de cerámica en la tierras bajas del noroccidente de Venezuela.

En 1973 Willey publicó *An introduction to American archaeology*, uno de los primeros intentos de establecer una serie de estadios generales de desarrollo cultural para todo el continente. Allí incluyó los materiales del occidente de Venezuela en la sección correspondiente al Área Intermedia, discutiendo la importancia de los materiales de los Andes y las series Tocuyanoide, Tierroide y Osoide, incorporando las investigaciones

recientes de Wagner (1967) y Zucchi (1967), quienes trabajaron en los Andes y Llanos Occidentales de Venezuela, respectivamente. También destacó la importancia de la tradición cerámica de Rancho Peludo. Los problemas de datación del sitio, corregidos años después, dieron lugar a una verdadera tradición de atribuciones cronológicas erróneas y relaciones culturales equívocas aún vigente³ (Willey 1973:350).

Con base en el neoevolucionismo americano, a la perspectiva materialista-histórica y a las implicaciones analógicas de patrones comunitarios⁴ (Beardsley *et al.* 1955) en 1974 Sanoja y Vargas analizaron en *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos* la variabilidad existente en las antiguas organizaciones políticas y socio-económicas venezolanas, estableciendo formaciones sociales, modos de producción y modos de vida con significado cronológico, evolutivo y sociológico.

Otro influyente texto de 1983, *Ancient South Americans* (Jennings 1983), continuó con la tendencia, establecida a principios de la década de 1960, a destacar aspectos históricos-culturales en vez de evolutivos. En su capítulo dedicado a los Andes del norte en ese libro Feldman y Moseley excluyeron a Venezuela, a pesar de formar parte del extremo septentrional andino (la rama nororiental de la Cordillera de los Andes está conformada por los Andes venezolanos y la Sierra de Perijá) y a pesar de las indicaciones de la síntesis de Willey. La discusión de los materiales venezolanos fue incluida en la sección referente a las tierras bajas de Sudamérica y las Antillas, a cargo de

³ Rancho Peludo fue descartado como un sitio con evidencias tempranas de producción de cerámica y cultivo de la yuca. Para una discusión completa sobre la cronología, la historia cultural y la subsistencia en el sitio ver Nuñez-Regueiro *et al.* (1985); para una síntesis más accesible de estos resultados ver Wagner (1998).

⁴ “Starting from a point of view different from those heretofore employed, we have tried to develop a classification of cultures that is usable with both ethnographical and archaeological data and that has functional and evolutionary as well as historical and descriptive significance” (Beardsley *et al.* 1955:133).

Meggers y Evans (1983), quienes hicieron un cuidadoso análisis de los materiales disponibles para la época, sin ignorar los materiales provenientes del occidente del país.

Fiedel (1992) y Bruhns (1994) apenas prestaron atención a los materiales del occidente de Venezuela. En su sección sobre cacicazgos del Área Intermedia Fiedel (1992:314) mencionó a Venezuela como integrante de esta unidad pero no incluyó datos sobre los desarrollos cacicales del país. Aunque Bruhns (1994:326) utilizó estadios generales de desarrollo socio-cultural en vez de áreas culturales o geográficas citó pocos materiales venezolanos (usando, en algunos casos, información obsoleta como la sempiterna discusión acerca de la importancia del yacimiento Rancho Peludo o, erróneamente, como la relación de los campos elevados de los Llanos occidentales con la serie Tierroide). La pobre representación de Venezuela en textos como estos reflejan el poco interés por la arqueología venezolana que, en apariencia, no tenía mucho que decir en el conjunto de la arqueología americana, excepto aquellos problemas relacionados con la historia cultural del Caribe y el desarrollo de la teoría arqueológica en Sudamérica⁵.

¿De regreso al Área Intermedia?

Como producto de la atención que ha recibido el problema de la evolución social y la adaptación sociocultural en la actualidad existen propuestas que están tratando el problema de las relaciones entre cultura material, formas de organización social y unidades territoriales mayores que el sitio o la región, incluyendo el Área Intermedia. El comienzo de este interés

⁵ Existen trabajos de síntesis dirigidos a una audiencia amplia. Wagner (1982, 1992, 1998) escribió artículos de síntesis con actualizaciones sobre los avances de la arqueología en el occidente de Venezuela y su relación con el Área Intermedia. Sanoja y Vargas (1983, 1999a, 1999b), Zucchi (1991a, 1991b) y Gassón (2002) han publicado artículos de índole similar pero haciendo énfasis en las relaciones de las tierras bajas venezolanas con el Caribe y la Amazonia.

renovado por las conexiones entre Venezuela y áreas vecinas puede ser ubicado alrededor del comienzo de la década de 1980; aunque ese interés se extendió hacia las tierras bajas amazónicas y el área del Caribe nos concentraremos en estudios interregionales o que relacionan al país con sus vecinos del noroccidente de Suramérica. Vistas desde la óptica del Área Intermedia y con énfasis en el estudio de las organizaciones sociales hay cinco regiones fundamentales: (a) la cuenca del lago de Maracaibo; (b) el noroccidente; (c) los Andes; (d) el piedemonte oriental; y (e) los Llanos Occidentales. Debido a que existen resúmenes adecuados para cada una de esas regiones (Arvelo 1999a; Arvelo y Oliver 1999; Gassón 1999; Sanoja y Vargas 1999c Wagner 1999; Zucchi 1999) sólo mencionaremos estudios que superen el nivel interregional. Dado que no se han producido investigaciones recientes sobre sociedades de cazadores y recolectores nos referiremos sólo a sociedades ceramistas y productoras de alimentos.

Una de las primeras herramienta utilizadas para tratar de comprender las relaciones entre las sociedades del área fue el concepto de esferas de interacción en el sentido propuesto por Binford (1972:204), es decir, un conjunto de matrices de articulaciones mantenidas regular e institucionalmente entre sociedades diferentes en un área determinada. El estudio de Myers (1978) sobre esferas de interacción “formativas” en el Área Intermedia intentó formular hipótesis sobre el origen y dispersión de la fabricación de cerámica hacia los centros de civilización en Mesoamérica y Los Andes. La discusión incluyó a Venezuela, sobre todo con los materiales del yacimiento Rancho Peludo, en la cuenca del lago de Maracaibo. Myers (1978:220) estableció hipótesis que enfatizaron comparaciones entre formas de vasijas, campos decorativos y diseños decorativos; sin embargo, sus conclusiones sobre la tradición Dabajuroide, vista a partir de los materiales de Rancho Peludo, se vieron minadas por problemas de datación y debido al carácter incompleto de la información arqueológica disponible. A través del estudio comparativo de la alfarería A de Las Tortolitas (Estado Zulia) y utilizando un enfoque similar Arvelo y Wagner (1984) identificaron semejanzas estilísticas con Malambo

(Colombia) y con las Antillas (República Dominicana) que les permitieron formular una explicación alternativa para los orígenes y desarrollo de la cerámica chicoide. Esas tres cerámicas comparten normas como patrones de diseño y campos decorativos y el énfasis en técnicas decorativas plásticas. Esto no significa un movimiento migratorio desde el norte de Suramérica hacia las Antillas porque existen diferencias cronológicas considerables⁶. Como una alternativa a los mecanismos tradicionales de migración y difusión Arvelo y Wagner plantearon la existencia de una “esfera de interacción del noroeste de Sudamérica”. En un primer momento Malambo y Las Tortolitas participaron de esta esfera que, posteriormente, se amplió para abarcar parte de las Antillas Mayores; así ampliaron la concepción sobre los orígenes y variabilidad de la cerámica caribeña, generalmente ubicados en el oriente de Venezuela.

Otros trabajos intentaron renovar los estudios de áreas culturales desde una perspectiva ecológica y social. Nuñez-Regueiro y Wagner (1984) y Nuñez-Regueiro y Tartusi (1990) cuestionaron la tradicional dicotomía tierras altas-tierras bajas y destacaron la importancia del piedemonte como un área de transición caracterizada por suelos fértiles y geológicamente estables, con características ecológicas de ecotono, y ocupada desde muy temprano por poblaciones que cultivaron maíz y otras plantas. Entre 900 y 1250 DC se registró un aumento poblacional importante y el desarrollo de la complejidad cultural dio lugar a la formación de cacicazgos o señoríos. En el nivel ideológico se produjo la expansión de un sistema de creencias que tiene como indicadores arqueológicos los entierros secundarios en urnas antropomorfas, encontradas en regiones del piedemonte tan distantes como el río Magdalena (Colombia), Rancho Peludo (Venezuela) y la cultura Santa María, en el noroeste argentino.

⁶ Para una discusión reciente sobre los problemas cronológicos de Malambo ver Langebaek y Dever (2000).

Otra tendencia importante ha sido utilizar el enfoque tradicional de historia cultural bajo una óptica renovadora que incluyó el uso conjunto de datos arqueológicos, ambientales, lingüísticos y etnohistóricos, dejando atrás los objetivos tradicionales de refinar cronologías y establecer relaciones culturales a partir de la excavación de sitios singulares. Arvelo (1987) realizó una síntesis de los estudios llevados a cabo en la cuenca del lago de Maracaibo y propuso un modelo sobre los movimientos poblacionales desde y hacia la cuenca durante un período de tres mil años, causa principal de la diversidad cultural existente en el registro arqueológico y etnohistórico. Mediante el estudio de las tradiciones y estilos cerámicos hallados en la región el modelo identificó movimientos migratorios desde el norte de Colombia, el piedemonte colombo-venezolano y la cuenca del río Orinoco hacia el lago de Maracaibo, además de emigraciones desde la cuenca hacia otras regiones. De acuerdo con la interpretación de Arvelo en la cuenca se encontraron dos grandes oleadas migratorias: una, representada por las tradiciones cerámicas Hokomo y Mirinday (que enfatizaron la pintura policroma), se distribuyó por la zona árida del noreste; la otra, representada por tradiciones como Malambo y Berlín, se ubicó en la región suroeste de la cuenca, más fértil y húmeda. Los datos lingüísticos señalan que los grupos de filiación arawak se distribuyeron en el área de dispersión de las tradiciones Hokomo y Mirinday, en donde aún se encuentran los guajiro y añú (paraujanos). Aunque la relación entre la dispersión de la tradición Berlín y la de los grupos de filiación chibcha y caribe es débil el sector por el cual se expandió esta tradición está actualmente habitado por hablantes de estos dos grupos lingüísticos, como barí y yucpa. La cuenca fue un corredor natural, un área de confluencia cultural y una región para el desarrollo de tradiciones locales (Arvelo 1987, 1996: 97).

En este mismo orden de ideas Oliver (1989) propuso un modelo para tratar de explicar las migraciones humanas en el norte de Suramérica combinando evidencias arqueológicas, lingüísticas y etnohistóricas para explicar los orígenes y expansión arawak. De acuerdo con Oliver la expansión de los hablantes de lenguas arawakas hacia el occidente venezolano

y la región de Ranchería y La Guajira, en Colombia, estaría estrechamente relacionada con la distribución de varias tradiciones policromas, como la temprana tradición Tocuyanoide y las tradiciones policromas tardías Tierroide y Dabajuroide. Continuando el conocido modelo de Lathrap (1970) Oliver señaló que el origen de la expansión arawak se encuentra en la región central del río Amazonas, en donde ocurrió la separación inicial del proto-arawak, hace unos 5000 años según cálculos lexicoestadísticos. Para Oliver es significativo que la fecha aproximada de 500 DC coincide, *grosso modo*, con la declinación de la fase Hokomo y la transición hacia la fase Siroma en el conocido sitio de La Pitía (Gallagher 1976), lo que podría haber producido una diversificación lingüística como la observada entre el guajiro y el paraujano. La distribución de la tradición Macroabajuroide se produjo desde el sur hacia el noroccidente de Venezuela a través de los Llanos Occidentales. Las semejanzas entre las subtradiciones cerámicas Tierran y Dabajuran de la tradición Dabajuroide serían producto de la diferenciación entre grupos caquetíos (arawak) ocurrida en los Llanos entre 100 y 500 DC.

Ardila (1996) exploró la alta Guajira para ubicar sitios que le permitieran identificar y describir las relaciones existentes entre las tradiciones arqueológicas regionales y los grupos étnicos actuales. Para Ardila la dinámica generada por el arribo a la península de dos diferentes corrientes migratorias de origen arawak constituyó la base para los procesos de adscripción territorial, cambio cultural y generación de alianzas y asimilaciones. Los datos indican un modelo de relaciones interétnicas basado en una estructura política de carácter segmentario y jerárquico, con diferentes niveles de articulación e integración, y una compleja red de alianzas e intercambios entre unidades sociales menores, características de grupos étnicos de lengua arawak. Según Ardila la distribución geográfica de la tradición Hornoide indica una fuerte cohesión y una tendencia a la centralización política con la probable emergencia de sistemas de tipo *gran hombre* encargados de la coordinación de los actos rituales y de la toma de decisiones.

Independientemente de los problemas relacionados con sus orígenes y dispersión las lenguas arawak⁷ tuvieron una amplia difusión en el noroccidente de Suramérica; por eso resulta sorprendente que, a pesar de los esfuerzos de Oliver, Arvelo y Ardila, no se haya prestado mayor atención a los lenguajes arawakan en el Área Intermedia. Esta familia lingüística estaba ampliamente difundida en el noroeste de Colombia y Occidente de Venezuela en tiempos prehispánicos; por ejemplo, Lange (1992:10) afirmó que sólo tres de las principales familias lingüísticas se estaban representadas allí: chibchan, paezan (macro-chibcha) y macro-caribe (ge-pano-caribe).

Nuevas tendencias

La evaluación de Drennan (1996) sobre la arqueología del Área Intermedia es representativa de los cambios ocurridos en la arqueología americana y venezolana desde comienzos de la década de 1990. Drennan incluyó el noroccidente del país, concentrándose en referencias posteriores a 1987, y se refirió, sobre todo, a los orígenes de las sociedades complejas o cacicazgos y a su relación con el cultivo del maíz (cacicazgos del valle de Quíbor) o a la dinámica competitiva del sector dominante de la sociedad (Llanos Occidentales). El énfasis en la variedad de las formas de organización social, las diferentes trayectorias de cambio y las posibles razones para la divergencia y la variedad en estas formas de organización social han sentado

⁷ Existen datos nuevos que revisan la imagen convencional sobre los orígenes y filiaciones de las principales series y tradiciones de la cuenca del Orinoco. Contra el popular modelo de Lathrap, quien ubicó sus orígenes en el Medio Amazonas Medio y postuló una migración desde allí a la cuenca del Orinoco y el noroccidente de Venezuela a través del canal del Casiquiare, los estudios de Zucchi no hallaron indicaciones de la presencia de estos grupos alfareros en el Casiquiare y el Alto Orinoco. Como indicó Neves (1999:228-229) este hecho cuestiona la hipótesis general de Lathrap, Brochado, Rouse y Oliver sobre el origen central amazónico del conjunto lingüístico Arawak.

las bases para una nueva agenda, diferente de los propósitos tradicionales de la historia cultural, aunque sin perder de vista que muchos de los problemas, objetivos y métodos del enfoque normativo siguen activos y vigentes. En este orden de ideas Spencer (1998) destacó el gran potencial del estudio de los procesos aborígenes de evolución social a largo plazo centrados en la investigación de los cacicazgos prehispánicos.

Spencer y Redmond se han dedicado al estudio del problema del cambio social y la interacción regional entre el piedemonte oriental y los llanos altos del Estado Barinas. En el piedemonte oriental definieron tres complejos cerámicos (Spencer 1991:149-150); los mejor conocidos son Curbatí Temprano y Curbatí Tardío (300-1000 DC) que presentan similitudes con Lagunillas (en la cuenca del lago de Maracaibo), Santa Ana (en Trujillo) y Agua Blanca (en el piedemonte de Portuguesa). Los patrones de asentamiento y la organización política era menos centralizados que los de cacicazgos llaneros. Los petroglifos encontrados en la cuenca del río Curbatí posiblemente sirvieron como marcadores de rutas comerciales y sus habitantes pudieron haber jugado un papel importante como intermediarios entre las sociedades andinas y los cacicazgos de los llanos altos⁸ (Spencer 1991:159-160). En la región de El Gaván identificaron dos fases arqueológicas. Gaván Temprano (300-500 DC) sólo ocupó tres sitios sin indicadores de integración regional o estructuras de tierra; la cerámica muestra similitudes con el complejo Caño del Oso (Zucchi 1967; Redmond y Spencer 1990:17). En cambio, durante la fase

⁸ En varios contextos arqueológicos de alto rango en el centro primario regional (sitio B12) y en uno de los centros regionales (B21) de la región de El Gaván, en el Estado Barinas, se encontraron artefactos de piedra pulida como cuentas y pendientes elaborados en serpentinita, malaquita, anfíbolita, filita y jaspe. Las fuentes de origen de estos minerales deben buscarse fuera de los Llanos, en áreas como los Andes venezolanos, la cuenca del lago de Maracaibo y regiones aún más lejanas, como el sur de Colombia, norte de Ecuador y el Caribe (Spencer y Redmond 1992:153-154).

Gaván Tardío (550-1000 DC) surgieron sociedades complejas o cacicazgos. En esta región existió una unidad socio-política con un territorio unido por una red de calzadas que conectaban tres clases de sitios: (a) un centro primario regional ubicado en un recinto fortificado y con estructuras públicas como plazas y montículos ceremoniales; (b) centros secundarios con estructuras públicas pero sin fortificaciones; y (c) sitios de habitación sin construcciones públicas. La alfarería tiene muchas similitudes con el complejo La Betania (Spencer y Redmond 1983:137, 1992:154; Redmond y Spencer 1990:17-20); además, identificaron técnicas especializadas para el cultivo intensivo de la tierra y la posible producción de excedentes de alimentos utilizados como base económica en actividades como el intercambio a larga distancia y la guerra (Spencer *et al.* 1994: 138-139).

Estudios realizados por Gassón (1998, 2003) en una unidad política similar en la región de El Cedral, unos 40 kilómetros al suroeste de El Gaván, han mostrado diferencias importantes entre ambas; (a) es probable que El Cedral fue el centro regional de un cacicazgo de mayor escala y poder político; (b) los campos agrícolas para la producción intensiva de alimentos estaban directamente bajo el control del centro regional y eran más grandes; y (c) la red de calzadas tiene mayor extensión y algunas son monumentales. Según Redmond *et al.* (1999) existen indicios de conflicto entre las unidades políticas de El Gaván y El Cedral que incluyen restos humanos desarticulados, estructuras defensivas y destrucción por fuego en el centro primario regional de El Gaván. Fechas de TL para una residencia de elite destruida por el fuego indican que el centro regional fue abandonado entre 760±120 y 900±120 DC. Es posible que la unidad política de El Cedral haya persistido durante más tiempo que El Gaván. Las fechas de El Cedral ubican su ocupación entre los años 680± 50 y 690± 50 DC. Quizá los miembros de El Cedral fueran los responsables de la destrucción de El Gaván. El cambio político en los Llanos pudo estar relacionado con la competencia y la guerra entre unidades políticas a nivel macro-regional; este proceso socio-político se denomina *cacicazgos cíclicos* (Redmond *et al.* 1999:124-126).

Langebaek (1991, 1992) utilizó la perspectiva del sistema-mundo para describir las relaciones entre las sociedades muisca de los Andes Orientales y las que habitaron el piedemonte y los llanos de Colombia y Venezuela en el siglo XVI; consideró a los cacicazgos muisca como un centro con un sistema económico más productivo que el de las sociedades de las tierras bajas, que fungieron como periferia. Centro y periferia interactuaron a través del intercambio económico desigual de productos manufacturados por materias primas y mano de obra. Las redes de intercambio se basaron en (y nutrieron) la existencia de estas diferencias. Aunque el modelo propuesto por Langebaek se limitó al piedemonte y a los llanos que bordean al altiplano cundiboyacense lo mencionamos aquí porque extendió este argumento para entender la naturaleza de la evolución social en el norte de Suramérica. De acuerdo con este argumento hacia el final de la época prehispánica el centro de gravedad de los procesos de desarrollo complejos se trasladó desde las tierras bajas de Colombia y Venezuela hacia las tierras altas del nororiente de Colombia, habitadas por grupos étnicos con un nivel de complejidad política más notable, como los muisca y lache de los Andes Orientales y los *kogi* de la Sierra Nevada de Santa Marta (Langebaek 1992:75-76).

Utilizando un enfoque similar y después de describir hallazgos de objetos exóticos o de comercio en los Andes, Llanos y Orinoco Gassón (1996) propuso que la naturaleza de los objetos, su pequeña cantidad y su constante relación con contextos de alto rango podrían indicar la existencia de sistemas de bienes de prestigio de baja intensidad, posiblemente controlados por sectores de elite de sociedades complejas⁹. Aunque es

⁹ "The specific economic characteristics of a prestige-good system are dominated by the political advantage gained through exercising control over access to resources that can only be obtained through external trade. However, these are not the resources required for general material well-being or for the manufacture of tools and other utilitarian items. Instead emphasis is placed on controlling the acquisition of wealth objects needed in social transactions, and the payment of social debts. Groups are linked to each other through the competitive exchange of wealth objects as gifts and feasting in continuous cycles of status rivalry" (Frankenstein y Rowlands 1978:76).

imposible negar que una gran variedad de productos perecederos o de muy baja visibilidad arqueológica, incluyendo bienes básicos y materias primas, circuló en redes locales y regionales coordinadas por sociedades descentralizadas la naturaleza y procedencia de los bienes de prestigio que han sido hallados en contextos arqueológicos sugiere que no es acertado caracterizar como descentralizado el intercambio interregional en todos los casos. Como indicó Gnecco (1996:181-184) para los cacicazgos del suroccidente de Colombia el intercambio de bienes de prestigio fue una expresión de sociedades articuladas a mecanismos de surgimiento y mantenimiento del poder político de las elites.

Vargas *et al.* (1997) estudiaron en el valle de Quíbor, Estado Lara, una industria muy desarrollada de objetos de concha marina asociada, sobre todo, a la tradición Boulevard (145-575 DC). La existencia de esa industria implicó la obtención de materia prima en fuentes ubicadas en las costas a varios cientos de kilómetros del valle, posiblemente a través de circuitos comerciales más o menos institucionalizados, y la producción local por posibles especialistas de tiempo parcial, lo que se infiere de la abundancia de los artefactos, la regularidad en los procesos de trabajo y la calidad de los objetos terminados. Los objetos (cuentas para collares, brazaletes, pendientes, pectorales, tapasexos, tapaojos) eran destinados a la parafernalia ritual de los enterramientos realizados en grandes cementerios que se ubicaron en los valles de Quíbor, Tocuyo y Turbio. El consumo ritual de estos objetos creó una demanda constante que alimentó el trabajo de especialistas y la existencia de sistemas de intercambio, permitiendo reproducir los componentes sociales, ideológicos y políticos de las sociedades complejas de la región. Según Vargas *et al.* (1997:324-527) en estas sociedades el intercambio ocurría entre grupos, no entre individuos, y eran de interés público; además, destacaron el desarrollo de las sociedades jerárquicas y su control de las redes de intercambio en áreas de interacción que abarcaron el noroccidente de Venezuela. El intercambio de bienes manufacturados y materias primas parece haber sido una característica fundamental del modo de vida cacical americano y uno de los mecanismos

que motorizó la transformación del modo de vida igualitario. Esta interpretación fue reforzada por las excavaciones de Molina (2002) en la región vecina de Sicarigua-Los Arangues; allí también identificó la presencia de objetos de concha en ajuares funerarios de sitios asociados a la tradición Boulevard, por lo que es probable que los habitantes de la región participaron en las mismas redes de intercambio.

Una propuesta alternativa surgió del recorrido regional realizado por Arvelo (1995) en el Valle de Quíbor. La distribución de asentamientos, tamaño, estilos asociados, enterramientos, cronología y subsistencia no pudo apoyar la existencia de cacicazgos jerárquicos durante la época prehispánica; Arvelo no encontró evidencia de jerarquía entre los asentamientos o de concentración. La única tendencia hacia la concentración de los sitios relacionados con la tradición San Pablo parece estar relacionada con la producción especializada de sal. Los enterramientos diferenciales no parecen estar asociados a la jerarquía sino a la edad y a la posición de los difuntos. Arvelo identificó una tendencia al aumento de la población, pero por debajo de la capacidad de carga del valle. La evidencia sobre subsistencia no apoyó ni negó una relación entre el cultivo del maíz y el surgimiento de sociedades complejas. La evidencia histórica del siglo XVI sugiere que los habitantes del valle se encontraban organizados en tribus. La producción especializada de sal de los grupos asociados al estilo cerámico San Pablo podría ser evidencia de cierta especialización y complejidad pero para entender y evaluar este aspecto será necesaria una perspectiva territorial más amplia que la del valle de Quíbor.

A diferencia de otros países del Área Intermedia Venezuela no se caracterizó por poseer grandes cantidades de objetos de oro. Como en otras regiones del norte de Suramérica y las Antillas los adornos de oro no sólo se utilizaron en contextos ceremoniales sino como indicadores de rango. Los raros hallazgos reportados provienen de la península de la Guajira, de yacimientos andinos, de la Cordillera Central y de los Llanos Occidentales; normalmente se ha asumido que fueron obtenidos a través de las redes prehispánicas de intercambio con Colombia (Lechtman 1972: 473-482; Zucchi 1976: 50). Sin

embargo, con base en numerosas noticias de las crónicas antiguas Langebaek (1989-1990:203-204) contempló la posibilidad de una tradición orfebre local a partir de la explotación de yacimientos propios y del intercambio de oro y cobre con el norte y los Llanos Orientales de Colombia. Los aspectos estilísticos y tecnológicos de los desarrollos metalúrgicos de Venezuela estuvieron influenciados por el área orfebre del norte de Colombia, Panamá y parte de Costa Rica; esto es evidente en el uso de ciertos modelos iconográficos, como las “águilas”. El hallazgo de un pectoral en forma de águila bicéfala en el río Mazaruni, en Guyana, aporta evidencia adicional a la importancia que tenían esos objetos para las elites locales y, quizá, a la existencia de posibles tradiciones nativas de orfebrería, aunque el artefacto pudo haber sido obtenido a través de comercio a larga distancia (Whitehead 1990, 1996:131-132).

Otros objetos importantes fueron las placas líticas o “pectorales alas de murciélago”; estos colgantes de piedra, de tamaño y formas variadas, gozaron de amplia distribución en el área andina y en el piedemonte. Generalmente fueron considerados como objetos ceremoniales con múltiples contenidos simbólicos. En el Mocao Alto, en el área de Mucuchíes, Wagner (Wagner 1973: 207; Wagner y Schubert 1972: 888) ubicó un taller de placas líticas elaboradas en serpentinita y esteatita. Es notable que el sitio, además de ser la aldea y el taller donde vivieron y trabajaron los artesanos, también fue su cementerio; se encontraron 18 enterramientos humanos con pulidores, afiladores, fragmentos de materia prima y placas en todas las etapas de elaboración en calidad de ofrendas votivas. Niño (1990:39) localizó otros talleres similares en El Bolo, en la cuenca alta del río Chama. En Arboloco, en el Departamento de Boyacá, en Colombia, Pérez (1999:170-179) encontró un sitio de habitación, cementerio y taller de fabricación de placas líticas elaboradas en filita. El sitio fue habitado por gentes asociadas al Período Herrera entre los siglos I al V DC. Una segunda fase de ocupación presentó cerámica relacionada con las ocupaciones Guane y Muisca. Pérez interpretó que el sitio fue habitado por los lache o u’wa a partir de los siglos VI hasta el XVI DC. La presencia de un taller de placas líticas en la

Cordillera Oriental de Colombia con fechas más tempranas que las halladas en el área de Mérida es importante porque indica la antigüedad y amplia distribución geográfica de estos objetos en la Sierra Nevada del Cocuy, la Sierra de Mérida y la Sierra Nevada de Santa Marta.

El examen de colecciones antiguas y excavaciones recientes en Camay, otro yacimiento del piedemonte del Estado Lara, han permitido a Sanoja (2001:7) reconocer materiales semejantes a los de la fase Valdivia, en Ecuador, y otros pertenecientes a los estilos Santa Ana y Tocuyano. Según Sanoja las comparaciones de siete tipos de la cerámica de Camay con técnicas decorativas específicas de la fase Valdivia sugieren que poblaciones agricultoras y ceramistas relacionadas con el formativo ecuatoriano pudieron haber ocupado el valle de Camay en una fecha posterior al periodo C de la fase Valdivia (ca. 4000-3800 AP). Sanoja destacó que los rasgos estilísticos descritos desaparecen de las tradiciones cerámicas del occidente de Venezuela, por lo que existe un hiato entre estas poblaciones tempranas y las que les sucedieron. La cerámica relacionada con el estilo Santa Ana muestra relaciones más difusas con la de las tradiciones y fases de la costa Atlántica Colombiana, en particular con las fases Pangola y Macaví (2100-1600 AC) y Barlovento (1000 AC); esta cerámica pudo haber coexistido con la tradición Tocuyano y también se encuentra relacionada con el estrato inferior del cementerio Las Locas que, según Vargas *et al.* (1997), es indicativo del desarrollo de sociedades jerárquicas en la región desde finales del último milenio AC.

En Venezuela occidental la evidencia más temprana de la transición de economías apropiadoras a productoras de alimentos se encuentra asociada a los portadores de la serie Tocuyanoide. Estas sociedades estuvieron caracterizadas por su dispersión geográfica y por una economía de amplio espectro; se han encontrado yacimientos asociados a estos grupos desde el nororiente de Colombia hasta el noroccidente y centro de Venezuela en ambientes costeros, valles intermontanos y montañas. Tradicionalmente se ha sugerido que los tocuyanoide pudieron haber estado organizados en comunidades tribales; no obstante, Arvelo (1999b:72) advirtió que el estudio

de patrones de asentamientos y de la variabilidad estilística en la cerámica de comunidades asociadas a esta serie en el valle de Quíbor, en el estado Lara, mostró la posible existencia de alternativas de organización comunitaria que podrían indicar la presencia de diferentes linajes dentro de un grupo tribal, lo que indica que no deberíamos usar tipos sociales como “tribus” o “cacicazgos” de manera acrítica. Hoopes (1992:73) señaló que concentrarnos en la emergencia de cacicazgos y de autoridad centralizada podría ser inapropiado para muchas regiones del Área Intermedia y que estructuras alternativas, como “tribus complejas” descentralizadas y sociedades descentralizadas, podrían acomodarse mejor a los datos disponibles. Gassón (2001:182) señaló algunas de las dificultades de utilizar la analogía etnográfica y las tipologías evolutivas convencionales para tratar de comprender la organización social de algunos grupos prehispánicos e históricos del occidente de Venezuela, como los sistemas duales de la región noroccidental o las jerarquías religiosas de sacerdotes o mohanes andinos. Arvelo (sf:1) propuso la existencia de un sistema socio-político regional para el noroccidente de Venezuela durante la etapa final de la época prehispánica y los primeros años del período del contacto; sociedades igualitarias y jerarquizadas coexistieron en la región durante el período 1000-1530 DC conformando un sistema regional que abarcó los actuales estados Lara, Falcón y Yaracuy. En su opinión la presencia de organizaciones regionales no es un fenómeno exclusivo de sociedades jerarquizadas; también afirmó que se ha negado la coexistencia de diferentes formas de organización social y que debería prestarse más atención a las sociedades que no estuvieron organizadas bajo principios jerárquicos.

Comentarios finales

Los criterios para la demarcación del Área Intermedia como un concepto importante para la arqueología americana son imprecisos y se han aplicado de manera inconsistente. Como resultado no hay un acuerdo sobre lo que es el Área Intermedia

o cuáles son sus límites; el caso de Venezuela es importante para la discusión de su historia, límites y características. La escasez de referencias sobre Venezuela no parece reflejo de la poca importancia de su arqueología para comprender los procesos de migración, interacción o evolución socio-política del área sino de lo poco que todavía sabemos de la arqueología nacional y de las dificultades que enfrentan y enfrentarán los estudios arqueológicos que utilicen límites arbitrarios que eran completamente extraños y ajenos a los antiguos habitantes del área.

Actualmente las relaciones de las antiguas sociedades venezolanas con las áreas vecinas son objeto de un intenso debate. Aunque existen grandes desacuerdos sobre las organizaciones socio-políticas regionales estas discusiones son terreno fértil para la investigación y el intercambio entre los especialistas regionales. Dilucidar cuál era el grado de integración, las formas de organización social y la naturaleza de las relaciones que existieron entre esas sociedades y con las de áreas vecinas es una tarea que está aún en sus comienzos. El cambio en el interés de los estudios arqueológicos de la historia cultural a estudios procesuales y evolutivos concentrados en la comparación de secuencias de cambio social y en la variedad de formas de organización social (más que en la definición de tipos sociales o etapas generales de desarrollo) inclinará la atención de muchos especialistas hacia las sociedades y culturas que habitaron el territorio de lo que hoy es Venezuela.

En este trabajo sugerimos que una mejor comprensión del papel de Venezuela en la arqueología del Área Intermedia requiere, en el aspecto teórico, un mayor énfasis en los problemas relacionados con la evolución y la variabilidad socio-cultural. A nivel metodológico necesitamos ampliar la discusión sobre la formulación de categorías intermedias de análisis, más que definir límites para áreas culturales, que nos permitan conectar regiones arqueológicas y sociedades específicas con ámbitos territoriales mayores a nivel regional, interregional o continental.

Referencias

Ardila, Gerardo

1996 *Los tiempos de las conchas*. Universidad Nacional, Bogotá.

Arvelo, Lilliam

1987 Un modelo de poblamiento prehispánico para la cuenca del Lago de Maracaibo. Tesis de Maestría en Biología, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

1995 The evolution of prehispanic complex social systems in the Quíbor valley, northwestern Venezuela. Disertación doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

1996 Modelo de poblamiento para la cuenca del lago de Maracaibo. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 75-106. Universidad de Los Andes, Bogotá.

1999a La cuenca del Lago de Maracaibo. En *El arte prehispánico de Venezuela*, editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner, pp 106-119. Ex-Libris, Caracas.

1999b Tribus, analogía etnográfica y arqueología. Los grupos tocuyanoides tempranos en el noroccidente de Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 50:70-78.

Arvelo, Lilliam y José Oliver

1999 El noroccidente de Venezuela. En Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner (eds.) *El arte prehispánico de Venezuela*, Caracas. Editorial Ex-Libris, pp. 120-135.

Arvelo, Lilliam y Erika Wagner

1984 Relaciones estilísticas cerámicas del noroeste de Suramérica con las Antillas. En *Relaciones prehispánicas de Venezuela*, editado por Erika Wagner, pp 51-66. Fondo editorial Acta Científica, Caracas.

Augé, Marc

2000 *Los "no lugares". Espacios del anonimato*. Gedisa, Barcelona.

Beardsley, Richard, Preston Holder, Alex Krieger, Betty J. Meggers, John Rinaldo y Paul Kutsche

1955 Functional and Evolutionary Implications of Community Patterning. En *Seminars in archaeology*, editado por Robert Wauchope, pp 54-72. Society for American Archaeology, Memoir 11, Washington.

Binford, Lewis

1982 *An archaeological perspective*. Seminar Press, Nueva York.

Bruhns, Karen Olsen

1994 *Ancient South America*. Cambridge University Press, Cambridge.

Cruxent, José M. y Rouse, Irving

1958-1959 *An archaeological chronology of Venezuela*. Volúmenes I y II. Pan American Union, Washington.

Drennan, Robert D.

1996 Betwixt and between in the Intermediate Area.
Journal of Archaeological Research 4(2):95-132.

Dupouy, Walter

1952 La teoría de la H. *Tierra Firme* I(2):1-3.

Fiedel, Stuart

1992 *Prehistory of the Americas*. Cambridge University Press, Cambridge.

Frankenstein, Susan y Michael Rowlands

1978 The internal structure and regional context of Early Iron Age society in South Western Germany. *Institute of Archaeology Bulletin* 15:73-112.

Gallagher, Patrick

1976 *La Pitia: an archaeological series in northwestern Venezuela*. Yale University, New Haven.

Gassón, Rafael

1996 La evolución del intercambio a larga distancia en el nororiente de Suramérica: bienes de intercambio y poder político en una perspectiva diacrónica. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 133-154. Universidad de Los Andes, Bogotá.

1998 Prehispanic intensive agriculture, settlement pattern and political economy in the Western Venezuelan Llanos. Disertación doctoral, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

1999 El piedemonte oriental andino y los Llanos Altos de Barinas y Portuguesa. En *El arte prehispánico de Venezuela*, editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner, pp 74-89. Ex-Libris, Caracas.

2001 Tipos y grados. Organizaciones políticas prehispánicas del Occidente de Venezuela. En *La arqueología venezolana en el nuevo milenio*, editado por Lino Meneses y Gladis

Gordones, pp 179-209. Consejo Nacional de la Cultura-Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes, Mérida.

2002 Orinoquia. Archaeology of the Orinoco Basin.

Journal of World Prehistory 16(3):237-310.

2003 Ceremonial feasting in the Colombian and Venezuelan Llanos. Some remarks on its sociopolitical and historical significance.

En *Histories and historicities in Amazonia*, editado por Neil Whitehead, pp 179-201. University of Nebraska Press, Lincoln.

Gassón, Rafael y Erika Wagner

1994 Venezuela: doctors, dictators and dependency (1932 to 1948). En *History of Latin American archaeology*, editado por Augusto Oyuela, pp 124-136. Aldershot, Avebury.

1998 El Programa de Arqueología del Caribe y su impacto en la arqueología venezolana. En *Historias de la antropología en Venezuela*, editado por Emanuel Amodio, pp 323-344. Universidad del Zulia, Maracaibo.

Gnecco, Cristóbal

1996 Relaciones de intercambio y bienes de elite entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 175-196. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Hoopes, John

1992 Early Formative cultures in the Intermediate Area: a background to the Emergence of social complexity. En *Wealth and hierarchy in the entermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 43-73. Dumbarton Oaks, Washington.

Jennings, Jesse D. (Editor)

1983 *Ancient South Americans*. W.H. Freeman and Company, San Francisco.

Jennings, Jesse D. y Edward Norberk (Editores)

1964 *Prehistoric man in the New World*. University of Chicago Press, Chicago.

Kidder, Alfred Vincent

1944 *Archaeology of northwestern Venezuela*. Harvard University, Cambridge.

Lange, Frederick

- 1992 The Intermediate Area: an introductory overview. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 1-14. Dumbarton Oaks, Washington.

Langebaek, Carl

- 1991 Highland center and foothill periphery in 16th-century eastern Colombia. *Research in Economic Anthropology* 13:325-339.
- 1992 *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de las sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- 1989-90 Águilas y caracuríes. Venezuela y su coparticipación en el área orfebrense de Colombia y el Istmo en el siglo XVI. *Revista Colombiana de Antropología* 27:199-235.

Langebaek, Carl y Alejandro Dever

- 2000 *Arqueología en el Bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del caribe colombiano*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.

Lathrap, Donald

- 1970 *The upper Amazon*. Thames and Hudson, Londres.

Lechtman, Heather

- 1972 A tumbaga object from the high Andes of Venezuela. *American Antiquity* 38:473-482.

Lemoine, Walewska y María Matilde Suárez

- 1984 *Beauperthuy. De Cumaná a la Academia de Ciencias de París*. Cromotip, Caracas.

Meggers, Betty y Clifford Evans

- 1983 Lowland South America and the Antilles. En *Ancient South Americans*, editado por Jesse Jennings, pp 287-335. W.H. Freeman and Co, San Francisco.

Molina, Luis

- 2002 Arqueología de la región Sicarigua-Los Arangues, noroeste de Venezuela. *Anales del Museo de América* 10:137-153. Madrid.

Myers, Thomas

- 1978 Formative period interaction spheres in the Intermediate Area: archaeology of Central America and adjacent South

América. En *Advances in Andean archaeology*, editado por David Browman, pp 204-234. Mouton, La Haya.

Navarrete, Rodrigo

1995 Antiguos caminos y nuevos senderos: ¿existe una arqueología postmoderna en Venezuela? En *La mirada penetrante: reflexiones y prácticas del discurso antropológico*, editado por Rodrigo Navarrete, pp 101-139. Fondo Editorial Tropikos-Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Neves, Eduardo

1999 Changing perspectives in Amazonian archaeology. En *Archaeology in Latin America*, editado por Gustavo Politis y Benjamín Alberti, pp 216-243. Routledge, Londres.

Niño, Antonio

1990 Presencia de talleres de placas aladas en la cuenca alta del río Chama, Cordillera de Mérida. *Boletín Antropológico* 20:36-48.

Núñez-Regueiro, Víctor y Erika Wagner

1984 Los agricultores prehispánicos del piedemonte oriental andino. *Acta Científica Venezolana* 35 (suplemento 1):19.

Núñez-Regueiro, Víctor y Marta R. Tartusi

1990 Aproximación al estudio del Área Piedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 12:125-160.

Núñez-Regueiro, Víctor, Marta R. Tartusi y Julio César Valdés

1985 Efectos de la contaminación por carbón inerte en la datación radiocarbónica del sitio Z-102, Rancho Peludo, Venezuela. *Acta Científica Venezolana* 36:384-400.

Oliver, José

1989 The archaeological, linguistic and ethnohistorical evidence for the expansion of Arawakan into northwestern Venezuela and northeastern Colombia. Disertación doctoral, Department of Anthropology, Illinois University, Urbana.

Osgood, Cornelius y George Howard

1943 *An archaeological survey of Venezuela*. Yale University, New Haven.

Pérez, Pablo

1999 *Arqueología en el suroccidente de la Sierra Nevada del Cocuy o Chita*. FIAN, Bogotá.

Redmond, Elsa y Charles Spencer

- 1990 Investigaciones arqueológicas en el piedemonte y los llanos altos de Barinas, Venezuela. *Boletín de la Asociación Venezolana de Arqueología* 5:4-24.

Redmond, Elsa, Rafael Gassón y Charles Spencer

- 1999 A macroregional view of cycling chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. En *Complex politics in the ancient tropical world*, editado por Elisabeth Bacus y Lisa J. Lucero, pp 109-129. Archaeological Papers of the American Anthropological Association Number 9, Arlington.

Rouse, Irving

- 1964 The Caribbean area. En *Prehistoric man in the New World*, editado por Jesse D. Jennings y Edward Norberk, pp 389-417. University of Chicago Press, Chicago.

Sanoja, Mario

- 2001 La cerámica tipo formativo de Camay, estado Lara, Venezuela: primer informe. *El Caribe Arqueológico* 5:2-19.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas

- 1974 *Antiguas formaciones y modos de producción venezolanos*. Monte Ávila Editores, Caracas.
- 1983 New light on the prehistory of eastern Venezuela. *Advances in World Archaeology* 2:205-244.
- 1999a De tribus a señoríos: los Andes septentrionales. En *Historia de la América andina. Volumen 1: las sociedades aborígenes*, editado por Luis Lumbreras, pp 199-220. Universidad Andina Simón Bolívar, Quito.
- 1999b Las bases sociohistóricas de las sociedades sedentarias en el norte de Sudamérica. En *Formativo sudamericano: una reevaluación*, editado por Paulina Lederberger, pp 355-365. Abya-Yala, Quito.
- 1999c *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Imprenta Nacional, Caracas.

Sheets, Payson

- 1992 The pervasive pejorative in Intermediate Area studies. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 15-41. Dumbarton Oaks, Washington.

Spencer, Charles

- 1991 The coevolution and the development of Venezuelan chiefdoms. En *Profiles in cultural evolution*, editado por Terry Rambo y Karen Gillogly, pp 137-165. University of Michigan, Ann Arbor.

- 1998 Investigating the Development of Venezuelan Chiefdoms. En *Chiefdoms and chieftaincy in the Americas*, editado por Elsa Redmond, pp 104-137. University Press of Florida, Gainesville.
- Spencer, Charles y Elsa Redmond
- 1983 Archaeological investigations in the Andean piedmont and high Llanos of western Venezuela: a preliminary report. En *Recent studies in Andean prehistory and protohistory*, editado por Peter Kvietok y Dan Sandweiss, pp 137-157. Cornell Latin American Studies Program, Ithaca.
- 1992 Prehispanic chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24:134-157.
- Spencer, Charles, Elsa Redmond y Milagro Rinaldi
- 1994 Drained fields at La Tigra, Venezuelan Llanos: a regional perspective. *Latin American Antiquity* 5(2):119-143.
- Spinden, Herbert
- 1916 New data on the archaeology of Venezuela. *Proceedings of the National Academy of Sciences* 2(6):325-328.
- Vargas, Iraida, María Ismenia Toledo, Luis Molina y Carmen Elena Montcourt
- 1997 *Los artifices de la concha. Ensayo sobre tecnología, arte y otros aspectos socio-culturales de los antiguos habitantes del Estado Lara*. FACES-UCV- Alcaldía del Municipio Jiménez Lara-FUNDACULTURA-Museo Arqueológico de Quíbor, Barquisimeto.
- Wagner, Erika
- 1967 *The prehistory and ethnohistory of the Carache area in western Venezuela*. Yale University, New Haven.
- 1973 The Mucuchíes phase: an extension of the Andean cultural pattern into Western Venezuela. *American Anthropologist* 75:195-213.
- 1977 Recent research in Venezuelan prehistory. En *Archaeological essays in Honor of Irving Rouse*, editado por Robert C. Dunnell y Elizabeth Hall, pp 315-338. Mouton, La Haya.
- 1998 Afterword. En *Recent advances in the archaeology of the northern Andes*, editado por Augusto Oyuela y J. Scott Raymond, pp 143-148. Institute of archaeology, University of California, Los Angeles.
- 1999 La región andina. En *El arte prehispánico de Venezuela*, editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner, pp 90-105. Ex-Libris, Caracas.

Wagner, Erika y Carlos Schubert

- 1972 Prehispanic workshop of serpentinite artifacts, Venezuelan Andes, and possible raw material source. *Science* 175:888-890.

Whitehead, Neil

- 1990 The Mazaruni pectoral: a golden artifact discovered in Guyana and the historical sources concerning native metallurgy in the Caribbean, Orinoco and Northern Amazonia. *Archaeology and Anthropology* 7:19-38.
- 1996 The Mazaruni dragon: golden metals and elite exchanges in the Caribbean, Orinoco and Amazon. En *Caciques, intercambio y poder: Interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 107-132. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Willey, Gordon

- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume II: South America*. Prentice Hall Inc., Englewood Cliffs.

Zucchi, Alberta

- 1967 La Betania: un yacimiento arqueológico del occidente de Venezuela. Disertación doctoral, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1976 *Caño Caroni. un grupo prehispánico de la selva de los Llanos de Barinas*. Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1991a El Negro-Casiquiare-Alto Orinoco como ruta conectiva entre el Amazonas y norte de Suramérica. En *Proceedings of the Twelfth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por Louis Robinson, pp 1-33. AIAC, Martinique.
- 1991b Prehispanic connections between the Orinoco, the Amazon and the Caribbean Area. En *Proceedings of the Thirteenth Congress of the International Association for Caribbean Archaeology*, editado por Ernest Ayubi y Jacques Havisser, pp 202-220. Reports of the Archaeological-Anthropological Institute of the Netherlands Antilles, Curazao.
- 1999 Los Llanos occidentales. En *El arte prehispánico de Venezuela*, editado por Miguel Arroyo, Lourdes Blanco y Erika Wagner, pp 62-73. Ex-Libris, Caracas.

Secuencias y procesos. Estudio comparativo del desarrollo de jerarquías de asentamiento prehispánicas en el norte de Suramérica

Carl H. Langebaek Rueda

Universidad de Los Andes

Resumen

Este artículo compara dos regiones asociadas con ocupaciones chibcha, la Sierra Nevada de Santa Marta y los Andes orientales, con tres regiones de Venezuela (Parmana, Barinas y Quibor). El objetivo es el de analizar las secuencias arqueológicas de esas regiones en términos de procesos que ayuden a entender la naturaleza del cambio social, en particular el surgimiento de sistemas regionales y jerarquías de asentamiento desde una perspectiva comparada. Se critican nociones que reducen la naturaleza de ese cambio a factores climáticos, o crecimiento de población. Además de estos aspectos, se discute la información disponible sobre el papel de las estrategias de subsistencia, la realización de festividades y monumentos. ➤

Palabras clave

chibchas,
cacicazgos,
sociedades complejas.



Abstract

This paper compares social change in two regions settled by chibcha speaking communities, the Sierra Nevada de Santa Marta and the Eastern Highlands, and three regions in Venezuela (Parmana, Barinas and Quibor). The aim is to analyze the archaeological sequences in terms of processes that help to understand social change, and in particular the rise of regional systems and settlement hierarchies. Models that emphasize the importance of climatic change, or population growth are criticized. Other aspects, such as subsistence strategies, monumentality and feasting are also discussed. ≡

Keywords

chibchas,
chiefdoms,
complex societies.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
8/08/2005

Antecedentes y marco conceptual

El norte de Colombia y el occidente de Venezuela han sido consideradas áreas culturalmente relacionadas. Para bien o para mal, esas “relaciones” han sido la principal preocupación de quienes han tratado de interpretar las secuencias prehispánicas en los dos países desde una perspectiva comparativa. Existen trabajos sobre las relaciones entre las sociedades prehispánicas de la Sierra Nevada de Santa Marta y la Guajira con las de la cuenca del Lago de Maracaibo y la Serranía de Mérida (Wagner 1978; Wagner ed. 1984; Ardila 1990; Arvelo 1996). También se han estudiado vínculos culturales entre los Andes orientales y los Andes venezolanos (Wagner ed. 1984; Lleras y Langebaek 1985). Y entre los antiguos habitantes de la Sierra Nevada de Santa Marta y los muiscas (Lleras y Langebaek 1985; Lleras 1995). Así mismo, se encuentran trabajos más generales que comparan tradiciones cerámicas (Rouse 1961), familias lingüísticas (Olivier 1989; Costenla 1991). Incluso los pocos estudios que analizan, comparativamente, cambios en el modo de vida a lado y lado de la frontera mantienen un vivo interés por la comparación de estilos alfareros como medida de relaciones culturales (Sanoja y Vargas 1981, 1999).

La contribución de esos estudios al conocimiento de las secuencias prehispánicas de Colombia y de Venezuela ha sido limitada. La comparación se ha centrado en el estudio de similitudes o contrastes en cultura material (especialmente cerámica) y lenguas, aspectos que no necesariamente tienen relación

directa, y mucho menos relación causal, con procesos sociales. Los trabajos basados en el estudio de modos de vida, aunque más estimulantes en la medida en que no se concentran exclusivamente en tiestos, o en dudosas relaciones entre procesos sociales y aspectos lingüísticos, asumen líneas de evolución universales. En esos estudios, la variada información arqueológica ha sido forzada a encajar: cada caso no hace más que confirmar una secuencia preestablecida, sin que en realidad aporte nada nuevo. La diversidad y riqueza de las trayectorias de cambio en lugar de hacer más productivo el análisis, lo han simplificado.

Este artículo compara desarrollos sociales de dos regiones del norte de Colombia y tres de Venezuela, con el objetivo de contribuir al estudio de sus secuencias y procesos prehispánicos. Se espera que dicha comparación sirva para entender aspectos relacionados con dinámicas de cambio social, más allá de buscar entender relaciones culturales o etapas evolucionistas comunes. Para cumplir con ese propósito es necesario hacer algunas distinciones conceptuales. En este trabajo, entiendo secuencias y procesos como cosas distintas. Las primeras son el resultado de identificar un orden en los cambios sociales en términos de variables que pueden ser comparadas. En otras palabras, una secuencia es la que permite identificar en una escala cronológica razonable aspectos como cuándo se desarrollaron aspectos como la centralización política, la división del trabajo, la especialización artesanal, el poder hereditario, las jerarquías de asentamiento o la acumulación de excedentes por parte de una elite. Esto solo por mencionar algunos, pues evidentemente las posibilidades son infinitas. La reconstrucción de la dinámica demográfica-cuándo y en qué proporción aumentó o disminuyó una población en una región-es también una traducción del registro arqueológico en términos de secuencias, no de procesos.

Los procesos, en cambio, hacen referencia a las fuerzas que dan cuenta de las secuencias (Drennan 1995). Esas fuerzas (o mecanismos, o circunstancias) usualmente corresponden a las que, en el pasado, se identificaron con muy poco éxito como las causas de cambio cultural. Es decir, el crecimiento de

población, modificaciones en subsistencia (p.e. introducción del maíz), los cambios climáticos, la guerra o la construcción de monumentalidad. Los intentos por entender estas fuerzas como factores explicativos del cambio fracasaron por varias razones. Primero, porque simplificaron no solo la noción de cómo funciona una sociedad, sino porque también redujeron a su mínima expresión la historicidad de las sociedades. El mejor ejemplo es el de la dinámica de población, que servía igual para explicar el desarrollo de la agricultura, el surgimiento de cacicazgos o la consolidación de estados. Pero además, corresponden a una visión del conocimiento que exigía respuestas sencillas a problemas complejos.

Los conceptos de secuencia y proceso son fáciles de entender, si se comparan con las nociones de patrón de asentamiento y sistema de asentamiento propuestas por Flannery (1976: 162). El primero se refiere a la distribución de sitios, tamaños y distancias entre ellos; el segundo, a las “reglas” que explican ese patrón. Ambos conceptos corresponden, analíticamente hablando, a niveles muy distintos. El primero se refiere a una tipología del registro arqueológico en expresiones sociológicas o antropológicas comprensibles. Por ejemplo, cuando se afirma que una población creció antes del desarrollo de jerarquías de asentamientos, estamos haciendo un ejercicio de esta clase. Podría tener mucho “sentido” afirmar que ese ordenamiento es en realidad una explicación causal. Pero no lo es: la “explicación” no es válida porque en términos de la secuencia encontrada “tenga sentido”. No es una generalización porque no corresponde a una inferencia sobre el comportamiento social. No implica cambios sociales por sí solo, aunque, indudablemente, tenga que ver con ellos.

Por otra parte, indagar sobre procesos es equivalente a preguntarse por mecanismos, fuerzas y circunstancias que dan cuenta de las características de las secuencias. Diferentes procesos pueden resultar en secuencias muy similares en dos regiones distintas; así mismo, procesos parecidos en regiones distintas pueden traducirse en secuencias completamente diferentes. Un ejemplo: un mismo período seco, o un crecimiento de población en dos regiones distintas, habitadas por socieda-

des diferentes, puede llevar a resultados desiguales. Claro, la relación entre secuencias y procesos existe, pero no es lineal. Uno de los mayores atractivos de la arqueología de la llamada Área Intermedia, y también del mundo chibcha, es precisamente su diversidad (Hoopes 1992). Pero en lugar de reducirla a propuestas sencillas, hay que sacar partido de ella: centrarse en secuencias y procesos permite aprovechar, productivamente, el estudio de sus diferencias y semejanzas para entender cómo procesos de diversa índole pueden ayudar a comprender su naturaleza. Este es un esfuerzo que en el área chibcha, y en general en la llamada Área Intermedia, hasta ahora comienza a realizarse (Drennan 1993, 1995).

Objetivos

Los objetivos de la comparación de la dinámica de cambio social en cinco regiones del norte de Suramérica son dos. Primero, analizar el papel de la subsistencia, la dinámica de población, las festividades y entierros, la naturaleza del prestigio y los cambios climáticos en el desarrollo de jerarquías regionales. Segundo, estudiar la relación entre el desarrollo de jerarquías regionales y la naturaleza del liderazgo político. Ambos objetivos requieren una breve explicación. Aquí no se trata de estudiar el origen de la complejidad política y mucho menos de la desigualdad social. Tampoco se pretende conocer qué tipo de sociedades ocuparon las regiones comparadas antes de la llegada de los españoles. Mucho menos saber si unas eran “cacicazgos” y otros “sociedades tribales”. En el norte de Suramérica existe amplia documentación sobre desigualdad social anterior al desarrollo de jerarquías de asentamiento (Drennan 1996). Este artículo se refiere específicamente a la formación de sistemas políticos organizados regionalmente, sin importar si existe un apelativo especial que las englobe. La selección del tema no es arbitraria: el estudio de algunas secuencias arqueológicas del norte de Suramérica ha planteado que las primeras formas de liderazgo no fueron institucionalizadas y no se caracterizaron por la conformación de unidades políti-

cas regionales; en contraste, se ha propuesto que en fases más tardías, el liderazgo tuvo un carácter más institucionalizado y se basó en un control regional (Drennan 1995; Gnecco 1996; Langebaek 2000). No obstante la naturaleza del liderazgo, y el carácter regional o no regional de las sociedades complejas están abiertos a la indagación arqueológica en cada secuencia. Evidentemente, también esta pendiente la discusión sobre las variables relacionadas con la formación de sistemas políticos regionales.

Consideraciones metodológicas

En este artículo se asume que la presencia de jerarquías de asentamiento es congruente con el desarrollo de élites interesadas en el control de poblaciones en una escala regional. Dichas jerarquías se inferirán a partir de hiatos en la distribución de asentamientos organizados en histogramas de acuerdo con su tamaño. Se asume que la presencia de jerarquías de asentamiento implica la existencia de jerarquías sociales de carácter regional (Wright 1986; Flannery 1998). Esas jerarquías no se consideran necesariamente equivalentes a niveles administrativos, aunque sí como un buen indicador de diferencias en la ubicación de un asentamiento dentro de un sistema político. Algunos autores sostienen que un sistema con determinado número de jerarquías se relaciona con “tipos” de sociedades específicas. Por ejemplo, dos o menos jerarquías, con sistemas “tribales”; tres, con “cacicazgos”; y cuatro o más, con “estados” (Carneiro 1981). En realidad, no existe garantía de que este tipo de inferencias sea confiable, ni es el interés de esta investigación llegar a conclusiones al respecto. Lo que sí pretende es hacer un seguimiento del desarrollo de jerarquías asumiendo que estas indican, aunque sea de forma imperfecta, cierto alcance regional de los sistemas políticos relacionados con transformaciones en la naturaleza del control político de las elites.

Las secuencias incluidas en esta investigación son: el litoral de Santa Marta y el Valle de Leiva en Colombia, y Parmana, Barinas y Quibor, en Venezuela (**Figura 1**). Las regiones se

escogieron porque, si bien la mayor parte de las investigaciones arqueológicas en el norte de Suramérica se ha concentrado en el estudio de sitios (Drennan 1995), el trabajo llevado a cabo en cada una de las regiones seleccionadas apunta en una dirección distinta. En todas ellas se han realizado proyectos que aportan información suficiente para reconstruir el desarrollo de jerarquías de asentamiento, aunque no todos incluyan ese aspecto entre los temas que, de forma explícita, quieren discutir.

No obstante, los proyectos no se llevaron a cabo con la misma metodología; además, la escala y el nivel de detalle de los proyectos son distintos. Los dos proyectos más amplios en términos de cobertura regional corresponden a los de Parmana, Barinas y Quibor, en Venezuela; los dos más pequeños son los de Santa Marta y el Valle de Leiva. En los casos venezolanos no se estudió de forma sistemática el paisaje, de tal manera que sitios pequeños fueron probablemente excluidos de la muestra. Proyectos como el de Parmana y Barinas-al tener una mayor cobertura-estarían incluyendo con mayor probabilidad el rango completo de clases de sitios de una unidad política en un período dado. No se puede descartar que el problema de escala afecte la información de los proyectos de menor cobertura; más adelante se hará una anotación sobre el caso de Santa Marta. De todas maneras, se prefiere trabajar con lo que hay, en lugar de esperar a trabajar con lo que pueda existir en el futuro. Por otro lado, aunque los estudios regionales más amplios están perdiendo sitios pequeños, para identificar el número de jerarquías de cada período, no interesa conocer el número de asentamientos propio de cada una de esas jerarquías. En otras palabras, si bien se pueden perder muchos sitios, los más pequeños, esos proyectos no pierden información de tal magnitud que llegue a ignorarse una clase completa de asentamientos.

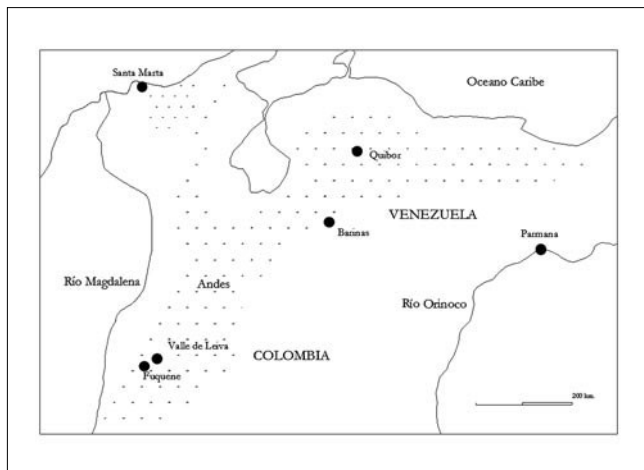


Figura 1
Ubicación de las
regiones cuyas
secuencias arqueológicas
se comparan.

Secuencias arqueológicas

Parmana

La región de Parmana está ubicada en la parte sur oriental del Estado de Guaríco, sobre el río Orinoco (**Figura 1**). Corresponde a una sabana tropical, con marcados contrastes entre períodos húmedos y secos y una temperatura promedio alta de día (27°) y baja, de noche (8°). La precipitación anual promedio es alta (1600 mm). Durante el período de lluvias se dan frecuentes inundaciones, favorecidas por un paisaje bajo. Al lado de los ríos, caños y lagunas existe bosque de galería, el cual contrasta con el hábitat de sabana del área interfluvial. La fluctuación estacional altera la distribución del hábitat terrestre y acuático.

En esta región Zucchi (1972) y Roosevelt (1984, 1997), han identificado la presencia de sociedades agricultoras durante el segundo milenio a.C. La secuencia analizada en este artículo corresponde a la reportada por Roosevelt (1984, 1997) y que, por suerte, ya ha sido estudiada en términos del desarrollo de

jerarquías de asentamiento (Spencer 1998). El primer período, o tradición, corresponde a La Gruta (2500?-800 a.C.), dividida a su vez en las fases La Gruta, Ronquín y Ronquín Sombra. La ocupación La Gruta se caracteriza, en todas sus fases, por un poblamiento disperso (Roosevelt 1984: 221). La primera, ubicada entre el 2100 y el 1600 a.C., corresponde a gente que estableció una aldea de 1.6 hectáreas, y practicó la agricultura de yuca, complementada por la caza y la recolección. La segunda fase (Ronquín), entre los 1600 y 1100 a.C., también tiene un sólo sitio, de apenas 1.7 hectáreas; idéntica situación se reporta para la fase Ronquín Sombra, ubicada entre los 1100 y 800 a.C. Todas estas fases tienen un sólo asentamiento, lo cual implica muy baja densidad de población y, por supuesto, la ausencia de jerarquías de asentamiento.

Un segundo período, Corozal, se divide en Corozal I, II y III. Su cronología va desde el 1000 a.C. hasta el 800 d.C. Durante Corozal aparecen evidencias de cultivo de maíz el cual, sin embargo, sólo se hace común en la última fase de la ocupación (Roosevelt 1984: 235; 1997: 15). También se registra un significativo aumento de población (**Tabla 1**), aunque algunos autores piensan que en lugar de un aumento demográfico a lo largo de la secuencia, se puede hablar de más sitios con funciones distintas y, por lo tanto, de asentamientos permanentes y estacionales (Fernández y Gassón 1993). Independientemente de ese problema, no hay evidencias de jerarquías de asentamiento. Durante Corozal I (1000 a.C.-500 d.C.) se reportan cuatro sitios para un total de 7.55 hectáreas ocupadas. Luego, Corozal II (500-700 d.C.) tiene también cuatro sitios y el área ocupada pasa a las 10.05 hectáreas. Corozal III (700-800 d.C.) tiene 23.25 hectáreas de ocupación, también distribuidas en cuatro sitios. Los histogramas de ocupación tienen algunos cambios (Spencer 1998). Por ejemplo, en Corozal I, dos sitios son más grandes, lo cual produce una gráfica cargada hacia la derecha, mientras en Corozal II, dos de los sitios corresponden a la clase de asentamientos más pequeños y, por lo tanto, la apariencia de la gráfica es cargada hacia la izquierda. En Corozal III, la distribución de los cuatro sitios es de apariencia

normal (Spencer 1998: 112). No obstante, en ningún caso se identifican jerarquías de asentamiento.

Durante la última ocupación, Comoruco, los sitios ocupados de forma permanente en el período anterior continuaron siendo habitados y el área total de asentamiento se mantuvo (Roosevelt 1984: 229). Sin embargo, hay cambios importantes en otros aspectos. Por ejemplo, las evidencias de maíz son abundantes (Roosevelt 1984: 238). De la primera fase, Comoruco I (800-1000 d.C.), hay cuatro sitios y 24.1 hectáreas de ocupación. La distribución continúa siendo unimodal, con una apariencia de la gráfica de barras cargada hacia la derecha. Luego, durante la fase Comoruco II (1000-1300 d.C.), se reportan seis sitios y un total de 24.8 hectáreas ocupadas. La distribución de asentamientos también es unimodal y cargada hacia la derecha. Finalmente, durante Comoruco III (1300-1550 d.C.), se reportan ocho sitios y unas 34 hectáreas de asentamiento. Por primera vez se reporta una distribución bimodal de asentamientos, con un hiato en la distribución entre las 10 y 15 hectáreas. Uno de los sitios tiene 15 hectáreas y se diferencia de los demás, todos los cuales tienen menos de 10 hectáreas. La secuencia de Parmana, en términos de jerarquía de asentamientos y área de ocupación se resume en la **Tabla 1**.

	Cronología	Área (has)	Jerarquías
Comoruco III	1300-1550 d.C.	34.0	2
Comoruco II	1000-1300 d.C.	24.8	1
Comoruco I	800-1000 d.C.	24.2	1
Corozal III	700-800 d.C.	23.3	1
Corozal II	500-700 d.C.	10.0	1
Corozal I	1000 a.C.-500 d.C.	7.6	1
Ronquín Sombra	1100-800 a.C.	1.7	1
Ronquín	1600-1100 d.C.	1.7	1
La Gruta	2100-1600 a.C.	1.6	1

Tabla 1
Cronología, área de ocupación y jerarquías regionales en Parmana.

Barinas

La región de Barinas se encuentra ubicada en los Llanos occidentales de Venezuela, bordeando las estribaciones del piedemonte de los Andes (**Figura 1**). El relieve es bajo, con alturas inferiores a los 200 m.s.n.m. El paisaje corresponde a sabanas, sujetas a fuertes períodos de sequía, los cuales alternan con inundaciones durante la estación de lluvias. En esta región, un estudio que abarcó cerca de 450 km² estableció una secuencia de dos ocupaciones a partir de 103 sitios investigados: Gaván Temprano, entre los 300 y 550 d.C., y Gaván Tardío, entre los 550 y 1000 d.C. (Spencer y Redmond 1992, 1998; Spencer 1998). Durante la primera ocupación, Gaván Temprano, se registran 11 hectáreas de ocupación, distribuidas en tres sitios. El más grande, B12, tiene cinco hectáreas, mientras los otros dos, B21 y B97, tienen tres cada uno. La distribución de asentamientos no permite identificar jerarquías. Estas se reportan, sin embargo, en Gaván Tardío, período que se identifica con el surgimiento de cacicazgos (Gassón 2001: 199). Durante este período, en efecto, se encuentran 124 hectáreas de ocupación y una distribución bimodal de sitios (Spencer 1998: 116) (**Tabla 2**). Existen 24 asentamientos entre 1 y 4 hectáreas, 5 sitios entre 6 y 10 y luego un sitio, el mismo B12 que venía siendo ocupado desde Gaván Temprano, con 33 hectáreas. Los asentamientos más pequeños no tienen montículos, pero los más grandes sí. Dos de los sitios que tienen entre 6 y 10 hectáreas corresponden a B21 y B97; al igual que los otros tres sitios del segundo nivel de jerarquía de asentamientos tienen montículos entre 2 y 6 metros de altura. B12 es el sitio más impresionante de todos, no sólo por su tamaño. El asentamiento tiene 2 montículos, los cuales, a juzgar por su forma cónica y la ausencia de manos de moler y metates, no tuvieron un carácter doméstico. B12 está rodeado por un terraplén y de él salen tres calzadas elevadas que comunican con los sitios medianos, incluyendo a B21 y B97.

El reciente hallazgo del sitio de El Cedral, unos 40 km al sur de El Gaván, complementa la información obtenida a partir de éste último sitio y su área de influencia. En El Cedral

se han registrado 139 montículos y Gassón (1998: 79) estima que fue habitado por unas 4090 personas. El área total del sitio es de 135 hectáreas, comparadas con las 33 reportadas para El Gaván. Según Redmond *et al.* (1999) es posible que en los Llanos de Barinas, tanto El Gaván como El Cedral, encabezaran sistemas de asentamiento caracterizados por tres niveles, no por dos. Los resultados de las investigaciones en El Cedral insinuarían la existencia de tres niveles administrativos: el primer nivel estaría conformado por el propio sitio de El Cedral; un segundo nivel lo conformarían sitios entre 38 y 42 hectáreas con montículos; el tercer nivel incluiría sitios menores a una hectárea sin montículos (Redmond *et al.* 1999: 122). Pero los investigadores a cargo del estudio regional en Barinas se inclinan por creer que El Cedral, en algún momento, reemplazó a El Gaván como el sitio más importante de la región, incluso por medios violentos (Redmond *et al.* 1999). Dependiendo de la manera como se resuelva el asunto, habrían existido dos o tres jerarquías.

	Cronología	Área (has)	Jerarquías
Gaván tardío	550-1000 d.C.	124	2 o 3?
Gaván temprano	300-550 d.C.	11	0

Tabla 2
Cronología, área de ocupación y jerarquías regionales en Barinas.

El proyecto Barinas aporta alguna información sobre las posibles fuentes de poder de las elites de B12. El Gaván parece haber tenido una población que no se sostenía con lo producido en el área inmediata al sitio y se ha propuesto que dependía de la producción agrícola de regiones bajo su control (Redmond *et al.* 1999). No obstante, El Cedral sí parece haber tenido bajo su control directo enormes campos de cultivo y, probablemente, estaba en capacidad de producir sus propios alimentos (Gassón 2001: 200). Gassón (2001: 199) hace referencia a la importancia del intercambio a larga distancia. Un dato interesante es el hallazgo de adornos de piedra exótica, quizás procedentes de los Andes. Del total de 122 artefactos

exóticos, 77 (63%) se encuentran en B12, 30 (24.5%) en B21 y 19 (15.6%) en B97. Es decir, los artefactos foráneos se encuentran en los sitios más grandes, y también en los que tienen historia más larga, dado que son los que venían siendo ocupados desde Gaván Temprano. Otra pista sobre el papel de las elites en B12, consiste en las calzadas, las cuales parecen haber funcionado para conectar los sitios más grandes con el fin de movilizar gente en caso de guerra (Redmond y Spencer 1995). Existen, efectivamente, evidencias de conflicto. En B12 se reporta el súbito abandono del lugar hacia el 1100 d.C. después de un aparente incendio (¿a manos de gente de El Cedral?); el abandono del sitio coincidió con un drástico descenso de población (Redmond y Spencer 1995; Spencer y Redmond 1998). Algunas evidencias indican que parte importante de las funciones de la elite en B12 tenía que ver con el control económico. Por ejemplo, la producción agrícola alrededor del sitio B12 no parece haber sido suficiente para alimentar a la población del asentamiento; en contraste, los sitios medianos (posibles tributarios) tienen evidencia de producción agrícola, quizás parte de cuyos excedentes se canalizaban a B12. El ascenso de El Cedral parece haber cambiado esa situación.

Quibor

Quibor es un valle sedimentario de 43 km² ubicado a 700 m.s.n.m, en el flanco norte de los Andes del Estado Lara, en el occidente de Venezuela (**Figura 1**). Su clima es semiárido con una precipitación media anual de apenas 500 mm. Se caracteriza por un marcado contraste entre dos períodos húmedos (entre abril y noviembre y entre abril y junio) y dos estaciones secas. Se pueden distinguir dos zonas de vegetación; una de arbustos espinosos y otra de bosque tropical muy húmedo. Los suelos del valle, en general, son buenos; cerca del 80% se consideran apropiados para la agricultura de yuca y maíz (Arvelo 2000: 672). Aunque requieren sistemas de riego, los ríos que lo atraviesan tenían agua todo el año hasta hace poco (Arvelo 1995: 45).

En el Valle de Quibor Arvelo (1995, 2000) llevó a cabo un reconocimiento que ayudó a reconstruir la historia de poblamiento humano en dos probables secuencias cronológicas. Aunque las dos comparten un ordenamiento de más antiguo a más reciente, de las llamadas “subtradiciones” Tocuyanoide a Tierroide, tienen algunas diferencias. La primera se basa en que los distintos estilos, dentro de esas “subtradiciones”, tienen un ordenamiento temporal, mientras la segunda asume que no existe tal diferenciación. En el primer caso, se estaría hablando de la siguiente secuencia: inicialmente la ocupación definida por la presencia del estilo Tocuyano (400 a.C.-1 d.C.), seguida de los estilos Dividual (1-400 d.C.), San Pablo (300-1400 d.C.), Tierra de los Indios (400-1000 d.C.) y Guadalupe (1000-1600 d.C.). El segundo escenario implicaría la siguiente secuencia: primero la ocupación Tocuyanoide, ubicada entre el 400 a.C. y el 400 d.C.; y luego Tierroide, entre los 1000 y 1600 d.C. (Arvelo 1995: 82-3). En cualquiera de los dos casos existe una cerámica, correspondiente al estilo San Pablo, que no parece ser un buen marcador cronológico, pues tiene fechas entre el 300 y el 1400 d.C.

Arvelo (1995) propone que cada una de las tradiciones encontradas en el Valle de Quibor corresponde al poblamiento de un grupo distinto, y que ninguno de ellos se desarrolló en el valle. Este no es el lugar para definir si la ocupación es el resultado de oleadas migratorias, si a un mismo tiempo la región fue ocupada por gente de tradiciones distintas, o si los resultados de Arvelo corresponden a una secuencia ordenada de cambios sociales. Por aspectos de simple conveniencia, se asume que se trata de una secuencia cronológica vinculada a cambios sociales. En términos de las dos posibles secuencias planteadas por Arvelo, se acoge la más simple. Por un lado, que la elaboración de la cerámica Tocuyano se inició hacia el 400 a.C. y es la más antigua. Por otra parte, que la alfarería Tierroide es la más tardía y que comenzó a ser elaborada entre el 400 y el 1000 d.C. Para las estadísticas de cada una de esas dos ocupaciones se utilizaron los datos reportados por Arvelo para los estilos Tocuyano y Dividual como correspondientes a la primera ocupación, y los correspondientes a los estilos Tie-

rra de los Indios y Guadalupe como pertenecientes a la segunda ocupación.

	Cronología	Área (has)	Jerarquías
Ocupación II	400-1600 d.C.	167.0	3
Ocupación I	400 a.C.-400 d.C.	75.3	1

Tabla 3
Cronología, área de ocupación y jerarquías regionales en el Valle de Quibor.

Las implicaciones de este ordenamiento cronológico en términos de área ocupada y jerarquías de asentamiento (Tabla 3), que admito resulta tentativo, se reconstruyen a partir de la Tabla 5 de Arvelo (1995). En esa tabla se detalla el tamaño de cada sitio reportado en el valle: un total de 18 para la primera ocupación, y de 42 para la segunda. En la primera parte de la secuencia existe una sola jerarquía de asentamiento. El sitio más grande tiene 17.26 hectáreas. De acuerdo con Arvelo (1995: 119), no se cuenta con evidencia del cultivo de maíz. La información sobre asentamientos de la primera ocupación, que son apenas cuatro, no permite reconstruir jerarquías de asentamiento. La segunda ocupación tiene tres jerarquías. Un grupo de asentamientos entre 0 y 10 hectáreas, un sitio (LJ279) entre 15 y 20, y dos más (LJ52 y LJ83) entre 25 y 30. Una característica de los sitios de esta ocupación es la presencia de montículos. Cuatro de los veintiseis sitios con cerámica Guadalupe tienen montículos (Arvelo 1995: 59). Esos sitios son LJ6, LJ7, LJ8 y LJ9. Adicionalmente, uno de los asentamientos con cerámica de la segunda ocupación tiene también un montículo (SJ19). Pero no se trata del sitio más grande. El asentamiento Tierra de los Indios, con montículo tiene apenas 4.14 hectáreas. Todos los asentamientos Guadalupe con montículos son, incluso, más pequeños. Tienen apenas 2.45, 1.94, 2.15 y .4 hectáreas respectivamente. Se trata de estructuras no muy altas, de máximo 3 m., y entre los 10 y 40 m. de diámetro. Los dos asentamientos más grandes, uno de 31 hectáreas (LJ83) y otro de 26 (LJ52), tienen cerámica del estilo Tierra de los Indios. Pero no parece identificarse en ellos nada especial, aparte

de su tamaño. No sólo no carecen de montículos, sino que tampoco tienen la concentración más importante de cerámica fina. Arvelo (1995: 125) anota que en LJ83 apenas el 12.6% de la cerámica recolectada consiste en fragmentos finos y decorados con pintura. En LJ52 el porcentaje es de 27.6. Sitios aún menos grandes tienen un porcentaje mucho más alto de cerámica fina pintada (Arvelo 1995, tabla 6). El único sitio Tierra de los Indios, con montículo, tiene un 31.8% de esa cerámica. Los sitios Guadalupe, con montículos, tienen manos de moler y metates (Arvelo 1995: 126). Por cierto, esta ocupación cuenta con evidencias de la presencia de maíz (Mangelsdorf y Sanoja 1963; Arvelo 1995: 126).

Los asentamientos con montículos y cerámica Guadalupe se asocian también con una forma particular de cerámica, consistente en ollas grandes de boca abierta, las cuales representan más del 75% de los fragmentos (Arvelo 1995 Fig 17). Para Arvelo (1995: 128) es posible que estos sitios se asociaran a la explotación de sal. Ninguno tiene evidencias de habitaciones, pero en cambio sí densas acumulaciones de ceniza y cerámica.

Santa Marta

La investigación de la región de Santa Marta se ha concentrado en enterramientos y sitios monumentales (Mason 1931; Reichel-Dolmatoff 1965), aunque más recientemente se ha comenzado a trabajar aspectos relacionados con la cronología (Bischof 1969; Oyuela 1987, 1995) y la distribución espacial de los asentamientos (Serje 1984; Oyuela 1995). En los últimos años se llevó a cabo un reconocimiento regional de 91 km² en las bahías del Parque Tairona, al oriente de Santa Marta (Langebaek 2005) (**Figura 1**).

Las bahías tienen un relieve plano que se hace más abrupto a medida que se asciende hacia las faldas de la Sierra Nevada, la cual alcanza una altura de 5800 m.s.n.m. En todas ellas los valles entran en contacto con el plano marino, formando lagunas de colmatación en las barras marinas (Doolan y McDonald 1976). La región se caracteriza por presentar un clima cálido, árido y seco, debido a que la evapotranspiración supera

ampliamente la precipitación durante la mayor parte del año. El déficit de agua implica la pérdida del forraje de las plantas y genera una serie de condiciones especiales que contrastan con el desarrollo de selvas húmedas a una corta distancia, sobre las faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta. La principal razón para este contraste es que los vientos alisios, los cuales adquieren el carácter de brisa fresca de alta velocidad, no permiten abundantes precipitaciones en la zona del litoral.

A pesar de compartir un clima seco, las bahías no tienen exactamente las mismas condiciones climatológicas y de vegetación. Entre el sur de Santa Marta y la bahía de Neguanje, es decir en un área que comprende las bahías estudiadas, excepto Cinto, comparten una vegetación de Monte espinoso tropical. Esta zona, la más seca del litoral caribe, aparte de la Guajira, se caracteriza por una temperatura promedio de 24° C y una precipitación anual entre los 200 y los 500 mm. Se distinguen dos épocas: entre diciembre y abril, el clima es seco debido a la influencia de los vientos alisios, y la otra-entre mayo y noviembre-presenta mayor frecuencia de lluvias. La vegetación se distingue por el predominio de cactus y arbustos espinosos. En la bahía de Cinto, la precipitación anual es algo mayor, entre los 1000 y 2000 mm. Otra variación importante, aparte de los contrastes entre la zona oriental y occidental, se relaciona con la altura: a medida que se aleja de la costa, el efecto de los vientos secos se reduce y aumenta la precipitación (Herrmann 1970; Usselman *et al.* 1972). Los flancos de la Sierra son más húmedos porque las nubes dan contra el macizo y ascienden y se precipitan (Pérez 1984: 38). Mientras en el litoral se tienen dos meses secos, más arriba (a unos 500 m.s.n.m) se tienen 5 meses húmedos. El óptimo pluviométrico se ubica entre los 500 y algo más arriba de los 1500 m.s.n.m; por encima de ese nivel, las precipitaciones se reducen de nuevo (Pérez 1984).

La cronología prehispánica de la región comprende los períodos Neguanje (1-700 d.C.), Buritaca (700-1000 d.C.) y Tardío (1000-1600 d.C.). Durante el período Neguanje, se encuentran 18 hectáreas de ocupación. La mayor parte de los sitios tienen una hectárea; el más grande, que se encuentra en Cinto, tiene 2.5 hectáreas. Cerca del 40% de la ocupación

ocurre en los suelos más fértiles de esta bahía, lo cual quizás indica la vocación agrícola de estos pobladores. La bahía menos fértil, la cual da el nombre al período-Neguanje-no tiene evidencias de ocupación, lo que no significa que permaneciera desocupada. Simplemente, quiere decir que la población debió ser muy escasa y que la metodología de reconocimiento no encontró evidencias de ella. En el período Buritaca, los sitios crecieron de tamaño y el asentamiento más grande llegó a tener 4 hectáreas. La mayor parte de la población ocupó dos bahías: Cinto (39%) y Concha (44,5%). El resto de bahías tiene una ocupación mínima. Luego, durante el período Tardío, el poblamiento de las bahías se repartió de forma más homogénea, excepto en Gairaca, la más pequeña de todas, donde el poblamiento fue muy escaso (Langebaek 2005).

La información del reconocimiento regional indica un leve aumento en el índice de población, teniendo en cuenta la duración del período, entre los períodos Neguanje y Buritaca (78.8%); luego, un enorme aumento entre este último período y la ocupación Tardía, fue más considerable (1184,5%). Finalmente, después de la conquista española ocurrió un descenso de población del 93% (Tabla 4). La idea de un aumento de población entre los períodos Neguanje y Buritaca contradice otras formas de estimar cambios en la población. A partir de excavaciones en el bajo Buritaca y en Cinto, Wynn (1975) y Oyuela (1987: 215) señalan una reducción de población -el primero entre el período Neguanje y el Buritaca, y el segundo entre éste último y el Período Tardío. En ambos casos el argumento es que el tamaño del sitio se redujo y que la densidad de tuestos encontrados en la excavación disminuyó en una época tentativamente ubicada entre los siglos VII y IX. Los resultados del reconocimiento tampoco son consistentes con la distribución de fechas radiocarbónicas. Del total de dataciones disponibles (excluyendo las asociadas a metalurgia) se reportan 4 correspondientes al Período Neguanje, 1 asignada (probablemente) a la ocupación Buritaca, y 13 al Período Tardío (Langebaek 2005). No obstante, ni las excavaciones de sitio, ni la distribución de dataciones radiocarbónicas tienen en cuenta que la duración de los períodos que comparan es diferente. Y

ese es un elemento que no se puede ignorar, por más dudas que existan sobre la duración de los períodos, asunto que solo se podrá resolver con más investigación.

Período	Área (has)	Tiestos	Densidad	Índice relativo de población	Cambio	Factor Corrección	Índice corregido	Cambio corregido
Colonial	5.9	3	.5	3	-98%	1.5	4.5	-93%
Tardío	217.4	1137	5.2	1130	+3720%	.5	565	+1184.5
Buritaca	19	31	1.6	30.4	-20%	1.57	47.7	+78.8%
Neguanje	17.9	38	2.1	37.6	-	1	37.6	-

Tabla 4
Dinámica demográfica de la secuencia arqueológica del Parque Tairona.

Pese a que existen diferencias en el poblamiento de las bahías durante los períodos Neguanje y Buritaca, los histogramas de asentamiento no muestran quiebres que sugieran la existencia de jerarquías. Se trata de aldeas más o menos grandes que se desarrollaron en todas las bahías, sin que la distribución de asentamientos muestre quiebres (Tabla 5). Si existió un desarrollo del liderazgo político basado en la capacidad de aglutinar gente en un asentamiento, debió tratarse de un proceso más o menos equivalente en las diferentes bahías. Sin embargo, los sitios de las bahías son mucho más pequeños que algunos otros del litoral, como, por ejemplo, Pueblito, de lo cual se infiere que las bahías hacían parte de sistemas regionales más amplios caracterizados por tres niveles de asentamiento (Langebaek 2005). Los estudios de Serje (1984) demuestran que en el siglo XVI existían tres niveles de jerarquía de asentamiento en la Sierra Nevada de Santa Marta.

La ausencia de jerarquías de asentamiento durante el Período Neguanje no implica la inexistencia de diferenciación social. Un enterramiento encontrado por Mason en la bahía de Neguanje corresponde a un individuo o una facción especial. Se trata de un montículo de 15 m de diámetro y uno de altura, en el cual se encontró un enterramiento rodeado

de lápidas, por lo menos 30 recipientes de cerámica, cerca de 8000 cuentas de collar hechas en piedras semipreciosas, pendientes de piedra y adornos de oro y tumbaga (Mason 1931, 1936 y 1939). No sólo se trata de individuos enterrados en un montículo, algo que los diferenciaba del resto de la población; además fueron depositarios (aunque no sabemos si en vida) al lado de una gran variedad de objetos de piedra, oro y cerámica completamente diferentes a los que utilizaba el resto de la gente. Aunque producidos localmente, tenían rasgos muy especiales, similares a los encontrados en la región Quimbaya y en Centroamérica; en algunos casos la materia prima probablemente fue importada (Langebaek 2000).

La base del poder en el Período Tardío parece haber sido muy diferente. Una de las características de este período es la colonización de la Sierra Nevada de Santa Marta, y la construcción de sistemas de riego, en el litoral, y de terrazas de cultivo en la Sierra (Reichel-Dolmatoff (1986). El primer paso en la colonización de la Sierra Nevada parece haber sido la fundación de asentamientos a un día de camino desde el litoral, generalmente sobre los 500 y los 600 m.s.n.m.; la segunda fase implicó un mayor alejamiento de la costa. Las fundaciones más tardías se ubican a menos de un día de camino de los asentamientos que primero colonizaron la Sierra, sobre unos 1200 m.s.n.m. (Mazuera 2003). Los entierros del Período Tairona, aunque en su mayor parte excavados por guaqueros, dan la impresión de marcar jerarquías sociales, no tanto por la naturaleza especial del ajuar, sino por la mayor frecuencia de objetos que también se encuentran en muchos otros entierros (Langebaek 2000).

Tabla 5
Cronología, área de ocupación y jerarquías regionales en las Bahías del Parque Tairona.

Período	Cronología	Área (has)	Jerarquías
Tardío	1000-1600 d.C.	217.4	3 (?)
Buritaca	700-1000 d.C.	19.0	1
Neguanje	1-700 d.C.	17.9	1

Valle de Leiva (Andes orientales)

El Valle de Leiva, ocupado en el siglo XVI por comunidades muisca se encuentra en los Andes orientales de Colombia, sobre los 2000 m.s.n.m. (Figura 1). El reconocimiento regional de este valle cubrió 182 km². Los sitios encontrados abarcan los períodos Herrera (400 a.C.-1000 d.C.), Muisca Temprano (1000-1200 d.C.) y Muisca Tardío (1200-1600 d.C.) (Langebaek 2001). El reconocimiento regional sugiere que la población Herrera se distribuyó en las áreas planas y fértiles a lo largo de los ríos, mostrando poco interés por las áreas más inclinadas y alejadas de los cursos de agua. La densidad de población fue muy baja: apenas se reportan 21.7 hectáreas de asentamiento. Los datos indican que la población no ocupó aldeas que se puedan identificar como lugares centrales: por el contrario, habitó pequeños asentamientos separados los unos de los otros. Por lo general, el tamaño de los sitios es pequeño; el promedio es de menos de una hectárea. La distribución de asentamientos no registra quiebres que indiquen el desarrollo de jerarquías a nivel regional (Tabla 6).

El total de hectáreas ocupadas durante el Período Muisca Temprano es de 34.8. Este aumento corresponde a una enorme ampliación en el tamaño promedio de sitio, el cual pasa de .97 hectáreas a 1.4 hectáreas. El cambio se relaciona con un nuevo patrón de asentamiento. En vez del asentamiento disperso del Período Herrera, gran parte de la población se concentró en dos lugares: uno (Suta), ubicado en las laderas meridionales del área de reconocimiento cerca de Sutamarchán, y otro, en El Infiernito. En el sitio de Suta, se reportan 12 hectáreas de ocupación más o menos concentrada, pero la parte continua y densa de asentamiento tiene 4.18 hectáreas. En El Infiernito, el área de ocupación densa y continua es más grande, de 5.8 hectáreas, y el total de área es de 11.24 hectáreas. A pesar de que se pueden identificar quiebres en el histograma de asentamientos, no hay evidencias de una jerarquía a nivel regional; se desarrollan dos concentraciones muy grandes de población, sin aldeas de tamaño intermedio; tan sólo pequeñas y escasas unidades domésticas existen por fuera de El Infiernito y Suta.

Estos no fueron lugares centrales desde los cuales se controlara la población de otros asentamientos menos importantes de la región simplemente porque concentraron gran parte de la gente de todo el Valle.

Durante el Período Muisca Tardío, el número de colecciones aumenta considerablemente, al igual que el área ocupada, la cual es ahora de 307.2 hectáreas. El promedio de tamaño de sitios pasa de 1.4 hectáreas, del período anterior, a 1.35. El número de asentamientos grandes aumenta, si bien los dos lugares de concentración de población del período Muisca Temprano continuaron concentrando una importante cantidad de gente. El Infiernito, incluso, aumentó de tamaño: pasó a tener un área de asentamiento continuo y denso de 11 hectáreas y un asentamiento algo más disperso que en total es de 24.5 hectáreas. La aldea de Suta, por su parte, se redujo un poco: pasó a tener 4.97 hectáreas de asentamiento continuo. En este sentido existe una gran continuidad con respecto al período anterior. Sin embargo, se formó una aldea al norte de El Infiernito, sobre el costado oriental del río Sutamarchán, la cual alcanzó a tener unas 13.6 hectáreas de asentamiento continuo en un sector y de 9.67 hectáreas en otro, con lo cual se trata del asentamiento más grande del período Muisca Tardío.

Tabla 6
Cambios demográficos en el Valle de Leiva corregidos por duración de Período.

	Años	Densidad de tuestos	Índice	Cambio	Corrección	Cambio corregido	Jerarquías
Colonial moderno	350	45	44820	466%	1.125	524%	
Muisca Tardío	400	31.34	9621	1208%	.5	602%	3
Muisca Temprano	200	22.8	793	9437%	7	66059%	1
Herrera	1400	.38	8.4		1	-	1

El histograma que ilustra la jerarquía de asentamientos muestra tres sitios que se diferencian de los demás. Además, se detectan tres quiebres entre el más grande y los dos que le siguen en tamaño (Langebaek 2001) (Tabla 6). El desarrollo de jerarquías de asentamiento parece darse no obstante que la población estaba muy por debajo de la capacidad de carga (Langebaek 1995). No es aún muy clara la relación de estos cambios con transformaciones en el modo de subsistencia. Sin duda, se cultivó maíz durante los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío. También hay evidencias del cultivo de maíz durante el Período Herrera. De hecho, algunas investigaciones reportan polen de maíz en tiempos muy antiguos, antes del Período Herrera; sin embargo, manos y metates sólo aparecen asociados a materiales Muisca Temprano y, especialmente, Muisca Tardío. La investigación de Boada (1999) en el sitio de El Venado (Valle de Samacá) y de Kruschek (2003) en Funza, confirman la existencia de diferencias sociales por lo menos en la parte final del Período Herrera. En Funza, por ejemplo, hay diferencias en el acceso a la cerámica más decorada entre unidades domésticas Herrera. Sin embargo, tanto Boada como Kruschek plantean que las diferencias en el acceso a recursos pudo haber sido más marcada entre unidades domésticas Muisca Temprano y Muisca Tardío. En términos regionales, sin embargo, sólo durante el Período Muisca Tardío se puede hablar de jerarquías a nivel regional. El Infiernito, sin duda el sitio de carácter monumental más grande del Período Muisca Temprano, corresponde a una época en la cual no se encuentran jerarquías de asentamiento. Por cierto, la lógica del poblamiento no parece haber estado orientada a la explotación de los suelos más fértiles durante este período (Langebaek 2001).

Algunos estudios sugieren que, al igual que en su contraparte Neguanje, se introdujo durante el Período Muisca Temprano, o finales de la ocupación Herrera, una orfebrería inspirada en diseños Quimbaya (Langebaek 1989). No obstante, no se han encontrado evidencias de enterramientos comparables al excavado por Mason. Las elites del período Muisca Tardío parecen haber ocupado sus asentamientos en cercanías a las tierras más fértiles. Eso lo sustentan los reconocimientos

regionales llevados a cabo en Fúquene y en el Valle de Leiva. También parece que lo que correspondía a la capitanía del cacique de Funza (antigua Bogotá, el cacicazgo más importante a la llegada de los españoles) se asocia a las mejores tierras (Kruschek 2003). Además, los documentos del siglo XVI indican un importante papel en la acumulación de excedentes y la existencia de sistemas de control regional desarrollados (Langebaek 1995).

Consideraciones finales

Cronología

En las secuencias que se analizaron existe una larga ocupación inicial caracterizada por la ausencia de jerarquías de asentamiento que, sin embargo, terminaron por desarrollarse en todas las regiones estudiadas, aunque en una época tardía. En la secuencia del Valle de Leiva se encuentran jerarquías poco antes de la llegada de los europeos, durante el período Muisca Tardío, después del 1200 d.C. En el litoral de Santa Marta, tan sólo existen evidencias de jerarquías de asentamiento a partir del 1000 d.C. En el Valle de Quibor, se desarrollaron en algún momento entre el 400 y el 1600 d.C. En Barinas este proceso corresponde al Período Gaván Tardío, entre el 550 y el 1000 d.C. y, en Parmana ocurre en el Período Comoruco III, es decir, entre el 1300 y el 1550 d.C.

Se podría argumentar que el desarrollo de jerarquías de asentamiento fue relativamente simultáneo. Al fin y al cabo, en todas las secuencias surgieron en los últimos 1000-500 años antes de la llegada de los europeos; digamos, en algún momento entre el 400 (aunque esto sería aplicable solo a Barinas y Quibor) y la llegada de los conquistadores. Pero un problema considerable es que los períodos definidos en cada una de las regiones estudiadas, aunque perfectamente adecuadas para entender procesos a largo plazo, no son ideales cuando el propósito es hacer comparaciones finas. Cualquier arqueólogo podría, con base en la información existente, afirmar que se trató

de un fenómeno sospechosamente contemporáneo en todas las regiones estudiadas. Y, aceptando cierta escala muy burda de análisis, tendrá razón. Pero otro arqueólogo, que utilice una escala más pequeña podría argumentar, también con razón, que las aparentemente pequeñas diferencias marcan contrastes importantes entre las secuencias estudiadas. La diferencia cronológica entre el surgimiento de jerarquías de asentamiento entre Quibor y el Valle de Leiva, bien pueden ser cerca de 1000 años. Con la periodización existente se podría argumentar en cualquier dirección con la misma facilidad.

No obstante, desde otras perspectivas, el desarrollo de jerarquías es claramente desigual. En algunos casos, como del litoral de Santa Marta, el territorio muisca se pasa de 1 a 3 jerarquías en un proceso rápido. En Parmana, una larga secuencia caracterizada por un nivel, da paso a una jerarquización de dos niveles. En Barinas, aunque la secuencia es mucho más corta, también se pasa de uno a dos niveles, aunque subsiste la duda de si sitios como El Gaván hicieron parte de una misma unidad política que asentamientos como El Cedral, en cuyo caso se podría hablar del paso de un nivel a tres niveles. Aunque algunas secuencias terminan con dos niveles y otras con tres, en ninguna se encuentra el cambio progresivo de 1 a 2 y luego a 3 niveles.

El desarrollo de jerarquías, ya se entienda en términos de su cronología o de cuantos niveles alcanzó, no parece tener mucho que ver con la antigüedad de la secuencia. En general, las regiones estudiadas no se caracterizan por la existencia de sociedades agrícolas sedentarias muy antiguas. La secuencia que más se acerca a tener esa clase de antecedentes es la de Parmana, cuya secuencia comienza, tentativamente, hacia el 2100 a.C. Pero aún ignorando este caso, las secuencias tienen diferente duración. En Barinas es bastante breve: comienza hacia el 300 d.C.; no obstante, el desarrollo de jerarquías de asentamiento ocurre poco después de las primeras evidencias de sociedades sedentarias, a partir del 550 d.C. En Quibor y en los Andes orientales, la secuencia es más larga que en Barinas, pero mucho más corta que en Parmana. En ambos lugares existían sociedades agrícolas sedentarias desde cerca del 400

a.C. En el litoral de Santa Marta, la situación es intermedia. Debieron transcurrir unos 500-600 años entre los primeros agricultores sedentarios y el surgimiento de jerarquías. Aunque las primeras evidencias de jerarquías ocurren más o menos al mismo tiempo que en territorio muisca, vienen después de una trayectoria mucho más corta de agricultores sedentarios.

Cambios climáticos

El desarrollo de sociedades complejas, especialmente en Colombia, ha sido asociado con frecuencia a cambios climáticos. Reichel-Dolmatoff (1965: 74, 1986) interpretó lo que en su momento relacionó la súbita introducción del maíz, y, por lo tanto, el desarrollo de cacicazgos, con un período de humedad continental del 700 a.C.; Oyuela (1990), por su parte, identificó el desarrollo de los cacicazgos tairona con un período seco del siglo VII d.C. el cual habría implicado un decrecimiento de la productividad en el litoral, un descenso de la población en esa región y un aumento de la población en la Sierra Nevada, que a su vez llevó al desarrollo de jerarquías políticas. En parte, estas inferencias son fáciles de hacer debido a que el norte de Suramérica dispone de una excelente secuencia de cambios, propuesta por Thomas van der Hammen y sus colegas (Hammen 1986 a y b, 1992) en Colombia, y gracias a las investigaciones de Valenti Rull (1987), Carlos Schubert y Leonel Vivas (1993), en Venezuela.

Períodos secos	Períodos húmedos
	1500 d.C. - Presente
	1300-1350 d.C.
1250-1300 d.C.	
	650-1200 d.C.
550-650 d.C.	
	50 a.C.-550 d.C.



Tabla 7
Períodos secos y húmedos identificados por Thomas van der Hammen en la Depresión Momposina.

Cont. **Tabla 7**
Períodos secos y húmedos
identificados por Thomas
van der Hammen en la
Depresión Momposina.

	Períodos secos	Períodos húmedos
	200-50 a.C.	
		350-200 a.C.
	750-350 a.C.	
		1400-200 a.C.

La **Tabla 7** describe la secuencia identificada por van der Hammen en el área de la Depresión Momposina, en el Caribe colombiano. Utilizar esta información para interpretar secuencias de lugares tan apartados como los que incluye este artículo tiene riesgos. Nada podrá remplazar un detallado estudio de cada una de las regiones analizadas. No obstante, existe información consistente sobre correlaciones de los períodos secos de los siglos VI y XIII d.C., que son los que interesan, dada la cronología de las secuencias comparadas, en diversas partes de Suramérica. En la Laguna de los Bobos, en el antiguo territorio muisca, la curva de polen de maíz comenzó algunos siglos antes de los inicios de la era Cristiana y culminó hacia 1250 d.C. justo cuando inició un período seco (van der Hammen 1972). En los Andes de Venezuela se identifica también el período seco del siglo XIII d.C. (Rull 1987: 19); el mismo van der Hammen encuentra que las últimas dos épocas con niveles bajos en los ríos de la Amazonía colombiana corresponden a 1150-1550 d.C., (van der Hammen *et al.* 1991). Finalmente, en el Alto Magdalena también se observa que a partir del siglo XIII d.C. disminuyeron la precipitación y la humedad (Drennan *et al.* 1989:232). Otros estudios confirman que el siglo VI d.C. se caracterizó por sequías inusuales en los Andes centrales, resultado de un proceso más global (Thompson *et al.* 1987; Seltzer y Hastorf 1990; Gunn 2000). Por cierto, los dos períodos secos coinciden con dos grandes eventos El Niño, datados en el 600 d.C. (Moseley y Richardson 1992) y 1100 d.C. (Nials *et al.* 1979), respectivamente, los cuales en el norte de Suramérica fácilmente pudieron corresponder con períodos secos, como sucede hoy en día cuando se presenta el fenómeno.

Es tentador encontrar correlaciones entre las secuencias estudiadas y los cambios climáticos. Pero las sociedades acostumbra reaccionar de formas distintas ante cambios climáticos comparables (que además cuando se examinan las cosas a fondo, a veces no lo son del todo en cada región), de tal forma que habría que estar alerta ante explicaciones simplistas. El período de sequía ubicado por van der Hammen entre el 550 y el 650 d.C. probablemente, pero no con plena seguridad, fue anterior a la formación de jerarquías de asentamiento en todas las secuencias. Las probables excepciones son Barinas y Quibor (donde el inicio de jerarquías pudo suceder en pleno período seco), mientras los candidatos para que el inicio de dichas jerarquías sea posterior a dicho período son Parmana, el litoral de Santa Marta y el Valle de Leiva. Es interesante anotar que el primer período seco del siglo VI d.C. coincidió en los Andes orientales con las primeras formas de jerarquización interna en asentamientos durante la parte final del Período Herrera. Pero no hay certeza de que durante la parte más temprana del Período Herrera también se pueda hablar de esa clase de diferenciación. Simplemente, el asunto no se ha investigado. A primera vista, el Período seco del siglo VI d.C., podría corresponder también con el desarrollo de formas de liderazgo como las que se evidencian en el entierro de Neguanje, en la región de Santa Marta, aunque para ser francos la única fecha absoluta para ese montículo es un poco más temprana: corresponde al 310 ± 70 d.C. (Bray 1995: 110). No conocemos detalles para hablar de procesos comparables en las secuencias de Parmana, Barinas, o Quibor.

Antes de saltar a conclusiones y explicar el desarrollo, más o menos rápido, de jerarquías de asentamiento a partir del período seco del siglo VI d.C., se deben tener en cuenta otras consideraciones. Por ejemplo, el inicio del poblamiento Herrera en los Andes orientales coincide al período seco entre 750 y 350 a.C. Dicha sequía parecería explicar la orientación general de los asentamientos Herrera hacia las tierras más fértiles y húmedas al lado de fuentes de agua (Langebaek 1995), pero no parece haber llevado al desarrollo de jerarquías regionales. Además, el mismo período seco del siglo VI d.C., sin duda, no

implicó lo mismo en todas partes. Por esta razón un período seco, por sí solo, no parecería explicar por qué se desarrollan sistemas políticos regionales. Cardich (1980) habla de una “crisis agroclimática” en los Andes peruanos, a partir del 500 d.C.; ese período habría puesto fin a una época relativamente benigna que había permitido la expansión de la agricultura. Pero ni en Colombia ni en Venezuela el impacto del período de sequía ha sido interpretado en términos de un descenso de la población o una disminución de la frontera agrícola. En el caso de Santa Marta, el período seco del siglo VI d.C. no sólo no coincide con un descenso de población en el litoral, sino incluso con un aumento demográfico en esa región. En el caso del último período seco (siglo XIII d.C.) se podría argumentar que éste tuvo que ver con la decadencia o la destrucción de Gaván y el descenso de población del que se habla en Barinas. No sería el primer caso. En la Guajira colombiana se habla de un proceso similar relacionado con el período seco del siglo XIII d.C. (Langebaek *et al.* 1998). Pero, mientras en Barinas la población descendió abruptamente después del siglo X d.C. (por lo menos en los dominios de El Gaván), después del 1200 d.C., en los Andes orientales, ocurrió un aumento de población y se desarrollaron jerarquías de asentamiento (Período Muisca Tardío, entre el 1200 y el 1500 d.C.).

Subsistencia y desarrollo de jerarquías

En todas las regiones estudiadas, la primera ocupación corresponde a sociedades que privilegiaron la ocupación de las tierras más fértiles. En un trabajo anterior (Langebaek y Dever 2000) se ha propuesto que esto tuvo que ver con la necesidad de maximizar los rendimientos de una agricultura cuando en su consolidación ésta tuvo que competir con sistemas de subsistencia menos riesgosos. No obstante, para llegar a conclusiones más refinadas sobre la relación entre cambios en subsistencia y el desarrollo de jerarquías, la información arqueológica es pobre. Los estudios más detallados provienen de Parmana. Allí el Período La Gruta se asocia al cultivo de yuca, la caza y la pesca. El maíz se detecta en la fase Corozal I y los estudios

de isótopos sugieren que era el principal producto en Corozal III, justo cuando se desarrollan jerarquías de asentamiento. Durante esta fase, la proteína procedente del maíz predominó sobre la obtenida de animales (Roosevelt 1997: 15). En Quibor, los restos de maíz encontrados se asocian también a la segunda ocupación (Arvelo 1995). En el territorio muisca existe información sobre la importancia del grano a la llegada de los españoles, pero se conocía desde el Período Herrera (Langebaek 1995). Sin duda, el maíz también se conocía en Gaván Tardío, a juzgar por los análisis de polen realizados en los campos de cultivo del sitio B27, el cual probablemente abastecía a El Gaván (Spencer 1998; Spencer, Redmond y Rinaldi 1994).

Las sociedades con jerarquías de asentamiento se asocian al cultivo del maíz. De hecho, parece cierto en todas las secuencias, aunque en unas partes con más firmeza que en otras, un proceso de intensificación del cultivo de maíz (Roosevelt 1997). Esto tiene sentido si el desarrollo de jerarquías regionales tiene que ver con un mayor control económico de las elites, dado el potencial del maíz para intensificar la producción de alimentos. Y esto por no mencionar la enorme importancia ritual que tuvo y, por lo tanto, su papel en festividades que podían servir los intereses de élite. No obstante, resulta evidente que la hipótesis de que la introducción del maíz implicó el desarrollo de las primeras formas de desigualdad social y jerarquías sociales es insostenible. El maíz, por sí solo, no es nada sin la existencia de una elite interesada en la producción, o al menos en su ritualización. En diversas partes del norte de Suramérica existen evidencias de polen de maíz que datan de 3000 a.C. o más (Piperno y Pearsall 1998). En resumen, la información sobre subsistencia es coherente con la idea de mayores demandas sobre la producción de alimentos, contemporánea al desarrollo de jerarquías de asentamiento. No obstante, eso no significa que la introducción del maíz sea suficiente para explicar el proceso. La información disponible apoya que las necesidades de las elites impulsaron la intensificación del cultivo de maíz, no lo contrario.

La productividad del medio, en general, es un argumento que con frecuencia se asocia al desarrollo de la complejidad social. El caso de los muiscas, usualmente se presenta como un típico proceso de complejización política favorecida por un ambiente propicio (Langebaek 1995: 9-11). Sin embargo, con igual frecuencia se quiere mostrar a los grupos de la Sierra Nevada de Santa Marta como ejemplo de sociedades que alcanzaron cierto nivel de complejidad, pese a la productividad del medio que explotaban: una, relativamente, improductiva selva en la Sierra Nevada era la franja más poblada a la llegada de los conquistadores. Lo cierto es que el desarrollo de jerarquías de asentamiento no parece tener mucho que ver con la productividad natural del medio (que no es lo mismo que la productividad de la gente en ese medio, en un momento dado). No todas las zonas estudiadas tienen el mismo nivel de productividad; y no hay nada que demuestre que la velocidad del cambio se relacione con esa variable. Desde luego, es difícil cuantificar la productividad de las diferentes áreas estudiadas para el agricultor de maíz. En todo caso el ejercicio no se ha hecho. No obstante, en una escala menor, se puede observar que la productividad natural del medio es diferente en dos regiones de los Andes orientales donde se han llevado a cabo estudios regionales: el Valle de Leiva (menos productivo) y Fúquene (más productivo). Aunque esa productividad podría, a primera vista, explicar diferencias en el nivel de población de ambos valles (mayor densidad de población a lo largo de toda la secuencia en Fúquene), el proceso de desarrollo de jerarquías de asentamiento en los dos valles es comparable y simultáneo. Es más, el nivel de centralización de población en grandes aldeas es más temprano en el Valle de Leiva (Langebaek 2001).

En la parte más tardía de algunas de las secuencias es obvio el interés por intensificar la productividad, y en muchos casos parece que esto se hizo en una escala verdaderamente regional. Es el caso de Barinas, donde se ha sugerido que la producción de alimentos por fuera de El Gaván fue importante para la sobrevivencia del sitio. (Spencer y Redmond 1992). En cambio, la evidencia de El Cedral, que probablemente reemplazó a El Gaván, indica un control directo sobre

las tierras más fértiles. Quizás algo similar se puede plantear en el territorio muisca. En el Valle de Leiva y en Fúquene, los sitios tardíos asociados con los lugares de residencia de los caciques se encuentran sobre las tierras más fértiles, sin que esto quiera decir que no existieran amplias porciones de tierra fértil desocupadas o poco habitadas. En la Sabana de Bogotá se han encontrado evidencias de campos elevados, los cuales, probablemente, también corresponden a la última parte de la secuencia prehispánica (Broadbent 1987; Kruschek 2003). En la Sierra Nevada de Santa Marta, los sitios más tardíos tienen también evidencias de terrazas de cultivo. En el litoral existen rastros de camellones, pero su escala y su cronología no han sido documentados adecuadamente (Langebaek 2005).

Demografía

Los estimativos demográficos de las diferentes áreas consideradas en esta investigación son difíciles de comparar. Los criterios de recolección de información de los proyectos realizados en las regiones que han sido estudiadas en este artículo pueden facilitar la comparación en términos del desarrollo de jerarquías de asentamiento, pero no en cuestiones demográficas. Los reconocimientos que con más probabilidad pierden información sobre los sitios más pequeños (Parmana, Quibor y Barinas) permiten reconstruir las jerarquías de asentamientos. No obstante, no admiten reconstruir indicadores de densidad demográfica, ni establecer comparaciones entre regiones en términos del tamaño de la población o su densidad. Aún así, aunque la comparación sea burda, vale la pena tratar de establecer las tendencias demográficas y comparar esa información con el desarrollo de jerarquías de asentamiento. Además, algunos de los proyectos han estimado la relación entre el tamaño de la población y la capacidad de carga para cada uno de los períodos identificados. Por lo tanto, en esos casos, es posible llegar a conclusiones puntuales entre el aspecto demográfico de algunas secuencias y el desarrollo de jerarquías de asentamiento.

Toda las regiones muestran un crecimiento continuo de la población a lo largo de la secuencia. En todas ellas, el período asociado con el desarrollo de jerarquías de asentamiento también tiene evidencias de un incremento de población. Sin embargo, dicho aumento es muy variable. Se puede tomar el área ocupada como un indicador burdo. En la secuencia de Barinas se pasa de a 11 a 124 hectáreas de ocupación de Gaván Temprano a Gaván Tardío. Esto representa un aumento del 1128%. En el Valle de Leiva el paso del Período Muisca Temprano al Muisca Tardío significa un aumento de área ocupada del 160%. En Quibor pasa de 75,3 a 167 hectáreas, lo cual equivale al 222%. En Parmana el Período Comoruco III representa el paso de 24,8 a 34 hectáreas, es decir un crecimiento del 137%. En Parmana, la población se mantuvo baja y estable a lo largo del Período La Gruta, y creció rápidamente con la introducción del maíz durante la fase Corozal I (Roosevelt 1997: 15).

Aunque los estudios orientados a evaluar el papel de la presión demográfica en los procesos de complejización son escasos, es más fácil afirmar que existe una buena correlación que una explicación causal. En las regiones donde se ha hecho un seguimiento de la capacidad de carga y su relación con el tamaño de la población, los resultados sugieren que el desarrollo de jerarquías no se asocia necesariamente con la presión sobre recursos. Las dos secuencias que permiten conducir a esa idea son Quibor, el Valle de Fúquene, una región contigua al Valle de Leiva y Barinas. En Quibor, Arvelo (1995) descarta un rol determinante en el crecimiento de población. En el Valle de Leiva, el Período Muisca Temprano se asocia con una ocupación del territorio que dejó abandonadas enormes extensiones de tierras fértiles. Un estudio similar llevado a cabo en el Valle de Fúquene (Langebaek 1995) demuestra que a lo largo de la secuencia, especialmente durante los períodos Herrera y Muisca Temprano, la población estuvo muy por debajo de la capacidad de carga de la región. En los Llanos de Barinas, el estudio de los campos de cultivo de La Tigra, correspondientes a la Fase Gaván Tardío, sugiere que su capacidad de carga estuvo también por encima de la población (Spencer, Redmond y Rinaldi 1994).

En resumen, la presión de población sobre tierras fértiles parece un pobre candidato para explicar la conformación de sistemas políticos regionales. Una pregunta interesante alude a la dinámica de población después del desarrollo de jerarquías de asentamiento. Sin embargo, este interrogante es difícil de responder porque, en la mayor parte de las secuencias, dicho desarrollo corresponde al último período investigado. La evidencia disponible apoya la idea de un considerable crecimiento de población al tiempo que se desarrollaron los sistemas políticos regionales (no antes). Otra posibilidad, abierta a discusión, es que dicho crecimiento demográfico ocurriera después.

Festividades

Las evidencias que se pueden asociar a festividades y la naturaleza del prestigio en cada una de las regiones son de origen variado. Ante el enorme número de opciones posibles, este artículo se concentra en la cerámica asociada a funciones especiales y en su iconografía. En Quibor no parecen existir cambios importantes en la cerámica. La alfarería de la primera ocupación se caracteriza por una compleja decoración plástica y policroma curvilínea, mientras que en la segunda ocupación la decoración pintada, también policroma, es más común. En esta cerámica existe una alta frecuencia de cuencos decorados, los cuales se asocian a actividades de servicio y festejo (Arvelo, 1995: 176-7). Se podría, tentativamente, afirmar que el desarrollo de jerarquías de asentamiento coincide con la intensificación de fiestas. En Parmana, Roosevelt (1997) hace un seguimiento de la evolución de la cerámica en términos de formas e iconografía. Durante el Período La Gruta, la cerámica tiene representaciones geométricas y en forma de animales. Luego, la ocupación Corozal se asocia al mismo tipo de representaciones, lo cual parece ser consistente con una dieta que parece haber enfatizado el consumo de proteínas de origen animal. La fase Comoruco, asociada al desarrollo de jerarquías de asentamiento y consumo de maíz, se caracteriza por profundos cambios. En primer lugar, el estilo es más homogéneo, lo cual se asocia a la producción en masa (Roosevelt 1997: 168).

En Corozal, algunas vasijas domésticas tienen decoración; en Comoruco eso ocurre muy raramente. En general la decoración es descuidada, exceptuando algunas formas de servicio que fueron cuidadosamente decoradas. En lugar de la decoración zoomorfa de períodos anteriores, se destacan las representaciones antropomorfas, primero en jarras, luego también en cuencos, que reemplazan las representaciones de animales (Roosevelt 1997: 168). También se destacan figuras femeninas, interpretadas por Roosevelt (1997) como resultado de una preocupación explícita por la fertilidad y la demografía.

En Barinas existen evidencias de que las actividades de festejo se concentraron en sitios como El Cedral, durante el período más tardío. En este sitio, Gassón (1998) encontró una significativa concentración de las formas de servicio pequeñas. En contraste, formas asociadas con el almacenamiento y la cocina son más abundantes en los asentamientos de niveles jerárquicos más bajos. En los Andes orientales el desarrollo de jerarquías de asentamiento también se asocia a cambios importantes en la iconografía y formas de la cerámica, pero los cambios no son exactamente iguales a los que ocurrieron en Quibor o Parmana. La cerámica Herrera se caracteriza por diseños geométricos simples, o decoración unglulada, casi siempre incisa (Cardale 1981; Salamanca 2000). La cerámica Muisca Temprano tiene decoración pintada sencilla, aplicada descuidadamente, también con sencillos diseños geométricos. Muy rara vez incluye diseños antropomorfos. En este caso, la introducción de evidencias de festejos es anterior al desarrollo de jerarquías de asentamientos. Por su parte, la cerámica Muisca Tardío es mucho más diversa. Existe, por un parte, una variedad mucho mayor de formas: las copas y las múcuras se añaden a las formas que venían de antes. Las jarras y múcuras tienen diseños antropomorfos, mientras las copas incluyen representaciones de serpientes o, más raramente, de otros animales. Los cambios en la cerámica del Período Herrera a Muisca Temprano han sido interpretados como indicadores de un incremento en las festividades, manifestados en el desarrollo de las formas de servicio (cuencos) y mayor énfasis en la decoración. El Período Muisca Tardío se asocia, por su

parte, con un aumento aún mayor de formas asociadas a fiestas (copas, jarras, múcuras, además de cuencos) y en particular el desarrollo de jarras muy grandes relacionadas con el servicio de chicha para mucha gente (Langebaek 1995).

En la secuencia muisca las evidencias de representaciones humanas en la cerámica, el incremento en fiestas, en conjunto con otras evidencias-como, por ejemplo, la momificación, el aumento en las relaciones de intercambio a larga distancia y la introducción de una orfebrería en la cual se destacan figuras antropomorfas que representan individuos especiales (Langebaek 1985). El reciente trabajo de Kruschek (2003: 196) en Funza no encontró que la cerámica Muisca tardía relacionada con preparación o servicio de chicha, se asociara con las comunidades de los caciques, pero dado que se carece información sobre las unidades domésticas más ricas, es imposible utilizar esa evidencia para sustentar o rechazar la idea de que las festividades fueron tan importantes para el mantenimiento del liderazgo político como sugieren las crónicas. Un reciente estudio en el sitio de El Infiernito sugiere que la proporción de cuencos (asociados al consumo de chicha) se mantuvo similar en los períodos Muisca Temprano y Muisca Tardío, pero que la proporción de jarras (asociadas a la preparación y servicio de chicha) se redujo entre el primero y el segundo. No obstante, durante el Período Muisca Tardío aparece un conjunto de jarras significativamente más grandes que el resto, las cuales, probablemente, servían para suministrar chicha a grupos más grandes de personas. En ese lugar, también se encontró que el asentamiento se dividía desde el Período Herrera en dos sectores, uno de los cuales concentró desde el Período Muisca Temprano una mayor proporción de cuencos decorados (Langebaek 2005).

Monumentos, entierros y naturaleza del prestigio

La monumentalidad aparece en algunas de las secuencias estudiadas, pero no en todas. Sin embargo, cuando se encuentra, no se manifiesta siempre de la misma forma. En Santa Marta, el célebre entierro de Neguanje excavado por Mason se asocia

con frecuencia a un personaje o una facción de la comunidad que había adquirido un prestigio especial. Las personas fueron enterradas con objetos que, aunque producidos localmente, imitaban iconografía exótica de una extensa área ubicada entre la Guajira y Centro América. Sin embargo, no se asocia a un lugar central; de hecho, se encuentra en una bahía donde la densidad de población debió ser muy reducida. Por otra parte, conocemos tan poco de otros entierros Neguanje en la región que no se puede descartar que el montículo sirviera como lugar de entierro a la comunidad, no a una serie de individuos especiales. No digo que ese sea el caso, pero ciertamente no lo podemos descartar. La datación directa de algunos objetos encontrados en el montículo corrobora que estos individuos enterrados allí se reconocían en las prácticas mortuorias mucho antes del desarrollo de jerarquías regionales en Santa Marta. Por la misma época, no tenemos evidencia de nada parecido en el territorio muisca; solo hacia el final del Período Herrera, se puede hablar de diferencias entre unidades domésticas, marcadas por la concentración de cerámica decorada, agujas y volantes de huso; sin embargo, es difícil con esa evidencia hablar de una acumulación de riqueza; si existieron individuos o facciones especiales, éstas no se realizaron mediante mecanismos como los que estaban presuntamente presentes en el litoral de Santa Marta.

En la secuencia de los Andes orientales la evidencia más conocida de monumentalidad (columnas monolíticas) corresponde a El Infiernito, tradicionalmente asociado al Período Muisca Temprano (Langebaek 2001: 26-9) pero ocupado desde el Período Herrera y también a la llegada de los españoles. Si las columnas se asocian al Período Muisca Temprano, se trata de una época anterior a evidencias de jerarquías de asentamiento. Si aún estaban en funcionamiento en el Período Muisca Tardío, El Infiernito de todos modos no era el asentamiento más grande Muisca Tardío en el Valle (Langebaek 2001). La iconografía genérica de los monolitos de El Infiernito no apoya necesariamente la presencia de individuos o facciones especiales (Langebaek 2001). No se representan individuos que permitan sugerir algún tipo de liderazgo personalizado.

Cerca del conjunto de monolitos ubicado en el sector oriental de El Infiernito se halló un entierro dolménico con los restos de un individuo. Este entierro es muy diferente a cualquier otro encontrado en el sitio-o en los Andes orientales-pero no se conocen los detalles de la excavación, ni hay reporte alguno sobre el ajuar que lo pudo acompañar.

En Quibor se encuentran montículos, aunque no siempre en los sitios más grandes, ni asociados con las actividades de una elite. De hecho, Arvelo (1995) los asocia con la producción de sal, no con lugares centrales. En Barinas, los montículos se asocian con el desarrollo de jerarquías de asentamiento y no cumplieron ninguna función doméstica (Spencer 1998). Lo más probable es que se asociaron a las actividades de la elite, aunque no a su residencia. La inversión más grande de trabajo parece haberse destinado a la estructura aparentemente de carácter defensivo que rodea sitios como El Gaván o El Cedral y a la construcción de calzadas que comunicaban a los sitios entre sí. No hay evidencias de monumentalidad asociada a unidades domésticas o entierros de individuos o facciones especiales. Con el tiempo es probable que la construyeran montículos cada vez más grandes, pero como hitos de lugares comunales, no de uso exclusivo, como vivienda o cementerio, de una élite. No hay evidencias de montículos durante Gaván Temprano. En el sitio de El Gaván, se reportan más de 130 montículos; el más grande tiene un diámetro en la base de 90 metros y 12 de alto (Redmond *et al.* 1999: 117) En El Cedral, que es algo más tardío, el montículo más grande tiene 100 metros de diámetro y 12 de altura (Redmond *et al.* 1999: 121).

Conclusiones

Existen algunos aspectos comunes en todas las secuencias estudiadas. En cada una de ellas se puede hablar de un crecimiento continuo de población; también de una intensificación agrícola basada, por lo menos hacia el último período prehispánico, en el cultivo de maíz. Así mismo, cuando existe información detallada sobre la secuencia cerámica, se puede hablar de un incremento en las actividades de fiestas, quizás algunas de ellas bajo el liderazgo de élites. Las evidencias indican que el desarrollo de jerarquías de asentamiento es posterior en muchos casos al de formas de prestigio centradas en individuos o facciones especiales. Sin embargo, no siempre fue así; en algunas regiones, las jerarquías de asentamiento aparecen sin dicho antecedente. En algunas trayectorias es evidente la ostentación monumental en un período temprano, anterior al desarrollo de jerarquías regionales: es el caso del entierro de Neguanje, y quizás de El Infiernito, aunque el carácter de esos monumentos parece haber sido muy diferente.

En las secuencias el último período prehispánico se asocia con jerarquías de asentamiento y una diferenciación social que no se basaba en individuos o facciones especiales que tuvieran que negociar su prestigio mediante transacciones reflejadas en montículos o entierros fuera de lo común. Entierros como, por ejemplo, el montículo excavado por Mason en Neguanje. En todas las secuencias los individuos o facciones especiales, cuando existieron, parecen haber dependido de negociaciones ideológicas, pero no parecen haber logrado un control territorial, ni un control económico. Pero no se debe caer en interpretaciones lineales. En cada caso existen diferencias, tanto en tiempo como en forma, en el desarrollo de la complejidad social. En Neguanje, las relaciones “foráneas” de los objetos de elite parecen haber sido importantes entre los siglos I y VII d.C. No tenemos ni idea si la elite de Neguanje tenía acceso a recursos en vida diferentes a los del resto de la comunidad. Sólo que fueron enterrados con objetos muy especiales. En el caso muisca, la evidencia arqueológica apunta a la existencia de diferencias en vida hacia el siglo VII o VIII

d.C., pero en cambio los ajuares de los muertos no muestran diferencias sociales muy marcadas. En el caso de Barinas, los objetos de intercambio aparecen asociados a lugares centrales entre el siglo VI y X d.C., es decir, en el período más tardío. No obstante, esas evidencias no se traducen en entierros especiales. Por el contrario, se relacionan con el desarrollo de un control económico a nivel regional.

El desarrollo de jerarquías de asentamiento, en resumen, parece tener las siguientes características. Primero, es posterior en algunos casos, pero no en todos al surgimiento de individuos o facciones especiales que parecen haber basado su prestigio, no institucionalizado, en el manejo de la esfera ideológica. Con todo, el desarrollo de esos individuos o facciones no fue idéntico; tampoco fue un prerrequisito para otras formas, aparentemente más institucionalizadas y regionales, de jerarquización que se desarrollaron en todas las secuencias en el último período antes de la llegada de los conquistadores. Segundo, coincide con secuencias de crecimiento de población, intensificación en el cultivo y consumo de maíz, y festividades, pero no es claro que esos fenómenos sean anteriores al desarrollo de jerarquías. Un incremento en las festividades probablemente es anterior al desarrollo de jerarquías de asentamiento en los Andes orientales, Quibor y Parmana; la intensificación de cultivo de maíz parece, en cambio, venir después. Tercero, corresponde con una tendencia hacia sistemas políticos más basados en la autoridad institucionalizada, y por lo tanto menos susceptible de tener que ser negociada por individuos o facciones especiales con un poder no institucionalizado. Cuando se puede identificar el surgimiento de jerarquías de asentamiento es difícil encontrar evidencias de monumentalidad o entierros comparables con, por ejemplo, el de Neguanje. Se podría argumentar que la lógica de un poder institucionalizado, basado en el control económico y no tanto en la permanente negociación ideológica, se beneficia de la existencia de niveles administrativos que racionalicen la producción y circulación de objetos. Al mismo tiempo, también es razonable que la jerarquización social basada en individuos o facciones especiales de carácter no institucionalizado no necesita de dicha jerarquía. No es

claro aún cómo surgieron los individuos o facciones especiales, ni cuáles fueron los procesos que llevaron a la conformación de sistemas políticos regionales. Dada la tradición histórica de la arqueología del norte de Suramérica, no cabe duda de que se hablará de transformaciones climáticas, o de cambios demográficos para explicar su desarrollo. Aunque con la información obtenida hasta ahora y los análisis que se han realizado, el asunto no está resuelto, existe suficiente información como para dudar de esas propuestas; como en el caso del desarrollo de los sistemas políticos regionales que los remplazaron, el asunto será sin duda bastante más complejo.

Referencias

Ardila, Gerardo

1990 Acercamiento a la historia prehispánica de la Guajira. En *La Guajira, de la memoria al porvenir*. Una visión antropológica, editado por Gerardo Ardila, pp 59-80. Universidad Nacional, Bogotá.

Arvelo, Lilliam

1995 The evolution of prehispanic complex systems in the Quibor valley, northwestern Venezuela. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

1996 Modelo de poblamiento en el lago de Maracaibo. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 75-106. Universidad de Los Andes, Bogotá.

2000 Change and persistence in aboriginal settlement patterns in the Quibor Valley, northwestern Venezuela (sixteenth to nineteenth Centuries). *Ethnohistory* 47(3-4):669-704.

Bischof, Henning

1969 La cultura tairona en el Área Intermedia. En *Actas del XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas* 1: 272-280.

Boada, Ana María

1999 Organización social y económica en la aldea muisca de El Venado-Valle de Samacá, Boyacá. *Revista Colombiana de Antropología* 35:118-45.

Bray, Warwick

- 1995 Searching for environmental stress: climatic and anthropogenic influences on the landscape of Colombia. En *Archaeology in the lowland American tropics. Current analytical methods and applications*, editado por Peter Stahl, pp 96-112. Cambridge University Press, Cambridge.

Broadbent, Sylvia

- 1987 The chibcha raised-field system in the Sabana de Bogotá, Colombia: further investigations. En *Pre-hispanic agricultural fields in the Andean region*, editado por William Denevan, Kent Mathewson y Gregory Knapp, pp 425-442. British Archaeological Reports 359, Oxford.

Cardale, Marianne

- 1981 *Las salinas de Zipaquirá: su explotación indígena*. FIAN, Bogotá.

Cardich, Augusto

- 1980 El fenómeno de las fluctuaciones de los límites superiores del cultivo en los Andes: su importancia. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 14:7-31.

Carneiro, Robert

- 1981 The chiefdom: precursor of the State. En *Transition to Statehood in the New World*, editado por Grant Jones y Robert Kautz, pp 37-79. Cambridge University Press, Cambridge.

Costenla, Adolfo

- 1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.

Doolan, Barry y William McDonald

- 1976 Structure and metamorphism of schists of the Santa Marta area, Colombia. En *Memorias Primer Congreso Colombiano de Geología*, pp 187-205. Universidad Nacional, Bogotá.

Drennan, Robert

- 1993 Sociedades complejas precolombinas: variación y trayectorias de cambio. En *La construcción de las Américas*, editado por Carlos Alberto Uribe, pp 31-50. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- 1995 Chiefdoms in northern South America. *Journal of World Prehistory* 9 (3):301-340.

- 1996 One for all and all for one: accounting for variability without losing sight of regularities in the development of social complexity. En *Emergent complexity: the evolution of intermediate societies*, editado por Jean Arnold, pp 23-34. International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.
- Drennan, Robert, Luisa Fernanda Herrera y Fernando Piñeros
- 1989 El medio ambiente y la ocupación humana. En *Cacicazgos prehispánicos del valle de la Plata. Tomo I: el contexto medioambiental de la ocupación humana*, editado por Luisa F Herrera, Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp 228-234. University of Pittsburgh Memoirs in Latin American Archaeology, Pittsburgh.
- Fernández, Francisco y Rafael Gassón
- 1993 Población y cambio sociocultural en el Orinoco medio durante la época prehispánica. Una visión crítica. En *Contribuciones a la arqueología regional de Venezuela*, editado por Francisco Fernández y Rafael Gassón, pp 93-106. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas.
- Flannery, Kent
- 1976 Evolution of complex settlement systems. En *The early Mesoamerican village*, editado por Kent Flannery, pp 162-172. Academic Press, Orlando.
- 1998 The ground plans of archaic states: an extension of the dynamic model. En *Archaic states*, editado por Gary M. Feinam y Joyce Marcus, pp 15-58. School of American Research, Santa Fe.
- Gassón, Rafael
- 1998 Prehispanic Intensive Agriculture, Settlement Pattern and Political Economy in the Western Venezuelan Llanos. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- 2001 Tipos y grados: organizaciones políticas prehispánicas del occidente de Venezuela. En *La arqueología venezolana del nuevo milenio*, editado por Lino Meneses y Gladys Gordones, pp 179-209. Universidad de Los Andes, Mérida.
- Gnecco, Cristóbal
- 1996 Relaciones de intercambio y bienes de elite entre los cacicazgos del suroccidente de Colombia. En *Caciques, intercambio y poder: interacción regional en el Área Intermedia de las Américas*, editado por Carl Langebaek y Felipe Cárdenas, pp 175-196. Universidad de Los Andes, Bogotá.

Gunn, Joel D.

- 2000 *The years without summer: tracing A.D. 536 and its aftermath*. Archaeopress, Oxford.

Herrmann, Robert

- 1970 *Vertically differentiated water balance in tropical high mountains, with special reference to the Sierra Nevada de Santa Marta-Colombia*. Proceedings Int. Ass. Sci. Hidrology World Water Balance-IASM 893.

Hoopes, John W.

- 1992 Early Formative cultures in the Intermediate Area: a background to the emergence of social complexity. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 43-83. Dumbarton Oaks, Washington.

Kruschek, Michael H.

- 2003 The evolution of the Bogotá chiefdom: a household view. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.

Langebaek, Carl Henrik

- 1985 Dispersión geográfica y contenido simbólico de la cerámica Guatavita Desgrasante Tiestos: un ensayo de interpretación. *Revista de Antropología* 3(2):115-130. Universidad de Los Andes, Bogotá D.C.
- 1989 Águilas y caricuríes: coparticipación de Venezuela en el área orfebre del norte de Colombia. *Revista Colombiana de Antropología* 25:199-235.
- 1996 *Noticias de caciques muy mayores. Origen y desarrollo de sociedades complejas en el nororiente de Colombia y norte de Venezuela*. Universidad de Antioquia-Universidad de Los Andes, Medellín.
- 2000 Cacicazgos, orfebrería y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia. *Arqueología del Área Intermedia* 2:11-46.
- 2001 *Arqueología regional en el Valle de Leiva: procesos de ocupación humana en una región de los Andes orientales de Colombia*. Instituto Colombia de Antropología e Historia, Bogotá.
- 2005 *The pre-hispacic population of Santa Marta-A contribution of the northern Colombian Tairona chiefdom*. University of Pittsburgh Latin American Archaeology Reports 4, Pittsburgh.
- 2005 Una aldea prehispánica en el valle de Leiva, Boyacá, Colombia. Fiestas, intercambio y desigualdad social en El Infiernito. Manuscrito sin publicar.

- Langebaek, Carl Henrik, Andrea Cuellar y Alejandro Dever
1998 *Medio ambiente y poblamiento en la Guajira: investigaciones arqueológicas en el Rancharía Medio*. Estudios Antropológicos No 1. Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Langebaek, Carl Henrik y Alejandro Dever
2000 *Arqueología del bajo Magdalena: un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano*. Instituto Colombia de Antropología e Historia, Bogotá.
- Lleras, Roberto
1995 Diferentes oleadas de poblamiento en la prehistoria tardía de los Andes orientales. *Boletín Museo del Oro* 38-39:8-24.
- Lleras, Roberto y Carl H. Langebaek
1985 Producción agrícola y desarrollo sociopolítico entre los chibchas de la Cordillera Oriental de Colombia y la Serranía de Mérida, siglo XVI. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp 251-270. University Press of America, Lanham.
- Mangelsdorf, Paul C. y Mario Sanoja
1963 Early archaeological maize from Venezuela. *Botanical Museum Leaflets* 21(4):105-112.
- Mason, Alden
1931 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 1: report on field work*. Field Museum of Natural History, Chicago.
1936 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 2, Sec. 1: objects of stone, shell, bone, and metal*. Field Museum of Natural History, Chicago.
1939 *Archaeology of Santa Marta, Colombia. The Tairona culture, Pt. 2, Sec. 2: objects of pottery*. Field Museum of Natural History, Chicago.
- Mazuera, Eduardo
2003 *Caminos prehispánicos del área Tairona: alternativas de su función*. Documento CESO 43, Universidad de Los Andes, Bogotá.
- Moseley, Michael y James B Richardson
1992 Doomed by natural disasters. *Archaeology* 45:44-45.
- Nials, Fred, Edwin Deeds, Michael Moseley, Thomas Pozorski y Rick Feldman
1979 El Niño: the catastrophic flooding of coastal Perú. *Field Museum of Natural History Bulletin* 50(7):4-14.

Olivier, José

- 1989 Archaeological, linguistic and ethnohistorical evidence for the expansion of Arawakan into Northwestern Venezuela and Northeastern Colombia. Disertación doctoral, Department of Anthropology, University of Illinois, Urbana.

Oyuela, Augusto

- 1987 Implicaciones de las secuencias locales y regionales en los aspectos culturales de los tairona. En *Chieftdoms in the Americas*, editado por Robert D. Drennan y Carlos A. Uribe, pp 213-230. University Press of America, Lanham.
- 1990 Las redes de caminos prehispánicos en la Sierra Nevada de Santa Marta. En *Ingenierías prehispánicas*, editado por Santiago Mora, pp 47-72. Fondo FEN Colombia-Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.
- 1995 Centralización e integración en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* 38-39:113-133.

Pérez, Alfonso

- 1984 Aspectos climáticos de la Sierra Nevada de Santa Marta. En *La Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia). Transecto Buritaca-La Cumbre*, editado por Thomas van der Hammen y Pedro Ruíz, pp 33-44. Cramer, Berlin.

Piperno, Dolores y Deborah M. Pearsall

- 1998 *The origins of Agriculture in the lowland neotropics*. Academic Press, Nueva York.

Redmond, Elsa y Charles Spencer

- 1995 Las calzadas prehispánicas de Barinas en su contexto regional. Arqueología. *Acta Científica Venezolana* 46:253-262.

Redmond, Elsa, Rafael Gassón y Charles Spencer

- 1999 A macroregional view of cycling chiefdoms in the Western Venezuelan Llanos. En *Complex Politics in the Ancient Tropical World*, editado por Elizabeth Bacus y Lisa Lucero, pp 109-29. Archaeological Papers of the American Anthropological Association 9, Arlington.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo

- 1965 *Colombia*. Thames & Hudson, Londres.
- 1986 *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Segunda Expedición Botánica, Bogotá.

Roosevelt, Anna Curtenius

1984 *Parmana. Prehistoric maize and manioc subsistence along the Amazon and Orinoco*. Academic Press, Nueva York.

1997 *The excavations at Corozaal, Venezuela: stratigraphy and ceramic seriation*. Yale University Publications in Anthropology 83, New Haven.

Rouse, Irving

1961 Archaeology in lowland South America and the Caribbean, 1935-1960. *American Antiquity* 27(81):56-62.

Rull, Valenti

1987 Evidencia de una oscilación climática fría, contemporánea con la pequeña edad de hielo, en los Andes venezolanos. *Boletín Asociación Venezolana de Arqueología* 4:13-27.

Salamanca, María Fernanda

2000 Asentamientos tempranos en el Valle de Sáchica, Boyacá. Tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Los Andes, Bogotá.

Sanoja, Mario e Iraida Vargas

1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*. Monte Ávila, Caracas.

1999 *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d.C.* Comisión Presidencial V Centenario, Caracas.

Seltzer, Geoffrey O. y Christine A. Hastorf

1990 Climatic change and its effect on prehistoric agriculture in Central Peruvian Andes. *Journal of Field Archaeology* 17(4):397-414.

Serje, Margarita

1984 *Organización urbana en Ciudad Perdida*. Escala, Bogotá.

Schubert, Carlos y Leonel Vivas

1993 *El cuaternario de la Cordillera de Mérida-Andes venezolanos*. Universidad de Los Andes/Fundación Polar, Mérida.

Spencer, Charles

1998 Investigating the development of Venezuelan chiefdoms. En *Chiefdoms and chieftaincy in the Americas*, editado por Elsa Redmond, pp 104-138. University Press of Florida, Gainesville.

Spencer, Charles y Elsa Redmond

- 1992 Prehispanic chiefdoms of the Western Venezuelan Llanos. *World Archaeology* 24(1):134-157.
- 1998 Prehispanic causeways and regional politics in the Llanos of Barinas, Venezuela. *Latin American Antiquity* 9(2):95-110.

Spencer, Charles, Elsa Redmond y Milagro Rinaldi

- 1994 Drained fields at La Tigra, Venezuelan Llanos: a regional perspective. *Latin American Antiquity* 5(2):119-143.

Thompson, L.G. y Ellen Mosley-Thompson

- 1987 Evidences of abrupt climatic change during the last 1500 years recorded in the ice cores from the tropical Quelccaya ice cap, Perú. En *Abrupt climatic change: evidence and implications*, editado por William Berger y Lawrence Labeyrie, pp 99-110. NASA ASI Series, Washington.

Usselman, Pierre, P. Peltre, W. Poncano y M. Sary

- 1972 Quelques observations sur la dynamique geomorphologique actuelle et passee de deux regions colombiennes le haut. Basin du rio Lebrija et le piemont nord-occidental de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Bulletin de l'Institute Francais d'Etudes Andine* 1(1):52-80.

van der Hammen, Thomas

- 1972 Historia de la vegetación y del medio ambiente del norte sudamericano. En *Memorias 1 Congreso Latinoamericano de Botánica*, pp 119-134. Sociedad Botánica de México, México.
- 1983 The paleoecology and paleogeography of savannas. En *Ecosystems of the world: tropical savannas*, editado por Fred Bourliere, pp 19-35. Elsevier, Amsterdam.
- 1986a Datos sobre la historia de clima, vegetación y glaciación de la Sierra Nevada de Santa Marta. En *Studies on tropical Andean ecosystems*, editado por Thomas van der Hammen y Pedro Ruíz, pp 561-580. Cramer, Berlin.
- 1986b Fluctuaciones holocénicas del nivel de inundaciones en la cuenca del bajo Magdalena-Cauca-San Jorge (Colombia). *Geología Nor-Andina* 10:11-18.
- 1992 *Historia, ecología y vegetación*. Banco Popular, Bogotá.

van der Hammen, Thomas, J.F. Duivenvoorden, J.M. Lips, L.E. Urrego y Nora Espejo

- 1991 Fluctuaciones del nivel del agua del río y de la velocidad de sedimentación durante los últimos 13000 años en el área del Medio Caquetá (Amazonia Colombiana). *Colombia Amazónica* 5(1):91-118.

Wagner, Erika

- 1978 La prehistoria de la cuenca de Maracaibo. En *Unidad y variedad. Ensayos en homenaje a José M. Cruxent*, editado por Erika Wagner y Alberta Zucchi, pp 329-348. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

Wagner, Erika (Editora)

- 1984 *Relaciones prehispánicas de Venezuela*. Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, Caracas.

Wright, Henry T.

- 1986 The evolution of civilizations. En *American archaeology. Past and future*, editado por David Meltzer, Don Fowler y Jeremy Sabloff, pp 323-365. Smithsonian, Washington.

Wynn, Jack

- 1975 Buritaca ceramic chronology: a seriation from the Tairona Area, Colombia. Disertación doctoral, University of Missouri, Columbia.

Zucchi, Alberta

- 1972 New data on the antiquity of polychrome painting from Venezuela. *American Antiquity* 37:439-46.

La expansión de las poblaciones barbacoas en el noroeste de Ecuador

Ronald D. Lippi

University of Wisconsin Marathon County

Resumen

Varios cacicazgos y tribus del suroeste de Colombia y el noroeste del Ecuador son clasificados como barbacoas. Barbacoa es una familia lingüística que tiene alguna afiliación con la estirpe macro-chibcha de Centroamérica meridional y del noroeste de Suramérica. En Ecuador los grupos étnicos que aún hablan un idioma barbacoa incluyen los tsáchilas (colorados), chachis (cayapas) y coaiqueres (awa). Los caranqui, otavaleño, cayambe, yumbo, panzaleo y nigua, extintos o que han dejado de hablar su lengua nativa, quizás deben ser incluidos en los barbacoas. En este artículo se consideran datos arqueológicos, lingüísticos, históricos y vulcanológicos para intentar una reconstrucción tentativa de la expansión y migración de estas naciones. ➤

Palabras clave

Familia lingüística Chibcha,
Ecuador.



Abstract

Several chiefdoms and tribes of southwestern Colombia and northeastern Ecuador are classified as barbacoans. Barbacoa is a language family that has some affiliation with the macro-chibchan stock of lower Central America and northwestern South America. Within Ecuador the surviving ethnic groups that still speak a Barbacoan language include the tsáchilas (colorados), chachis (cayapas), and coaiqueres (awa). It is very likely that the ethnic groups known as caranquí, otavaleño, cayambe, yumbo, panzaleo and nigua, among others, which are either extinct or no longer speak their native tongue, should also be included as barbacoans. Archaeological evidence from research by this author are considered as well as linguistic, historical and vulcanological data to attempt a tentative reconstruction of the history of expansion and migration of these nations. ☞

Keywords

Chibcha linguistic family,
Ecuador.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
28/06/2005

La estirpe macro-chibcha y la familia barbacoa

Max Uhle (1888: 466-473) parece haber sido el primer investigador que observó una aglomeración de idiomas que llamó chibcha y la comparó con otros idiomas del noroeste de América del Sur y de Centroamérica. Brinton (1901:189-199) definió la familia barbacoa como un grupo emparentado con el grupo Chibcha. Jacinto Jijón y Caamaño (1940, 1941) puso énfasis en las lenguas barbacoas y en la definición de la estirpe o el filo macro-chibcha. Rivet (1943) y Mason (1950) adoptaron la terminología de Jijón y Caamaño; también lo hicieron Steward y Faron (1959: 22-23). Loukotka (1968: 247-249) presentó una lista de 21 idiomas barbacoas, aunque al parecer muchos no son más que dialectos locales de los idiomas mejor conocidos.

Greenberg (1987) modificó la estirpe macro-chibcha al usar el término chibcha-paez¹; también distinguió entre los pastos (o barbacoas septentrionales) y los cayapa-colorado (barbacoas meridionales). Ruhlen (1991) continuó la nueva nomenclatura, como se ve en la **Figura 1**. Constenla (1991:71-73) añadió a la sub-familia barbacoa septentrional el idioma de los guambianos al postular que su inclusión previa con coconuco

¹ Discrepo de Greenberg porque, en mi opinión, el término macro-Chibcha tiene prioridad.

Figura 1

Estirpe Macrochibcha
(o chibcha-paezan),
tomado de Ruhlen
(1991: 371).

III CHIBCHAN-PAEZAN [43]:

A CHIBCHAN [27]:

[4]: *Tarascan, *†Cuitlatec, *Xinca, *Lenca, Paya

1 YANOMAM [4]: *Sanuma, *Yanomami, Yanomamö, Ninam

2 NUCLEAR CHIBCHAN [19]:

[2]: *Motilon, *Cuna

a MISUMALPAN [2]: †Matagalpa, *Miskito, Sumo

b RAMA [2]: Rama, Guatuso, †Guetar

c TALAMANCA [4]: *Cabecar, *Bribri, *†Teribe, *Borunca

d GUAYMI [2]: *Guaymi, Buglere

e †ANTIOQUIA [o]: †Katio, †Nutabe, †Anserma, †Arma

f ARUAK [4]: †Atanque, †Guamaca, *Ica, Cagaba, Chimila, Malayo

g CHIBCHAN PROPER [3]:

[o]: *†Chibcha, †Sinsiga, †Duit

i TUNEBO [3]: Eastern Tunebo, *Central Tunebo, Western Tunebo

B PAEZAN [16]:

[2]: *†Timucua, *Warao, †Kunza, †Betoi, *†Chimu, *Itonama

1 †HUARPE [o]: †Allentiac, †Millcayac

2 †JIRAJARAN [o]: †Ayoman, †Gayon, †Jirajara

3 MURA [1]: *Mura, †Matanawi

4 NUCLEAR PAEZAN [13]:

[o]: †Andaqui

a CHOCO [8]: *Embera, *Saija, Catio, Caramanta, Chami, Tado, Baudo, *Waunana, †Runa

b INTER-ANDINE [2]:

i COCONUCAN [1]: *Guambiano, †Coconuco, †Totoro

ii PAEZ [1]: *Paez

iii †POPAYAN [o]: †Popayan

c BARBACOAN [3]:

i PASTO [1]: *Cuaiquer, †Barbacoas

ii CAYAPA-COLORADO [2]: *Cayapa, *Colorado

fue una equivocación; también quitó el caranqui de esta familia por falta de evidencias². A pesar de que existe consenso sobre la idea de que los idiomas barbaocoas deben ser afiliados con la estirpe macro-chibcha es evidente que ocupan una posición marginal. Wheeler (1972: 95) señaló que hay una correspondencia léxica de menos de 10% entre dos idiomas barbaocoas y varias lenguas chibchas. Constenla (1991, apéndice VII) no acepta la existencia de una estirpe macro-chibcha pero proporciona evidencias que apoyan un estatus marginal de la familia barbaoca respecto de familias que sí parecen tener alguna afiliación más obvia con la familia chibcha.

Según esos académicos, especialmente Constenla, existen cuatro naciones de habla barbaoca que aún existen en el sur de Colombia y el noroccidente del Ecuador. Los que residen más hacia el norte son los guambianos, alrededor de 10.000 personas en el noreste del departamento de Cauca sobre el flanco occidental de la Cordillera Central. Los coaiqueros son unos 4000 habitantes en el extremo sur de Colombia (Departamento de Nariño) y 1000 al otro lado de la frontera en Ecuador (Provincia de Carchi). Los chachis (cayapas) de la hoya de los ríos Santiago y Cayapas, en la provincia ecuatoriana de Esmeraldas, son unas 3000 personas, mientras que los tsáchilas (colorados), quienes viven cerca de Santo Domingo de los Colorados, en la Provincia de Pichincha, son alrededor de 1500 personas. Aunque los barbaocoas de la sierra perdieron sus idiomas nativos con la expansión del quichua³ después de las conquistas inca y española decenas de miles de barbaocoas sobreviven hoy día en varias comunidades indígenas de la sierra norte del Ecuador.

² También discrepo en este asunto, como señalaré más adelante.

³ Quichua es el dialecto septentrional del quechua, el idioma de los Incas que fue diseminado por los Andes durante la expansión del imperio inca y durante el período colonial español.

Idiomas o grupos étnicos barbacoas extintos (Figura 2)

¿Cuántos idiomas más de la familia barbacoa hubo en la época de la conquista española? Jacinto Jijón y Caamaño estudió esta pregunta más que cualquier otro estudioso; aunque sus métodos lingüísticos fueron imperfectos y sus estudios anticuados sigue siendo la fuente principal sobre la lingüística histórica barbacoa. Todos los lingüistas que han estudiado el tema están de acuerdo con que los idiomas usados por los coaquiéres, chachis y tsáchilas son lenguas barbacoas. La única excepción es Enrique Bernárdez (1979), quien atribuye las semejanzas entre los últimos dos (los nombres de las lenguas son chapalaachi y tsafiki, respectivamente) a préstamos, tesis rechazada por los demás investigadores y que no consideraré más en este artículo. Los lingüistas concuerdan en que la lengua de los pastos también pertenece a la familia barbacoa. Las evidencias señalan que la extinta lengua de los barbacoas (una tribu extinguida del extremo suroccidental de Colombia) y la lengua de los

Figura 2
Mapa de naciones indígenas en el Ecuador noroccidental al comienzo del período español colonial (se indican la provincia de Pichincha y la ciudad de Quito).



coaiqueres están estrechamente emparentadas con el idioma pasto. Menos segura es la afiliación de los grupos históricos conocidos por los españoles como yumbos, niguas, panzaleos, sigchos, angamarcas, campaces y caranquis. Ninguno de ellos habló el quichua antes de la llegada al norte del Ecuador de los Incas a finales del siglo XV y de los españoles en el siglo XVI. Los actuales descendientes de los caranquis incluyen conocidas comunidades serranas y quichua-hablantes como otavaleños, cayambes y cochasquí y otras de las provincias de Imbabura y Pichincha.

Quienes han estudiado el asunto consideran que hubo una sola lengua, usualmente llamada caranqui, que se hablaba ampliamente entre los cacicazgos que dominaban los Andes septentrionales del Ecuador desde el río Guayllabamba, al sur, hasta los ríos Chota y Mira, al norte. Beuchat y Rivet (1907) y Buchwald (1908) razonaron que caranqui era una lengua barbacoa; esta apreciación fue apoyada por Jijón y Caamaño (1940:79), Paz y Miño (1942:44-46) y Loukotka (1968:249). Esta afirmación se basa, sobre todo, en un vocabulario corto conocido por dos cronistas y por evidencias toponímicas. Aunque no soy lingüista compilé hace algunos años una lista de raíces toponímicas comunes en los territorios caranqui y yumbo que son de afiliación barbacoa; investigadores en lingüística comparada han producido listas similares a la mía. La reserva de Constenla en aceptar que la lengua caranqui sea de afiliación barbacoa quizás se debe a que no conoce esos léxicos.

Los yumbos no hablaron quichua; Salomon (1997: 52-53) encontró evidencia de que los frailes dominicanos de finales del siglo XVI (misioneros que hablaban y entendían quichua) tuvieron que aprender la lengua de los yumbos para poder trabajar entre ellos. La evidencia toponímica es contundente; por ejemplo el morfema Barbacoa *-bi* o *-pi* (agua, río), tan común en el territorio caranqui de la sierra, aún se usa para referirse a un mínimo de 45 ríos o quebradas en territorio yumbo, a pesar de que los yumbos se desvanecieron durante los siglos XVIII y XIX.

Jijón y Caamaño (1941: 546-547) consideró que los yumbo representan la expansión hacia el occidente de los panzaleos de la sierra y que los dos grupos hablaban el mismo idioma; sin embargo, de los muchos idiomas estudiados por Jijón y Caamaño (1940, 1941) el que menos conoció fue el yumba. El capítulo sobre los yumbo se limitó a una página y media y fue dedicado a sus asentamientos más que a su lengua; los otros idiomas recibieron docenas de páginas de análisis.

Salomon (1997:14) cree que el idioma yumba fue afiliado con las lenguas de los grupos étnicos del área de Quito (caranquis y panzaleos). Loukotka también (1968:248) coloca la lengua yumba en la familia barbacoa. Puesto que la lengua yumba parece estar relacionada con la lengua panzalea tanto como con la caranqui, es preciso estudiar también a los panzaleos, sobre los cuales tenemos mayor información. Jijón Caamaño (1940:237, 286) citó a Cieza de León, quien aseguró que las lenguas de los panzaleos y de los caranquis fueron distintas, aunque no indicó si estuvieron relacionadas o no. Jijón anotó que las dos lenguas tuvieron una amplia distribución en la sierra norte del Ecuador. El caranqui se hablaba, sobre todo, al norte de Quito hasta los ríos Chota y Mira; el panzaleo se hablaba desde Quito y el valle de los Chillos, en el norte, hasta Ambato, en el sur. Al sur de los panzaleos vivieron los puruháes de la sierra central. La lengua extinta puruhá fue de la stirpe andina y no macro-chibcha, posiblemente de la familia mochica o chimú (Jijón y Caamaño 1940:396). Loukotka (1968:245-249) clasificó la lengua panzalea como un idioma de la familia páez, que formaría parte de la stirpe macro-chibcha. Parece que la familia barbacoa se dividió tempranamente de la familia páez⁴; sin embargo, Constenla (1991:78) discrepó de Loukotka sobre la relación del panzaleo con el páez por falta de evidencias contundentes. Por lo tanto, considero que la afiliación del panzaleo con los otros idiomas barbacoas es probable pero no está satisfactoriamente comprobada.

⁴ Según Weissnar (1982: 234) el grupo que incluye a los Tsafiki se separó del grupo Páez alrededor de 3000 AC.

Salomon y Grosboll (1986) realizaron un análisis estadístico de antropónimos procedentes de una visita realizada en 1559 a varios pueblos cercanos a Quito y determinaron que hubo una frontera lingüística que, probablemente, corresponde a la frontera caranqui-panzalea. Este límite entre los dos grupos étnicos (o, más precisamente, entre los dos idiomas) también corresponde a la división entre los “constructores de tolas” (caranquis) y los “no constructores de tolas (panzaleos), una distinción hecha por González (1910:11) hace casi un siglo. Aunque Salomon y Grosboll encontraron evidencia de dos grupos distintos de apellidos no negaron la posibilidad de que las dos lenguas hubiesen sido similares.

Otro grupo étnico relevante, los sigchos, vivió al oeste de los panzaleos y al sur de los yumbos; al igual que estos últimos fueron moradores de la montaña en el flanco occidental de los Andes. Al sur vivieron los angamarcas, quienes pudieron haber sido otra agrupación de los sigchos. Ontaneda (2002:13-14) dedujo, a partir de fuentes etnohistóricas, que los sigchos hablaban un idioma relacionado con el tsafiki, lengua de los Tsáchilas y colocó al chapalaachi, tsafiki, sigcho, panzaleo y caranqui en la familia barbaoco. Algunos investigadores (Jijón y Caamaño 1940:390; Reino 1988) anotaron que la situación de los panzaleos en el extremo sur del área macro-chibcha y en contacto con puruháes y otros hablantes de lenguas andinas hizo que su lengua fuera una mezcla con algunos atributos no-macro-chibchas; sin embargo, Jijón (1940) resaltó que un alto porcentaje de nombres cayapa-colorado-caranqui se encuentra en territorio panzaleo.

Los niguas hablaban una lengua similar pero no idéntica a la lengua de los yumbos. Cabello Balboa (1945:62-63), quien sirvió de “vicario de la Provincia de los Yumbos” en la década de 1570, informó que los niguas y los yumbos no hablaban el mismo idioma. Palop (1986:241) concluyó que sí hablaron la misma lengua, una conclusión errónea que se debe, aparentemente, a la confusión en la lectura de una sola palabra en un documento; entendió la palabra *mista* (que quiere decir “mixta”) como *misma*. Hay otra referencia que los “indios de niguas” (en otros documentos se los llama cayapas) hablaron una

mezcla de las lenguas de los yumbos y cayapas (Astorga 1741, citado en Salomon 1997:103). Jijón y Caamaño (1941:108-109) creyó que los niguas y cayapas fueron la misma nación porque los cayapas (actualmente llamados chachis) viven ahora en lo que era antes territorio de los niguas, una conclusión aceptada por Murra (1948:278) y Navas de Pozo (1990:23). Aunque es casi seguro que esta conclusión es equivocada, como expondré más abajo, se acepta ampliamente que la lengua nigua fue afiliada, de alguna manera, con la lengua yumba pero que no fue la misma. Los campaces ocuparon una vasta extensión de la costa central del Ecuador; no existe acuerdo entre los lingüistas sobre la afiliación de su idioma extinto (pudo o no haber sido de extracción barbaoca).

La lista de idiomas de la familia barbaoca en el norte de Ecuador ha aumentado hasta incluir (además de los tres idiomas vivientes: tsafiki, chapalaachi y coaiquer) los siguientes idiomas extinguidos: caranqui, panzaleo, sigcho, yumbo y nigua. Debido al hecho de que las investigaciones arqueológicas que he llevado a cabo se han realizado en el noroccidente de Ecuador no he puesto igual atención a los idiomas del sur de Colombia, aunque es bastante seguro que el grupo comprende guambiano, coaiquer, pasto y barbaoca.

La lexicoestadística de la familia Barbaoca

La glotocronología, una técnica lexicoestadística para estimar el tiempo de divergencia de dos o más lenguas hermanas que es basada en los porcentajes de cognados en el vocabulario (Swadesh 1967), provee un método de datación virtual en la lingüística comparativa. Esta técnica no está libre de detractores; como pasa con casi cualquier método de datación debe ser aplicada con mucho cuidado, especialmente cuando se trata de lenguas orales y no del filo Indo-Europeo. La técnica es apoyada por datos empíricos históricos para algunas lenguas escritas y es de la misma utilidad que varias técnicas arqueológicas que también producen dataciones aproximadas que pueden contener errores sistémicos.

Hasta ahora se han realizado pocos estudios glotocronológicos sobre la stirpe macro-chibcha y la familia chibcha y los análisis similares para la familia barbaça son escasos. Stark (1985) presentó resultados glotocronológicos que sugieren que la división entre coaiquer y tsafiki-chapalaachi ocurrió alrededor de 50 AC; luego calculó que la diferenciación entre tsafiki y chapalaachi sucedió alrededor de 1000 DC. Constenla (1991) utilizó el vocabulario de Swadesh (1959) para calcular cognados entre los cuatro idiomas barbaças existentes; luego hizo los cálculos glotocronológicos para presentar valores en términos de años de separación (Tabla 1).

	Tsafiki	Chapalaachi	Coaiquer
Tsafiki			
Chapalaachi	d.C. 740		
Coaiquer	1410 a.C.	1770 a.C.	
Guambiano	1770 a.C.	1930 a.C.	1350 a.C.

Tabla 1
Fechas mínimas de separación entre los cuatro idiomas barbaças existentes (Adaptada de Constenla Umaña 1991: 75).

Las fechas de la **Tabla 1** indican que hubo una división temprana de los proto-barbaças en una rama septentrional (guambiano-coaiquer) y meridional (tsafiki-chapalaachi) alrededor de 1720 AC (calculando el promedio de los cuatro valores de la izquierda e inferiores de la tabla); luego los antepasados de los guambianos y coaiqueres se separaron alrededor de 1350 AC. En cambio, la rama meridional se mantuvo íntegra por mucho tiempo más y la división entre los tsátchilas y los chachis tuvo lugar cerca de 740 DC. Constenla (comunicación personal), quien me guió en la interpretación de estos valores, admite que puede haber pequeños errores debido a cognados no reconocidos o préstamos y resalta que en su trabajo suprimió las desviaciones estadísticas (lógicamente las dataciones no son más que aproximaciones).

Constenla (1991) también realizó un análisis aglomerativo (*cluster analysis*) de rasgos morfológicos y sintácticos de 67 idiomas chibchas, páez y otros, incluyendo los cuatro idiomas barbacoas contemporáneos, y llegó a unos resultados interesantes. La porción relevante del dendrograma que resultó (Constenla 1991, cuadro 5) identifica un subgrupo de idiomas que incluye el tsafiki y chapalaachi relacionados con el páez, mientras que el guambiano y el coaiquer son relacionados entre ellos y luego con esos otros tres. El quechua y el aymara también se afilian con este grupo y todos en conjunto se afilian con los otros idiomas de las familias chibcha y páez. Aunque Constenla no lo menciona me parece probable que la supuesta afiliación con el quechua y el aymara de la estirpe andina resultara de la influencia del quichua sobre los barbacoa-hablantes durante los últimos siglos. Esto parece aún más probable cuando se considera que el grupo mayor de barbacoas que reside hoy en día en Ecuador, los otavaleños y sus vecinos serranos, han hablado quichua durante cerca de cuatro siglos.

La distinción entre los barbacoas septentrionales (guambiano-coaiquer) y barbacoas meridionales (tsafiki-chapalaachi) es obvia y estos términos son aplicados por varios lingüistas. Como una rama periférica de los macro-chibchas los barbacoas meridionales tienen rasgos andinos y, quizás, amazónicos en sus idiomas y, probablemente, también en sus culturas y genes. Aunque no debe sorprender a nadie que la familia barbacoa muestre un mestizaje lingüístico su parentesco más obvio es con la familia páez y, luego, con la familia chibcha.

Stark (1985) empleó la glotocronología para estimar una división del grupo tsafiki-chapalaachi del coaiquer alrededor de 50 AC mientras que Constenla estimó una separación mucho más temprana, entre 1410 y 1770 AC, como señalé. Stark no parece haber publicado ningún detalle sobre su análisis, así que no se lo puede evaluar. En cambio hay una correspondencia mucho mejor entre Stark y Constenla cuando se trata de la separación del chapalaachi del tsafiki que Stark calculó en 1000 DC y Constenla alrededor de 740 DC.

Debido a la incertidumbre con respecto a estos dos métodos lexicoestadísticos, en especial con la glotocronología, y por los resultados dispares obtenidos por Stark y Constenla estos valores son de utilidad limitada; aún mas, no contamos con valores estadísticos para los idiomas barbacoas extintos. En lo que resta de este artículo trataré de elaborar un modelo de expansión y migración barbacoas sin depender mucho de estas dataciones lexicoestadísticas, excepto cuando existen datos no-lingüísticos que las apoyan.

Un modelo tentativo de migración para los barbacoas ecuatorianos

Consideraciones generales sobre las migraciones barbacoas

Si se acepta la hipótesis de que la población proto-chibcha se originó en Centroamérica meridional (Costa Rica y Panamá), apoyada por la lingüística (Constenla 1991) y por la genética humana (Barrantes 1993), es probable un origen norteño para los barbacoas. Dado que los barbacoas son marginales a la estirpe macro-chibcha la conclusión más prudente es que se separaron de la familia páez unos milenios antes, como postuló Weissnar (1982) cuando habló de una separación hacia 3000 AC.

Reichel-Dolmatoff (1973) parece haber sido el primero que intentó explicar la migración chibcha desde Centroamérica hacia Colombia como la expansión por la sierra de agricultores dependientes del maíz. Esta idea de que la agricultura intensiva fue el instrumento que impulsó hacia el sur la migración ha sido popular pero no probada. Si los proto-barbacoas formaran parte de esta expansión postulada o si fueran una ola migratoria más temprana no se sabe a ciencia cierta pero se puede especular que llegaron muy temprano a Colombia. Sin saber mayores detalles parece confiable que las familias proto-chibcha, proto-páez, y proto-barbacoa avanzaron hacia

Colombia desde el norte. No se sabe si estas migraciones fueron hechas por la sierra pero, eventualmente, sus descendientes se asentaron en la costa, en la sierra y, algunos pocos, en la alta Amazonia.

Desde 1984 he prospectado y excado en la parte occidental de la provincia de Pichincha y he publicado informes, artículos y dos libros (Lippi 1998, 2004) sobre estas investigaciones que algo tienen que ver con este asunto complicado. He enfocado el trabajo arqueológico en la historia antigua de los yumbos y los grupos antecedentes y en la historia de los Niguas en los sectores más bajos de la provincia. Por medio de estos estudios conozco las evidencias vulcanológicas disponibles para la provincia que indican que hubo períodos sin ocupación humana debido al volcanismo intensivo. Mientras trazo el modelo de migración de los barbacoas me referiré a estos datos arqueológicos y vulcanológicos que proveen dataciones más confiables que las dataciones lexicoestadísticas.

He evitado, a propósito, la inclusión de datos etnológicos en este modelo debido a (a) la escasez de datos confiables y útiles y (b) a mi opinión de que algunos indicadores etnográficos pueden no ser tan confiables como creen algunos investigadores; por ejemplo, mientras que la forma y el estilo de las estructuras domésticas son incluidos, frecuentemente, en los modelos de migración no estoy convencido de que tales rasgos sean lo suficientemente conservadores para ser útiles. Miremos la situación de las tribus de los Grandes Llanos de América del Norte que abarcan varias familias lingüísticas y tradiciones culturales distintas (como athabaskan, siouan, caddoan, utoaztecan, kiowan y tanoan) pero que vivieron en tipis⁵, al menos los cazadores de bisontes; por lo tanto, un estudio basado en el tipo de vivienda de los Grandes Llanos, al menos para los grupos nómadas, nos llevaría por el camino equivocado al tratar de establecer un modelo de migraciones antiguas. Los

⁵ Los tipis son las tiendas altas y cónicas hechas de palos largos y cuero de bisonte tan famosos en las películas del Oeste en los Estados Unidos.

idiomas también pueden cambiar abruptamente, como ocurrió con la “quechuzación” de los Andes y de la alta Amazonia, pero ésta es una excepción a la regla del conservatismo y del cambio gradual a través del tiempo. Podemos confiar más en nuestros modelos cuando combinan evidencias lingüísticas, arqueológicas, genéticas, históricas y etnográficas pero sería una situación ideal no muy común.

El modelo de migración barbacoa para el noroeste de Ecuador que presento en este trabajo tiene dos partes. La primera trata de los barbacoas meridionales, su movimiento hacia el sur por las sierras y su expansión posterior hacia el flanco occidental de los Andes. La segunda considera los barbacoas septentrionales y su movimiento hacia la costa y, luego, hacia el sur por las tierras bajas. En ambos casos hay permutaciones que se podrían hacer en el modelo pero he escogido lo que me parece más probable.

Migraciones de los barbacoas meridionales (Figura 3)

Propongo una fisión de las ramas meridionales y septentrionales de la población ancestral barbacoa en el centro o sur de Colombia que pudo haber ocurrido tan temprano como 1400-1900 AC (Constenla 1991:75) o alrededor de 50 AC (Stark 1985:159) Extensas áreas de la sierra norte del Ecuador experimentaron un despoblamiento calamitoso durante el período mal llamado “de Desarrollo Regional”⁶, aproximadamente desde 300 AC hasta 800 DC; existe un consenso general entre los arqueólogos y geólogos en la región de que la baja en el número de sitios en ciertas áreas se debió al incremento en el volcanismo; este también fue el caso en el flanco occidental de los Andes en la provincia de Pichincha (Lippi 1998).

⁶ Por razones que no viene al caso prefiero el término Período Medio, aunque Período de Desarrollo Regional sigue siendo usado por muchos arqueólogos.

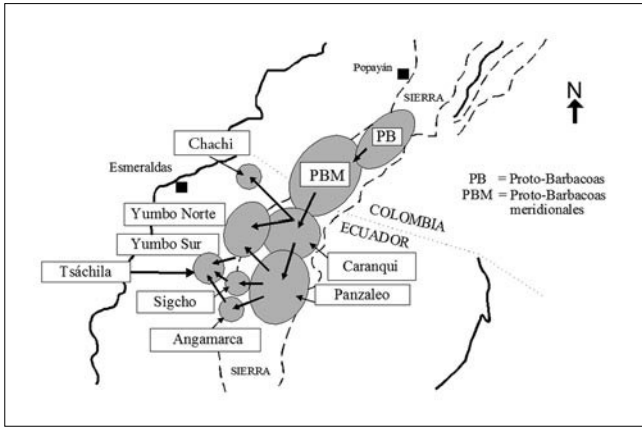


Figura 3
La expansión y las migraciones de los barbacoas meridionales desde el sur de Colombia.

Alrededor de 700-800 DC hubo un aumento rápido de población en la sierra y en el piedemonte occidental que pronto resultó en la formación de cacicazgos grandes y pequeños en la mayor parte de la región. Dado este hiato de ocupación y la aparente discontinuidad cultural propongo que la llegada de los proto-barbacoas al norte de Ecuador ocurrió alrededor de 700 DC y que fueron agricultores de maíz cuyas poblaciones crecieron rápidamente mientras se asentaron en zonas fértiles mayoritariamente abandonadas. Es probable que algunos moradores anteriores no barbacoas volvieron a estas tierras al mismo tiempo; este hecho habría producido un crecimiento más acelerado de la población y un mestizaje cultural y biológico. Llamo proto-barbacoas meridionales (PBM) a estos grupos asentados en la sierra y el flanco occidental del norte de Ecuador porque creo que son los antecesores de los dos grupos actuales (tsáchilas y chachis), a quienes los lingüistas llaman barbacoas meridionales.

Presumo que el movimiento por la sierra sur de Colombia hasta lo que hoy en día es la sierra norte del Ecuador ocurrió durante unos siglos y culminó con la colonización masiva y el marcado crecimiento demográfico que se observa en el registro arqueológico hasta 800 DC y que continuó hasta las invasiones

incaicas y españolas. Mientras seguía el crecimiento de población a un paso rápido y se necesitaban más tierras agrícolas las poblaciones de las provincias serranas de Carchi, Imbabura y Pichincha se expandieron hacia el sur. Los PBM que se quedaron en la sierra de Imbabura y el norte de Pichincha fueron los antepasados de los cacicazgos caranquis, otavalos, cayambes, etc. Quienes continuaron hacia el sur (más allá del sitio actual de Quito) fueron los tempranos panzaleos; se los distinguen lingüísticamente de los caranquis, como demostraron Salomon y Grosboll (1986), por sus apellidos y arqueológicamente, como observó González (1910), como los “constructores de tolas” (caranquis) y “no constructores de tolas” (panzaleos). Los yumbos pueden provenir de dos distintas migraciones hacia el oeste de estos dos pueblos que salieron de la sierra y bajaron al bosque nublado y las zonas tropicales húmedas del piedemonte occidental de los Andes. Los yumbos del norte, igual que los caranquis de quienes se derivaron, fueron constructores de tolas, especialmente del tipo distintivo que es la tola rectangular con plataforma. La distribución de estas tolas “piramidales” en territorio caranqui y yumbo parece indicar una migración hacia el suroeste (Figura 4). Los yumbos del sur, igual que los

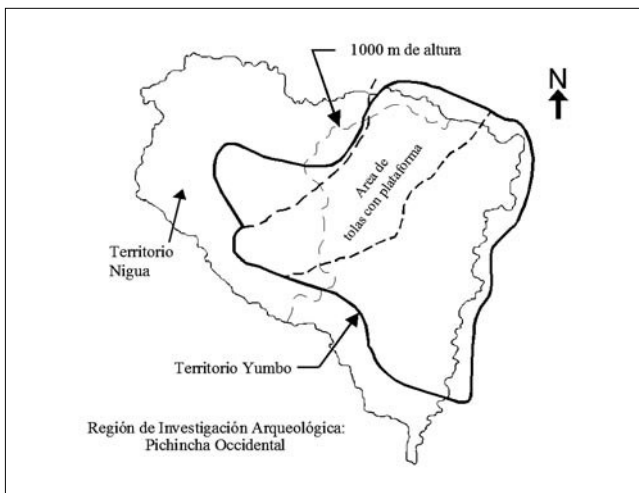


Figura 4
Mapa del territorio yumbo según las evidencias arqueológicas y la distribución de tolas con plataforma dentro de aquel territorio.

panzaleos, no tuvieron la costumbre de construir tolas. La migración yumba terminó en el piedemonte de los Andes a unos 1000 metros sobre el nivel del mar (Lippi 1998:324). Sus rutas de intercambio con la sierra fueron muchas e importantes y su cultura material, especialmente su alfarería, es parecida a la de los caranquis y panzaleos⁷. Además del trueque extensivo de alimentos fue importante el intercambio de algodón y de obsidiana entre los pueblos de la sierra y los yumbos. Los yumbos fueron selvícolas orientados hacia la vida en la sierra, de donde se originaron. La distinción entre yumbos del norte y yumbos del sur hecha durante el período colonial por los españoles probablemente refleja estas dos distintas adaptaciones a la montaña occidental de Pichincha; esto también explica por qué las tolas con plataforma se encuentran, solamente, en una parte del territorio yumbo.

Cieza de León (1962:132-133) señaló que los yumbos y panzaleos fueron parecidos en sentido cultural. El movimiento de grupos panzaleos hacia el flanco occidental en la provincia de Cotopaxi, al sur de Pichincha, dio origen a las etnias sigchos y angamarca, estrechamente emparentados con los yumbos del sur. Después de la conquista española y el severo desdoblamiento del piedemonte occidental de los Andes debido a las enfermedades infecciosas traídas por los españoles y a otros factores (Lippi 1998, 2004) vestigios de las etnias angamarcas, sigchos y yumbos del sur se juntaron cerca de la reducción española de Cansacoto, en la parte sur de la provincia de Pichincha. Salomon (1997:80) postuló que los tsáchilas fueron fruto de esta etnogénesis relativamente reciente. Existen datos históricos sobre su migración gradual desde Cansacoto a Co-

⁷ Por *alfarería panzalea* me refiero a la cerámica elaborada por los panzaleos étnicos alrededor del valle de Machachi, en el sur de la Provincia de Pichincha; no me refiero a la alfarería delgada que se originó en el flanco oriental de los Andes y que Jijón y Caamaño llamó, equivocadamente, panzaleo pero que no tiene relación con los verdaderos panzaleos. La cerámica del oriente, que también aparece en muchas regiones de la sierra, debe ser llamada *cosanga* y no panzaleo.

caniguas hasta su sitio actual cerca de Santo Domingo de los Colorados, en el suroeste de la provincia de Pichincha. Esta migración tardía tuvo lugar desde el siglo XVI hasta el XX. Otros investigadores, como Karsten (1988:56), propusieron que los tsáchilas se originaron en la sierra debido al hecho de que asocian algunos nevados volcánicos de la sierra occidental (que no son visibles desde su territorio actual) con espíritus y poderes importantes.

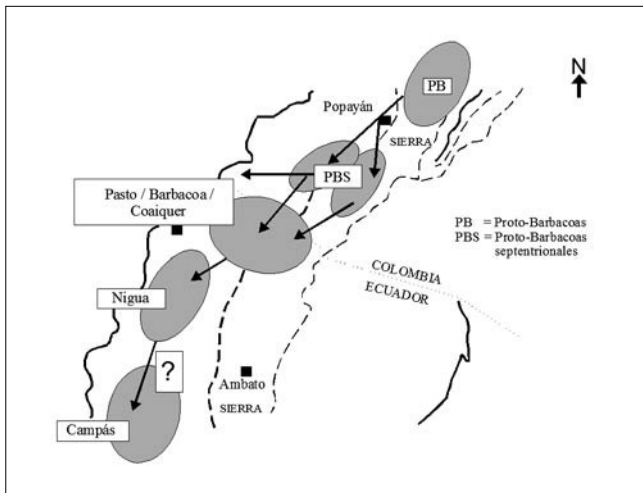
Otra migración tardía de los PBM fue la de los chachis, equivocadamente identificados por Jijón y Caamaño y otros como niguas, moradores de muchos siglos de las planicies costeras de la provincia de Esmeraldas. Los chachis tienen su propia tradición oral sobre una migración desde la sierra de Imbabura (país de los caranquis) cuando huían de los incas o de los españoles después de 1534. DeBoer (1995, 1996: 173-176) encontró evidencias convincentes de que la alfarería de los chachis en la hoya de los ríos Santiago y Cayapas, en la provincia de Esmeraldas, no es una cerámica relacionada con la tradición cerámica local y que fue introducida después de la conquista española. Al haber establecido que los chachis fueron emigrantes post-conquista a la costa del norte de Ecuador DeBoer utilizó la tradición oral y algunos relatos europeos para concluir que la migración chachi de la sierra de Imbabura comenzó en el siglo XVI con el asentamiento final en la hoya de Cayapas-Santiago hasta 1800; acepto esta conclusión que se basa en evidencias arqueológicas e históricas. Con esta última migración los PBM quedaron en los lugares donde existían los barbaocoas meridionales en épocas recientes.

Migraciones de los barbaocoas septentrionales (Figura 5)

Después de la partición temprana de los antepasados de los barbaocoas septentrionales y meridionales en Colombia la división septentrional siguió su expansión en la sierra central y sur del país, aunque también fueron empujados hacia el sur por grupos chibchas que crecían rápidamente en la sierra central. Estos proto-barbaocoas septentrionales (PBS) fueron los

antepasados de coaiqueres y guambianos y se dispersaron por el departamento de Nariño y la provincia del Carchi, al norte y al sur de la actual frontera nacional. Con las tierras serranas más sureñas llenándose de pueblos PBM los PBS migraron hacia el occidente, asentándose en el piedemonte andino y en la planicie costera. No descarto la posibilidad de que la migración PBS hacia el sur comenzó en una época anterior pero que tuvieron que retirarse, posteriormente, por la actividad volcánica durante los siglos V a VII DC. Finalmente se asentaron más hacia la costa. Algunos de estos pueblos, ahora conocidos como pastos, barbacoas y coaiqueres, hablaron idiomas parecidos. Los documentos históricos más tempranos indican que los pastos dominaron la zona desde Carchi y la sierra de Nariño hasta el mar y que la etnia conocida como barbacoa ocupó la zona baja de Nariño. Estas áreas no sufrieron tanto el volcanismo catastrófico y dependieron más de la horticultura tropical que de la agricultura intensiva basada en maíz; por lo tanto, sus asentamientos son más antiguos que los asentamientos de los PBM, quienes ocuparon una zona más árida y rodeada por volcanes activos.

Figura 5
La expansión y migraciones de los barbacoas septentrionales desde el sur de Colombia.



Los PBS que vivían cerca de la costa se expandieron más hacia el sur y en pocos siglos llegaron a ocupar gran parte de la zona baja costera del norte de Ecuador, desde el piedemonte de los Andes hasta el mar; es probable que se mezclaron con algunas etnias locales que ya llevaban mucho tiempo allí. Una continuidad parcial en las tradiciones cerámicas apoya esta hipótesis, especialmente en cuanto se refiere a los complejos arqueológicos jama-coaque, atacames y varias fases de la cuenca de los ríos Cayapas y Santiago definidas por DeBoer (1996). Estos pueblos, presuntamente, fueron los niguas mencionados por los españoles. Gracias a varios documentos etnohistóricos sabemos que los niguas ocuparon las regiones situadas al oeste de los yumbos hasta el mar (Lippi 1998:324). Los niguas vivían cerca de la cordillera andina y obtenían obsidiana de los yumbos, entre otros recursos. Es posible que el comercio de obsidiana, más que el de cualquier otro recurso, haya sido el responsable del encuentro entre los PBM y los PBS después de dos milenios o más de separación.

Las poblaciones más antiguas de la costa se mezclaron con los niguas; entre ellas se incluyen los esmeraldeños, considerados por Jijón y Caamaño (1941:486) como derivados de los chibchas o de otra etnia mezclada con chibchas. Más al sur del territorio nigua estaban los campaces, cuyas afiliaciones lingüística y cultural no son seguras. En caso de que fueran una expansión final de los PBM serían los barbacoas y macrochibchas más sureños de todos. La hipótesis de Jijón y Caamaño (1941) que propone que los tsáchilas descienden de los campaces es especulativa y va contra el modelo de migración que he presentado en este artículo. El alto grado de similitud entre los idiomas tsafiki y chapalaachi (ambos son idiomas del grupo barbacoa meridional) es un argumento a favor de su descendencia en común de los PBM. La hipótesis de Jijón y Caamaño sugeriría que los chachis vienen de los PBS y los tsáchilas de los PBM; esta propuesta es inverosímil porque sus idiomas son muy parecidos. La separación de los idiomas tsafiki y chapalaachi ocurrió hace unos 770-1000 años según Constenla (1991:75) y Stark (1985); esta idea también impugna la hipótesis de una relación cladística campaces-tsáchilas.

Cuando los chachis llegaron desde Imbabura a Esmeraldas en el siglo XVI encontraron grupos que llamaron “indios bravos”, probablemente los niguas derivados de los PBS y lejanamente emparentados con los chachis; esto fue otra reunión relativamente reciente de pueblos barbacoas que estaban separados hacia mucho tiempo.

Comentarios finales

No he tratado extensamente dos elementos que se debe tomar en cuenta cuando se construye un modelo de migración humana. El primero es el asunto del estímulo que las impulsó y el segundo es la pregunta sobre el destino de las sociedades que estuvieron en estas regiones antes de la llegada de los barbacoas. Con respecto al primero he mencionado la razón más explícita propuesta por Reichel-Dolmatoff con referencia a los chibchas de Colombia: las migraciones se debieron a la expansión por la sierra de la agricultura intensiva basada en maíz. También he propuesto que el volcanismo intenso antes de 900 DC. abrió nuevas posibilidades para inmigrantes en el norte del Ecuador. Este segundo punto es apoyado por mayores evidencias que el primero.

En cuanto a la segunda pregunta sobre el destino de los habitantes pre-barbacoas he buscado evidencias de continuidades culturales en las tradiciones alfareras pero las conclusiones que propongo aquí son muy tentativas. También he hablado del mestizaje de distintas poblaciones sin pensar más profundamente en el asunto; por ahora queda sin resolución. Este modelo, si es retenido en cualquier forma, podría ser mejorado en el futuro con el uso más minucioso de los datos arqueológicos y con la incorporación de datos etnológicos, lingüísticos, y genéticos. Sería muy valioso contar con investigaciones genéticas y lingüísticas de las poblaciones barbacoas que existen todavía (no importa que ahora hablan quichua en vez de su idioma propio). La genética humana (especialmente enfocada en ADN mitocondrial, polimorfismos del cromosoma Y y rasgos dentales) pueden ser de mucha importancia para refinar

o corregir este modelo de migración. Estas investigaciones ya han sido llevadas a cabo con éxito en Costa Rica y Panamá con resultados contundentes sobre el origen de los chibchas más antiguos, y es importante hacer lo mismo con respeto a los barbaocoas en el noroeste del Ecuador y suroeste de Colombia antes de que sea muy tarde debido al incremento en el mestizaje y la asimilación cultural.

Agradecimientos

Las investigaciones que he llevado a cabo en Pichincha occidental han sido financiadas a través de los años por el Museo del Banco Central del Ecuador, la Comisión Fulbright (Washington y Quito), la Universidad de Wisconsin-Marathon County y su fundación, la Fundación Butler, y la Fundación Maquipucuna (Quito). Noemi Arias corrigió el castellano y Adolfo Constenla me ayudó con una explicación del cuadro glotocronológico (Tabla 1).

Referencias

Barrantes, Ramiro

1993 *Evolución en el trópico: los amerindios de Costa Rica y Panamá*. Universidad de Costa Rica, San José.

Bernárdez, Enrique

1979 Lingüística de Esmeraldas: relaciones sincrónicas y diacrónicas. En *Actes du XLIIe Congrès International des Américanistes* 9:343-350.

Beuchat, Henri y Paul Rivet

1907 Contribucion a la etude des langues Colorado et Cayapa. *Journal de la Société des Américanistes de Paris* 4:31-70.

Brinton, Daniel G.

1901 *The American race: a linguistic classification and ethnographic description of the native tribes of North and South America*. David McKay, Philadelphia. [1891].

- Buchwald, Otto von
1908 Die Kara. *Globus* XCIV: 123-125.
- Cabello de Balboa, Miguel
1945 *Obras*, volumen 1. Editorial Ecuatoriana, Quito. [¿1579?].
- Cieza de León, Pedro
1962 *La crónica del Perú*. Espasa-Calpe, Madrid. [1553].
- Constenla, Adolfo
1991 *Las lenguas del Área Intermedia: introducción a su estudio areal*. Universidad de Costa Rica, San José.
- DeBoer, Warren R.
1995 Returning to Pueblo Viejo: history and archaeology of the Chachi (Ecuador). En *Archaeology in the Lowland American tropics: current analytical methods and applications*, editado por Peter Stahl, pp 243-262. Cambridge University Press, Cambridge.
1996 *Traces behind the Esmeraldas shore: prehistory of the Santiago-Cabapas region, Ecuador*. University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- González, Federico
1910 *Los aborígenes de Imbabura y del Carchi*. 2da edición. Sin pie de imprenta, Quito.
- Greenberg, Joseph H.
1987 *Language in the Americas*. Stanford University Press, Stanford.
- Jijón y Caamaño, Jacinto
1940 *El Ecuador interandino y occidental antes de la Conquista castellana*. Tomo I. Editorial Ecuatoriano, Quito.
1941 *El Ecuador interandino y occidental antes de la Conquista castellana*. Tomo II. Editorial Ecuatoriano, Quito.
- Karsten, Rafael
1988 Los indios colorados del oeste ecuatoriano. En *Tsáchila: los clásicos de la etnografía sobre los colorados (1905-1950)*, editado por José E. Juncosa, pp 55-78. Ediciones Abya-Yala, Quito. [1924].
- Lippi, Ronald D.
1998 *Una exploración arqueológica del Pichincha occidental, Ecuador*. Museo Jacinto Jijón y Caamaño de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador-Consejo Provincial de Pichincha, Quito.

- 2004 *Tropical forest archaeology in western Pichincha, Ecuador*. Wadsworth, Belmont.
- Loukotka, Cestmir
- 1968 *Classification of South American Indian languages*.
UCLA Latin American Center, Los Angeles.
- Mason, J. Alden
- 1950 The languages of South American Indians. En *Handbook of South American Indians. Volume 6: Physical anthropology, linguistics and cultural geography of South American Indians*, editado por Julian Steward, pp 157-317. Bureau of American Ethnology 143, Smithsonian, Washington.
- Murra, John V.
- 1948 The Cayapa and Colorado. En *Handbook of South American Indians. Volume 4: the Circum-Caribbean tribes*, editado por Julian Steward, pp 277-291. Bureau of American Ethnology 143, Smithsonian, Washington.
- Navas, Yolanda
- 1990 *Angamarca en el siglo XVI*. Abya-Yala, Quito.
- Ontaneda Luciano, Santiago
- 2002 *El cacicazgo panzaleo como parte del área circumquiteña*.
Banco Central del Ecuador, Quito.
- Palop Martínez, Josefina
- 1986 Los cayapas en el siglo XVI. En *Arqueología y etnohistoria del sur de Colombia y norte del Ecuador*, editado por José Alcina y Segundo Moreno, pp 231-252. Banco Central del Ecuador / Abya-Yala, Quito.
- Paz y Miño, Luis T.
- 1942 Lenguas indígenas del Ecuador. La lengua Puruhai. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 22(59):42-74.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo
- 1973 The agricultural basis of the sub-Andean chiefdoms of Colombia. En *Peoples and cultures of native South America*, editado por Daniel Gross, pp 28-36. Doubleday/Natural History Press, Garden City.
- Reino, Pedro A.
- 1988 *Los panzaleos*. Ediciones Universidad y Sociedad, Ambato.

Rivet, Paul

- 1943 La influencia karib en Colombia. *Revista del Instituto Etnológico Nacional* 1:55-93.

Ruhlen, Merritt

- 1991 *A guide to the world's languages. Volume 1: classification.* Stanford University Press, Stanford.

Salomon, Frank

- 1973 Weavers of Otavalo. En *Peoples and cultures of native South America*, editado por Daniel Gross, pp 463-494. Doubleday/Natural History Press, Garden City.
- 1997 *Los Yumbos, niguas y tsáchila o "Colorados" durante la Colonia española: etnohistoria del noroccidente de Pichincha, Ecuador.* Ediciones Abya-Yala, Quito.

Salomon, Frank y Sue Grosboll

- 1986 Names and peoples in Incaic Quito: retrieving undocumented historic processes through anthroponomy and statistics. *American Anthropologist* 88(2):387-399.

Stark, Louisa R.

- 1985 Indigenous languages of lowland Ecuador: history and current status. En *South American Indian languages: retrospect and prospect*, editado por Harriet E. Manelis Klein y Louisa R. Stark, pp 157-193. University of Texas Press, Austin.

Steward, Julian H. y Louis C. Faron

- 1959 *Native Peoples of South America.* McGraw-Hill, Nueva York.

Swadesh, Morris

- 1959 *Mapas de la clasificación lingüística de México y las Américas.* Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- 1967 Lexico statistics classification. En *Handbook of Middle American Indians. Volume 5: linguistics*, editado por Norman McQuown, pp 79-116. University of Texas Press, Austin.

Uhle, Max

- 1888 Report. En *Proceedings of the International Congress of Americanists*, pp 466-473, Berlín.

Weissbar, Emmerich

- 1982 Die Stellung des Warao und Yanomama in Beziehung zu den indigenen Sprachen Südamerikas nördlich des Amazonas. Dissertation doctorale, Universität Eberhard-Karls, Tübingen.

Wheeler, Alva

- 1972 Proto Chibchan. En *Comparative studies in Amerindian languages*, editado por Esther Matteson, pp 93-108. Mouton, La Haya.

Cultura, interacción y contacto en el Área Intermedia: re-enmarcando la cuestión de las delimitaciones culturales

Tamara L. Bray

Wayne State University

Resumen

Hace veinte años que Eric Wolf nos desafió a reemplazar nuestro concepto de culturas como entidades estáticas, delimitadas y aisladas con uno que pone énfasis en su dinamismo y su interconectividad. Publicaciones más recientes sobre zonas de contacto, fronteras y diásporas nos ofrecen nuevas perspectivas de este tipo. Este artículo privilegia la idea de movimiento y contacto sobre la de “estar arraigado” y los aspectos de relaciones entre sociedades antes que sus delimitaciones para explorar el “problema” del Área Intermedia vis-à-vis su estatuto geopolítico de periferia y su resistencia al desarrollo del Estado. Esa estrategia ofrece nuevos modos de teorizar esta región y, posiblemente, de superar el concepto de área cultural. ☞

Palabras clave

Area Intermedia, contacto cultural, interacción transregional, fronteras culturales, identidad social.



Abstract

Twenty years ago Eric Wolf challenged us to replace our notion of cultures as static, bounded, and isolated entities with one that emphasized their dynamism and interconnectedness. More recent literature on contact zones, borderlands, and diasporas offers new insights along these lines. In this article, I privilege the idea of movement and contact over “rootedness,” and the interrelational aspects of societies over their “boundedness” to explore the “problem” of the Intermediate Area vis-à-vis its liminal geopolitical status and resistance to state development. Such an approach offers new ways of theorizing this region and potentially surmounting the culture area construct. ↵

Keywords

Intermediate Area,
cultural contact,
transregional interaction,
cultural borders,
social identity.



Fecha recepción
15/02/2005
Fecha aceptación
23/10/2005

En la introducción de *Europa y la gente sin historia* Eric Wolf (1982:18) preguntó si en algún momento “las poblaciones humanas eran independientes de relaciones más amplias y englobantes, sin ser afectadas por campos de fuerzas más grandes”. Para la mayoría de los estudiosos del pasado precolombino la respuesta a este interrogante tendría que ser “no” en consideración a la evidencia arqueológica. Los indicios de contacto entre poblaciones cercanas y más distantes son generalizados en el mundo precolombino, aunque es justo decir que esta evidencia no siempre ha ocupado el centro de la atención erudita en el Área Intermedia. La tendencia a teorizar sobre las culturas antiguas que estudiamos y definimos como sistemas discretos y auto-contenidos –es decir, como unidades que existen separadas y aparte de otras unidades delimitadas– es todavía común en las investigaciones arqueológicas del Área Intermedia y en otras partes. Esta visión y caracterización de las culturas como estáticas y desconectadas, en lugar de dinámicas e interconectadas, es el asunto central de este artículo.

¿Cómo reconceptualizar los límites culturales y, por extensión, la noción de “área cultural”? Ese esfuerzo implicaría poner mayor énfasis en los contactos, las conexiones y las redes de relaciones en el mundo precolombino. La adopción de este enfoque requeriría cuestionar, seriamente, la suposición de que los grupos sociales o étnicos son, como Conkey (1990:12) señaló alguna vez, “entidades continuas, integradas y delimitadas que se pueden congelar en el espacio y el tiempo, como la etnografía tradicional nos ha llevado a creer”. En otras palabras, estoy sugiriendo que necesitamos problematizar la arraigada

suposición de la delimitación cultural y cuestionar nuestra visión del mundo, particular e históricamente contingente, que acentúa dichos límites.

Entre los americanistas el Área Intermedia ha sido vista, durante mucho tiempo, como una zona liminal que ha existido, físicamente y culturalmente, entre los dos grandes centros de alta civilización. Típicamente se la ha concebido como una puerta o un filtro, encauzando un movimiento de embudo entre los Andes y México o bloqueándolo. Haciendo eco de un punto ya señalado por otros, como Drennan (1996) y Hoopes (1992), creo que en lugar de definir el significado del Área Intermedia en relación con los centros de desarrollo estatal en las Américas es importante considerar el pasado precolombino de esta región por sí mismo. El énfasis en la importancia del comercio, los contactos y las conexiones interculturales ofrece un nuevo modo analítico para abordar el Área Intermedia. Al respecto ofrezco algunas ideas sobre cómo podría ser reconfigurado, práctica y teóricamente, el paisaje precolombino, si queremos utilizar un conjunto diferente de suposiciones frente al *status quo* de la disciplina. Mi intención es sugerir maneras alternativas de abordar la arqueología del Área Intermedia. Las recientes formulaciones de la cultura como entidad relacional, emergente y construida por interacciones translocales (cf. Hall 1991; Thomas 1991; Clifford 1997) proporcionan instrumentos conceptuales útiles para proseguir la idea del “enredo mutuo”, sobre la cual también quiero reflexionar.

Mi primera suposición anti-hegémónica es que el movimiento y la interacción, antes que la estabilidad y el arraigamiento, fueron la norma en las culturas precolombinas. A lo largo de la historia los procesos de movimiento y encuentro humanos no sólo han sido complejos sino bien establecidos; por tanto, asumo que las conexiones y contactos interculturales eran comunes y socialmente significativos en el pasado precolombino. También sugiero también que en el pasado, como en el presente, los viajes y encuentros personales eran oportunidades cruciales para la construcción de identidades culturales (Helms 1988; Clifford 1997). Mi segunda suposición es que la cultura, más que algo limitado, es algo relacional

(Wolf 1982). Partir desde esta perspectiva desafía la noción de la cultura como fija y esencial y posibilita visualizar a las culturas construidas tanto a través de encuentros de viajeros y contactos interétnicos como a través de la residencia o del arraigamiento. De acuerdo con trabajos recientes sobre la teoría del contacto el objetivo es mirar la dinámica específica y las tensiones que surgen entre viajar y permanecer “en casa”, entre circuitos y residencias, en fin, entre rutas y raíces (Clifford 1997); la intención, por cierto, no es simplemente reemplazar el énfasis original en las raíces con uno nuevo en las rutas, ni de establecer un nuevo centro de estudio en torno a las márgenes originales sino, más bien, enfocar la atención en las relaciones, las tensiones y las dinámicas incrustadas en contactos y conexiones translocales.

Enfoques arqueológicos de la interacción cultural

Para ubicar esta discusión es útil revisar la historia de la teoría arqueológica sobre interacción cultural. La preocupación por la dinámica de la interacción entre las sociedades precolombinas, anteriores al contacto colonial, ha sido ignorada por los americanistas. Las razones de esta falta de interés pueden ser rastreadas en una variedad de fuentes: los paradigmas que han predominado en la arqueología en gran parte del siglo XX; la manera como la cultura ha sido tradicionalmente definida y desplegada en la disciplina; y el contexto ideológico y político dentro del cual opera la arqueología. Una consideración sobre la trayectoria histórica, las construcciones conceptuales y el contexto político de la disciplina iluminaría por qué el tema del contacto cultural ha sido subteorizado en la arqueología estadounidense.

En la primera mitad del siglo XX el particularismo histórico reinaba en la antropología y los arqueólogos estadounidenses concentraban sus intereses en la historia cultural (Trigger 1989:122-126). En este período el énfasis radicaba en la construcción de la sistemática de tiempo-espacio de

las culturas arqueológicas identificadas (e.g., Holmes 1914; Kidder 1924; Gladwin y Gladwin 1934; McKern 1939; Jijón y Caamaño 1952). En ese paradigma las culturas se construyeron como conjuntos estáticos de rasgos individuales; la cultura inmutable fue considerada como norma. Cuando se detectaban cambios materiales en el registro arqueológico eran explicados con referencia a uno de los dos macro-procesos más apelados: migración o difusión (Childe 1925; Willey y Phillips 1958). Generalmente se invocaba la migración como causante de graves trastornos culturales (Parker 1916; McKern 1937) mientras que la difusión era considerada responsable de cambios menos profundos (Uhle 1922; Meggers *et al.* 1965). La dependencia de uno de estos dos mecanismos explicativos sugería, al menos, una conciencia básica, si no objetada, de que en la época aborígen la gente había mantenido contactos y que, inclusive, se aventuraba (a veces) más allá de sus lugares de origen.

Críticas posteriores al enfoque histórico-cultural han sostenido que los arqueólogos de este período habían sido ingenuos y demasiado dispuestos a aceptar la simple semejanza entre elementos arqueológicos como prueba de contacto o difusión. Los historiadores culturales también fueron acusados por el fracaso en explicar la ocurrencia de la migración o la difusión. Como reacción frente a la debilidad de la escuela histórica cultural el paradigma siguiente otorgó mayor énfasis al origen independiente de las cosas y a la autonomía de las culturas. La Nueva Arqueología estadounidense rechazó la difusión como el modo de explicar los cambios observados en el registro arqueológico (Trigger 1989:296-297); como consecuencia, los estudios del contacto cultural y la interacción fueron desalentados al punto de llegar a convertirse en temas tabú. Por otra parte, el interés por las similitudes y diferencias entre conjuntos arqueológicos, los patrones de préstamo y adopción y la interacción transcultural disminuyó radicalmente. En el nuevo paradigma las culturas fueron consideradas como sistemas cerrados, y ubicadas en el marco teórico de la ecología cultural; el cambio cultural fue teorizado como una respuesta generada interiormente frente a los cambios ocurridos en el ambiente externo. Eventualmente algunos arqueólogos de la

escuela procesual se decepcionaron ante la exclusión del agente humano y de la interacción en las explicaciones del cambio cultural, lo que llevó al surgimiento de los estudios enfocados hacia el comercio y el intercambio de la década de 1970; sin embargo, la mayoría de estos estudios continuó siendo realizada en el marco materialista de la Nueva Arqueología (cf. Renfrew 1975; Pires-Ferreira 1976; Earle y Ericson 1982).

Con la declinación del paradigma procesual en los últimos veinte años ha ocurrido un repunte del interés por el contacto cultural y los estudios de interacción, como indica la proliferación de publicaciones sobre el tema (e.g., Renfrew y Cherry 1986; Champion 1989; Schortman y Urban 1992; Ericson y Baugh 1993). Schortman y Urban (1987, 1992; cf. Schortman 1989) son dos de los investigadores que han liderado el intento por ubicar y teorizar la investigación en el área de lo que califican como “estudios de interacción interregional”; merecen el crédito debido por llamar la atención, una vez más, sobre la importancia del contacto cultural y la interacción en la época aborígen y por proporcionar una etiqueta conveniente para agrupar los estudios que tratan sobre el tema. El conjunto de su trabajo sirve para ilustrar los avances recientes en el razonamiento y los problemas que todavía enfrentamos con respecto a la manera como construimos las culturas y vemos la interacción.

Schortman (1989:56-61) abogó por el énfasis en la identidad social como una manera de analizar la interacción. En principio esto parece loable en la medida que trata de afirmar la importancia del agente humano, en general, y de los actores individuales en los procesos de interacción cultural; sin embargo, en ese modelo la identidad social existe en relación con los recursos. En palabras de Schortman (1989:56) “las identidades sociales se desarrollan como medios para un fin, en este caso, la adquisición y el control de recursos, entendidos como importantes por los individuos mismos”. El punto focal de la identidad y de la interacción son los recursos, no las relaciones humanas o sociales (Schortman 1989; Schortman y Urban 1992). Este enfoque reduccionista para modelar el comportamiento humano y la motivación parece precluir la visión

de los individuos como entes sociales activos que operan en circunstancias culturales e históricas específicas. Este enfoque no impulsa nuestros esfuerzos por pensar, en términos de relación, el tema del contacto y la interacción culturales. Aunque las sugerencias de Schortman y Urban comienzan a distanciarnos de la idea de las culturas como entidades internamente homogéneas y delimitadas la reducción de la identidad social solamente a los recursos me parece demasiado determinista.

En contraste con este modelo sugiero que deberíamos enfatizar la idea de las identidades y diferencias culturales desarrollándose a través de encuentros y relaciones con otros actores sociales. Tomando ideas recientes de estudios de diásporas este enfoque destaca la importancia del movimiento y el contacto transcultural para nuestra comprensión de la forma como se construye la identidad cultural. Siguiendo a Clifford (1997) sugiero que la tensión entre el viaje (o las rutas) y la morada (o las raíces) es el elemento constitutivo de la identidad cultural. Desde esta perspectiva los centros culturales, las regiones discretas y los territorios étnicos no podrían existir sin los contactos externos ni antes de ellos. Más bien, lo que se interpretaría como “hogar” o “patria” sólo podría ser creado y sostenido a través del contacto transcultural o de la percepción de lo que “no es hogar.” Como señaló Clifford (1997:7) “la estasis y la pureza se afirman... frente a las fuerzas históricas del movimiento y la contaminación”. Asumir el significado del contacto, el movimiento y las relaciones históricas del viaje implica una comprensión fundamentalmente diferente de “cultural” y desafía nuestra visión tradicional de lo que constituye el Área Intermedia.

La cultura sin delimitaciones

Al re-pensar el concepto de área cultural es importante señalar que nuestra manera de entender la cultura constriñe y facilita, simultáneamente, la posibilidad de nuestro análisis. Como otros instrumentos conceptuales del repertorio de nuestra disciplina la noción de cultura tiene una historia particular; origi-

nalmente apareció cuándo las naciones europeas occidentales pugnaban por establecer entidades separadas y hegemonías (Wagner 1981). En este ambiente surgió la noción de las culturas como unidades delimitadas y autónomas que los antropólogos, como científicos sociales occidentales, subsiguientemente abrazaron. Esa construcción de cultura fue conveniente para los eruditos porque les permitió excluir de sus análisis cualquier preocupación por las relaciones globales (como colonialismo, capitalismo e imperialismo) que habrían de definir las condiciones del agitado mundo real de los siglos XIX y XX (Wolf 1982:7-9).

En antropología la idea de las culturas como entidades separadas y delimitadas estaba ligada al “mito del primitivo aislado” que, según Lessing (1961), fue inventado como una manera de distinguir a los modernos, dinámicos y civilizados, de los primitivos, salvajes y estáticos. Lessing (1961:40) reprendió a los antropólogos por ignorar los hechos indiscutidos de la historia con respecto a “la realidad del contacto cultural” y propuso que el mito del primitivo aislado fuera reemplazado por una hipótesis basada en la universalidad del contacto humano. Para Lessing el contacto, la comunicación y la red de conexiones generada constituían aspectos fundamentales del proceso socio-histórico.

La contundente crítica de Wolf (1982) del concepto de cultura está construida sobre estos puntos. Asumiendo que la humanidad constituye una totalidad de procesos interconectados Wolf (1982:3) arguyó que los estudios que desmontan esta totalidad en pedacitos sin volver a ensamblarlos falsifican la realidad; también enfatizó la importancia de comprender que los nombres que asignamos a las entidades culturales que estudiamos constituyen atados o alijos de relaciones, antes que unidades discretas delimitadas. En una de sus metáforas más vívidas sugirió que construir culturas como internamente estables y homogéneas y externamente distintas y delimitadas crea un modelo del mundo como “una sala de billar global en la que las entidades [culturales y políticas] se separan girando como las duras y redondas bolas de billar” (Wolf 1982:6).

Acentuar la interconectividad y la base relacional de las sociedades humanas nos obliga a pensar más procesualmente sobre ellas. Analizar relaciones antes que cosas conduce a ver las sociedades como conjuntos de alineamientos cambiantes de grupos sociales, segmentos y clases sin delimitaciones fijas o configuraciones internas estables. La adopción de esa perspectiva reclama re-pensar el concepto de área cultural y lleva a una visión de la época aborigen que luce más como un continuum espacio-temporal de relaciones humanas en el cual la importancia del contacto y comunicación es preeminente.

La teoría del contacto

La literatura reciente sobre zonas de contacto, tierras fronterizas y diásporas ofrece varias ideas claves para la formulación de un enfoque teóricamente informado sobre la interacción cultural y el papel del Área Intermedia en la época aborigen. Estas nuevas teorías empiezan con suposiciones de contacto histórico y la idea del “enredo” a nivel regional, nacional y transnacional. Esos “enfoques de contacto” no presuponen duras y delimitadas totalidades socioculturales puestas en relación mutua sino sistemas constituidos relacionamente, entrando en relaciones nuevas a través de los procesos históricos de movilidad y viaje; por tanto, sirven para concentrar la atención en los contactos y en las conexiones translocales, en el significado de esos encuentros en la construcción de la identidad y en la relación dialéctica entre el acto de viaje y la morada.

Clifford (1997) ha destacado la importancia de entender el viaje como un rango complejo de costumbres y un espectro omnipresente de la experiencia humana. Con un enfoque sobre circuitos y rutas se puede ver que las relaciones históricas del viaje abarcan numerosas dimensiones como el comercio, el conflicto, las curaciones, la búsqueda, las peregrinaciones, la migración laboral y las apropiaciones ideológicas mutuas (Clifford 1997:27). Tan amplia gama de encuentros translocales sugiere la necesidad de considerar la variedad de maneras como la gente sale de casa y vuelve a ella y las implicaciones

de este hecho para nuestras nociones de cultura. Un enfoque en el viaje también destaca la importancia de travesías e interacciones y cómo esas prácticas refutan la noción de localismo incrustada en muchas suposiciones corrientes sobre el concepto de cultura; también lleva a la cuestión de por qué se presume siempre que las “raíces” preceden a las “rutas”. Asumir el significado fundamental de la movilidad y del viaje requiere nuevas maneras de evocar la cultura; para ello Clifford sugirió un enfoque con prioridad en circuitos, rutas e itinerarios antes que en lugares determinados.

Implicaciones analíticas de una visión relacional de la cultura

Adoptar una visión relacional de la cultura tiene importantes implicaciones analíticas. Por ejemplo, en lugar de asumir la estabilidad transgeneracional, la permanencia institucional y el consenso normativo, es necesario más bien problematizar estos rasgos de la sociedad. En efecto, al tratarlos en perspectiva histórica, estaríamos en posibilidad de analizar las circunstancias de su surgimiento, su vigencia y su desaparición. Esta visión de la cultura nos obliga también a considerar de qué maneras las trayectorias históricas de las sociedades han estado conectadas sobre amplias áreas, antes que tratarlas separadamente, y a pensar en cómo las historias de pueblos distantes han llegado a enredarse y confluír. Al abandonar el “mito del primitivo aislado”, podríamos asumir que los contactos transregionales en el mundo precolumbiano han sido tan flexibles y comunes como los de la era moderna, reforzando a veces diferencias culturales, regionales y religiosas, u obliterándolas en otras.

Empero, la idea de ensanchar el alcance del estudio trae consigo algo más que un sencillo cambio de escala, de local a global, o el dibujo de círculos más grandes en el mapa. Fundamentalmente, el cambio exige re-conceptualizar la idea de “unidades” e identidades culturales, lo que significa ir más allá de la visión normativa de la cultura como unidades adaptativas discretas. En otras palabras, hay que contemplar las culturas,

no como entidades auto-contenidas, sino en términos de sus múltiples conexiones externas (Wolf 1982:387), lo que lleva a un énfasis en procesos antes que en unidades delimitadas, y las cadenas de causas y consecuencias que las comprenden.

Implicaciones metodológicas de una visión relacional de la cultura

Desde un punto de vista arqueológico el meollo de la cuestión estriba en las implicaciones metodológicas de abordar la “cultura” como algo relacional antes que local. Adoptar la orientación teórica que he delineado con énfasis en el viaje, el contacto y la interacción implica que los acontecimientos en un área no pueden ser entendidos, únicamente, con referencia a las condiciones de esa localidad; más bien, los desarrollos observados en un área determinada deben ser comprendidos como constreñidos y condicionados por los procesos que operan en escala macro-regional. Metodológicamente la necesidad de situar la evidencia arqueológica en un contexto regional más amplio implica un cambio en varios niveles que van desde el diseño de la investigación hasta el análisis de los artefactos.

En un nivel básico sería necesario reformular el foco problemático y lo que definimos como unidad apropiada de análisis. En términos de diseño de investigación, por ejemplo, en vez de construir programas de estudio sobre los iroqueses o los guancavilcas podríamos hacerlo en torno al comercio histórico de pieles o la red precolombina del *Spondylus*. Redefinir de esta manera el foco de investigación serviría para acentuar los procesos de interacción y conectividad culturales en lugar de concentrarnos en entidades culturales delimitadas. La necesidad de entender la posición estructural de sitios individuales dentro de redes más grandes de interacción interregional sugiere un nuevo tipo de arqueología, que podríamos llamar “multi-sitio”, que implicaría programas de investigación que den prioridad al trabajo comparativo en múltiples sitios antes que excavaciones de varios años en uno solo. También se podría poner más énfasis en proyectos colaborativos o co-di-

rigidos que incorporen expertos en regiones diferentes y que permitan a los arqueólogos empezar a discernir los tipos de fuerzas políticas, económicas y culturales trans-regionales que se entrecruzaron para conformar los “mundos” locales y macro-regionales.

Incidentalmente surge la necesidad de concentrarse más en el análisis contextual de los materiales arqueológicos. Más allá de los estudios de las fuentes, de la caracterización de las materias primas y de la identificación de elementos no locales en los conjuntos arqueológicos se debería poner atención en las piezas exóticas como evidencia de interacción cultural e investigar las dimensiones materiales del viaje y el contacto a un nivel más íntimo. Un énfasis metodológico en los contextos y localidades donde se han encontrado estos objetos daría luz sobre su papel en la construcción de las identidades culturales. Entendiendo la materialidad como una dimensión primaria de la experiencia social deberíamos considerar el significado de los artefactos exóticos en el contexto del lugar natal y el significado de los objetos locales en el contexto del viaje.

Finalmente, y de mucha importancia en esta discusión, es el hecho de que la adopción de una visión relacional de la cultura destaca la relevancia de fronteras, tierras fronterizas y zonas de amortiguamiento. Estos lugares de transición, como nuestra Área Intermedia, pueden verse como zonas de intersección de flujos de personas, bienes y tecnologías provenientes de los llamados “centros”. Se trata de espacios donde la acción cultural o la conformación y desagregación de las identidades culturales se encuentran más en juego. En estas zonas liminales esperaríamos ver una mayor presencia de hibridación cultural, innovación y, acaso, otros fenómenos emergentes. Al cambiar el foco analítico de culturas delimitadas a culturas constituidas por interacciones translocales los espacios intermedios llegan a ser centrales. Por cierto, dar a las zonas marginales centralidad táctica socava el concepto de centro, reemplazándolo con la idea de campos sociales de conectividad.

Más allá de reconocer y describir la interconectividad al interior del mundo precolombino, en general, y del Área Intermedia, en particular, la tarea implica la explicación del desa-

rollo y la naturaleza de estas conexiones. El mayor atractivo en “derribar fronteras” reside en entender cómo, por acción del interés de sus propios miembros, las entidades políticas indígenas se vieron involucradas en redes de poder económico y político cada vez más amplias y como fueron transformadas a través de estos procesos. La evidencia arqueológica indica que las sociedades del Área Intermedia eran entidades dinámicas y heterogéneas involucradas en relaciones importantes y continuas con individuos de regiones vecinas. Destacar la interdependencia de estas sociedades en futuras investigaciones ofrece oportunidades para pensar de manera diferente los procesos de cambio cultural y su origen y la manera de estudiarlos mejor.

Agradecimientos

Quiero agradecer a Ronald Lippi y a Alejandra Gudiño la invitación a participar en el simposio sobre el Área Intermedia; también quiero ofrecer mi más sincero agradecimiento a Ernesto Salazar por su amistad y por su generosa ayuda para hacer inteligible este artículo en español.

Referencias

Clifford, James

1997 *Routes*. Harvard University Press, Cambridge.

Conkey, Margaret

1990 Experimenting with style in archaeology: some historical and theoretical issues. En *The uses of style*, editado por Margaret Conkey y Christine Hastorf, pp 5-17. Cambridge University Press, Cambridge.

Champion, Timothy

1989 *Centre and periphery*. Unwin Hyman, Londres.

Childe, V. Gordon

1925 *The dawn of European civilization*. Kegan Paul, Londres.

Drennan, Robert D.

- 1996 Betwixt and between in the Intermediate Area.
Journal of Archaeological Research 4(2):95-131.

Earle, Tim y Jonathan Ericson

- 1982 *Contexts for prehistoric exchange*. Academic Press, Nueva York.

Ericson, Jonathon y Tim Baugh

- 1993 *The American southwest and MesoAmerica: systems of prehistoric exchange*. Plenum Press, Nueva York.

Gladwin, Winifred y Harold Gladwin

- 1934 *A method for the designation of cultures and their variations*. Medallion Papers 15. Medallion, Globe.

Hall, Stuart

- 1991 The local and the global: Globalization and ethnicity. En *Culture, globalization, and the World System*, editado por Albert King, pp 19-40 State University of New York Press, Binghamton.

Hoopes, John

- 1992 Early Formative cultures in the Intermediate Area: a background to the emergence of social complexity. En *Wealth and hierarchy in the Intermediate Area*, editado por Fred Lange, pp 43-83. Dumbarton Oaks, Washington.

Helms, Mary

- 1988 *Ulysses' sail: An ethnographic odyssey of power, knowledge, and geographic distance*. Princeton University Press, Princeton.

Holmes, William

- 1914 Areas of American culture characterization tentatively outlined as an aid in the study of the antiquities. *American Anthropologist* 16:413-446.

Jijón y Caamaño, Jacinto

- 1952 *Antropología prehispánica del Ecuador*. Prensa Católica, Quito.

Kidder, Alfred

- 1924 *An introduction to the study of Southwestern archaeology*. Papers of the Southwestern Expedition No.1. Department of Archaeology, Phillips Academy.

Lessing, Alexander

- 1961 Social fields and the evolution of society. *Southwestern Journal of Anthropology* 17:40-48.

McKern, William

- 1937 An hypothesis for the Asiatic origin of the Woodland culture pattern. *American Antiquity* 3:138-143.
1939 The midwestern taxonomic method as an aid to archaeological study. *American Antiquity* 4:301-313.

Meggers, Betty, Clifford Evans y Emilio Estrada

- 1965 *Early Formative Period of coastal Ecuador*. Smithsonian, Washington.

Parker, Arthur

- 1916 The origin of the Iroquois as suggested by their archaeology. *American Anthropologist* 18:479-507.

Pires-Ferreira, Jane

- 1976 Obsidian exchange in formative Mesoamerica. En *The early Mesoamerican village*, editado por Kent Flannery, pp 292-305. Academic Press, Nueva York.

Renfrew, Colin

- 1975 Trade as action at a distance. En *Ancient civilization and trade*, editado por Jeremy Sabloff y Carl C. Lamberg-Karlovsky, pp 3-59. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Renfrew, Colin y John Cherry (Editores)

- 1986 *Peer polity interaction and socio-political change*. Cambridge University Press, Cambridge.

Schortman, Edward

- 1989 Interregional interaction in prehistory: the need for a new perspective. *American Antiquity* 54:52-65.

Schortman, Edward y Patricia Urban

- 1987 Modelling interregional interaction in prehistory. En *Advances in archaeological method and theory*, volumen 11, editado por Michael Schiffer, pp 37-95. Academic Press, Nueva York.
1992 *Resources, power, and interregional interaction*. Plenum Press, Nueva York.

Trigger, Bruce

1989 *A history of archaeological thought*. Cambridge
University Press, Cambridge.

Uhle, Max

1922 Influencias mayas en el alto Ecuador. *Boletín de la
Academia Nacional de Historia* 4(10-11):203-240.

Wagner, Roy

1981 *Invention of culture*. University of Chicago Press, Chicago.

Willey, Gordon y Philip Phillips

1958 *Method and theory in American archaeology*.
University of Chicago Press, Chicago.

Wolf, Eric

1982 *Europe and the people without history*. University
of California Press, Berkeley.

Sobre los autores

Christopher Begley

Division of Social Sciences

Transylvania University (Lexington, Kentucky, USA)

cbegley@transy.edu

Tamara L. Bray

Department of Anthropology

Wayne State University (Detroit, Michigan, USA)

t.bray@wayne.edu

L. Antonio Curet

Department of Anthropology

Field Museum of Natural History (Chicago, Illinois, USA)

acuret@fieldmuseum.org

Rafael Gassón

Centro de Antropología

Instituto Venezolano de Investigaciones

Científicas (Caracas, Venezuela)

rgasson@ivic.ve

Alejandra M. Gudiño

University of Missouri (Columbia, Missouri, USA)

gudinoa@missouri.edu

John W. Hoopes
Department of Anthropology
University of Kansas (Lawrence, Kansas, USA)
hoopes@ku.edu

Frederick W. Lange
LSA Associates (Riverside, California, USA)
fred.lange@lsa-assoc.com
Adjunct Professor of Anthropology
Department of Anthropology
Vanderbilt University (Nashville, Tennessee, USA)

Carl Henrik Langebaek Rueda
Departamento de Antropología
Universidad de Los Andes (Bogotá, Colombia)
clangeba@uniandes.edu.co

Ronald D. Lippi
Department of Anthropology and Sociology/UW Colleges
University of Wisconsin – Marathon
Country (Wausau, Wisconsin, USA)
rlippi@uwc.edu

John E. Staller

Department of Anthropology

Field Museum of Natural History (Chicago, Illinois, USA)

jstaller@earthlink.net

Erika Wagner

Centro de Antropología

Instituto Venezolano de Investigaciones

Científicas (Caracas, Venezuela)

ewagner@ivic.ve



R e v i s t a d e

ARQUEOLOGÍA

DEL ÁREA INTERMEDIA

Guía de presentación de textos para autores

Los manuscritos originales sometidos a consideración de la revista ARQUEOLOGÍA DEL ÁREA INTERMEDIA deberán cumplir con las siguientes normas. Para dudas adicionales, por favor envíe sus preguntas a los editores a las siguientes direcciones:

VÍCTOR GONZÁLEZ FERNÁNDEZ
Instituto Colombiano de
Antropología e Historia
Calle 12 No. 2-41 A.A. 407
Bogotá D.C., Colombia
vgonzalez@mincultura.gov.co
Teléfono: (57-1) 561 9896
Fax : (57-1) 281 1051

CRISTÓBAL GNECCO VALENCIA
Departamento de Antropología
Universidad del Cauca
Popayán, Colombia
cgnecco@atenea.ucauca.edu.co
Teléfono: (57-28) 234115
Fax: (57-28) 235516

Formato

El texto –incluye citas, notas a pie de página, tablas, leyendas de figuras, referencias bibliográficas y anexos– debe estar impreso en letra Arial, 11 puntos, a doble espacio, en hojas tamaño carta –21,5 x 28 cm–, con márgenes izquierda y derecha de 2,5 cm y superior e inferior de 3 cm. Todas las páginas deben estar numeradas en orden consecutivo, empezando por la primera.

Extensión

Los artículos tendrán una extensión máxima de cuarenta (40) páginas, incluyendo las referencias bibliográficas. Los informes tendrán máximo treinta (30) y las reseñas un máximo de tres (3) páginas.

Copias

A fin de someter el artículo a evaluación por parte del Comité Editorial se debe remitir una copia impresa y una en formato electrónico. Se debe escribir sobre las copias en papel el tipo de procesador de palabras usado –preferiblemente Microsoft Word– y el nombre del archivo electrónico. Un archivo adicional en formato PDF listo para imprimir puede reemplazar la versión en papel.

Información y orden del contenido del artículo

- A. Título: el título del artículo, el nombre del autor, la dirección electrónica del autor y su afiliación institucional.
- B. Resumen en español (éste no debe exceder 120 palabras).
- C. Palabras claves (máximo seis descriptores analíticos).
- D. Título traducido al inglés.
- E. Un *abstract* (éste no debe exceder 120 palabras).
- F. Keywords (máximo seis descriptores analíticos).
- G. Texto del artículo.
- H. Referencias

Títulos y subtítulos

Los subtítulos deben dividir el artículo claramente en partes complementarias con una secuencia lógica clara. Debe haber un subtítulo de REFERENCIAS (bibliográficas) al final. Se sugiere incluir subtítulos de INTRODUCCIÓN y de CONCLUSIONES. Si hay agradecimientos o créditos, se reúnen en un subtítulo antes de REFERENCIAS llamado AGRADECIMIENTOS.

Notas a pie de página

Las notas a pie de página servirán sólo para comentar, complementar o profundizar información importante dentro del texto. No deben ser notas bibliográficas y no deben exceder diez (10) líneas de texto.

Citas bibliográficas

Se usa la forma de citas usada en el número 2 (2000) de la revista. Los autores se citan en el texto usando paréntesis, con apellido del autor y/o fecha de publicación y número de página o rango de páginas cuando la cita es específica, sintetiza, o repite lo dicho por el autor. Ejemplo: (Rodríguez 1978:424-427).

Las citas textuales de más de tres líneas o que deban destacarse se escribirán en párrafo aparte, sangrado a la izquierda. Las que se incluyan dentro del texto irán entre comillas.

Los siguientes son ejemplos de la forma de citar. Solo fecha cuando el autor se menciona en el texto, por ejemplo Pérez (1988). Para dos autores: (López y Arango 1970:33); para más de dos obras de un mismo autor y del mismo año se le da a cada obra una letra (a-z) y se cita así: (Díaz 1998a, 1998b); para obras de varios autores en una misma cita, los autores se separan con punto y coma: (Rodríguez 1978; López y Arango 1970:33; Uribe 1991). Citas específicas de dos páginas diferentes: (Rodríguez 1998:25, 420). Cuando se trata de re-impresión se incluye en braquetes la fecha original (Marx 1967[1867]:332). Cuando son más de dos autores se usa “*et al.*” (en cursivas), así: (Uribe *et al.* 1997:66). Cuando se citan figuras o tablas: (Smith 1993:Fig. 3). Una comunicación personal se cita con el nombre completo pero no se lista en REFERENCIAS (Daniel Gómez, comunicación personal 1986).

En el caso de las reseñas, cuando cite una idea o un párrafo del texto, la referencia irá de la siguiente forma: (p. 21), ó (pp. 34, 36-38).

No utilice las siguientes convenciones: “*ibid.*,” “*op. cit.*,” “*loc. cit.*,” ni “*idem.*”

Note que se separan autores con punto y coma (;) únicamente hay un espacio entre autor y fecha (no use comas entre autor y fecha). Para separar varias fechas de un autor sí se usa coma. Las páginas se indican con dos puntos (:), separando los números de página con coma y un espacio (Pérez 1925:134, 1936, 1940). No hay espacio en blanco entre fecha y los números de página.

Para rangos de páginas se usa guión y se indican los cambios de las últimas dos cifras, excepto de 100 a 110. Si cambian 3 cifras, se usan los 4 números, así: (Gómez 1925:12-13; Jiménez 1932:122-25; Pérez 1999:102-3, 178) ó (Pérez 1925: 95-99; Pérez 1932:895-96; Pérez 1235-1431).

Referencias bibliográficas

Las referencias bibliográficas deben incluirse al final de todos los trabajos bajo el subtítulo REFERENCIAS y deben listarse en estricto orden alfabético. Las referencias de un mismo autor o autores deben citarse en orden cronológico. Cada uno de los siguientes ejemplos presenta un caso específico.

– Libro:

Cárdenas-Arroyo, Felipe

2003 *Datos sobre la alimentación prehispánica en la Sabana de Bogotá, Colombia*. Informes Arqueológicos No. 4. Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), Bogotá D.C.

– Artículo en revista:

Oyuela-Caycedo, Augusto

2002 El surgimiento de la rutinización religiosa: la conformación de la élite sacerdotal tairona-kogui. *Arqueología del Área Intermedia* 4:45-64.

– Artículo en libro:

Legast, Anne

1998 Feline symbolism and material culture in prehistoric Colombia. En Nicholas J. Saunders (ed.) *Icons of Power. Feline Symbolism in the Americas*. Routledge, Londres / Nueva York, pp. 122-154.

– Informe o manuscrito inédito:

Hernández de Alba, Gregorio

1937 *El mito de goranchacha y las excavaciones en la normal de Tunja*. Ministerio de Educación, Bogotá D.C. (sin publicar).

– Varios autores:

Therrien, Monika; Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán y Marta Fandiño

2002 *Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada. Producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense, Colombia)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá D.C.

Nombres y adjetivos gentilicios

Los nombres de períodos, lugares, o personas llevan mayúscula (Bogotá, Pedro Simón, Formativo) pero los adjetivos gentilicios llevan minúscula (piezas tardías, rasgos formativos, caciques muiscas, orfebrería agustiniana, ciudadano bogotano, los campesinos, los taironas). Esto es exactamente contrario al inglés y amerita cuidado por parte del autor.

Números

Se deletrean números hasta quince (uno, cuatro, diez) y los terminados en ceros (veinte, treinta, mil, cien mil) excepto cuando en la frase se incluyen varios números, listas, o conteos, cuando sí se usan números: “En la excavación se encuentran 23 líticos, 500 tiestos y 2 metates”.

Para las fechas, números de identificación, etc., se usan números: “se encontraron cinco pequeñas concentraciones de cerámica, que fueron excavadas en 1999”.

Se usan comas para separar cifras decimales y puntos para separar miles, excepto en fechas, números de página, etc., que no llevan punto ni coma (29,525 tuestos fueron excavados con una medida promedio de 6,5 cm de largo en 1999). Esto también es exactamente contrario al inglés.

Figuras (toda clase de material gráfico)

Todo el material gráfico debe llamarse en el texto, de modo directo o entre paréntesis y debe estar numerado consecutivamente, ordenado en una sola secuencia de “figuras” (Figura 1, Figura 2 etc.). La Figura 1 es la primera ilustración en aparecer y la primera en ser citada en el texto. Debe conservarse estricto orden (La Figura 4 no puede aparecer antes de la Figura 3. La primera vez que se cita la Figura 34 debe estar antes de la primera vez que se cita la Figura 35).

Todo el material gráfico debe proporcionarse en original de óptima calidad, adecuada para impresión. En el caso de fotografías debe adjuntarse una diapositiva o copia en papel tamaño mínimo 20x25 cm. Los gráficos digitales deberán ser formato .JPG sin compresión o .TIFF y tener una resolución mínima de 300 puntos por pulgada y un tamaño mínimo de 6x5pulgadas (15x12 cm ó 1800x1500 puntos). En el caso de mapas o planos deben suministrarse en tinta tamaño mínimo 30x40 cm o en archivo digital en formato vectorial, preferiblemente DXF ó DWG. Bajo cada figura se anotará su respectivo título (Ejemplo: Figura 2. Plano del sitio excavado.)

Tablas

Todos los listados, cuadros de categorías y tablas de palabras o de números en general se organizan en una sola secuencia de “tablas”. La Tabla 1 es la primera en aparecer y la primera en ser citada. Como con las Figuras, las tablas deben seguir estricto orden.

Las tablas deben proporcionarse en formatos de archivo de texto, preferiblemente en formato de Microsoft Word, dentro del texto electrónico y sin fórmulas, macros o formatos especiales. Dentro de cada columna se deben justificar los números por el punto decimal. Sobre la tabla se anota el título (Ejemplo: Tabla 2. Proporciones de tuestos por nivel.)

Tildes

En la revista usaremos las tildes sobre mayúsculas siguiendo las reglas ortográficas más comunes. Para los casos en que las normas de tildes varían se usa una sola forma a lo largo de todo el volumen. Se usa tilde sobre “o” cuando separa números (Ejemplo: 5 ó 6 veces).

Medidas

Unidades lineales se expresan en números y abreviación separando éstos por un solo espacio en blanco (5 m, 2 km, 3 cm, 88 mm, 45 lb). La abreviación no se vuelve plural. Si no existe abreviación de uso común se deletrea (“6 arrobas”). Para medidas de volumen y área se usan números en superíndices a la derecha de cada abreviación (Ejemplo: 50 km², 2 cm³, 3 m²).

Fechas

Se usan las abreviaturas AP (antes del presente), DC (después de Cristo) y AC (antes de Cristo). En fechas de 14C sin calibrar se indica el rango de error y el número de laboratorio. Ejemplo: 1200 ± 60 AP (Pts-3964). Fechas calibradas se deben indicar claramente. Ejemplo: 2279-2232 cal AC (Programa Oxcal).

R e v i s t a d e

ARQUEOLOGÍA
DEL ÁREA INTERMEDIA

Para la composición de esta revista
se utilizaron caracteres
Adobe Garamond Pro y ZapfHumnst BT

La revista se terminó de imprimir
en los talleres de la Imprenta Nacional de Colombia,
en el mes de octubre de 2006